



UNIVERSIDAD DE MURCIA

DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

Opinión pública y opinión popular
en la Francia del siglo XVIII.
El *philosophe* o el nacimiento del intelectual

D. Víctor Cases Martínez
2014

Tesis doctoral

Doctorando: Víctor Cases Martínez

Directores: José Luis Villacañas Berlanga (UCM)

y Antonio Rivera García (UCM)

Tutor: Emilio Martínez Navarro (UM)

Universidad de Murcia, Departamento de Filosofía

Beca FPI, Fundación Séneca

2014

A mis padres, que como el mar invitan a cerrar los ojos
para transportarme al lugar de donde vengo

ÍNDICE

Agradecimientos.....	7
Introducción.....	11
La nueva <i>publicidad burguesa</i>	13
El público y la multitud.....	19
Opinión pública: realidad sociocultural e invención discursiva.....	28
El <i>philosophe</i>	33
 Capítulo 1. Los ecos de Damiens. La desacralización de la	
monarquía.....	45
Mauriceau de la Motte y el secuestro infantil de 1750.....	47
Los ecos de Damiens.....	61
La desacralización de la monarquía.....	74
« Un malheureux de la lie du peuple ».....	90
 Capítulo 2. Del <i>magister</i> medieval al académico. Hacia una historia	
negativa del intelectual.....	99
Bajo el signo de Saturno.....	107
<i>Philosophastri</i>	115
<i>La comédie des académistes</i>	121
Contra los puristas.....	135
Marie de Gournay y la denigración de las mujeres <i>savantes</i>	142

Las <i>instituciones de la vida literaria</i>	154
La emergencia del escritor.....	169
 Capítulo 3. El caso Palissot. Los <i>philosophes</i> y la opinión	
pública	187
La moda de los «pretendidos <i>philosophes</i> ».....	188
Las intrigas del mundo literario.....	194
La ascendencia de los hombres de letras.....	200
«Todo escrito satírico es indigno de ti».....	208
El hombre de letras según Voltaire.....	219
La creciente población literaria.....	227
Autores <i>sans état</i> . El sueño de ser escritor.....	235
El manifiesto de d'Alembert.....	243
El <i>philosophe</i> es un animal sociable.....	249
<i>La Nouvelle Héloïse</i> y sus febriles lectoras.....	257
Los <i>philosophes</i> y la opinión popular.....	276
 Conclusions	297
 Bibliografía	307
 Índice de ilustraciones	359
 Résumé	361

AGRADECIMIENTOS

Si como escribía Michel de Certeau los lectores son viajeros, no lo somos menos quienes nos embarcamos en una tesis doctoral, aquéllos que como Ismael necesitamos de cuando en cuando hacernos a la mar tanto para dejarnos arrastrar en la búsqueda de nuestra particular Moby Dick como para escapar de la inevitable melancolía. Por fortuna no abordamos solos esta larga travesía, que en este caso ha sido posible gracias en buena medida a la beca predoctoral concedida por la Fundación Séneca, la Agencia de Ciencia y Tecnología de la Región de Murcia. Durante cuatro años pude contar con la financiación y los recursos necesarios para desarrollar este trabajo dentro del Grupo de Investigación Biblioteca Saavedra Fajardo, al lado de unos espléndidos compañeros que han participado de manera activa en el dilatado proceso de maduración de las hipótesis que aquí se presentan. Este largo viaje no habría llegado a buen puerto sin la inestimable ayuda de mis excelentes directores, José Luis Villacañas y Antonio Rivera, a quienes no sólo debo agradecer sus enjundiosas lecciones impartidas en la licenciatura, en los cursos de posgrado, en numerosos encuentros y congresos, sino también su comprensión, su

generosidad. No sólo han tenido una fuerte presencia en la investigación acerca de la opinión pública en la Francia del siglo XVIII, sino también en la formación del joven investigador, en su bagaje intelectual y en la aventura humana inherente a una tesis doctoral.

La beca me ha permitido asimismo realizar diversas estancias externas, la última de las cuales me condujo al Centro de Ciencias Humanas y Sociales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, bajo la tutoría de Javier Moscoso y Juan Pimentel, dos destacados exponentes de la historia cultural en España. Los tres años anteriores me había marchado a París, donde quedaba adscrito a la École des Hautes Études en Sciences Sociales y tenía la oportunidad de disfrutar del magisterio de Roger Chartier, cuyos sensacionales textos, seminarios y conferencias han sido una de las más importantes fuentes de inspiración de esta tesis, que ha crecido en las grandes salas de la Bibliothèque nationale de France.

Con todo, la soledad del doctorando no desaparece por completo, y sin duda habría resultado mucho más penosa si no hubiera contado con el apoyo incondicional de mi extensa familia, y de mis padres en particular. Entre unos y otros me sostuvieron cuando parecía que la realidad se tambaleaba y me empujaron con determinación hacia delante una vez que hube tomado fuerzas.

Quisiera también dedicar unas palabras de agradecimiento a Francisco Jarauta, por su amabilidad, sus cariñosos consejos y sugerentes seminarios, y a los amigos que me han acompañado durante este tiempo, contra quienes no

puede la distancia. A Fernando Pérez Martínez, Maite García, Pablo Jarauta, Carmen Cascajosa, Oriol Brugarolas, Patricia López López-Gay, Octavi Rumbau, Pilar Quiñonero, David López Sandoval, Miguel Ángel Marín Bonaque, Álex Veneros Magne, Javier Murcia Pinto, Álex González Silvera, Sarah Cordero Nicole y Pierrette Gherbi Nicole.

Y a Paola, por supuesto, que cuida de mi melancolía terrestre y se aventura conmigo hacia el mar.

INTRODUCCIÓN

En el segundo de los seminarios dictados por Michel Foucault en 1983 acerca del opúsculo kantiano *Was ist Aufklärung?*, el profesor del Collège de France comenzaba su análisis del texto de 1784 proponiendo al auditorio un ejercicio de imaginación: si aún hoy contáramos con la *Berlinische Monatsschrift* y ésta planteara a sus lectores la pregunta «¿qué es la filosofía moderna?», «quizá – afirma Foucault- se le podría responder como en eco: la filosofía moderna es la que intenta responder a la pregunta lanzada, hace dos siglos, con tanta imprudencia: *Was ist Aufklärung?*»¹

¹ Michel FOUCAULT, «¿Qué es la Ilustración?» [1984], *Daimon, revista de Filosofía*, 7, 1993, traducción de Antonio Campillo, p. 7. Este segundo seminario en torno al texto kantiano fue impartido por Foucault en Estados Unidos y publicado en primer lugar en inglés: «What is Enlightenment?», in Paul RABINOW (ed.), *The Foucault Reader*, New York, Pantheon Books, 1984, pp. 32-50. El primer seminario, dictado en el Collège de France, apareció también en 1984 (*Magazine Littéraire*, 207, pp. 35-39) y fue traducido poco después al castellano: «Seminario sobre el texto de Kant *Was ist Aufklärung?*», in Francisco JARAUTA (ed.), *La crisis de la razón*, Universidad de Murcia, 1986, trad. de Eduardo Bello, pp. 13-24. En su introducción a la selección de textos de Kant *En defensa de la Ilustración*, José Luis Villacañas critica la aproximación foucaultiana al artículo del filósofo de Königsberg publicado en la *Berlinische Monatsschrift* en 1784. A juicio del profesor de la Universidad Complutense de Madrid, Foucault se equivoca al establecer una vinculación tan estrecha entre Ilustración y Revolución, ya que se trata de dos acontecimientos de distinta naturaleza (José Luis VILLACAÑAS, «Crítica y presente. Sobre las bases de la Ilustración kantiana», in Immanuel KANT, *En defensa de la Ilustración*, Barcelona, Alba, 1999, pp. 13-22).

Estas páginas son parte de ese eco que redobla al infinito la interrogación kantiana, cuya nota esencial es, como sugiere Foucault, el cuestionamiento radical de la actualidad, «la ontología crítica de nosotros mismos»². De aquí parte una reflexión que es, sin duda, antes que una resolución siquiera parcial o inconclusa de una problemática inacabada, una reformulación de la pregunta que constituye la seña de identidad del pensamiento moderno.

Pensar acerca del nacimiento de la opinión pública es otro modo de plantear la cuestión, aquélla que —«con tanta imprudencia»— introdujo Johann Friedrich Zöllner en una nota a pie de página de su alegato contra quienes pretendían «dejar de sancionar por la religión el vínculo matrimonial», como reza el título de su artículo, que vio la luz en la *Berlinische Monatsschrift* justo un año antes de la respuesta de Kant³. El párroco berlinés no sólo no podía imaginar el tremendo alcance de la polémica que habría de suscitar ese breve interrogante hacia el final de su intervención; tampoco era capaz de comprender que el signo de los nuevos tiempos no había que buscarlo tras la presunta decadencia de las costumbres patrióticas, sino más bien en el hecho de que su vigorosa denuncia encontraba su hábitat natural en la letra impresa de una publicación periódica.

² Michel FOUCAULT, «¿Qué es la Ilustración?», *op. cit.*, p. 13.

³ «¿Qué es la Ilustración? —se pregunta Zöllner—. Esta pregunta, que es casi tan importante como ¿qué es la verdad? ¡debería ser contestada, antes de que se empezara a ilustrar! ¡Y todavía no he encontrado la respuesta en ningún sitio!» (Johann Friedrich ZÖLLNER, «¿Es aconsejable, en lo sucesivo, dejar de sancionar por la religión el vínculo matrimonial?» [1783], in Johann Benjamin ERHARD, Karl Friedrich FREIHERR VON MOSER y otros, *¿Qué es Ilustración?*, Madrid, Tecnos, 1989, trad. de Agapito Maestre y José Romagosa, pp. 8-9. La compilación incluye asimismo el texto de Immanuel KANT, «Respuesta a la pregunta: ¿qué es la Ilustración?» [1784], pp. 17-25).

La nueva *publicidad burguesa*

«La publicidad burguesa puede captarse ante todo como la esfera en la que las personas privadas se reúnen en calidad de público»⁴. La interpretación de Jürgen Habermas arranca desde aquí: frente a la *publicidad representativa* (que es «algo así como una característica de estatus»⁵, escribe el filósofo alemán, la corporeización o representación pública del dominio del gran señor, estrechamente ligada al aura de su autoridad, a la exhibición de los gestos, hábitos e insignias propios de la distinción caballeresca), frente a esta puesta en escena que cristalizó en la Alta Edad Media y sobrevivió hasta el Barroco, aparece en el siglo XVIII la *publicidad burguesa*, que, antes de tomar un marcado tinte político, se desarrolló como una esfera pública literaria, a partir de los salones, las casas de café y los periódicos⁶, los enclaves que aprovecharon la creciente mercantilización de la cultura para hacer de ésta un objeto privilegiado de discusión.

Una vez trazada la discontinuidad con respecto a la época precedente, el autor de la *Historia y crítica de la opinión pública* sostiene que la nueva forma publicística se asienta sobre tres principios fundamentales: en primer lugar, los

⁴ Jürgen HABERMAS, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública* [1962], Barcelona, Gustavo Gili, 2002, trad. de Antonio Doménech con la colaboración de Rafael Grasa, p. 65.

⁵ *Ibid.*, p. 46.

⁶ Si bien el tráfico de noticias ya se desarrollaba sobre las vías del tráfico mercantil desde el capitalismo temprano, no puede hablarse de prensa, en sentido estricto, afirma Habermas, «hasta que la información periodística regular no se hace pública, esto es, hasta que no resulta accesible al público en general. Pero esto aconteció por vez primera a finales del siglo XVII. Hasta ese momento, el viejo ámbito comunicativo de la publicidad representativa no estuvo amenazado por el nuevo ámbito de una publicidad publicísticamente determinada. Las noticias profesionalmente vendidas no son todavía dadas a la publicidad; las novedades irregularmente publicadas no se materializan todavía como noticias.» (*Ibid.*, p. 65.)

salones y casas de café postulan la igualdad de naturaleza de sus participantes, institucionalizan un nuevo tipo de trato social que tiende a prescindir así de las diferencias de rango entre los contertulios (que resultan decisivas, sin duda, en el seno de una sociedad como la francesa, extraordinariamente estratificada), quienes están dispuestos a reconocer únicamente la mayor o menor solidez de los argumentos esgrimidos en la discusión racional.

El debate, en segundo término, no conoce límites a priori. La nueva instancia crítica quiebra de este modo el monopolio interpretativo de las autoridades eclesiásticas y estatales, que ven cómo los emergentes lugares de sociabilidad se ocupan no sólo de las novedades del mercado literario, sino también de «lo general», que pierde así su carácter sagrado y deja de ser incuestionable.

Se produce, por último, el *desenclaustramiento del público*⁷: si bien las asociaciones voluntarias del siglo XVIII no acogen sino un número muy reducido de personas, éstas, dice Habermas, no echan tras de sí el cerrojo para convertirse en un clan. «Allí donde el público se institucionaliza como grupo fijo de interlocutores –afirma el autor-, éste no se equipara con *el* público, sino que, en todo caso, reclama ser reconocido como su portavoz, quizá incluso como su educador, quiere actuar en su nombre, representarlo: tal es la nueva forma de la representación burguesa»⁸.

⁷ *Ibíd.*, p. 75.

⁸ *Ibíd.*

De los tres aspectos apuntados por Habermas (los signos de identidad de la nueva *publicidad burguesa*), este último es sin duda el más problemático, la solución de la *Historia y crítica de la opinión pública* resulta aquí en exceso consoladora. Los elevados índices de analfabetismo (que, no obstante, se reduce considerablemente en el siglo XVIII⁹) no explican, por sí solos, la configuración de aquellas instituciones de acceso limitado. El propio Habermas señalaba, junto con la instrucción, un segundo requisito, la propiedad, que habían de cumplir, que cumplían de hecho todos aquéllos que conformaban la esfera pública burguesa. Así pues, los círculos literarios que contribuyeron de manera decisiva en el proceso de aparición de un nuevo sujeto sociopolítico suponen, como afirma Roger Chartier, al tiempo que una notable ampliación de los márgenes permisibles del debate *público*, la exclusión de la mayoría, del *pueblo*, que no cuenta con los medios suficientes para participar en los coloquios reservados a *le monde*¹⁰.

Desde aquí, «la nueva forma de la representación burguesa» se antoja un asunto sumamente problemático, más aún si la etiqueta habermasiana se nos ofrece, sin más, como una suerte de maniobra taumatúrgica que pretende resolver por la vía rápida un conflicto del que no se ocupa el análisis. En el

⁹ Entre 1686-1690 y 1786-1790, el porcentaje global de alfabetizados asciende en los hombres del 29 al 47% y del 14 al 27% en las mujeres (Roger CHARTIER, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa* [1990], Barcelona, Gedisa, 2003, trad. de Beatriz Lonné, p. 82). A estos datos podemos añadir los ofrecidos por Daniel Roche: en París, donde la proporción de alfabetizados es ciertamente muy superior a la media nacional, en vísperas de la Revolución más del 90% de los hombres y el 80% de las mujeres son capaces de firmar su testamento (Daniel ROCHE, *Le peuple de Paris. Essai sur la culture populaire au XVIIIe siècle*, Paris, Aubier/Montaigne, 1981, p. 206).

¹⁰ Véase Roger CHARTIER, *op. cit.*, p. 35.

prólogo a la edición alemana de 1990, Habermas afirma que no se puede hablar de mecanismos de exclusión en sentido foucaultiano cuando la publicidad burguesa está configurada de tal modo que contempla la posibilidad y hasta la deseabilidad de su progresiva ampliación. La fe en el progreso de la razón y en el mercado tendencialmente liberalizado, que parece ofrecer al individuo las condiciones objetivas que le permiten asegurarse la autonomía económico-psicológica exigida a los participantes en la discusión pública, son, dice Habermas, las principales apoyaturas teóricas que impiden enfatizar los elementos discriminatorios. Entrecruzada con la publicidad hegemónica, con la esfera pública burguesa, se forma, concluye Habermas, una publicidad plebeya, que no es sino «una variante [de la publicidad burguesa] reprimida en el proceso histórico»¹¹.

La argumentación habermasiana, reiteramos, es a todas luces insuficiente, al menos por lo que respecta a la formación de la publicidad plebeya y, ante todo, a la compleja articulación entre ésta y la opinión pública «burguesa». Los márgenes históricos que acotan el presente trabajo son bastante reducidos, y no permiten por tanto abordar el problema de la ampliación del espacio público más acá de la Revolución Francesa, pero no por ello hemos de dejar de reflexionar acerca de los importantes déficits de la formulación habermasiana. En primer lugar, la delimitación del objeto de estudio: «La investigación —escribe Habermas— se limita a la estructura y a la función del modelo *liberal* de la publicidad burguesa, a su origen y transformación; se remite a los rasgos que

¹¹ Jürgen HABERMAS, *op. cit.*, p. 6.

adquirieron carácter dominante en una forma histórica y no presta atención a las variantes sometidas, por así decirlo, en el curso del proceso histórico, de una publicidad *plebeya*¹². A mi parecer, el silencio acerca de la *opinion populaire* es difícilmente justificable. Como podremos apreciar a propósito del frustrado regicidio de Luis XV perpetrado por Robert-François Damiens en 1757¹³, las autoridades policiales vigilan muy de cerca no sólo las publicaciones contestatarias que se distribuyen clandestinamente, sino también las aglomeraciones multitudinarias, los murmullos de las plazas públicas, los carteles sediciosos. «Lo que expresa el pueblo no deja a nadie indiferente –escribe Arlette Farge–: la calle es un actor social. Ninguneada, o rechazada, ésta desborda su presencia y sus ruidos»¹⁴.

En segundo lugar, la opinión popular (o publicidad plebeya) no puede ser considerada sencillamente como «una variante de la publicidad burguesa». Los discursos de autolegitimación de los abanderados de la «publicidad hegemónica» y la exclusión de las capas bajas de los nuevos escenarios críticos nos enfrentan a una realidad infinitamente más compleja. Las duras palabras de d'Alembert, Condorcet y tantos otros respecto a la sinrazón de la multitud iletrada no reproducen ingenuamente los prejuicios arraigados en la sociedad del Antiguo Régimen, sino que ante todo forman parte de la estrategia urdida por los *philosophes*, que, junto con la alta aristocracia, pretenden monopolizar los foros de

¹² *Ibid.*, p. 38.

¹³ El atentado de Damiens es uno de los argumentos del primer capítulo de este trabajo.

¹⁴ « C'est qu'exprime le peuple ne laisse personne indifférent : la rue est un acteur sociale. Niée, ou rejetée, elle déborde de sa présence et de ses bruits » (Arlette FARGE, *Dire et mal dire. L'opinion publique au XVIIIe siècle*, Paris, Seuil, 1992, p. 23).

discusión pública. Frente a éstos, al margen de los salones destinados a las pomposas disquisiciones de *le monde* [ilustraciones 1 y 2, pp. 41-42], al arte de la ingeniosa conversación (no exenta empero de serias andanadas contra los principios que rigen el Estado absolutista), el pueblo se organiza alrededor de los lugares de sociabilidad que le son propios, los cafés, las tabernas y los mercados [ilustración 3, p. 43], y prefiere en la mayoría de las ocasiones, antes que las sutilezas filosóficas de los hombres de letras, las reediciones de la *Bibliothèque Bleue*¹⁵ o los panfletos procedentes de *Grub Street*¹⁶.

Al desatender por completo la opinión popular, Habermas no da cuenta de las numerosas tensiones desatadas en la esfera pública del siglo XVIII y termina, según Robert Darnton –el crítico más vehemente de la posición habermasiana-, construyendo un mundo que «nunca existió»: «Lejos de ser democráticas e igualitarias –subraya Darnton-, éstas [las instituciones evocadas por Habermas: el salón de recepciones de Mme Geoffrin, las cámaras de la Académie française, las mesas del café Procope o las columnas de la *Gazette de France*] eran complejas estructuras jerarquizadas, con marcas de entrada y de salida y modos de diferenciación entre los que estaban «dentro» y los que estaban «fuera». Sin embargo Habermas nada tiene que decir acerca de las realidades de la vida cultural bajo el Antiguo Régimen. Se saca de la manga un mundo de libre y cómodo raciocinio entre filósofos iguales. Ese mundo nunca

¹⁵ En el último capítulo, a propósito de *La Nouvelle Héloïse* y sus febriles lectores, comentaremos algunas cuestiones acerca de la *Biblioteca Azul* –así denominada por el color en que estaban forrados los ejemplares-.

¹⁶ Véase Robert DARNTON, *Edición y subversión. La literatura clandestina en el Antiguo Régimen* [1982], Madrid, Turner/FCE, 2003, trad. de Laura Vidal. Retomaremos este argumento en el último capítulo de la tesis.

existió, como descubrió Rousseau cuando llegó al salón de Mme de Benzeval y le mostraron las dependencias de los sirvientes»¹⁷. El autor alemán parece sugerir que las intervenciones en las que los *philosophes* se presentan como los portavoces e instructores de la multitud iletrada constituyen una prueba inequívoca de que tal representación acontece verdaderamente. Como es obvio, la operación resulta insostenible.

El público y la multitud

Publicado hace ya más de 50 años, la *Historia y crítica de la opinión pública* de Jürgen Habermas es sin lugar a dudas el primer gran libro de referencia —que conviene leer junto con el no menos clásico *Crítica y crisis del mundo burgués* de Reinhart Koselleck¹⁸— cuando se trata de estudiar la emergencia de esa nueva configuración sociopolítica que vio la luz en el siglo XVIII. Sin embargo, tal y como apuntábamos más arriba, desde que Robert Darnton y años después Arlette Farge comenzaran a revelarnos los entresijos de la baja literatura y el desprecio popular hacia el soberano, respectivamente, la historia de la opinión pública en la Francia de las últimas décadas del Antiguo Régimen pasa por una

¹⁷ «Far from being democratic and egalitarian, they were complex structures of hierarchies of their own, entry and exit points, and modes of differentiating those who were «in» from those were «out». Yet Habermas has nothing to say about the realities of cultural life under the Old Regime. He conjures up a world of free and easy ratiocination among philosophical equals. That world never existed, as Rousseau learned when he arrived at the salon of Mme de Benzeval and was shown to the servants' quarters» (Robert DARNTON, «An Enlightened Revolution?», *New York Review of Books*, volume XXXVIII, number 17, October 24, 1991, p. 34).

¹⁸ Reinhart KOSELLECK, *Crítica y crisis del mundo burgués* [1959], Madrid, Rialp, 1965, trad. de Rafael de la Vega.

profunda revisión de aquel texto de 1962. Los autores señalados no son los únicos que han contribuido a que la problemática que aquí nos ocupa se haya convertido en un objeto privilegiado de la historiografía de los últimos decenios. Junto al profesor de Princeton y la directora de estudios del CNRS de París, además del ya mencionado Roger Chartier, podríamos destacar las aportaciones de Keith Michael Baker, Mona Ozouf, Pierre Rétat o Jean Sgard¹⁹, por citar sólo algunos de los estudiosos que han orientado sus investigaciones hacia la inquietud que anima también estas páginas, que deben mucho asimismo a los recientes trabajos de Nicolas Veysman, los de Antoine Lilti –el aventajado discípulo de Daniel Roche– sobre la sociabilidad *mondaine* y a Élisabeth Badinter y sus *passions intellectuelles*²⁰.

Con todo, la revisión crítica del clásico estudio de Habermas no sólo es posible a partir de las nuevas contribuciones, firmadas entre otros por los nombres propios a los que nos hemos referido. También podemos echar la vista atrás y reconsiderar las reflexiones que encontramos en una obra de 1901, *La opinión y la multitud* de Gabriel Tarde. El sociólogo francés dedica el primer capítulo del libro a la distinción entre los dos términos que componen el

¹⁹ Keith Michael BAKER, « Politique et opinion publique sous l'Ancien Régime », *Annales ESC*, 1, 1987, traduit par Jean-François Sené, pp. 41-71; Mona OZOUF, « L'opinion publique », in Keith Michael BAKER (ed.), *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*, vol. I. *The Political Culture of the Old Regime*, Oxford, Pergamon Press, 1987, pp. 419-434; Pierre RÉTAT (sous la direction de), *L'attentat de Damiens. Discours sur l'événement au XVIII^e siècle*, Presses Universitaires de Lyon, 1979; Jean SGARD (sous la direction de), *Dictionnaire des journaux : 1600-1789*, Paris/Oxford, Universitas/Voltaire Foundation, 1991, 2 vol.

²⁰ Nicolas VEYSMAN, *Mise en scène de l'opinion publique dans la littérature des Lumières*, Paris, Honoré Champion, 2004 ; Antoine LILTI, *Le monde des salons. Sociabilité et mondanité à Paris au XVIII^e siècle*, Paris, Fayard, 2005 ; Élisabeth BADINTER, *Les passions intellectuelles*, vol. I. *Désirs de gloire (1735-1751)*, Paris, Fayard, 1999 ; Élisabeth BADINTER, *Les passions intellectuelles*, vol. II. *Exigence de dignité (1751-1762)*, Paris, Fayard, 2002 ; Élisabeth BADINTER, *Les passions intellectuelles*, vol. III. *Volonté de pouvoir (1762-1778)*, Paris, Fayard, 2007.

epígrafe de este apartado: mientras que la *multitud* es un simple «agregado material»²¹ de elementos, el *público* hay que entenderlo «como una colectividad puramente espiritual, como una dispersión de individuos, físicamente separados y entre los cuales existe una cohesión sólo mental»²². Al contrario de lo que le sucede al público, que según Tarde es potencialmente ilimitado, capaz de extenderse indefinidamente, la multitud no puede ampliarse más allá de su débil radio de acción, se diluye cuando se suspende el contacto físico entre quienes la componen²³.

Además de subrayar las diferencias entre ambas entidades, Tarde ensaya una breve historia del nacimiento del público que convendría examinar. En la Antigüedad clásica, afirma el autor, no hallamos ninguna palabra equivalente a lo que en la actualidad entendemos por *público*. El auditorio de los grandes oradores no es, escribe Tarde, sino «una pequeña multitud de simpatizantes»²⁴. El público tampoco hace acto de presencia en la Edad Media, que no conoce asimismo más que multitudes, las que poblaban las ferias y los caminos de peregrinación, las que sufrían el cólera o la peste. El primer acontecimiento a raíz del cual el público ha podido acontecer es la aparición de la imprenta, que significó la posibilidad de que se constituyera un nuevo cuerpo social, separado de la Iglesia, que se asienta sobre la lectura del texto bíblico como experiencia compartida. No obstante, argumenta Tarde, este público emergente aún no

²¹ Gabriel TARDE, *La opinión y la multitud* [1901], Madrid, Taurus, 1986, trad. de Eloy Terrón, p. 43.

²² *Ibíd.*

²³ *Ibíd.*, p. 49.

²⁴ *Ibíd.*, p. 46.

cristaliza, dado que «no era todavía él mismo más que una Iglesia aparte, con la que se presentaba confundido»²⁵.

La historia del progresivo alumbramiento del público se detiene a continuación en la época de Luis XIV, si bien entonces apenas una selecta minoría de *bonnêtes gens* leía regularmente la gaceta mensual. Hemos de tener en cuenta, añade el sociólogo francés, que la mayor parte de estos lectores se concentraban en París, cuando no en un escenario aún más reducido como la corte del Rey Sol. Así que se trataba más bien de un grupo de sabios, más o menos diseminados por las provincias y el continente, pero «tan poco numerosos –escribe Tarde– que mantienen entre todos ellos relaciones epistolares y extraían de estas relaciones personales el principal alimento de su comunión científica»²⁶. No estamos ante el público en el sentido riguroso del término, pues éste implica, recordemos la definición, un vínculo puramente espiritual.

Llegamos a la segunda mitad del siglo XVIII, un momento crucial pues es testigo de la aparición y el crecimiento de un *público político* que absorbe a todos los demás públicos –literario, filosófico, científico...-. Los cimientos están perfectamente colocados para que la Revolución Francesa concluya felizmente la historia: a pesar de que significan un importante paso hacia delante, los últimos decenios del Antiguo Régimen apenas dejaban entrever los trazos del público tras las multitudes que frecuentaban los salones y los cafés; el verdadero público

²⁵ *Ibíd.*, p. 47.

²⁶ *Ibíd.*

nace con la toma de la Bastilla, pues «lo que caracteriza a 1789 –concluye Tarde-, lo que el pasado jamás había visto, es esta eclosión de periódicos, devorados ávidamente, que se produjo en esta época»²⁷.

Hasta aquí el relato de Gabriel Tarde, respecto al que convendría introducir algunas matizaciones para poner en tela de juicio ante todo la hipótesis final, que data el nacimiento del público en el estallido revolucionario. En primer lugar, si bien no podemos dejar de subrayar la importancia de la extraordinaria proliferación de periódicos que tuvo lugar a partir de julio de 1789, también es justo reconocer el formidable dinamismo de la prensa a lo largo del siglo XVIII, sobre todo en la segunda mitad de la centuria. Las cifras que aparecen en el estudio de Claude Labrosse y Pierre Rétat son imponentes: en 1789, sólo en París, aparecieron 140 nuevos periódicos, a los que habría que sumar 28 títulos inéditos procedentes de provincias y 21 periódicos extranjeros en lengua francesa²⁸. En total 189 creaciones en un solo año –y ante todo a partir de julio, como advertimos antes-, que triplica las novedades del año anterior (que fueron 63) y supone una más que en toda la década precedente, 1770-1779, que según Jean Sgard cuenta 188 nuevas incorporaciones²⁹. Los números son incontestables, pero lo que está en juego no es la relevancia de la Revolución Francesa en la historia del periodismo, sino cuál es el punto de inflexión que permite hablar de la «eclosión» de la prensa, que a su vez según

²⁷ *Ibid.*, p. 48.

²⁸ Claude LABROSSE et Pierre RÉTAT, *Naissance du journal révolutionnaire, 1789*, Presses Universitaires de Lyon, 1989, p. 19. Véase también Pierre RÉTAT, *Les journaux de 1789. Bibliographie critique*, Paris, CNRS, 1988.

²⁹ Jean SGARD (sous la direction de), *op. cit.*

Tarde supuso la emergencia del público. A mi juicio, esta coyuntura tuvo lugar antes de lo que pretende el autor francés, pues si las cifras correspondientes a 1789 son contundentes, no lo son menos los datos ofrecidos por Jean Sgard en su monumental *Dictionnaire des journaux*: de los no menos de 1267 periódicos en francés fundados entre 1600 y el 14 de julio de 1789, sólo 167 vieron la luz entre 1600 y 1699. Si desglosamos los números correspondientes al siglo XVIII, observamos que el ritmo de crecimiento se acelera considerablemente a partir de 1730 (con 76 nuevos títulos creados entre 1730 y 1739, frente a los 53 del decenio anterior) y ante todo desde la convulsa década de 1750, que, además de ser testigo del conflicto jansenista, las numerosas dimisiones parlamentarias, el comienzo de la Guerra de los Siete Años o el atentado de Damiens contra Luis XV, vio nacer 137 periódicos, que sumados a los que aparecieron hasta la Revolución suponen 839 títulos nuevos, casi las tres cuartas partes del total de publicaciones periódicas que vieron la luz desde 1700 hasta la toma de la Bastilla³⁰.

Las dudas respecto a la hipótesis de Gabriel Tarde se refuerzan si examinamos brevemente otro de los elementos sobre los que se sustenta su afirmación final: también la avidez lectora mencionada por el sociólogo francés ha de fijarse antes de la Revolución Francesa, como tendremos la oportunidad de comprobar en el último capítulo de la tesis, a propósito de la afortunada recepción de *La Nouvelle Héloïse*. La lectura en silencio, el notable incremento del

³⁰ Las tablas que cierran el *Dictionnaire de journaux* de Jean Sgard resultan muy útiles para seguir el desarrollo cronológico de la prensa en la época clásica.

porcentaje de alfabetizados, de la posesión privada del libro y de la producción literaria (impresos y manuscritos, libros, gacetas, sátiras, libelos y crónicas escandalosas), las nuevas estrategias editoriales (que observamos, por ejemplo, en las reediciones de la *Bibliothèque bleue*), los salones de lectura y los *bouquinistes*, que acercan la cultura impresa a las capas sociales menos acomodadas, las renovadas concepciones metaliterarias que hacen de la subjetividad el garante último de la escritura, las utilidades y los peligrosos efectos de la lectura... Los numerosos argumentos en los que cabe desglosar la creciente importancia tomada por lo escrito (una de las tres grandes matrices, junto con el fortalecimiento del Estado y las nuevas formas religiosas, que impulsaron según Philippe Ariès el proceso de emergencia de la esfera privada entre los siglos XVI y XVIII³¹, la cual supone el reverso de la moneda cuyo anverso es el nacimiento del espacio público) desautorizan la hipótesis de Gabriel Tarde, cuya datación cronológica no hace justicia a las profundas transformaciones operadas en la Francia prerrevolucionaria. No es necesario esperar hasta el estruendo de 1789 para encontrarnos con una población que devora incansable no sólo la última hora que cuentan los numerosos periódicos, sino también las novedades de un mercado del libro en expansión, cuyo extraordinario poder de seducción, celebrado por Mercier o Rousseau, provocaba la reacción de Tissot o Bienville. Cada cual a su modo, los apasionados testimonios de los lectores de *La Nouvelle Héloïse* y las advertencias médicas ante el consumo voraz de la ficción novelesca

³¹ Philippe ARIÈS, «Para una historia de la vida privada», in Philippe ARIÈS y Georges DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada*, vol. III. *Del Renacimiento a la Ilustración* [1986, volumen dirigido por Roger Chartier], Madrid, Taurus, 2001, trad. de María Concepción Martín Montero, pp. 13-28.

atestiguan la insaciable sed de lectura de la ciudadanía de los últimos decenios del Antiguo Régimen, que supone de algún modo la conclusión del largo proceso iniciado en el siglo XVI articulado en torno al alcance cada vez mayor de lo escrito en la cultura occidental.

Pero lo más interesante de la propuesta de Gabriel Tarde no es tanto la periodización del objeto –que como vemos es muy discutible–, sino más bien la distinción que da título al primero de los trabajos incluidos en su obra de 1901, la que opone el *público* a la *multitud*. Aquél, como veíamos, es una suerte de *corpus* místico, una «colectividad puramente espiritual», dice Tarde, mientras que la multitud es un simple «agregado material», una suma de individuos que circunstancialmente comparten el mismo espacio. A pesar de que se trata de una distinción muy sugerente, cuyos términos pueden resultar excepcionalmente rentables a la hora de generar una nueva visión de la esfera pública en el siglo XVIII, capaz de revertir en buena medida los déficits de la historia habermasiana de la publicidad burguesa, no podemos dejar de criticar el modo como Tarde contempla y desarrolla lo que, más que como una antítesis, deberíamos comprender como un par dialéctico.

El público, según Tarde, es producto de la historia –la que resumimos más arriba– en la medida en que es el resultado de la evolución natural que logra poco a poco elevarse por encima del tipo de asociación que se da en los seres vivos inferiores. «La multitud presenta algo de animal»³², concluye el sociólogo

³² Gabriel TARDE, *op. cit.*, p. 43.

francés, mientras que el público, esta suerte de «multitud espiritualizada, elevada, por así decirlo, al segundo grado de potencia no ha podido nacer más que a partir de siglos de vida social más grosera, más elemental»³³.

Ha transcurrido ya más de un siglo desde las reflexiones de Tarde y, afortunadamente, hoy practicamos de otro modo la historia, lo cual nos invita también a cuestionar la supuesta naturalidad que se atribuye sin más, por lo general de manera acrítica, a determinadas cosas o entidades. La intuición de Tarde sigue resultando interesante porque define el público en función de sus diferencias con respecto a la multitud, esto es, porque reproduce una operación efectuada por los actores sociopolíticos de la época en la que ciframos el nacimiento de la opinión pública. Por eso mismo, porque la multitud es parte indeleble del discurso que da carta de nacimiento a la opinión pública, porque, como reconoce Tarde, se ha convertido en un objeto de estudio muy querido por sus contemporáneos, es justo preguntarse al menos si la multitud no es, al igual que el público, una construcción histórica, en la que ha contribuido, entre otros, el propio Gabriel Tarde, que se cuenta entre quienes a finales del siglo XIX y principios del XX se dedicaron a la llamada *psicología de las masas*, como reza el título de Gustave Le Bon³⁴.

³³ *Ibíd.*, p. 46.

³⁴ Gustave LE BON, *Psychologie des foules*, Paris, F. Alcan, 1895 (trad. española: *Psicología de las masas*, Madrid, Morata, 1983, trad. de Alfredo Guerra Miralles).

Opinión pública: realidad sociocultural e invención discursiva

Tras estas notas acerca de las sugerentes –aunque problemáticas– reflexiones de Gabriel Tarde, retomamos el análisis de la *Historia y crítica de la opinión pública* de Jürgen Habermas a la luz de los nuevos trabajos sobre el tema, que, como decíamos, han aumentado considerablemente en las últimas décadas.

Con el fin de ofrecer una panorámica general de las recientes aportaciones sobre nuestro objeto de estudio, vamos a servirnos de la clasificación propuesta por Laurence Kaufmann en su contribución al volumen coordinado por Javier Fernández Sebastián y Joëlle Chassin³⁵: Kaufmann distingue entre el llamado enfoque «referencialista» (defendido entre otros por Robert Darnton y Arlette Farge), según el cual el concepto de *opinion pública* remite a un conjunto de prácticas sociales efectivas y escenarios e instituciones concretas, tales como los salones o la proliferación de las publicaciones periódicas, que cristalizan en Francia hacia mediados del siglo XVIII; y, por otro lado, el enfoque «artificialista», desarrollado por aquellos historiadores (entre los cuales podemos destacar a Keith Michael Baker y Mona Ozouf) que enfatizan el carácter abstracto de la opinión pública prerrevolucionaria, que viene a ser ante todo, desde esta perspectiva, una «construcción política o ideológica», una «entidad conceptual»³⁶ que aparece en el discurso bajo la forma de un *tribunal* al que

³⁵ Laurence KAUFMANN, « Entre fiction et réalité. L'opinion publique dans la France du XVIIIe siècle », in Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN et Joëlle CHASSIN, (coord.), *L'avènement de l'opinion publique. Europe et Amérique XVIIIe-XIXe siècles*, Paris, L'Harmattan 2004, pp. 91-107.

³⁶ Keith Michael BAKER, « Politique et opinion publique sous l'Ancien Régime », *op. cit.*, p. 44. La primera versión de este artículo apareció con el título «Politics and Public Opinion Under the Old Regime: Some Reflections», in Jack R. CENSER and Jeremy D. POPKIN (eds.), *Press and*

apelan las diversas personalidades con el fin de legitimar sus reivindicaciones o culminar exitosamente sus opciones estratégicas.

La distinción de Kaufmann resulta muy útil, a mi juicio, para comprender la complejidad de un fenómeno que es, sin duda, una de las piezas clave de la modernidad, uno de esos registros a partir de los cuales una determinada época escribe su particular autobiografía. El manejo de esta doble perspectiva es especialmente relevante a la hora de estudiar la Francia del siglo XVIII, pues, como muestra Fernández Sebastián, si bien es en Inglaterra donde se dan en primer lugar las condiciones que impulsan el florecimiento de una esfera pública moderna, es sin embargo el reino de Luis XV el territorio privilegiado donde la opinión pública comienza a penetrar los discursos de los diferentes actores sociopolíticos³⁷.

Para explicar este «desfase entre el orden de la experiencia y el orden del discurso»³⁸, Fernández Sebastián se apoya en el utillaje metodológico de Reinhart Koselleck, concretamente en las categorías de *espacio de experiencia* y *horizonte de expectativa*³⁹: partiendo así de la historia conceptual propuesta por el

Politics in Pre-Revolutionary France, Berkeley/Los Angeles/London, University of California Press, 1987, pp. 204-246. Con algunas modificaciones, este mismo texto, titulado en esta ocasión «Public Opinion as Political Invention», forma parte del libro de Keith Michael BAKER *Inventing the French Revolution : Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*, Cambridge (England)/New York, 1990, pp. 167-199 (trad. francesa: «L'opinion publique comme invention politique», in *Au tribunal de l'opinion. Essais sur l'imaginaire politique au XVIIIe siècle*, Paris, Payot, 1993, pp. 219-265, traduit par Louis Évrard).

³⁷ Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, « L'avènement de l'opinion publique et le problème de la représentation politique (France, Espagne, Royaume-Uni) », in Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN et Joëlle CHASSIN (coord.), *op. cit.*, pp. 227-253.

³⁸ *Ibid.*, p. 228.

³⁹ Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* [1979], Barcelona, Paidós, 1993, trad. de Norberto Smilg, pp. 333-357.

autor de *Futuro pasado*, el profesor de la Universidad del País Vasco sugiere que allí donde la realidad efectiva dificulta en mayor medida el desarrollo de esta nueva configuración sociopolítica, precisamente por eso, resulta más urgente reivindicar aquello que Malesherbes caracterizaba como «un tribunal independiente de todos los poderes y que todos los poderes respetan»⁴⁰.

A partir de aquí, los postulados habermasianos resultan si cabe aún más discutibles, no sólo porque la apuesta metodológica del filósofo alemán le impida apreciar el desajuste entre el orden de la experiencia y el orden del discurso puesto de relieve por Fernández Sebastián, sino ante todo porque los márgenes que acotan su trabajo, dedicado exclusivamente a la *publicidad burguesa*, imposibilitan una reflexión histórica capaz de dar cuenta de la complejidad del problema. Al menos por lo que respecta a la Francia de las últimas décadas del Antiguo Régimen, la *publicidad plebeya* no sólo no puede dejar de comparecer a la cita en virtud de la tremenda importancia que posee para comprender aquella *politique de la contestation* –por usar los términos de Keith M. Baker⁴¹– que se desarrolla a partir de los años cincuenta con el estallido definitivo del conflicto jansenista⁴², sino que merece ser subrayada asimismo desde el momento en que la invención discursiva de la opinión pública le otorga un lugar fundamental.

⁴⁰ « Un tribunal indépendant de toutes les puissances, et que toutes les puissances respectent » (Guillaume-Chrétien de Lamoignon de MALESHERBES, *Discours prononcés dans l'Académie française, le jeudi 16 février 1775, à la réception de M. de Lamoignon de Malesherbes*, Paris, Demonville, 1775, p. 5).

⁴¹ Keith Michael BAKER, « Politique et opinion publique sous l'Ancien Régime », *op. cit.*, pp. 41-45.

⁴² A raíz de la decisión de Christophe de Beaumont, arzobispo de París, según la cual sólo podían recibir la extremaunción aquéllos que presentaran un billete de confesión firmado por un sacerdote que aceptara la bula *Unigenitus*.

Como más adelante tendremos la oportunidad de comprobar, la opinión pública viene definida en la Francia del siglo XVIII en función de un recorte negativo que establece una clara distinción entre ésta, la nueva instancia pública (sinónimo de saber, de verdad, de conocimiento) y la más que sospechosa variabilidad de los sentimientos particulares, el signo definitorio de ese otro discurso, la opinión popular (ciega, ruidosa, estúpida, miserable), del que se sirven los abanderados de la «publicidad burguesa» –los hombres de letras, ante todo- para exaltar aún más si cabe sus atributos casi divinos. Como afirma Mona Ozouf, «la descripción de la opinión pública permanece incierta. Su único carácter unánimemente reconocido es negativo: no es la opinión de la multitud, esa «salvaje», como escribe Necker; el público no es un pueblo, siempre presto al error, inaprehensible e inflamable»⁴³.

Retomando los términos de Laurence Kaufmann, podemos concluir, entonces, que la problemática canalizada a través de la opinión popular resulta crucial no sólo desde la aproximación «referencialista», sino también desde el enfoque «artificialista», y quizá ante todo a partir de esta segunda perspectiva, lo que explica que un historiador social como Robert Darnton desaconseje el uso de la distinción por la que aquí apostamos, pues considera un error «distinguir ámbitos separados de la cultura popular y de la élite»⁴⁴: en el París de mediados

⁴³ « La description de l'opinion publique reste incertaine. Son seul caractère unanimement reconnu est négatif: elle n'est pas l'opinion de la multitude, celle-ci « tout sauvage », comme l'écrit Necker; le public n'est pas un peuple, celui-ci toujours prompt à l'erreur, insaisissable et inflammable » (Mona OZOUF, *op. cit.*, p. 423).

⁴⁴ Robert DARNTON, «Una de las primeras sociedades informadas: las novedades y los medios de comunicación en el París del siglo XVIII» [2000], in *El coloquio de los lectores. Ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores*, México, FCE, 2003, trad. de Antonio Saborit, p. 420.

de siglo -subraya Darnton-, las noticias y rumores, las canciones, libelos y *mauvais propos* circulaban por todas partes, penetraban en la corte, en los salones, en las tabernas. La objeción es seria, pero la disyunción opinión pública/opinión popular no ha de ser interpretada evidentemente como una antítesis radical, no apunta hacia una oposición frontal, rígida, entre dos formas o registros absolutamente impermeables. Podríamos decir, siguiendo a Chartier, que este trabajo pretende ajustarse no tanto a una historia social de la cultura cuanto a una *historia cultural de lo social*⁴⁵, en el sentido de que no organiza la materialidad de la cultura a partir de divisiones sociales dadas a priori, sino que intenta reconocer tales diferenciaciones a medida que profundiza en el estudio de los objetos culturales, que son a la vez producto y reconfiguración continua de la estratificación social. A mi parecer, la objeción de Robert Darnton se debe en gran medida a que el profesor de Princeton desatiende el orden discursivo (o cuando menos no le concede demasiada importancia), lo cual supone un notable déficit interpretativo cuando lo que está en juego es una noción (y también una realidad efectiva) fundamentalmente polémica, un concepto del que sin duda podemos afirmar, apoyándonos una vez más en la terminología de Koselleck, que es menos un *índice* o descriptor de un estado de cosas, de una coyuntura sociopolítica, que un *factor*, que pretende impulsar la realidad en una determinada dirección⁴⁶.

⁴⁵ Roger CHARTIER, «El mundo como representación» [1989], in *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural* [1992], Barcelona, Gedisa, 2002, trad. de Claudia Ferrari, p. 53.

⁴⁶ Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado...*, *op. cit.*, p. 118.

Como decíamos al comienzo, cuando señalábamos las carencias de la aproximación habermasiana, al abordar el nacimiento de la opinión pública en la Francia del siglo XVIII hemos de tomar en cuenta no sólo la denominada «publicidad burguesa», la opinión *éclairée*, sino también los panfletos clandestinos, los *mauvais discours*, la sociabilidad desarrollada al margen de los foros *mondains*. Del mismo modo, no podemos prestar atención únicamente a los distintos escenarios en los que toma cuerpo esta nueva configuración sociopolítica, a su dimensión referencial u objetiva; debemos ocuparnos asimismo –y quizás ante todo– del *pólemos* intersubjetivo, de la invención discursiva de una entidad que se presenta como una suerte de «tribunal» que pretende dar forma a la experiencia de la crisis del Antiguo Régimen. La tarea es por tanto conjugar esta doble perspectiva, a partir de la cual es posible hacerse cargo de la enorme complejidad de una de las categorías centrales de la época moderna.

El *philosophe*

Tal vez el reto más importante al que nos enfrentamos es precisamente la necesidad de articular diversas líneas de trabajo, para así dar cuenta de un objeto de estudio que no deja de ser un tanto esquivo. A caballo entre el enfoque «artificialista» y el planteamiento «referencialista», nuestro propósito es subrayar la doble dimensión, aparentemente contradictoria, de la *opinion pública* del siglo XVIII, que se presenta, por una parte, desde el punto de vista político, como un

espacio de discusión sustraído a la autoridad del príncipe, y se sostiene, por otro lado, desde el punto de vista sociológico, a partir de una distinción según la cual la multitud, la *opinion populaire*, ciega, ruidosa, profundamente inestable, es incapaz de ejercer el *uso público de la razón*⁴⁷.

El *philosophe* es la figura⁴⁸ que permite transitar este espacio, la que posibilita la compleja articulación de las dos perspectivas en las que, *grosso modo*, cabe encuadrar las diferentes aproximaciones a nuestro objeto de estudio, según Laurence Kaufmann: el *philosophe* es una nueva realidad sociocultural (que habría que añadir a los ya mencionados salones y periódicos) y se destaca a la vez como una de las personalidades que más activamente participan en la invención discursiva de la opinión pública.

En la medida en que se arrogan el derecho de aparecer como los educadores de la multitud iletrada, en la medida en que se presentan como los portaestandartes de la crítica pública, del juicio certero y desinteresado, los *philosophes* sintetizan a su manera la ambivalencia del proceso moderno: indudablemente, sus serias andanadas contra algunos de los principios sobre los que se sustentaba el orden absolutista contribuyeron de manera decisiva en el

⁴⁷ Como es sabido, la expresión es de Kant: frente al *uso privado de la razón*, que es el que hace el individuo como parte de la «máquina» estatal, en virtud de lo cual está obligado a cumplir escrupulosamente con las reglas establecidas, el *uso público* de la misma, según el autor de las *Críticas*, el que se ejerce según la máxima ilustrada *sapere aude* (atrévete a servirte de tu propio entendimiento), ha de ser siempre libre (Immanuel KANT, *op. cit.*).

⁴⁸ «La palabra —escribe Roland Barthes— no debe entenderse en sentido retórico, sino más bien en sentido gimnástico o coreográfico; en suma, en el sentido griego: *σχημα* no es el «esquema»; es, de una manera mucho más viva, el gesto del cuerpo sorprendido en acción, y no contemplado en reposo: el cuerpo de los atletas, de los oradores, de las estatuas: lo que es posible inmovilizar del cuerpo tenso» (Roland BARTHES, *Fragmentos de un discurso amoroso* [1977], Madrid, Siglo XXI, 1997, trad. de Eduardo Molina, p. 13). Parafraseando a Barthes, podríamos decir que para nosotros la figura es el *philosophe* haciendo su trabajo.

desarrollo, por parte de la ciudadanía, de una nueva sensibilidad pública, manifiesta crecientemente a partir de los años cincuenta, a partir de aquella *politique de la contestation* que abordaremos en el primer capítulo de este trabajo; pero, al mismo tiempo, los hombres de letras no escatimaron esfuerzos con el fin de asegurarse el objetivo último que guiaba su empresa, que no consiste fundamentalmente en la creación de un *corpus* doctrinario capaz de mostrar a los lectores cada vez más numerosos las bondades del ejercicio racional, sino que tiene que ver antes que nada con la constitución y el fortalecimiento de una elite que tiende a monopolizar muchos de los escenarios de la nueva discusión pública. En una época que fue testigo de una extraordinaria intensificación del debate político, de encendidas prácticas contestatarias y de una multiplicación sin precedentes de muy diversas formas discursivas, los hombres de letras se asentaron como un importante grupo de poder, que percibió en no pocas ocasiones el creciente éxito de las nuevas iniciativas contemporáneas (las *memorias judiciales*⁴⁹ o los panfletos de *Grub Street*) como una aberración, como una seria amenaza contra sus intereses.

Desde aquí, no podemos sino suscribir la apuesta historiográfica de Robert Darnton (con la importante salvedad de que a nosotros sí nos parece decisiva la distinción entre *opinion pública* y *opinion popular*), quien no sólo subraya el interés

⁴⁹ Sarah Maza da cuenta del enfrentamiento en los años setenta y ochenta entre los abogados y los hombres de letras, que perciben la creciente difusión de las memorias judiciales como una amenaza nada desdeñable, que observan cómo la buena fama de los juristas pone en peligro su privilegiada posición ante los lectores franceses (Sarah MAZA, « Le tribunal de la nation : les mémoires judiciaires et l'opinion publique », *Annales ESC*, 1, 1987, p. 81. Véase también Sarah MAZA, *Vies privées, affaires publiques. Les causes célèbres de la France pré-révolutionnaire* [1993], [Paris], Fayard, 1997, traduit par Christophe Beslon et Pierre-Emmanuele Dauzat).

de las canciones, los libelos, de las crónicas escandalosas, de los libros «que no pueden leerse más que con una mano»⁵⁰, sino que propone, además, una «deflación» de la Ilustración: no podemos aplicar esta etiqueta —concluye el profesor de Princeton— a la totalidad del pensamiento occidental en el siglo XVIII, sino que hemos de reconocer, bajo este nombre, un movimiento concreto, que, si bien se diseminó a través de muchos lugares (Londres, Ámsterdam, Milán...), se definió como una causa en el París de Voltaire y la *Encyclopédie*, como una campaña orquestada por una elite que inventó para sí una nueva denominación, que se ajustó a un nuevo tipo ideal, el *philosophe*, «en parte hombre de letras, en parte hombre de mundo metido de cabeza en el uso de las letras para liberar al mundo de la superstición»⁵¹.

El fragmento de Darnton sintetiza perfectamente el significado del término: el *homme de lettres* es a la vez un *homme du monde* —un asiduo de los salones, de los círculos selectos reservados para las elites parisinas— y lo que podríamos llamar un *homme public*. La primera parte de la definición será objeto de análisis en el último capítulo, a raíz de lo que los propios hombres de letras afirman acerca de sí mismos y las relaciones que los unen o los separan de los *grands* (la alta aristocracia que frecuentan en las dependencias de la duquesa de Luxemburgo o Mme Geoffrin, por citar sólo dos de las más importantes

⁵⁰ La expresión es de Jean-Jacques ROUSSEAU, *Las confesiones* [1782*], Madrid, Espasa-Calpe, 1979, trad. de Pedro Vances, libro I, p. 55. (*Publicada tras la muerte de Rousseau, la obra fue concluida en 1770.)

⁵¹ Robert DARNTON, «La dentadura postiza de George Washington» [1997], in *El coloquio de los lectores...*, *op. cit.*, p. 292.

maîtresses de salón), y a propósito de las críticas a los *philosophes* y la frivolidad de las prácticas *mondaines*.

Es el segundo aspecto de la caracterización el que más nos interesa en este momento, pues es en calidad de *homme public* como el *philosophe* acontece históricamente. Es precisamente la emergencia de la opinión pública lo que distingue al *philosophe* de su antepasado más inmediato, el *savant* de la República de las Letras. Si el *savant* del siglo precedente salía de su gabinete para buscar en la Academia el reconocimiento de sus pares, ante todo en las últimas décadas del Antiguo Régimen el *philosophe* sabe que su prestigio, que su poder se pone en juego en la arena pública, más allá de los muros de la institución⁵². No es casual que d'Alembert, uno de los *philosophes* por antonomasia, a partir de 1761 deje de publicar sus memorias científicas en los volúmenes de la Académie française –de la que será *secrétaire perpétuel* desde 1772– y las difunda a través de su propio editor, bajo la forma de *Opuscules*. El protegido de Voltaire ya era plenamente consciente de lo que el patriarca de Ferney le dirá en una carta fechada el 26 de

⁵² A pesar de que resulta útil, a mi juicio –más aún cuando nuestra pretensión no excede, por el momento, una nota introductoria–, asociar los términos *savant* y *philosophe* a dos modelos de pensadores que se suceden cronológicamente, conviene advertir que en el siglo XVIII las dos palabras son usadas indistintamente hasta los años cincuenta, cuando el vocablo *savant* comienza a designar de manera más clara al especialista en una determinada disciplina científica, de lo cual escapa el *philosophe*, que, como afirma Didier Masseau, establece un tipo de relación con el saber «qui confère à son détenteur une compétence lui permettant spontanément d'intervenir dans tous les domaines de la culture» [«que confiere a quien la detenta una competencia que le permite intervenir espontáneamente en todos los dominios de la cultura»] (Didier MASSEAU, *L'invention de l'intellectuel dans l'Europe du XVIIIe siècle*, Paris, Presses Universitaires de France, 1994, p. 12).

diciembre de 1767: «Es la opinión la que gobierna el mundo y es usted el que ha de gobernar la opinión»⁵³.

Según Élisabeth Badinter, «el acto de nacimiento de los intelectuales data de la creación de las academias»⁵⁴, la más antigua de las cuales es la Académie française, fundada por Richelieu en 1634, tras la que se constituyeron, gracias al impulso de Colbert, la Petite Académie, en 1663 (que desde 1716 pasó a denominarse Académie des inscriptions et belles-lettres), y la Académie royale des sciences, en 1666. La implantación de estas sociedades estatales, que contemplaban generosas pensiones para aquéllos que ocupaban sus asientos, instituyó una nueva elite, un cuerpo de eruditos tocado por el dedo de la gracia, que es en este caso el del rey, provisto de la dignidad que recae casi de inmediato sobre quienes pasean sus libros, actas y memorias por los nuevos templos del saber, que dotan a los discursos nacidos bajo sus auspicios de la distinción que enaltece su figura.

Pero esta nueva elite no se afianzó como tal hasta bien entrado el siglo XVIII. De ahí que debamos matizar la afirmación de Badinter: más que constituir su acta de nacimiento, las Academias fundadas en el siglo de Luis XIV son una condición de posibilidad del intelectual, que cristaliza finalmente cuando emerge ese nuevo sujeto que según Voltaire, el líder indiscutible de los

⁵³ « C'est l'opinion qui gouverne le monde, et c'est à vous de gouverner l'opinion » (carta de VOLTAIRE a d'Alembert, 26 de diciembre de 1767, in VOLTAIRE, *Correspondance*, éditée par Theodore Besterman, [Paris], Gallimard, notes de Besterman traduites et adaptées par Frédéric Deloffre, vol. IX, 1985, lettre 10463 [D 14623], p. 231).

⁵⁴ « L'acte de naissance des intellectuels date de la création des Académies » (Élisabeth BADINTER, *Les passions intellectuelles*, vol. I, *op. cit.*, p. 10).

philosophes, gobierna el mundo. Es entonces cuando aparece lo que, a pesar del anacronismo del término, puede llamarse con rigor *intelligentsia*⁵⁵, una nueva clase social, la elite de los intelectuales, o, como diría d'Alembert en uno de los textos que analizaremos en el capítulo dedicado al estatuto de los hombres de letras, «la clase maldita de los *philosophes*»⁵⁶, que, armados de la distinción académica, obtienen más allá de los muros de la institución una nueva legitimidad en virtud de su pretendido magisterio público, que se despliega justo cuando el debilitamiento de las prácticas y símbolos tradicionales (la desacralización o desencanto ante la monarquía⁵⁷, la desestructuración de las creencias y hábitos religiosos⁵⁸) libera un espacio donde cabe un nuevo guía espiritual, cuya

⁵⁵ Véase Paul VERNIÈRE, « Naissance et statut de l'intelligentsia en France », in Christiane MERVAUD et Sylvain MENANT (éd.), *Le siècle de Voltaire: hommage à René Pomeau*, Oxford, Voltaire Foundation, 1987, vol. II, pp. 933-941; Éric WALTER, « Sur l'intelligentsia des Lumières », *Dix-huitième siècle*, 5, 1973, pp. 173-201.

⁵⁶ « La classe maudite des philosophes » (D'ALEMBERT, « Réflexions sur l'état présent de la République des lettres pour l'article gens de lettres, écrites en 1760 et par conséquent relatives à cette époque », in *Œuvres et correspondances inédites* (éditées par Charles Henry), Genève, Slatkine, 1967, p. 73).

⁵⁷ Desarrollaremos este argumento en el próximo capítulo, tras analizar el frustrado atentado de Luis XV perpetrado por Robert-François Damiens.

⁵⁸ La espectacular caída del libro de religión (que constituía la mitad de la producción impresa en París a finales del siglo XVII, una tercera parte hacia 1720, una cuarta parte a principios de los años cincuenta y tan sólo la décima parte en la década de 1780); el considerable descenso de las ordenaciones sacerdotales, así como de los ingresos a las congregaciones marianas y las cofradías de penitentes (el ejemplo provenzal muestra cómo éstas últimas sufrieron en 1770 el abandono mayoritario de los magistrados, comerciantes y burgueses que ocupaban tradicionalmente los rectorados y vicerrectorados de dichas asociaciones religiosas, de las que se marcharon para unirse a las logias masónicas); o el aumento de las prácticas anticonceptivas rudimentarias (en Ruán, por ejemplo, se estima que el porcentaje de parejas que optan por la interrupción voluntaria del coito asciende hasta el 10% a finales del siglo XVII, pasa del 20 al 30% en el primer tercio del siglo XVIII, y supera el 50% poco antes de la Revolución) arrojan datos contundentes que apuntan hacia un importante movimiento de descristianización del reino, manifiesto asimismo en las prácticas relativas a la actitud de los ciudadanos frente a la muerte: en París y Provenza, a partir de 1730, disminuye notablemente la cantidad de dinero que los testadores dedican a la celebración de misas que habrían de favorecer el eterno descanso de sus almas, crece la indiferencia respecto al lugar de la sepultura, se registra un importante descenso del número de pedidos de misas destinadas a atenuar las penas del Purgatorio y, cada vez con mayor frecuencia, se suprime la fórmula testamentaria «por los méritos de la muerte y pasión de Cristo», que invocaba el sufrimiento de Jesús y el misterio de

representación más acabada es la multitudinaria *entrée*⁵⁹ de Voltaire en París el diez de febrero de 1778, meses antes de su muerte.

la Encarnación con el fin de que la divinidad se apiadara del difunto. (Véase Roger CHARTIER, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII...*, *op. cit.*, pp. 84, 107-126.)

⁵⁹ La ocasión merece el término reservado a las apariciones públicas del soberano en la capital del reino, pues la llegada del patriarca de Ferney, que pisaba París tras veintiocho años de exilio, fue celebrada como si se tratara del monarca más amado de la historia de Francia.



Ilustración 1: Jean François de Troy, *Une lecture de Molière ou lecture dans un salon*, 1728-1730 (colección privada).

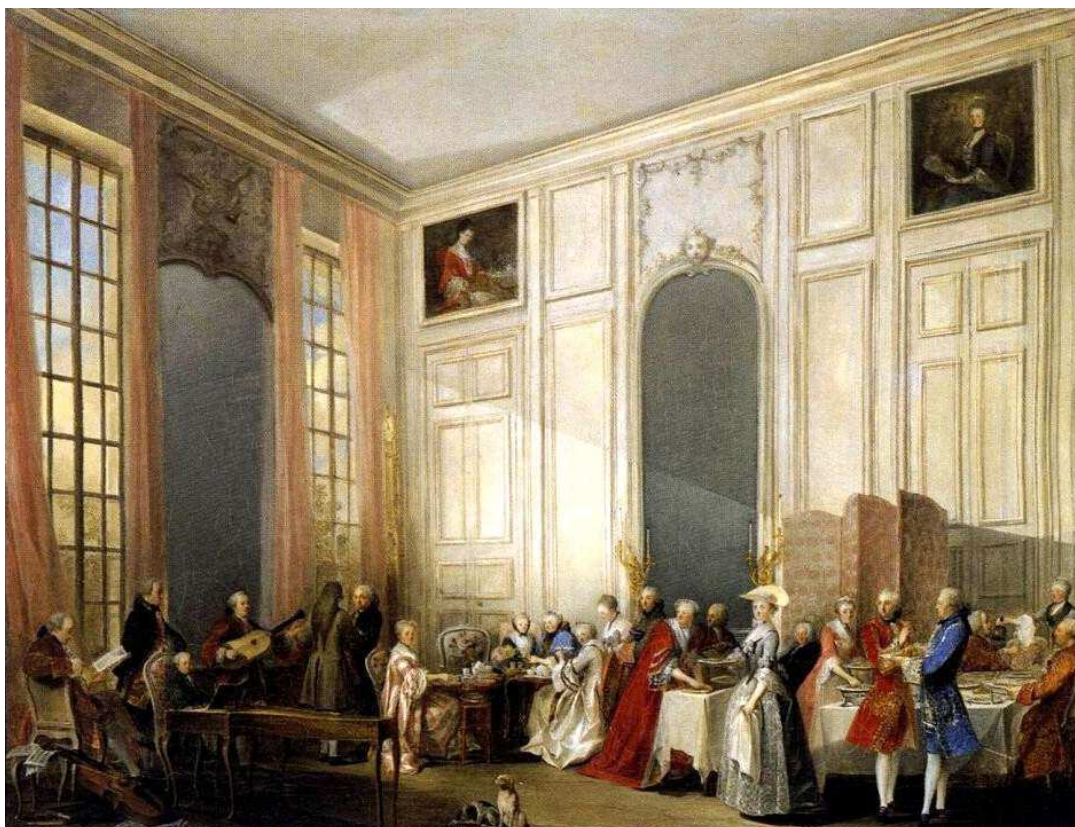


Ilustración 2: Michel Barthélemy Ollivier, *Thé à l'anglaise servi dans le salon des Quatre-Glaces au Palais du Temple à Paris en 1766, 1777* (Musée du Louvre, Paris). La concurrencia tiene la oportunidad de escuchar al joven Mozart.



Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France

Ilustración 3: « Le spectateur-nocturne au café, voyant disputer les politiques » (Bibliothèque nationale de France, Paris). Grabado anónimo, primera plancha en el frontispicio de la décima parte del volumen V del libro de Nicolas-Edme Rétif de La Bretonne, *Les Nuits de Paris ou le Spectateur nocturne*, Londres, 1788-1789. El hombre corpulento responde con vehemencia al tipo delgado, que ha hablado de rebeliones.

Capítulo 1

LOS ECOS DE DAMIENS.

LA DESACRALIZACIÓN DE LA MONARQUÍA

Difícilmente un intento de regicidio puede pasar por un hecho insignificante, aun cuando se trata de un atentado fallido que sucedió hace más de doscientos años. En su correspondencia de Versalles del seis de enero de 1757, que vio la luz dos días más tarde, la *Gazette de France* (el periódico oficial del régimen) relataba lo ocurrido con todo lujo de detalles: «Ayer a las seis menos cuarto de la tarde, el Rey salió de casa de las *Mesdames* de Francia y se disponía a subir a su carroza para regresar a Trianon. Un desgraciado encontró entonces la manera de aproximarse a Su Majestad flanqueado por su guardia, sin ser descubierto. Iba armado con un cuchillo de dos hojas, una de ellas era una hoja corriente, la otra tenía la forma de una navaja, de cinco a seis líneas de ancho y alrededor de cuatro piezas de largo. Es con esta última hoja con la que

le propinó la puñalada al Rey»¹. El texto continúa, da cuenta con suma exactitud de la hondura de la herida y de la reacción de Luis XV al ser acuchillado. Cuando lo que está en juego es la vida del monarca, sin duda los detalles son importantes, como lo son también para comprender las declaraciones del criminal, que en los numerosos interrogatorios a los que fue sometido no cesaba de repetir que nunca quiso matar al soberano, que de haberlo querido a buen seguro lo habría logrado, le habría bastado utilizar la gran hoja de su cuchillo en lugar de la pequeña lámina; según sus propias palabras, lo único que pretendía era «tocar» al rey, «y convencerlo para que escuchara las *Remontrances*, para que hiciera justicia, para que dejara de prestar atención a los malos consejos de sus Ministros»².

Las palabras de Damiens revelan, como afirma Pierre Rétat, el sentido más profundo y más dramático del atentado³. Obviamente los jueces permanecieron implacables y, como es sabido, quien osó empuñar su cuchillo contra el monarca fue descuartizado poco después en la Place de Grève, ante la atenta mirada de numerosos espectadores. La lógica del Antiguo Régimen es incontestable en este punto, y el suplicio deviene la consecuencia inevitable: el cuerpo simbólico del

¹ « Hier à Cinq heures trois quarts du soir, le Roi sortit de chez Mesdames de France, pour monter dans son carrosse et se rendre à Trianon. Un malheureux trouva alors le moyen d'approcher Sa Majesté au milieu de sa Garde, sans être aperçu. Il étoit armé d'un couteau à deux lames, dont l'une étoit une lame ordinaire, l'autre avoit la forme d'une canif, et étoit large de 5 à 6 lignes et longue d'environ 4 pouces. C'est avec la dernière lame que le coup a été porté » (*Gazette [de France]*, ocho de enero de 1757).

² « Et de le rendre plus disposé à écouter les Remontrances, à faire justice, à ne plus écouter les mauvais conseils de ses Ministres ». El fragmento pertenece al interrogatorio del 17 de marzo (Alexandre-André LE BRETON (éd.), *Pièces originales et procédures du procès fait à Robert-François Damiens, tant en la Prévôté de l'Hôtel qu'en la cour de Parlement*, Paris, P.-G. Simon, 1757, n. 25, p. 331 a).

³ Pierre RÉTAT (sous la direction de), *L'attentat de Damiens...*, *op. cit.*, p. 223.

rey no acaba de sanar hasta que el cuerpo del criminal es reducido a cenizas, y las cenizas arrojadas al viento. El atentado por tanto remite al suplicio automáticamente, y éste pretende cerrar el círculo o la brecha abierta. Pero la realidad es otra, la respuesta del regicida muestra la cara oculta del gran espectáculo oficial que concluye en la Place de Grève después de tres meses de súplicas, misas, poemas, elogios al Bien Amado y festejos para celebrar su curación. Sólo en parte el *sobrepoder* monárquico ha logrado restaurarse: encerrado primero en la Prévôté del Hotel del Rey en Versalles y más tarde como su predecesor Ravailac en el Tour de Montgomery, Damiens recuerda, por un lado, el abismo infranqueable que separa a los súbditos de la persona sagrada del rey y denuncia, por otra parte, las funestas decisiones monárquicas de los últimos tiempos.

Mauriceau de la Motte y el secuestro infantil de 1750

Abandonemos por un instante a nuestro regicida, aunque no por completo. Dos nuevas historias terminan de perfilar, en filigrana, el enrarecido clima sociopolítico de la década de 1750. La primera de ellas tiene como protagonista a Mauriceau de la Motte, oficial notificador del Palacio de Justicia, quien durante una cena en un restaurante de la calle Saint-Germain-l'Auxerrois, a propósito del caso Damiens, «habló con arrebató sobre la manera como el proceso había sido instruido, contra el gobierno, incluso contra el rey y los

ministros»⁴. Presunto *autor de palabras sediciosas y atentatorias contra la autoridad real*⁵ —fueron hallados en su domicilio carteles que empapelaron algunos lugares de París antes y después del atentado de 1757, sin muestras de que dichos carteles hubieran sido arrancados, tal y como defendía el acusado—, Mauriceau de la Motte fue ahorcado en la Place de Grève en septiembre de 1758. «Había una gran multitud a su paso y en la Place de Grève —anota Barbier en su *Journal*—. Algunos decían que no se da muerte por palabras o por simples escritos; otros esperaban que se le concediera el indulto; pero se quiso dar ejemplo con un burgués de París, que desempeñaba un cargo, para reprimir los abusos de un gran número de fanáticos, que hablan con demasiado atrevimiento del gobierno»⁶.

La narración del abogado Barbier no deja lugar a dudas. «El dispositivo se atasca», concluye Roger Chartier⁷: el castigo público y ejemplar ya no obtiene el efecto deseado; el *sobrepoder* monárquico, argumenta Michel Foucault, resulta cada vez más inquietante a los ojos de una multitud que protesta contra la desproporción entre el delito y el castigo, que aclama las irreverencias del

⁴ « Il a parlé avec emportement sur la manière dont ce procès a été instruit, contre le gouvernement, même contre le Roi et les ministres ». El entrecomillado reproduce el relato de Edmond-Jean-François BARBIER, *Chronique de la Régence et du règne de Louis XV (1718-1763) ou Journal de Barbier*, París, Charpentier, vol. VII (1758-1761), 1857, p. 89.

⁵ *Auteur des propos séditieux et attentatoires à l'autorité royale*, tal era el lema que se exhibía en los carteles que rodeaban el cuerpo del condenado durante el suplicio (*ibíd.*, p. 90).

⁶ « Il y avoit dans son passage et à la Grève grande affluence de peuple. Quelques-uns disoient qu'on ne fait point mourir pour des paroles et des simples écrits ; d'autres espéroient qu'il auroit sa grâce ; mais on a voulu faire un exemple sur un bourgeois de Paris, homme ayant une charge, pour réprimer la licence d'un nombre de fanatiques, qui parlent trop hardiment du gouvernement » (*ibíd.*, p. 91).

⁷ Roger CHARTIER, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII...*, *op. cit.*, p. 132.

criminal convertido en héroe⁸. El ceremonial que representa *la política del terror*⁹ se anuda a los conflictos sociales y el imaginario colectivo, subraya Arlette Farge, y, lejos de convocar la adhesión acrítica de los súbditos al acto supremo de justicia, evoca respuestas y alianzas insospechadas¹⁰.

A partir de aquí, el discurso puede tomar distintas direcciones. El sistema se reajusta, escribe Foucault, y aquellas prácticas punitivas que culminaban en el ritual político-jurídico de la Place de Grève serán sustituidas por un conjunto de dispositivos disciplinarios que ya no tienen por objeto el cuerpo del supliciado, sino el «alma» del delincuente. Para Arlette Farge, el motivo del análisis es otro: frente a las representaciones dominantes de la época (las autoridades, la prensa, la elite), que conciben la multitud como un todo homogéneo e indiferenciado, caracterizado en la mayoría de las ocasiones a partir de la ceguera o la impulsividad, se trata de comprender la complejidad de los comportamientos colectivos; se trata de hallar, en suma, bajo la supuesta excepcionalidad de los levantamientos extremos, las reglas del fluir cotidiano, la *lógica de las multitudes*¹¹.

Aquí comienza nuestra segunda historia, siete años antes de aquella fatídica noche del cinco de enero de 1757. En la primavera de 1750, un rumor recorre las calles de París: la policía secuestra niños y los hace desaparecer. Los motines populares se suceden durante todo el mes de mayo. El primero de mes, la escena

⁸ Michel FOUCAULT, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* [1975], FCE, Madrid, 2000, trad. de Aurelio Garzón del Camino, p. 65.

⁹ La expresión es de FOUCAULT (*ibíd.*, p. 54).

¹⁰ Arlette FARGE, *La vida frágil. Violencia, poderes y solidaridades en el París del siglo XVIII* [1986], México, Instituto Mora, 1994, trad. de Gabriela Montes de Oca y María Jiménez Mier y Terán, p. 219.

¹¹ Arlette FARGE y Jacques REVEL, *Lógica de las multitudes. Secuestro infantil en París* [1988], 1750, Rosario, Homo Sapiens, 1998, trad. de Eduardo Hourcade.

tiene lugar en el faubourg Saint-Laurent: Sébastien Leblanc, oficial de vigilancia, arresta a seis de los veinte niños (que tienen entre doce y quince años) que jugaban a la ruleta junto a los desagües; la alarma cunde en el barrio y la guardia francesa se enfrenta, espada en mano, a la policía, que finalmente condujo a los pequeños «libertinos y vagabundos» a la prisión de Châtelet. Los disturbios aún no se han cobrado ninguna víctima, pero el clima está lo bastante enrarecido como para que el *Journal* del abogado Barbier, uno de los más importantes cronistas de la época, se haga eco del rumor el 16 de mayo: «Desde hace ocho días, oficiales de policía, disfrazados, merodean por diferentes barrios y raptan niños, chicas y chicos, que tienen entre cinco o seis y diez años o más, los meten en coches de punto preparados a tal efecto; son hijitos de artesanos y otros a los que se permite andar por el vecindario, que se envía a la iglesia o a buscar cualquier cosa. Como estos oficiales visten como burgueses y dan vueltas por diferentes barrios, este asunto no ha hecho en principio demasiado ruido»¹². En efecto, el ruido está por llegar, pero la protesta es menos silenciosa de lo que pretende Barbier. Esa misma mañana (el 16 de mayo) los oficiales de policía, que pasaban montados en su carroza por la calle Nonnains-d'Hyères, tienen que refugiarse en la casa del comisario Rochebrune. Doscientas personas, de ambos sexos y de todas las edades, armadas con palos y piedras, intentan penetrar en la

¹² « Depuis huit tours, on dit que dans Paris, des exempts de la police, déguisés, rôdent dans différents quartiers et enlèvent des enfants, filles et garçons, depuis cinq ou six ans jusqu'à dix ans et plus, les mettent dans des carrosses de fiacre qu'ils sont tous prêts ; ce sont des petits enfants d'artisans et autres qu'on laisse aller dans le voisinage, qu'on envoi à l'église ou chercher quelque chose. Comme ces exempts sont en habits bourgeois et qu'ils tournent dans différents quartiers, cela n'a pas fait d'abord grand bruit » (Edmond-Jean-François BARBIER, *Chronique de la Régence et du règne de Louis XV...*, *op. cit.*, vol. IV (1745-1750), 1858, p. 422).

casa; los guardias abren fuego, matan a un niño y hieren a varias personas más. Los desórdenes no han hecho más que comenzar, la intensidad de los disturbios no deja de aumentar con el paso de los días: así, el 22, de la mañana a la noche, se suceden seis graves enfrentamientos en sendos barrios de la capital francesa.

La revuelta alcanza su máxima expresión al día siguiente, cuando el oficial de policía Labbé, tras una larga persecución, es atrapado en el Mercado Saint-Honoré. Gracias a la mediación del alcalde, Labbé es trasladado a la casa del comisario La Vergée. De no ser porque los guardias de vigilancia intentaron desalojar a la multitud y un sargento cometió la enorme torpeza de apuntar con su alabarda a un chico que se había colado en el patio, la decisión del alcalde habría supuesto seguramente el fin de los desórdenes: el agente habría encontrado la protección que le fue negada por parte de Louis Devaux, el responsable del mercado que consiguió asimismo calmar a los perseguidores; éstos se habrían dado por satisfechos al presenciar, tal y como proponía La Vergée, algún tipo de reparación pública. La multitud finalmente volvió a capturar a Labbé y consumó su venganza. El cuerpo inerte portado a hombros fue exhibido ante las dependencias de Nicolas Berryer, el lugarteniente general de policía impuesto por Mme de Pompadour en 1747, cuya política represiva conquistó bien pronto los odios de una población a la que molestaban especialmente las *moscas* como Labbé que pretendían confundirse con el paisaje urbano.

Tras el resumen de lo sucedido, podríamos comenzar por reconstruir la lógica de la revuelta, lo que tienen en común prácticamente todos los altercados del mes de mayo: mientras hace su ronda, un oficial de policía es descubierto y acusado de participar en el secuestro de niños; los ciudadanos se movilizan inmediatamente, llaman a las puertas de los talleres y negocios del barrio y se lanzan a la persecución del agente, que, con un poco de fortuna, cuando no es atrapado por la multitud y apaleado con todo tipo de objetos, logra resguardarse en las dependencias del comisario del distrito, que tiene entonces la difícil tarea de apaciguar al gentío, que ha sitiado la casa y en principio no está dispuesto a abandonar el lugar si no le es entregado el vigilante.

La elección del refugio por parte del perseguido no es azarosa. Para comprenderla, debemos detenernos un instante en la configuración del aparato policial de la época. Éste se compone de dos grupos: los comisarios, por un lado, bajo la autoridad del Parlamento, que son los magistrados que se reparten las distintas circunscripciones de la ciudad, encargados cada uno de ellos de la administración general de su distrito, llamados a solucionar los conflictos de la vida cotidiana; y un cuerpo de inspectores, por otra parte, bajo la autoridad directa del lugarteniente general (que los nombra y remunera a su antojo), que no se ocupan de un territorio particular, sino que se articulan en torno a los diferentes sectores o asuntos del orden público y cuentan para cumplir su labor con una amplia red de colaboradores, los espías o *mouchards* —denominados *mouches* (*moscas*) por la población—. Mientras que el cuerpo de magistrados goza de buena reputación entre la ciudadanía, para quien el comisario representa una

figura cercana, familiar, visible, este segundo grupo de oficiales, que asume una función fundamentalmente represiva, es detestado por los hombres y mujeres del pueblo.

Conforme avanza el siglo, los lugartenientes generales de la policía multiplican extraordinariamente sus efectivos, avivados sin duda por las nuevas reglamentaciones que intentan a toda costa limpiar la ciudad de mendigos, pobres y vagabundos, en particular la Ordenanza Real del 12 de noviembre de 1749, en la que «Su Majestad ordena que todos los mendigos, vagabundos y holgazanes, gente vulgar, que sean encontrados, sea en las calles de París, sea en las iglesias o a la puerta de dichas iglesias, sea en el campo o alrededores de París, de cualquier edad o sexo que puedan ser, que sean arrestados y conducidos a las prisiones, para permanecer allí tanto tiempo como se juzgue necesario»¹³.

La resolución, en manos de Nicolas Berryer, casi forzosamente tenía que dar lugar a numerosos levantamientos: sin contar los del mes de mayo, París fue testigo de quince revueltas entre el 10 de diciembre de 1749 y el 14 de abril del año siguiente. El hombre que tomó la lugartenencia general de policía gracias a la influencia de Mme de Pompadour, aquella «hija de puta» (*bâtarde de catin*)

¹³ « Sa Majesté ordonne que tous les mendiants, vagabonds et gens sans aveu, généralement quelconques, qui seront trouvés, soit dans les rues de Paris, soit dans les églises ou à la porte desdites églises, soit dans la campagne et aux environs de Paris, de quelque âge ou sexe qu'ils puissent être, soient arrêtés et conduits dans des maisons de force, pour y demeurer tant et si longuement qu'il sera jugé nécessaire » (orden del 12 de noviembre de 1749, citada en Christian ROMON, « L'affaire des « enlèvements d'enfants » dans les archives du Châtelet (1749-1750) », *Revue historique*, vol. 270, n° 547, 1983, p. 57).

denunciada por las canciones populares¹⁴, organizó enseguida su equipo de trabajo (que dio a conocer al comisario Rémy el cinco de diciembre de 1749), sustituyó poco después a algunos de sus agentes (lo sabemos por una nueva misiva destinada a Rémy, fechada el 31 de marzo de 1750) y envió una carta el 18 de abril de 1750 a uno de los nuevos vigilantes, Sébastien Leblanc, a quien instaba no sólo a disipar «las aglomeraciones de libertinos y vagabundos que se dan cita en las plazas públicas y en los paseos»¹⁵ y a detener a algunos de ellos para dar ejemplo y conducirlos a la cárcel, sino también a «intimidar» a los «hijos de burgueses» que encontrara en sus rondas por los diferentes barrios de París. La carta, que muestra la determinación inquebrantable de Berryer, explicita el lado oscuro, extraoficial, de los arrestos: éstos, en principio, sólo debían tener por objeto los mendigos que pueblan las calles de la capital del reino; en la práctica, se extienden también a los niños, que son, en su mayoría, según la respuesta que dio el agente Joseph Faillou al segundo interrogatorio al que fue sometido el 16 de junio, «jóvenes aprendices que trabajan con sus maestros o con sus padres y madres»¹⁶. El arresto de niños no comienza a raíz de la misiva

¹⁴ Hay numerosas muestras de la hostilidad desatada contra Mme de Pompadour. A título de ejemplo, la primera estrofa y el estribillo de una canción popular que recorría las calles del París de mediados de siglo: « Qu'une bâtarde de catin / À la cour se voie avancée, / Que dans l'amour ou dans le vin / Louis cherche la gloire aisée, / Ah! le voilà, ah! le voici, / Celui qui n'en a nul souci » [«Que una hija de puta / Se cuele en la corte, / Que en el amor o en el vino / Luis busque la gloria vana, / ¡Ah!, allí está, ¡ah!, aquí está, / aquél a quien no le importa nada»]. Éste y otros temas de 1749 y 1750 han sido grabados por Hélène Delavault y pueden ser escuchados a través de Internet, en la página web de la *American Historical Review* (www.indiana.edu/~ahr). Véase también Robert DARNTON, «Una de las primeras sociedades informadas...», *op. cit.*, pp. 371-429.

¹⁵ «Des attroupements de libertins et vagabonds qui se donnent des rendez-vous dans les places publiques et sur les quais » (Archives Nationales (AN), X^{2B} 1367, 18 de abril de 1750).

¹⁶ «Jeunes gens de métier travaillant chez des maîtres et chez leurs pères et mères » (AN, X^{2B} 1367, 16 de junio de 1750).

de Berryer fechada el 18 de abril, pues ya Faillou detuvo a 45 jóvenes (cuya edad media es de 15 años) entre el 12 de marzo y el 14 de abril, y su sustituto, Leblanc (que, como vimos, sufrió la revuelta del primero de mayo), arrestó a 46 adolescentes (cuya edad media es de 16 años) del 20 de abril al 15 de mayo. En total, por tanto, fueron conducidos a las prisiones de Châtelet y del Fort l'Évêque 91 niños en poco más de dos meses.

Como antes apuntábamos, nuestro análisis debe mantenerse en un complicado juego de equilibrio entre la novedad y la serie, entre la excepcionalidad y la cotidianidad. Como sostienen Arlette Farge y Jacques Revel, «la revuelta se inscribe en el registro ordinario de las relaciones ambiguas que el pueblo mantiene con la autoridad pública»¹⁷. El motín, así, no es únicamente una protesta contra la pretendida limpieza llevada a cabo por el implacable Berryer, sino también contra el funcionamiento mismo del aparato policial, que en apenas unos decenios ha modificado sustancialmente su estructura y sus objetivos: la autoridad que gestiona el conflicto, la lugartenencia general de la policía, fue creada en 1667 (tuvo en Gabriel Nicolas de la Reynie a su primer representante), mientras que la figura del inspector de policía fue instituida en 1708, con d'Argenson al frente de las operaciones (es él quien empieza a pagar directamente a sus informadores). Con la reforma de 1740 aumenta la influencia de estos inspectores, que, durante el mandato de Berryer, se organizan, como decíamos antes, por sectores de competencia. Los espías, por último, como señala Paolo Piasenza, se convierten en una figura dominante hacia mediados de

¹⁷ Arlette FARGE y Jacques REVEL, *op. cit.*, p. 45.

siglo¹⁸. Las fuerzas del orden público han renovado, por tanto, recientemente su fisonomía. La antigua policía administrativa, que se ocupaba ante todo del aprovisionamiento de la ciudad, la salubridad y el desarrollo ordenado de la actividad comercial y productiva, ha dado paso a un nuevo cuerpo policial cuyo carácter es fundamentalmente represivo, que, con d'Argenson, escribe Piasenza, «deviene una actividad de control intrusivo, secreto y cotidiano»¹⁹.

Las diferencias entre los antiguos agentes del orden y las nuevas fuerzas de seguridad son por tanto notables, entre ellas el hecho de que la nueva policía es sustraída al control del Parlamento, pues la institución que dependía de éste y compartía con él la auto-representación de la policía como cuerpo primariamente administrativo, la autoridad en torno a la cual giraba todo el engranaje, el comisario, es cada vez más una figura secundaria, a la sombra del lugarteniente general (y en el caso de Berryer, como hemos podido apreciar, la sombra es alargada).

Pero de todas las diferencias existentes entre la antigua y la nueva concepción y práctica policial quisiera subrayar una en particular, que es, a mi juicio, la más relevante para comprender no sólo las violentas reivindicaciones de la ciudadanía, sino, en general, el contexto sociopolítico de la época. El propio Berryer, en aquella carta fechada el 18 de abril destinada a Sébastien Leblanc, recomendaba encarecidamente a su nuevo espía que llevara cuidado y

¹⁸ Véase Paolo PIASENZA, «Rapimenti, polizia e rivolta: un conflitto sull'ordine pubblico a Parigi nel 1750», *Quaderni storici*, 64, 1987, pp. 140-143.

¹⁹ «Diventa un'attività di controllo intrusivo, segreto e quotidiano» (*ibid.*, p. 140).

procediera «con suma prudencia a fin de evitar las rebeliones»²⁰. Lo más interesante de la cita del lugarteniente general no es, evidentemente, el hecho de que esté al tanto de los desórdenes públicos ocasionados a raíz de las detenciones, sino el remedio que propone contra tales disturbios: la prudencia, o, lo que es lo mismo –más aún si tenemos en cuenta que la misiva va dirigida a una de esas *moscas* que se multiplicaron hacia mediados de siglo-, el secreto. Ésta es la marca esencial del nuevo *modus operandi* de la policía: frente a la visibilidad del comisario, la invisibilidad de los *mouchards*; frente a la relación de familiaridad que establece la ciudadanía con el magistrado (cuya casa es conocida por todos los habitantes del barrio, pues allí se dirigen para presentar sus quejas y resolver los pequeños asuntos del día a día), frente a esta cercanía, el anonimato de los espías y la intercambiabilidad de los mismos (a buen seguro es ésta una de las razones por las que Berryer decidió sustituir a algunos de sus agentes a mitad del conflicto, para evitar que éstos fueran identificados fácilmente por la población, además de que al parecer el lugarteniente general no pagaba demasiado bien a sus colaboradores). Sobre la ciudad se cierne una suerte de panóptico anónimo, que si bien no explica por sí solo la intensidad de las revueltas del mes de mayo, ayuda a disparar los rumores entre quienes se saben observados de continuo.

La problemática es bastante compleja, y no permite establecer nexos causales de modo unidireccional. La práctica del secreto, el incremento exponencial de las escuchas clandestinas está íntimamente ligado ante todo a la

²⁰ « Avec beaucoup de prudence afin d'éviter les rébellions » (citado en Christian ROMON, *op. cit.*, p. 61).

proliferación de *mauvais discours*, independientemente de que éstos acaben o no desembocando en revueltas populares de mayor o menor alcance. «Malos discursos»: la etiqueta corresponde a una rúbrica policial que cubre un amplio abanico de delitos: injurias, crímenes de lesa majestad, complots contra el rey, denuncias de falsos complots, amenazas contra la Corona, predicciones astrológicas malvadas o malintencionadas... Como vemos, las infracciones contenidas bajo este epígrafe son de muy diversa índole y de distinta gravedad. Ciertamente, los motines de la primavera de 1750 no llegaron a tambalear los cimientos más sólidos sobre los que se cimentaba el orden absolutista. El trágico episodio del 23 de mayo no constituye, evidentemente, un crimen de lesa majestad, y las andanadas contra Berryer y compañía no pueden equipararse a la tremenda oleada de injurias, panfletos y carteles sediciosos que se renovaban diariamente tras el frustrado regicidio de 1757. Siete años antes de la supuesta «locura» de Damiens, la sangre no llega tan lejos, pues Labbé no es sino uno de tantos espías que la lugartenencia general de la policía renueva periódicamente. Pero el hecho de que el monarca no se vea alcanzado directamente por la violenta reivindicación del 23 de mayo no quiere decir que permanezca por completo al margen de la protesta. La fábula de la sangre es uno de los rumores de fondo que circulan por París en los tiempos de la revuelta motivada por el arresto masivo de niños. La cuentan, cada uno a su modo, Barbier, Ménétra, d'Argenson, hasta Mme de Pompadour confiesa a su hermano, Abel Poisson, marqués de Vandières, que no pensaba que los parisinos fueran tan idiotas como para creer una historia semejante, la cual, en palabras de d'Argenson, se resume

del siguiente modo: «Comentan que el rey está leproso y que toma baños de sangre [de los niños secuestrados] como un nuevo Herodes»²¹. La impopularidad del *Bien Amado* -que, según el relato, padece una enfermedad del alma- no dejó de aumentar a lo largo de su mandato, hasta el punto de que, según constata el librero Hardy en su *Journal*, en 1774 «el pueblo, lejos de estar afectado por la muerte de este príncipe [...], manifestaba indecentemente su satisfacción por cambiar de señor»²². Ante todo a partir de los años cuarenta, se multiplican extraordinariamente los testimonios que dan cuenta del desapego de la ciudadanía respecto a la figura del soberano: buena muestra de ello son las injurias contra Su Majestad procedentes de todos los estratos sociales (que llevarán a d'Argenson a afirmar en 1750 que el pueblo ya no ama a su rey²³), las crónicas escandalosas (como la compuesta por mademoiselle Bonafon en 1745²⁴) que denuncian los excesos de la vida privada del monarca y las canciones que protestan asimismo contra la indolencia de Luis XV, «aquél a quien no le importa nada» («celui qui n'en a nul souci», rezaba el estribillo de aquella letanía que citábamos antes, dirigida contra el monarca y la marquesa de Pompadour).

²¹ D'ARGENSON citado por Arlette FARGE y Jacques REVEL, *op. cit.*, p. 112. Véase también Edmond-Jean-François BARBIER, *op. cit.*, vol. IV, p. 423 y Jacques-Louis MÉNÉTRA, *Journal de ma vie*, édité par Daniel Roche [1982], Paris, Albin Michel, 1998, p. 34.

²² Merece la pena reproducir la cita completa del *Journal* del librero Siméon-Prosper HARDY (*Mes loisirs ou Journal d'événements tels qu'ils parviennent à ma connaissance*): «El pueblo, lejos de estar afectado por la muerte de este príncipe naturalmente bueno, pero débil y por desgracia convertido desde hace años en el triste juguete de una pasión desordenada por las mujeres, inducida por infames cortesanos interesados en apartarlo de sus deberes para volverse ellos mismos más poderosos, manifestaba indecentemente su satisfacción por cambiar de señor». (La cita ha sido extraída de Arlette FARGE, *La vida frágil...*, *op. cit.*, p. 192.)

²³ Arlette FARGE y Jacques REVEL, *op. cit.*, pp. 125-126.

²⁴ Marie-Magdeleine de BONAFONS, *Tanastés. Conte allégorique*, La Haie, Van der Slooten, 1745. Véase Robert DARNTON, «Mademoiselle Bonafon y *La vida privada de Luis XV*» [2003], in *El coloquio de los lectores...*, *op. cit.*, trad. de Alberto Ramón, pp. 97-126.

No tenemos que esperar, por tanto, al sonoro atentado de 1757 para comprobar la dureza del dispositivo policial que pretende atajar la terrible oleada de *malos discursos* que circulan ante todo por París; un fuerte arsenal represivo que sirve a las autoridades para tomar buena nota de los múltiples *bruits publics* que espesan la atmósfera del reino, pero que produce asimismo, como contrapartida, un efecto perverso, y es que no sólo no logra acallar los rumores que apuntan hacia posibles conspiraciones policiales o hasta monárquicas, sino que los alimenta y los amplifica, al introducir en los enclaves privilegiados de la geografía urbana un sinnúmero de *moscas* y elementos indeseables que alteran el bienestar de una población que, muy a su pesar, asiste desde hace algún tiempo a la transformación de las fuerzas de seguridad, una mutación tanto más intolerable para la ciudadanía cuanto que ésta en los últimos decenios es testigo asimismo del desplome de los pilares que sustentaban el Antiguo Régimen, incluido, claro está, el del símbolo por excelencia de la nación, el príncipe soberano.

El uno de agosto de 1750 el Parlamento hizo pública su resolución, que imponía una pena simbólica para los oficiales arrestados (entre ellos Leblanc) y la horca para tres de los rebeldes, que dos días más tarde verían cómo en la Place de Grève el pueblo se sublevaba para intentar, sin éxito, detener la ejecución. Cabría pensar que los disturbios motivados por el arresto de niños no son, como afirmábamos antes, un acontecimiento de gran envergadura y por tanto no dejaron demasiadas secuelas, más allá de la insatisfacción general que provocó la sentencia y los altercados durante el suplicio de los reos. La hipótesis

es muy matizable: ciertamente, no estamos ante un acontecimiento revolucionario, pero sí en mitad de aquella *politique de la contestation* que se reactiva una y otra vez, que obtendrá su más violenta manifestación durante los años cincuenta de la mano de Robert-François Damiens.

Los ecos de Damiens

El comisario se confunde con las *moscas*, el rey ya no es el rey, reseñará el librero Hardy unos años más tarde²⁵. Ante todo a partir de la década de 1750, cuando el conflicto jansenista estalla definitivamente al ser negada la extremaunción a todos aquéllos que no suscribieran la bula *Unigenitus*, se desarrolla en Francia, como advertíamos más arriba, una *politique de la contestation* que no deja títere con cabeza, que arremete aun contra aquellos símbolos que hasta entonces casi habían logrado sustraerse a la crítica. El sistema se desquicia. Se genera un clima de opinión que, según las autoridades, contiene constantemente el germen de la revuelta. Es preciso por tanto redoblar las precauciones y la vigilancia, multiplicar los efectivos (los agentes como Labbé) dedicados a la escucha clandestina de los gestos y rumores de los cafés, las

²⁵ En 1768 (cuando la política de liberalización del comercio de granos provoca una nueva oleada de *malos discursos*, que obviamente no pasa desapercibida por las autoridades policiales), Hardy copia este cartel en su *Journal*: «Que bajo Enrique IV se había experimentado un encarecimiento del pan ocasionado por las guerras, pero que en ese tiempo había un Rey; que bajo Luis XIV se habían experimentado también muchos otros encarecimientos del pan, producidos, sea por las guerras, sea por una escasez real cuya causa era la inclemencia de las estaciones, pero que aún había un Rey; que en el tiempo presente no se podía atribuir la carestía del pan ni a las guerras, ni a una escasez real de Trigo; pero que ya no se tenía un Rey porque el Rey era Comerciante de Trigo». (Siméon-Prosper HARDY citado por Roger CHARTIER, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII...*, *op. cit.*, pp. 134-135. El cartel, apostilla Chartier, concluye con una evocación del frustrado regicidio de Damiens.)

plazas y los mercados públicos. Como no podía ser de otra manera, tras el intento de regicidio el estrechamiento del cerco policial alcanza su máxima expresión (Mauriceau de la Motte sufrirá las consecuencias casi dos años después). Pero, como ha mostrado Foucault, el rostro más sutil, el menos visible y el más interesante del poder no es la consabida función destructora o represiva del mismo, sino precisamente su capacidad para modelar los cuerpos, las emociones, las pulsiones aparentemente más espontáneas y las teorías más sofisticadas; el signo del poder es su productividad. Desde aquí, cobra pleno sentido aquel extraordinario *dispositivo* al que antes hacíamos referencia, desplegado a raíz del suceso que convulsionó la escena pública francesa de mediados de siglo. La larga retahíla de misas, novenas, mandamientos es tan sólo una ínfima parte del aparato tecnológico que constituye el acontecimiento, de la respuesta oficial al atentado. Ante todo la sentencia es clara: la muerte del soberano es impensable, menos aún como una suerte de réplica, como una consecuencia de la mala gestión gubernamental. Damiens es reducido al silencio, no sólo por las autoridades encargadas de la gestión del caso. Evidentemente aquellas declaraciones en las que manifestaba que nunca tuvo la intención de matar a Luis XV no redujeron un ápice la condena establecida de antemano, como tampoco le valió de nada la carta que escribió implorando clemencia a Su Majestad la madrugada del siete al ocho de enero²⁶. La reiterada respuesta a los interrogatorios fue tomada por los jueces por una imperdonable frivolidad, y

²⁶ La carta se encuentra en Alexandre-André LE BRETON (éd.), *Pièces originales et procédures du procès...*, *op. cit.* (interrogatorio del nueve de enero, n. 56-58, p. 66 a).

Voltaire, entre otros, no podía dejar de asombrarse de que un individuo de tal calaña hubiera cometido la osadía de dictar una misiva destinada al monarca²⁷. En vano protestó Damiens cuando supo que iba a ser trasladado a la Conciergerie, desde donde le sería definitivamente imposible cumplir con su cometido, que, según confesaba, no era otro que hablar al rey, para advertirle acerca del peligro que corrían su vida y la del delfín si no reconducía la situación.

No sólo le debía ser negada a Damiens la posibilidad de acceder al soberano, sus palabras habían de morir entre las cuatro paredes donde se sucedían los interrogatorios. La empresa no era nada fácil: ante todo durante los escasos tres meses que van del atentado al suplicio, el público devora incansable cualquier noticia o relato que tenga que ver con el enigmático regicida y la no menos enigmática instrucción del caso: «Hay cien cuentos sobre la persona de este miserable que todavía no se conocen. Sus respuestas son tan vagas y contradictorias que no sabemos qué pensar», afirma la *Gazette d'Amsterdam* el 18 de enero²⁸. «La curiosidad por lo que respecta a Damiens no está más satisfecha hoy que al comienzo del proceso», leemos en el *Courrier d'Avignon* el 25 de marzo²⁹. Sin duda esta curiosidad es alimentada por el secreto de la instrucción, hasta tal punto que las autoridades, tras numerosos y enconados debates,

²⁷ « Damiens écrit au roi !, un assassin écrit à celui qu'il avait assassiné ! Sa lettre est insensée et conforme à l'abjection de son état » [«Damien escribe al rey!, ¡un asesino escribe a quien había asesinado! Su carta es insensata y conforme a la abyección de su estado»] (VOLTAIRE, *Précis du siècle de Louis XV* [1768], Paris, Bibliothèque nationale de France [document électronique], 1997, p. 221).

²⁸ « On fait cent contes sur la personne de ce misérable qu'on ne connaît point encore. Ses réponses sont si vagues et si opposées les unes aux autres qu'on ne sait qu'en penser. »

²⁹ « La curiosité sur ce qui regarde Damiens n'est pas plus satisfaite aujourd'hui, qu'elle l'étoit au commencement de ce procès. »

optaron finalmente por publicar la totalidad del proceso unos meses más tarde³⁰. Para cuando éste vio la luz, a últimos de mayo, el trabajo en cierta medida ya estaba hecho, si bien la versión difundida no había logrado convencer ni mucho menos a la totalidad de la población: aquí y allá, las declaraciones de los mandatarios y las palabras de Voltaire, la *Gazette de France* y los periódicos extranjeros habían presentado el frustrado regicidio como un suceso extraordinario perpetrado por un «fanático», un «miserable», un «monstruo», que no guardaba ninguna relación con las tensiones que sacudían el país. Damiens estaba loco, y sus palabras no eran dignas de ningún crédito, de hecho sus respuestas podían incriminar a todos los actores de la convulsa escena política: a los jesuitas, a los jansenistas, a los parlamentarios que recientemente habían presentado su dimisión por sus diferencias irreconciliables respecto a la Corona. Durante todo el proceso se realizó un esfuerzo encomiable con el fin de hacer aparecer a Damiens como un individuo absolutamente aislado, la prueba inequívoca de que los *mauvais discours* —escuchados en las casas de los señores donde había servido el «execrable» regicida o leídos en las publicaciones clandestinas— podían acarrear consecuencias nefastas si llegaban a manos u oídos de una naturaleza viciada, enferma desde su nacimiento.

Es cierto que las intrigas con todo no desaparecen, más allá incluso del espectáculo público de la Place de Grève. El nueve de marzo, el duque de Croÿ llega a proponer una campaña de prensa con el fin de intentar convencer de una

³⁰ Alexandre-André LE BRETON (éd.), *Pièces originales et procédures du procès fait à Robert-François Damiens...*, *op. cit.*

vez por todas a la ciudadanía de que el atentado no responde a ningún tipo de complot contra la persona real ni debe aguardarse el desenmascaramiento de los cómplices encubiertos: «Habría que ganarse a los periodistas y a quienes llevan la voz cantante para, poco a poco, preparar a los espíritus para creer que no hay cómplices»³¹. El argumento, desde luego, no satisfacía a Pierre-Jean Grosley -ni a la gran mayoría de la población, según Charles Collé³²-, que dos días después volvió a la carga con un nuevo panfleto (tras las *Réflexions sur l'attentat commis le 5 janvier contre la vie du roi*, que vio la luz el cinco de marzo) titulado *Lettre d'un patriote, où l'on rapporte les faits qui prouvent que l'auteur de l'attentat commis sur la vie du roi a des complices, et la manière dont on instruit son procès*: aún con mayor vehemencia que en el texto anterior (publicados ambos como es obvio de manera clandestina, al igual que los dos restantes libelos que habrían de aparecer a finales de mes), Grosley arremete contra la lectura oficial que pretendía imponer el duque de Croÿ. Las conclusiones no dejan lugar a dudas: «1. Parece cierto que el asesino tiene cómplices, e incluso que no ha sido más que el desgraciado instrumento de una temible conspiración. 2. Según los hechos más notorios

³¹ « Je représente qu'il faudrait gagner les gazetiers et les gens qui donnent le ton pour, petit à petit, préparer les esprits à croire qu'il n'y a pas de complice » (Emmanuel de CROÿ-SOLRE, *Journal inédit du duc de Croÿ (1718-1784)*, Paris, Flammarion, vol. I, 1906, p. 389).

³² « Excepté les gens de la cour qui y tiennent ici des places ou des charges et des emplois, personne ne peut se mettre dans l'esprit que ce criminel soit sans complot et sans complices [...] Le procès a été instruit d'une façon qui a été au moins la cause de tous les bruits qui courent. » [«Excepto las gentes de la corte que ocupan puestos o cargos y empleos, nadie puede convencerse de que este criminal no forme parte de un complot ni tenga cómplices [...] El proceso ha sido instruido de tal modo que como mínimo ha sido la causa de todos los rumores que corren.»] (Charles COLLÉ, *Journal et mémoires de Charles Collé sur les hommes de lettres, les ouvrages dramatiques et les événements les plus mémorables du règne de Louis XV: 1748-1772*, nouvelle éd. augmenté de fragments inédits recueillis dans le ms. de la Bibliothèque impériale du Louvre, avec une introduction et des notes par Honoré Bonhomme, Paris, Firmin Didot et frères et fils et Cie, 1868, vol. II, p. 81.)

acaecidos en París, los Jesuitas son más que sospechosos de estar detrás de esta conspiración, incluso de haberla maquinado ellos mismos. 3. Parece que algunos de los Informadores y otros Jueces no se han ocupado más que de descartar todo aquello que podría conducir a obtener la prueba jurídica de estos hechos»³³. Grosley despliega todo su arsenal retórico para intentar probar ante todo estos tres argumentos, que, como reconoce el propio autor, son esgrimidos por buena parte de la ciudadanía, que también se ensaña ante todo con la Compañía de Jesús: «Se aprecia como una continuación de este asesinato – leemos en la *Gazette de Cologne* del 25 de enero– un diluvio de Piezas, Escritos y Versos sediciosos del que estamos inundados. Hay carteles por todas partes. Los Conventos mismos no se salvan. Los Jesuitas los sufren particularmente. Se han encontrado carteles en las puertas de sus Colegios donde aparecen en grandes caracteres las palabras siguientes: *Vecinos desalojados, si no queréis ser quemados*»³⁴.

³³ « 1. Il paroît certain que l'assassin a des complices, et qu'il n'a même été que le malheureux instrument d'une redoutable conspiration. 2. Les faits les plus notoires à Paris rendent les Jésuites plus que suspects d'avoir été dans cette conspiration, ou même de l'avoir formée. 3. Il semble que quelques-uns des Rapporteurs et des autres Juges ne soient occupés qu'à écarter tout ce qui pourroit conduire à acquérir la preuve juridique de ces faits. » (Pierre-Jean GROSLEY, *Lettre d'un patriote, où l'on rapporte les faits qui prouvent que l'auteur de l'attentat commis sur la vie du roi a des complices, et la manière dont on instruit son procès*, in *Les iniquités découvertes*, Londres [Paris], 1757, pp. 36-37.) En el libro figura Londres como lugar de publicación, pero el texto se editó realmente en París (se trata obviamente de una maniobra para intentar burlar con mayor facilidad la censura). *Les iniquités découvertes* es una compilación de los cuatro panfletos de Grosley que aparecieron el mes de marzo –junto con los dos ya citados, la *Déclaration de guerre contre les auteurs du parricide* (22 de marzo) y la *Lettre d'un solitaire, sur le Mandement de M. l'Archevêque de Paris* (27 de marzo)-. En los registros del Parlement civil hallamos la orden del 30 de marzo, en virtud de la cual fueron quemados los tres primeros libelos publicados por Grosley. La sentencia prohíbe además « à tous Libraires, Imprimeurs et colporteurs et à tous autres de les imprimer, rendre débiter ou autrement distribuer quelque manière que ce puisse être sous peine de punition corporelle » [« a todos los Libreros, Impresores, vendedores ambulantes y a todos los demás imprimir, despachar o distribuir de cualquier otra manera bajo pena de castigo corporal »] (AN, X^{1A} 8497, f° 217-220).

³⁴ « On regarde comme une suite de cet assassinat un déluge de Pièces, d'Écrits et de Vers séditieux dont nous sommes inondés. On en affiche par tout. Les Couvents mêmes ne sont pas

Las intrigas y suposiciones, decíamos, son frecuentes tras el atentado, y continúan más allá del suplicio del criminal. Pero el trabajo realizado con el fin de imponer una interpretación al menos tolerable no resulta en absoluto infructuoso. El citado fragmento de la *Gazette de Cologne* es de hecho una de las pocas ocasiones en que un periódico comenta con tal lujo de detalles una realidad sin duda conocida por todos: las palabras sediciosas han tomado las calles de París. Si queremos ejemplificar la postura que asume la prensa respecto al caso Damiens, basta la sentencia del *Courrier d'Avignon* del ocho de abril: «No es más que el asesino del Rey y de un Rey extremadamente querido por sus pueblos, que podamos verlo sufrir todo lo que este miserable ha sufrido, sin que la compasión por sus dolores combata ni supere el horror de su crimen»³⁵. Más allá de la monstruosidad del crimen y las alabanzas del Bien Amado, los periódicos guardan silencio. Raras veces se menciona la otra cara del fenómeno, y si se alude a ésta, a los *mauvais propos*, no es sino para criticarlos severamente o para celebrar el arresto de los responsables de los escritos subversivos. La conclusión vale tanto para la *Gazette de France* como para las gacetas extranjeras, que soportan en menor medida los rigores de la censura monárquica.

La única excepción realmente significativa de esta regla la constituye la *Gazette de Leyde* del diez de enero de 1757: tras subrayar la atrocidad del atentado que ha puesto en peligro la vida del monarca, recuerda a los bandidos Cartouche

épargnés. Les Jésuites en souffrent particulièrement. On a trouvé affichés aux portes de leurs Collèges en gros caractères les mots suivants: *Voisins délogés, si vous ne voulez pas être brûlés.* »

³⁵ « Il n'y a que l'assassin du Roi et d'un Roi extrêmement chéri de ses peuples, que l'on puisse voir souffrir tout ce que ce misérable a souffert, sans que la compassion de ses maux combatte et même surmonte l'horreur de son crime. »

y Mandrin (es el único periódico que se atreve a citar *Le testament politique de Louis Mandrin*, uno de los panfletos clandestinos que vieron la luz tras la ejecución de este héroe popular en 1755)³⁶, cuyas acciones muestran a los soberanos «las debilidades de su Gobierno»³⁷. Es necesario, leemos en la *Gazette de Leyde*, dejar de observar la actualidad «como se ve la lluvia y el buen tiempo»³⁸, tomar distancia, conocer en fin la historia pues ésta es «una regla de comparación que fija y rectifica nuestras ideas acerca de los acontecimientos actuales; y que nos predispone para desde el pasado juzgar con garantías no sólo el presente, sino también el porvenir»³⁹.

Sobre Damiens, reiteramos, se ha impuesto el silencio. La excepción no tiene fuerza para subvertir la regla, pero tiende a mostrar la tremenda complejidad del problema. No por casualidad la apelación a la historia y a la literatura clandestina (por cierto, el panfleto sobre Mandrin no volverá a ser citado) viene de manos de la prensa extranjera, no por casualidad se trata, concretamente, de la *Gazette de Leyde*, cuyo editor, Etienne Luzac, en una carta remitida en 1772 al embajador francés en Holanda, protestará contra las fuertes presiones de la administración de Versalles: si el periódico, como pretenden las autoridades galas, ha de limitarse a las noticias oficiales, «el público francés – escribe Luzac- notaría esta reticencia, que produciría el efecto contrario al esperado... Entonces, Señor, en ese caso, ¿qué credibilidad daría usted a mi

³⁶ *Testament politique de Louis Mandrin* [1755], Paris, Éditions d'Histoire Sociale, 1976.

³⁷ « Des endroits faibles de leur Gouvernement. »

³⁸ « Comme on voit la pluie et le beau temps. »

³⁹ « Une règle de comparaison qui fixe et rectifie nos idées au sujet des événements présents; et qui nous met en état d'après le passé de juger sûrement non seulement du présent mais de l'avenir. »

gaceta? ¿Qué credibilidad tendría para aquéllos que simplemente quieren conocer el estado actual de los acontecimientos mundiales?»⁴⁰.

La *Gazette de Leyde* o la *Gazette d'Amsterdam* –las dos gacetas extranjeras más importantes de la época, manifiestamente pro-parlamentarias⁴¹– no pueden ser consideradas como prensa subversiva, a pesar de que se desmarquen de manera nítida de la línea editorial de la *Gazette de France*, la propaganda oficial del régimen, cuya narración profundamente apolítica de los acontecimientos de la corte satisfacía cada vez menos las exigencias de los lectores franceses. Las publicaciones extranjeras, por tanto, no se pliegan por completo a las directrices gubernamentales, pero es difícilmente sostenible asimismo la hipótesis opuesta; las gacetas no disfrutaban sino de una independencia relativa, que traduce un juego de disimulación que acaba favoreciendo a las dos partes: a los periódicos, que aseguran así su circulación y su éxito en el reino; al gobierno, concluye Jeremy Popkin, que prefiere que el público crea que la prensa extranjera no es controlada por la monarquía⁴².

⁴⁰ «The French public would notice this reticence, which would produce the opposite effect from what is expected... Now, Sir, in that case, what respect would you give my gazette? What respect would it have left among those who simply want the present state of the world's affairs?» (Etienne LUZAC citado por Jeremy D. POPKIN, «The Prerevolutionary Origins of the Political Journalism», in Keith Michael BAKER (ed.), *The French Revolution...*, vol. I, *op. cit.*, p. 210).

⁴¹ Si bien la *Gazette de Leyde* tomó la delantera en los últimos decenios del Antiguo Régimen, la *Gazette d'Amsterdam*, que vivió sus años dorados desde comienzos de siglo hasta la Regencia (fue durante algún tiempo la publicación favorita de los jansenistas), jugó un papel muy importante durante las crisis parlamentarias de mediados de siglo. Véase Pierre RÉTAT (sous la direction de), *La Gazette d'Amsterdam, miroir de l'Europe au XVIIIe siècle*, Oxford, Voltaire Foundation, 2001 –ver, en particular, pp. 187-209-.

⁴² Jeremy D. POPKIN, *op. cit.*, pp. 203-223.

Los panfletos de Grosley no forman parte de este juego de disimulación, pero, al igual que las terribles acusaciones que se lanzan unos contra otros los jesuitas y los jansenistas, sus escritos no logran alcanzar el sentido (y el sentir) más profundo del testimonio de Damiens: «Ha dicho –constatan los jueces- que era [que había abordado al rey] porque las tres cuartas partes del pueblo perecían de miseria», «que lo que había hecho, lo había hecho por el pueblo... que había cometido ese acto por el triste estado al que se había reducido al pueblo», «que había quedado impresionado por los rumores que contaban lo que el Parlamento había hecho, por las quejas del pueblo de París», «que le había afectado extremadamente ver al pueblo de París vender todo lo que tiene para vivir y subsistir»⁴³. «Yo me he sacrificado por el pueblo», concluye Damiens⁴⁴.

La palabra más repetida del acusado no aparece en las publicaciones clandestinas de Grosley, tampoco en la prensa, que apenas reseñó asimismo los disturbios de la primavera de 1750. Son otros los que recogen el testigo de Damiens: en París, sobre todo, pero también en Normandía, en Clermont-Ferrand, en Mayenne, numerosos súbditos lamentan que el regicidio no se haya consumado y declaran que ellos habrían corrido mejor suerte: «Yo me habría ensañado con el corazón del sagrado cabrón», confiesa François Bellier de la Chauvellaie, un aprendiz de curtidor en un cabaret cercano a Château-Gontier;

⁴³ « A dit que c'était parce que les trois quarts du peuple périssaient de misère », « que ce qu'il avait fait, il l'avait fait pour le peuple... qu'il avait été déterminé par le triste état où est réduit le peuple », « qu'il avait été frappé des bruits de ce que le Parlement avait fait, des plaintes du peuple de Paris », « qu'il a été extrêmement touché de voir le peuple de Paris vendre tout ce qu'ils ont pour pouvoir vivre et subsister. » (Respuestas de Robert-François DAMIENS a los interrogatorios, citado por Berthe THELLIEZ, *L'homme qui poignarda Louis XV. Robert-François Damien*, Paris, Tallandier, 2002, p. 89.)

⁴⁴ « Je me suis sacrifié pour le peuple » (*ibid.*, p. 49).

«yo le habría taladrado las tripas con una lezna», profiere un campesino en otro cabaret cerca de Gisors⁴⁵. Según Dale Kenneth Van Kley, hay aproximadamente 25 casos similares denunciados a las autoridades entre 1757 y 1758⁴⁶. En septiembre de este último año (cuando fue ahorcado Mauriceau de la Motte) una carta recibida por Mopinot de la Chapotte testimonia la avalancha de carteles sediciosos suscitados por el caso Damiens: «Desde la ejecución de Moriceau, los carteles más infames se renuevan cada noche, a las puertas de las iglesias, en los lugares donde se hace justicia; en el Louvre, en el Palais Royal. Se evoca constantemente la sombra de Damiens, el mejor de los reyes es calificado con títulos odiosos; se reprocha a los Franceses su cobardía; semejantes escritos adelantaron la muerte del César»⁴⁷. Son estos carteles incendiarios, estos hombres y mujeres del *petit peuple* los que mejor han comprendido al «loco» parricida: Gadibois, obrera, acusada «de haber dicho, hablando del asesinato que Damiens había cometido, que éste había hecho bien, que si ella se encontrara

⁴⁵ Los dos testimonios han sido extraídos de Dale Kenneth VAN KLEY, *The Damiens Affair and the Unraveling of the Ancien Régime, 1750-1770*, Princeton University Press, 1984, p. 247.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 246 y ss.

⁴⁷ « Depuis l'exécution de Moriceau, les placards les plus infâmes se renouvellent chaque nuit, aux portes des églises, aux lieux où l'on rend la justice; au Louvre, au Palais Royal. On évoque l'ombre de Damiens, le meilleur des rois est qualifié de titres odieux ; on reproche aux Français leur lâcheté ; de semblables écrits hâtèrent la mort du César. » ([Antoine-Rigobert MOPINOT DE LA CHAPOTTE], *Sous Louis XV le Bien-Aimé. Correspondance amoureuse et militaire d'un officier pendant la guerre de Sept Ans (1757-1765)*, éditée par Jean Lemoine, Paris, Calmann-Lévy, 1905, pp. 232-233, carta XCII, 18 de septiembre de 1758). La carta continúa lamentando las tristes condiciones en que vive la población, auténtico caldo de cultivo de los *mauvais discours*: « Malheureusement les esprits séditieux n'ont que trop sujet de plaindre la sort des peuples. Le nombre d'impôts qui se succèdent aliène beaucoup les esprits ; le nouvel octroi mis sur les villes réduit les provinces à la mendicité ; la fermentation se répand dans tous les esprits ; le pain augmente, chaque jour de marché ; on s'attend une augmentation sur le vin, le bois, le sel, la chandelle. » [«Desgraciadamente los espíritus sediciosos tienen demasiados motivos para quejarse de la suerte del pueblo. El número de impuestos que se suceden enajena los espíritus; el nuevo tributo implantado en las ciudades reduce las provincias a la mendicidad; la agitación se expande en todos los espíritus; el pan aumenta cada día de mercado; se espera un incremento sobre el vino, la leña, la sal, las velas.»]

con el Rey frente a frente, que actuaría de la misma forma»⁴⁸; Avecque, sombrerero, que en el segundo interrogatorio al que fue sometido dijo que «Ravaillac tenía sus razones cuando apuñaló a Enrique IV», y que, al igual que Damiens, habría logrado escapar si hubiera querido⁴⁹; Paumier, criado como Damiens, para quien éste «debía ser un gran santo del paraíso»⁵⁰. Gadibois, Avecque, Paumier y tantos otros, para todos ellos Damiens era alguien cercano, todos ellos fueron encerrados en la Bastilla por haber aplaudido la osadía del frustrado regicida, cuya sombra no se desvanece con el paso del tiempo. En 1762, cuando Paul-René du Truch de la Chaux, guardia real, fue arrestado por simular un enfrentamiento con dos individuos que presuntamente intentaban matar al rey, buena parte de las conversaciones registradas por los agentes policiales recuerdan el fallido atentado de 1757: «Unos —afirma un oficial, tras visitar los cafés de Dubuisson y de Bigorne, cerca de la Comédie française— dicen que el guardaespaldas herido fue el primero que echó el guante al desgraciado Damiens, en el momento en que éste cometió su horrible crimen, razón por la cual Su Majestad le acordó una pensión, y que, deseoso de aumentar su fortuna, había inventado la indigna estratagema de propinarse, a sí mismo, varias puñaladas»⁵¹. Se trata de una de las tres versiones del suceso, que

⁴⁸ « D'avoir dit, en parlant de l'assassinat que Damiens avait commis, qu'il avait bien fait, et que si elle trouvait le Roi entre 4 yeux, elle en ferait autant » (François RAVAISSON-MOLLIEN (éd.), *Archives de la Bastille : documents inédits*, Paris, A. Durand et G. Pedone-Lauriel, vol. XVII. *Règne de Louis XV (1757 à 1762)*, 1891, p. 8, nota del 18 de septiembre de 1757).

⁴⁹ « Ravaillac avait ses raisons quand il a poignardé Henri IV » (*ibid.*, p. 16, nota del 10 de marzo de 1757).

⁵⁰ « Devait être un grand Saint du paradis » (*ibid.*, p. 139, nota del 20 de junio de 1758).

⁵¹ « Les uns disent que le garde de corps blessé est celui qui, le premier, mit la main sur le malheureux Damiens, au moment qu'il eut commis son crime horrible, pour raison de quoi S. M. lui a accordé une pension, et que, désirant augmenter sa fortune, il avait inventé l'indigne

es interpretado también como una disputa en el hostel del guardia entre éste y dos particulares que querían que el agente les facilitara el acceso al soberano; y ofrece asimismo la oportunidad de renovar las teorías conspirativas que apuntan a los jesuitas.

Como cabía esperar, las lesiones que se infligió La Chaux le costaron demasiado caras, el uno de febrero de 1762 fue condenado a la horca. Es el precio a pagar por haber reactivado el temible imaginario de la muerte del rey, que, junto a Châtel, Clément o Ravaillac⁵², registra desde 1757 el nombre de Damiens, quien permaneció en la memoria (y no sólo en la memoria) a pesar de que las autoridades intentaran por todos los medios eliminar cualquier rastro del criminal: su cuerpo, tras ser supliciado, fue reducido a cenizas y éstas arrojadas al viento; la casa donde nació fue demolida; su padre, Pierre-Joseph Damiens, su mujer, Élisabeth Molerienne, y su hija, Marie-Élisabeth Damiens, fueron expulsados del reino, y el resto de la familia se vio obligada a cambiar de apellido⁵³.

stratagème de se porter, lui-même, plusieurs coups de poignard » (RAVAISSON-MOLLIEN, François et Louis RAVAISSON-MOLLIEN (éd.), *Archives de la Bastille : documents inédits*, Paris, A. Durand et G. Pedone-Lauriel, vol. XVIII. *Règne de Louis XV (1757 à 1767)*, 1903, p. 192, nota del 9 de enero de 1762).

⁵² « Qui auroit pu croire que dans un siècle aussi éclairé que le nôtre on renouvellât les scènes affreuses, les détestables forfaits des Cléments, des Châtel, des Ravailacs, noms qu'on ne sauroit prononcer sans frémir d'horreur? » [«¿Quién podría creer que en un siglo tan ilustrado como el nuestro volveríamos a contemplar las espantosas escenas, los detestables crímenes de los Cléments, Châtel, Ravailacs, nombres que no somos capaces de pronunciar sin estremecernos de horror?»](*Amsterdam. Avec privilège de Nos Seigneurs les États de Hollande et de West-Frise [Gazette d'Amsterdam]*, 14 de enero de 1757).

⁵³ *Arrêt de la Cour de Parlement contre Robert-François Damiens, par lequel il est déclaré dûment atteint et convaincu de crime de parricide*, Lyon, P. Valfray, 1757. Este *arrêt*, del 26 de marzo, contempla la demolición de la casa donde nació Damiens, que fue conducido dos días después a la Place de Grève. Al día siguiente se aprobaron las disposiciones respecto a su familia (*Arrêt de la cour de Parlement contre la famille de Robert-François Damiens*, Paris, P.-G. Simon, 1757).

La desacralización de la monarquía

Sin lugar a dudas, el caso Damiens, escribe Dale Kenneth Van Kley, «revela que en 1757 los *mauvais discours* populares afectaban a la monarquía directamente»⁵⁴. El fenómeno no es muy anterior a esta fecha, afirma a continuación Van Kley, quien subraya a este respecto la tremenda importancia de la década de 1750.

Con todo, no obstante la violenta excepcionalidad del fallido atentado contra Luis XV, tal vez resulte adecuado inscribirlo en un contexto más amplio, no para cuestionar la enorme trascendencia del suceso que convulsionó la escena pública francesa a comienzos de 1757, sino para hacernos cargo de la significación de un acontecimiento que se destaca como tal precisamente en la medida en que se revela como una suerte de culminación de una serie de dinámicas de mayor recorrido histórico, en la medida en que es capaz de sacar a la luz una problemática que gracias a su radical visibilidad obtiene ahora pleno reconocimiento. El propio Van Kley, en *Los orígenes religiosos de la Revolución Francesa*, publicado en 1996, matizaba en cierto modo la hipótesis que adelantaba en aquel libro de 1984 que citamos más arriba, *The Damiens Affair and the Unraveling of the Ancien Régime, 1750-1770*. En el texto de 1996 el autor se hace eco de la crítica de Arlette Farge⁵⁵ y reconoce que las manifestaciones sediciosas antimonárquicas de 1757 son menos novedosas de lo que sospechaba cuando compuso el monográfico sobre el caso Damiens, que tal vez no le concedió la

⁵⁴ «Reveals that by 1757 the popular *mauvais discours* was affecting the monarchy directly» (Dale Kenneth VAN KLEY, *op. cit.*, p. 253).

⁵⁵ Arlette FARGE, *Dire et mal dire...*, *op. cit.*, p. 256.

suficiente importancia a las prácticas contestatarias que según Arlette Farge subieron de tono de manera considerable desde finales de la década de 1720.

La historiadora francesa llama así la atención sobre la ofensiva lanzada en 1728 por el cardenal Fleury, ministro de Luis XV, contra los clérigos que apelaron ante la bula *Unigenitus*, y recuerda a renglón seguido el importante papel que jugó el diácono Pâris, que murió en 1727 a la edad de 37 años, tras haberse destacado tanto por la firme lucha que mantuvo contra la bula como por su dedicación a los pobres, a quienes legó todos sus bienes. François de Pâris se convirtió, como escribe Farge, en «la imagen emblemática y mítica del eclesiástico jansenista del siglo XVIII»⁵⁶, tanto es así que sobre su tumba, en el cementerio de Saint-Médard, se sucedieron numerosos milagros, hasta que una orden real fechada el 27 de enero de 1732 determinó el cierre del cementerio, que no volvió a abrir sus puertas hasta 1807. La clausura de Saint-Médard era la respuesta de la monarquía, que se vio desbordada ante la magnitud de un problema que escapaba al control ejercido a través de la vigilancia cotidiana del lugar donde a partir de entonces, como rezaba el pareado que recorrió París, quedaría terminantemente prohibido hacer milagros: « De par le roi, défense à Dieu / De faire miracle en ce lieu » («De parte del rey, se prohíbe a Dios / Hacer milagros en este lugar»)⁵⁷ **[ilustración 4, p. 95]**. La ironía era la réplica popular ante un régimen que parecía reclamar el monopolio de las curaciones milagrosas, como el *toque real* practicado con los enfermos de escrofulismo.

⁵⁶ « L'image emblématique et mythique de l'ecclésiastique janséniste du XVIII^e siècle » (*ibid.*, p. 44).

⁵⁷ Citado por André ZYSBERG, *La monarchie des Lumières, 1715-1786*, Paris, Seuil, 2002, p. 153.

Arlette Farge destaca también la decisiva aparición de las *Nouvelles ecclésiastiques*, el periódico que vio la luz el 23 de febrero de 1728 con el firme propósito de denunciar las numerosas persecuciones sufridas por los jansenistas desde la promulgación de la bula *Unigenitus*. Un precio económico, unos seis *sous*, y una tirada relativamente alta, alrededor de seis mil ejemplares, ayudan a explicar la extraordinaria difusión de una gaceta que hizo de la apelación a la opinión pública una de sus señas de identidad: «Cuando la bula *Unigenitus* apareció en 1713 –leemos en el primer número de las *Nouvelles ecclésiastiques*–, ya subsistían en la Iglesia grandes males, que no dejaban de aumentar desde hace siglos [...] Un gran número de eclesiásticos están empeñados en creer que no se trataba más que de la opinión de escuela que había que dejar para las discusiones de los teólogos... Que no convenía a los fieles tomar parte y ser instruidos... Hemos comprendido que el asunto era más serio... Se ha extendido universalmente el deseo de estar informados de lo que ha pasado... ¿Qué mejor que encontrar un medio a través del cual podamos llegar a presentar los hechos a los ojos del público? Es lo que llevamos a cabo mediante este breve escrito titulado *Nouvelles ecclésiastiques*»⁵⁸. «A los ojos del público» (*sous les yeux du public*) y, como no podía ser de otra manera, bajo la atenta mirada también de las

⁵⁸ « Lorsque la bulle *Unigenitus* a paru en 1713, il y avait déjà dans l'Église de grands maux subsistants, et qui allaient toujours en croissant depuis siècles [...] Un grand nombre d'ecclésiastiques se sont obstinés à croire qu'il ne s'agissait que d'opinion d'école qu'il fallait laisser à discuter entre les théologiens... Qu'il ne convenait pas aux fidèles d'y prendre part et d'en être instruits... On a compris que l'affaire était plus sérieuse... On a désiré universellement d'être informé de ce qui se passait... Que pouvait-on faire de mieux que de trouver un moyen par lequel on pût parvenir à mettre les faits sous les yeux du public ? C'est qu'on exécute par ce petit écrit intitulé *Nouvelles ecclésiastiques* » (*Nouvelles ecclésiastiques*, 23 de febrero de 1728, citado por Arlette FARGE, *Dire et mal dire...*, op. cit., pp. 65-66).

autoridades, que no dejaron de perseguir a los autores del periódico desde que éste comenzó a andar.

Dale K. Van Kley admite como decíamos las matizaciones de Arlette Farge, pero sostiene que, aun reconociendo la importancia de los *mauvais discours* registrados a partir de 1728, sigue siendo igualmente válida la hipótesis según la cual la década de 1750 resulta crucial por lo que respecta a la política religiosa antijansenista de la monarquía⁵⁹, que alcanzó su máxima expresión cuando el nuevo arzobispo de París, Christophe de Beaumont, y otros prelados decidieron que en sus diócesis habrían de serle negados los últimos sacramentos a los enemigos de la bula *Unigenitus*. La llamada disputa de los *billetes de confesión* (el nombre que recibían los certificados que atestiguaban que el moribundo se había confesado por última vez con un sacerdote que había aceptado la bula) hizo estallar definitivamente las profundas resistencias acumuladas contra la Corona en los últimos decenios. El clima de opinión generado por el proyecto de Beaumont y compañía (el arzobispo de París es uno de los personajes más criticados por Damiens) no sólo amplifica la fuerza contestataria manifiesta en aquel irónico pareado a raíz del cierre de Saint-Médard, sino que supone un notable salto cualitativo en cuanto al modo como se ejerce la crítica: como recuerda Arlette Farge, las *Nouvelles ecclésiastiques* ya no se comportan como en 1730, no se limitan a denunciar la persecución de la causa jansenista, sino que lanzan abiertamente un alegato a favor de la conciencia individual, que en

⁵⁹ Dale Kenneth VAN KLEY, *Los orígenes religiosos de la Revolución Francesa. De Calvino a la Constitución civil (1560-1791)* [1996], Madrid, Encuentro, 2002, trad. de Carmen González del Yerro Valdés, pp. 267 y ss.

determinados casos –como el de los *billets de confession*- ha de oponerse a las directrices monárquicas⁶⁰.

La novedad subrayada por la autora de *Dire et mal dire*, el llamamiento del controvertido periódico jansenista a la razón del alma, tan soberana como el príncipe soberano, nos invita a reflexionar sobre otra hipótesis de trabajo, la desarrollada por Reinhart Koselleck en *Crítica y crisis del mundo burgués*: «A través del orden político que creó y organizó el Estado al pacificar el ámbito geopolítico devastado por las guerras civiles religiosas, creó también los presupuestos para el desarrollo del mundo moral [...] La separación entre moral y política, consumada una vez por el Estado, se vuelve ahora contra éste, por cuanto que se ve forzado a someterse al proceso acusatorio moral por el acto que consistió en la constitución de un ámbito dentro del cual se sobrevivió a sí mismo»⁶¹.

Como pone de manifiesto la problemática jansenista, la estrecha vinculación entre la interioridad moral y las prácticas contestatarias es una de las claves de la *crítica y crisis* del absolutismo, que de esta forma, argumenta Koselleck, cavó su propia tumba, desde el momento en que, al escindirse de la razón de Estado, la moral quedó relegada al ámbito puramente privado, con lo que conquistó la autonomía suficiente para enjuiciar en virtud de ésta el comportamiento del régimen político.

⁶⁰ Arlette FARGE, *Dire et mal dire...*, *op. cit.*, p. 86.

⁶¹ Reinhart KOSELLECK, *Crítica y crisis del mundo burgués*, *op. cit.*, pp. 21-22.

El proceso sin duda es extraordinariamente complejo, más aún si consideramos, junto con la apuesta interpretativa de Koselleck, las reflexiones de Philippe Ariès acerca de la emergencia de la esfera privada: el fortalecimiento del Estado es uno de los tres «acontecimientos externos» (además de la generalización de la práctica de la lectura en silencio y las nuevas formas religiosas aparecidas a partir del siglo XVI) que vertebran el tránsito entre las dos grandes épocas de referencia que, *grosso modo*, enmarcan la cristalización de la privacidad, entre la «situación de salida», que vendría a ser el final de la Edad Media, una época en la que el espacio que aloja al individuo, inserto en una abigarrada red de solidaridades colectivas, no es ni público ni privado, ya que lo uno y lo otro se confunden, dentro del *continuum* de la visibilidad comunitaria, y la «situación de llegada», el siglo XIX, en el que aquellas redes de dominio y de protección, aquellas comunidades en las que todo el mundo se conocía han dado paso a una vasta población anónima para la cual el oficio y el espacio doméstico, las relaciones profesionales, el ocio y las confesiones secretas son instancias absolutamente separadas⁶². Entre los siglos XVI y XVIII, el Estado tiende a intervenir cada vez con mayor frecuencia en los conflictos civiles que antes eran solventados exclusivamente en el espacio comunitario, regido por el principio del honor. Dos ejemplos ilustran perfectamente esta irrupción del aparato estatal en las antiguas formas de justicia social o reparación del prestigio: la prohibición so pena de muerte de los duelos, instaurada por Richelieu, y, fundamentalmente, la invención de una nueva figura político-jurídica, la *lettre de*

⁶² Philippe ARIÈS, *op. cit.*, pp. 13-14.

cachet, mediante la cual, argumenta Foucault, la incardinación del poder en la vida cotidiana deja de realizarse únicamente a través de la confesión (la coacción impuesta por el cristianismo consistente en la obligación de decirlo todo, los pecados más graves y las faltas más insignificantes, con todo lujo de detalles)⁶³, y pasa a formar parte de las atribuciones de la autoridad monárquica (sólo el rey puede firmar estas órdenes de arresto), que instituye esta nueva medida de control social como una suerte de servicio público, pues en numerosas ocasiones la intervención estatal no se produce en este caso sino después de la petición de encarcelamiento efectuada por un particular contra un miembro de su propia familia, cuyo excesivo libertinaje resultaba especialmente deshonroso⁶⁴. Las *lettres de cachet* cumplen así una doble función: en primera instancia, como apuntábamos más arriba, suponen una valiosa herramienta en manos del aparato estatal, dispuesto a ejercer el monopolio de la violencia, a ampliar progresivamente su radio de acción a costa de las leyes no escritas que regían la vida comunitaria; en segundo lugar –y no menos importante–, las *lettres de cachet* sirven a los particulares para resolver los conflictos de la vida doméstica salvaguardando el buen nombre de la familia, para la cual resultaba infamante la

⁶³ Michel FOUCAULT, «La vida de los hombres infames» [1977], in *Estrategias de poder*, Barcelona, Paidós, 1999, trad. de Julia Varela y Fernando Álvarez Uría, pp. 389-407.

⁶⁴ Podemos distinguir tres categorías de *lettres de cachet*: las relativas a asuntos de Estado (que son las menos frecuentes), las *lettres de cachet* policiales y las familiares (véase Frantz FUNCK-BRENTANO, *El Antiguo Régimen* [1926], Barcelona, Destino, 1953, pp. 191-218). El origen de estas órdenes de arresto se remonta a los tiempos de d'Argenson como lugarteniente general de la policía (d'Argenson ejerció este cargo entre 1697 y 1718), si bien esta medida no se usó demasiado hasta la década de 1720, del mismo modo que son poco numerosas las peticiones familiares de encarcelamiento a partir de 1760. El periodo que registra una mayor cantidad de *lettres de cachet* es la década de 1750, con el implacable Berryer al mando de las operaciones policiales (véase Arlette FARGE et Michel FOUCAULT (éd.), *Le désordre des familles. Lettres de cachet des Archives de la Bastille*, Paris, Julliard/Gallimard, 1982, pp. 17-19).

intervención de la justicia ordinaria en estos casos. Las palabras del canciller Philipeaux, conde de Pontchartrain, a comienzos del siglo XVIII, suponen, como afirma Arlette Farge, la interpretación estricta de las órdenes reales de encarcelamiento (que traducen asimismo notables diferencias sociales y de género⁶⁵): éstas, asegura Pontchartrain en una carta fechada en 1709, dirigida a monsieur de Brilhac, presidente primero del Parlamento de Rennes, «sólo se ejecutan tras haber tomado toda suerte de precauciones para evitar el alboroto y el escándalo»⁶⁶. El secreto es la marca esencial de las *lettres de cachet*⁶⁷, como muestra el grabado de Balthasar Anton Dunker para el *Tableau de Paris* de Louis-

⁶⁵ En París, mientras las grandes familias envían sus peticiones directamente al rey (o en todo caso al ministro de la Casa Real), en presencia del cual es examinada la solicitud en el seno del Consejo monárquico, las gentes del pueblo se dirigen al lugarteniente general de la policía, que evalúa la demanda y la remite al comisario del barrio, quien delega a su vez en un inspector de policía, que ha de encargarse de informar al lugarteniente general. Éste, debidamente informado por el inspector, escribe un informe detallado que va a parar a manos del ministro y espera que el secretario de Estado le envíe la orden de arresto. Tal era el procedimiento, sumamente farragoso, habitualmente empleado en tiempos de Louis *le Grand*. Bajo el mandato de Luis XV los trámites se agilizarán considerablemente, con lo cual el sistema quedará notablemente deformado: por lo que respecta a las peticiones populares de encarcelamiento, no así a las solicitudes de las familias más acomodadas, casi se podría decir que el lugarteniente general de la policía llegará a disponer a su antojo de las mismas, pues aquellos minuciosos informes remitidos a las altas esferas de la administración monárquica quedarán reducidos a breves notas, y en no pocas ocasiones el propio lugarteniente general se arrogará el derecho de ejecutar la *lettre de cachet* sin aguardar la respuesta de Su Majestad.

Las *lettres de cachet* también traducían diferencias de género, que se observan con claridad en las órdenes de arresto que tienen que ver con los conflictos conyugales: mientras los maridos podían formular las peticiones en su nombre, las mujeres no tenían categoría para solicitar por sí mismas las *lettres de cachet*. En estos últimos casos las autoridades recababan informes sobre la conducta del esposo y cuando actuaban contra éste se consideraba que lo hacían en nombre del Estado y no en el de la esposa (véase Frantz FUNCK-BRENTANO, *op. cit.*, pp. 208-211).

⁶⁶ PONTCHARTRAIN citado por Arlette FARGE, «Familias. El honor y el secreto», in Philippe ARIÈS y Georges DUBY (dirs.), *op. cit.*, p. 551.

⁶⁷ La historia de la carta de Pontchartrain es, a este respecto, sumamente ilustrativa: el fragmento citado pertenece a la segunda misiva escrita por el canciller a propósito de la detención de Mlle de Colombier, quien, debido a su relación con el presidente Martiny, fue encerrada en un convento que acogía a las mujeres de mala vida. Lo que provoca la protesta de Pontchartrain es ante todo el modo como el arresto fue llevado a cabo: en pleno mediodía, a la salida de misa, con un buen número de policías abriéndose paso entre la multitud que se arremolinaba en torno al suceso: «¿Cabe imaginar —concluye el canciller— vía que causara más alboroto y que deshonrara más a este presidente de la sociedad, que la que se ha tomado?» (*ibíd.*, p. 552).

Sébastien Mercier, donde el personaje que sujeta el papel en el que leemos claramente «*lettre de cachet*» sólo puede informar sobre la misma a su interlocutor susurrándole al oído [ilustración 5, p. 96].

En cierto modo, como señalan Arlette Farge y Michel Foucault, «vida privada y pública se confunden aquí a través de la necesidad del orden: la familia es el lugar privilegiado donde la tranquilidad privada fabrica una cierta forma de orden público. Así el rey posee el derecho a ejercer el control sobre su funcionamiento y sus sobresaltos»⁶⁸. No obstante, la conclusión de los historiadores franceses no debe dar lugar a equívocos: si bien al hilo de las *lettres de cachet* se puede hablar de una relativa concatenación de lo público y lo privado, esta circunstancia no tiene nada que ver con lo que sucedía al interior del espacio comunitario premoderno. Ahora, próximos a la situación de llegada apuntada por Philippe Ariès, la confusión de espacios acontece en el seno de una coyuntura histórica radicalmente distinta, remite en última instancia a la separación entre ambas esferas: el orden público viene asegurado por el Estado, que tiende a favorecer la profesionalización de los cargos y desarrolla un sofisticado aparato burocrático que habrá de reemplazar las antiguas relaciones de protección y dominio que regían la vida comunitaria; a partir de aquí, puede desarrollarse un nuevo ámbito privado, que, tal y como muestran de manera ejemplar las peticiones familiares de encarcelamiento, solicita la intervención de

⁶⁸ « Vie privée et publique se confondent ici à travers la nécessité de l'ordre: la famille est le lieu privilégié où la tranquillité privée fabrique une certaine forme d'ordre public. Ainsi le roi a-t-il droit de regard sur son fonctionnement et sur ses soubresauts » (Arlette FARGE et Michel FOUCAULT (éd.), *op. cit.*, p. 15).

la monarquía administrativa con vistas a preservar la intimidad y el secreto dentro de la esfera doméstica, que, desapegada en mayor medida del control de la apariencia efectuado en el interior de las corporaciones, pretende configurarse como un espacio cerrado, como un refugio en el que el individuo puede guarecerse de la mirada de los otros.

Diferentes perspectivas, en suma, que subrayan el papel del Estado en la constitución de la esfera privada, la cual recoge toda la ambivalencia del proceso moderno, pues no se define únicamente en función de los nuevos territorios conquistados por el individuo, sino que requiere también de la participación de instancias suprapersonales, que prestan apoyo o cobertura a la política del secreto, a los espacios de la intimidad sagrada –que intenta sustraerse a la incorregible curiosidad del prójimo- y que, ahora más que nunca, se encuentran en disposición de ejercer una estricta vigilancia de las conductas y hábitos de quienes, como afirma Norbert Elias, tienden a sustituir las coacciones sociales impuestas desde el exterior por una compleja red de autocoacciones que implica, tanto como una nueva manera de estar en sociedad, un nuevo modo de relacionarse consigo mismo⁶⁹.

Desde la condición dialéctica de la modernidad podemos comprender cómo aquello que se presenta en cierto modo como un buen aliado del centralismo político, del pretendido monopolio estatal de la violencia, se destaca al mismo tiempo como el caldo de cultivo de la resistencia frente al Antiguo

⁶⁹ Véase Norbert ELIAS, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* [1939], México, FCE, 1987, trad. de Ramón García Cotarelo.

Régimen. En la medida en que el absolutismo contribuyó decisivamente en la cristalización de la esfera privada de la existencia, fue presa de sus propias garras. Hasta aquí la lectura de *Crítica y crisis* resulta bastante convincente. Sin embargo, no dejan de aparecer ciertos problemas al analizar las tesis de Koselleck a la luz del conflicto jansenista, cuya extraordinaria capacidad para desestabilizar el Antiguo Régimen no se comprende como una deriva del proceso que conduce a la definitiva autonomía del Estado con respecto a la autoridad eclesiástica, no proviene de la exacerbación de la máxima *cuius regio eius religio* (la confesión religiosa del monarca se aplica a todos los ciudadanos del reino). Si la problemática jansenista golpeó duramente las entrañas del absolutismo sagrado fue porque éste traicionó la lógica hobbesiana, o tal vez porque nunca logró aplicarla hasta sus últimas consecuencias, nunca consiguió vencer las viejas resistencias que provocaron que, once años más tarde, Luis XIV decidiera condenar la Declaración regalista de 1682, que establecía la total independencia del príncipe respecto al papa. La monarquía, que había registrado la polémica bula *Unigenitus* en 1714 aun contando con la desaprobación de una porción importante del clero, ya no logró rehacerse tras la llamada disputa de los sacramentos o de los billetes de confesión; había apostado tan fuerte por la bula papal que ésta se había convertido en una de sus señas de identidad, a pesar de que no pocos advirtieron acerca de los conflictos que suscitaba dicha medida con respecto a los principios de la Iglesia galicana.

La línea interpretativa de Koselleck —quizá, en ocasiones, más el espíritu que la literalidad de la misma— sigue resultando muy rentable, pues apunta hacia

una historia de larga duración que tiende a mostrar cómo algunas de las opciones estratégicas de las autoridades supuestamente incuestionables del Antiguo Régimen fueron minando paulatinamente su poderío. La profunda crisis de las últimas décadas del *Ancien Régime* no sólo es operada a partir de los diversos discursos y prácticas que, desde uno u otro lugar, remueven los cimientos del viejo orden, sino que aun estas manifestaciones contestatarias pueden ser estudiadas al interior de las dinámicas de largo recorrido histórico que no pueden ocultar, sin embargo, la excepcionalidad de los nuevos acontecimientos, las importantes discontinuidades que han quedado cifradas a partir de 1750.

La «desacralización de la monarquía» (por retomar los términos de Van Kley) puede así estudiarse desde dentro. El frustrado regicidio de Luis XV y los numerosos ecos del mismo traducen en definitiva el profundo malestar de la población respecto de una realeza cuya representación se modificó ostensiblemente desde el traslado de Luis XIV a Versalles, lo cual significó, como ha señalado Ralph E. Giesey, la definitiva sustitución del modelo renacentista de los *ceremoniales de estado* por la relativa privacidad de la *sociedad cortesana*, una suerte de *continuum* de la etiqueta alejado de la magnificencia de los antiguos rituales políticos, que lograban, por una parte, suspender el curso ordinario del tiempo y conseguían asimismo, mediante un acto publicístico de gran envergadura, involucrar a la población, que de este modo se sentía partícipe

de una historia común⁷⁰. Las escasas apariciones públicas del Rey Sol provocaron que los súbditos se fueran alejando cada vez más del símbolo por excelencia de la nación, investido de atributos divinos. Su última entrada real en París data de 1660, la fecha de su matrimonio, y no asistió a una sesión solemne del Parlamento desde 1673.

A buen seguro, Luis XIV se equivocó al pretender que su nueva e imponente residencia versallesca habría de engrandecer aún más a un rey «que no se dejaba ver todos los días». Tal es, según Saint-Simon, una de las razones que impulsaron al monarca a abandonar la ciudad y refugiarse en el campo. Junto a este motivo, continúa Saint-Simon, la decisión se vio favorecida por otras circunstancias: «Los desórdenes que, durante su minoría de edad, se desarrollaron en París le habían hecho desagradable la ciudad. Más aún consideraba peligroso habitar allí; creyó dificultar las cábalas, si trasladaba el lugar de la corte. No menor influencia tuvo en su decisión también la economía de su amante y el cuidado de no escandalizar demasiado, viviendo en medio de una gran población»⁷¹. Las razones son muy numerosas, pero todas ellas, en definitiva, concluye Norbert Elías, apuntaban a una misma dirección, todas «giraban en torno de la conservación y del perfeccionamiento del poder y del prestigio» de un soberano que gustaba de alojar en Versalles a todos los miembros de la alta sociedad que así lo solicitaran, pues desde su nuevo

⁷⁰ Ralph E. GIESEY, «The King Imagined», in Keith Michael BAKER (ed.), *The French Revolution...*, vol. I, *op. cit.*, pp. 41-59.

⁷¹ SAINT-SIMON citado por Norbert ELIAS, *La sociedad cortesana* [1969], México, FCE, 1982, trad. de Guillermo Hirata, p. 263.

emplazamiento podía vigilar muy de cerca los movimientos de una nobleza por la que siempre se había sentido amenazado⁷².

A pesar de contar con una amplísima nómina de pintores, escultores, orfebres y escritores, la imagen de Louis *le Grand* —el protagonista, a juicio de Voltaire, del último de los grandes siglos de la historia de la humanidad⁷³— no dejó de deteriorarse desde los últimos decenios del siglo XVII. Así como el traslado de la corte a Versalles aumentó la brecha entre la población y el monarca, la decadencia del mito de la Antigüedad (objeto de discusión durante la querella entre Antiguos y Modernos) y del modelo epistémico basado en las analogías y las equivalencias —agujereado por el emergente mecanicismo— hicieron oscilar las representaciones de la figura del soberano, estrechamente ligadas a una concepción mística del mundo que permitía naturalizar el poder político y dotar al príncipe de la autoridad y el prestigio de la tradición clásica, así como del carácter sagrado de la divinidad, puesto de manifiesto a través de la analogía simbólica que durante las ceremonias de coronación unía al gobernante y al mito solar, y continuamente reactualizado mediante el *toque real*, que lograba sanar o al menos aliviar a los enfermos⁷⁴.

⁷² Norbert ELIAS, *La sociedad cortesana*, *op. cit.* (cita en p. 263).

⁷³ VOLTAIRE, *El siglo de Luis XIV* [1751], México, FCE, 1996, trad. de Nelida Orfila Reynal.

⁷⁴ Véase Peter BURKE, *La fabricación de Luis XIV* [1992], San Sebastián, Nerea, 2003, trad. de Manuel Sáenz de Heredia, pp. 122-126. Ciertamente, el Rey Sol no dejó de practicar el *toque real*, si bien sustituyó la antigua fórmula, *Le roi te touche, Dieu te guérit* (el rey te toca, Dios te cura), por un enunciado más prudente: *Dieu te guérisse* (que Dios te cure). El mito solar tampoco desapareció por completo de las representaciones monárquicas, pero, desde los años setenta, decayó considerablemente. A partir de entonces, las medallas acuñadas para conmemorar las gestas del rey cada vez más dejaron de inspirarse en las de los emperadores romanos, para dar paso a una nueva retórica en forma de estadística (baste un ejemplo: «80 ciudades capturadas», 1675).

Para Roger Chartier, es más conveniente hablar de «desencanto» respecto a la monarquía, antes que de «desacralización» de la misma, pues los numerosos discursos que ensalzan la divinidad de los reyes no implican necesariamente la plena adhesión de los súbditos a la letra de tales enunciados⁷⁵. El historiador francés no deja de reconocer, evidentemente, que el reinado de Luis XIV supuso un punto de inflexión en cuanto al desapego de la ciudadanía ante un soberano que abandonó París y los rituales de Estado, pero prefiere fijar la destrucción del ceremonial público antes de la llegada al trono del Rey Sol. En 1610, el joven Luis XIII, todavía menor de edad, altera profundamente la lógica ritual al presentarse en una sesión solemne del Parlamento antes de que su predecesor, Enrique IV, fuera enterrado. El nuevo soberano irrumpe por tanto en escena cuando aún no se había consumado el funeral real, el cual mediante la disociación del cuerpo del monarca, la efigie de madera por un lado y el cadáver del difunto por otro, actualizaba la distinción simbólica entre el cuerpo político del rey, que nunca muere, y el cuerpo físico, al que se da sepultura. La precipitada asistencia de Luis XIII al Parlamento descomponía el orden de la tradición, según el cual el rey entrante, si bien ejercía como tal desde el fallecimiento de su antecesor, no alcanzaba la plenitud de su poder hasta la finalización del funeral del rey saliente, que no contaba con la participación del nuevo príncipe. Al violar esta última regla, concluye Chartier, al presenciar el entierro de Enrique IV, Luis XIII arruina definitivamente un ceremonial (que no se volverá a repetir) que revela el misterio de la monarquía, pues hace visible lo

⁷⁵ Roger CHARTIER, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII...*, *op. cit.*, pp. 137-138.

que siempre permanece oculto, la efigie, la inmortalidad de la Corona, mientras el cuerpo natural del rey, perecedero, ya no puede ser contemplado, cubierto por el ataúd⁷⁶.

La indiferencia con la que el pueblo acogió la enfermedad y la muerte de Luis XV llevaba tiempo gestándose. El propio monarca además fue testigo del creciente deterioro de su imagen durante la segunda parte de un mandato que concluía, como recuerda Hardy, con numerosas intervenciones policiales, destinadas a atajar el creciente desprecio de la población hacia el soberano: «A diario –anota el librero en su *Journal* el siete de mayo de 1774, tres días antes de la muerte de Luis XV- se detiene a muchas personas por conversar con demasiada libertad sobre la enfermedad del rey, sin lugar a dudas para dar una lección de circunspección, tanto más cuanto que el número de descontentos aumenta. Se dice que en la calle St. Honoré un hombre había confesado a uno de sus amigos: “¿A mí qué me puede importar esto? No podríamos estar peor”». Atrás quedaron los tiempos en los que la salud del príncipe desasosegaba a la ciudadanía: «Se veía la indiferencia en las personas de todos los grupos del Estado –leemos en el *Journal* el cinco de mayo-, tan opuesta a las demostraciones de cariño dadas en 1744 durante el viaje a Nancy, cuando Luis XV se puso gravemente enfermo y que aún no se olvidaban»⁷⁷. Tanto se ha descompuesto la figura del rey, que mientras en 1757, tras el atentado de Damiens, se oficiaron

⁷⁶ *Ibid.*, pp. 141-142. Véase asimismo Ernst H. KANTOROWICZ, *The King's Two Bodies: a Study in Medieval Political Theology*, Princeton, Princeton University Press, 1957 (trad. española: *Los dos cuerpos del rey*, Madrid, Alianza, 1985, trad. de Susana Aikin Araluce y Rafael Blázquez Godoy).

⁷⁷ Las dos citas de HARDY han sido extraídas de Arlette FARGE, *La vida frágil...*, *op. cit.*, p. 191.

seiscientas misas en París, en 1774 tan sólo se celebraron tres. Acaso la trayectoria de Luis XV difícilmente podía terminar de otro modo: antes de la oleada de *mauvais discours* que sucedieron al frustrado regicidio, antes de la disputa de los billetes de confesión, antes de que Mme de Pompadour suscitara el odio del pueblo francés, el monarca, que nunca consiguió hacer olvidar a sus predecesores, vio cómo, en 1739, su confesor le prohibía tocar las escrófulas por hallarse en concubinato con Mme de Mailly. Louis *le Bien Aimé* dejaba así de cumplir con aquel gesto inmortalizado por Jouvenet en su retrato de Luis XIV, un gesto que repetían los monarcas franceses desde la Edad Media, signo de sus valiosos poderes taumátúrgicos⁷⁸ [ilustración 6, p. 97].

« Un malheureux de la lie du peuple »

Para cerrar este capítulo, me gustaría regresar a Damiens, visto ahora a través de los ojos del gran *chef* de los *philosophes*. Voltaire, que como comprobamos quedó horrorizado cuando supo de la carta escrita por el reo a Su Majestad, decía del regicida en la *Histoire du Parlement de Paris* que era «un malheureux de la lie du peuple» («un desgraciado de la hez del pueblo»)⁷⁹.

⁷⁸ Véase Marc BLOCH, *Les rois thaumaturges : étude sur le caractère surnaturel attribué à la puissance royale particulièrement en France et en Angleterre*, Publications de la Faculté de Lettres de l'Université de Strasbourg, 1924 (réédition corrigée: Gallimard, 1983; trad. española: *Los reyes taumaturgos. Estudio sobre el carácter sobrenatural atribuido al poder real, particularmente en Francia e Inglaterra*, México, FCE, 2006, trad. de Marcos Lara y Juan Carlos Rodríguez Aguilar).

⁷⁹ VOLTAIRE, *Histoire du Parlement de Paris* [1769] [document électronique], Paris, Bibliothèque nationale de France, 1997, p. 210. Según el *philosophe*, también forman parte de la «lie du peuple» François Ravailac –el asesino de Enrique IV- (*ibid.*, p. 40) y los *convulsionnaires* de Saint Médard (*ibid.*, p. 194).

Las palabras de Voltaire pueden dar lugar a distintas interpretaciones, al menos dos: el sustantivo «lie» («hez») puede referirse exclusivamente a Damiens o ser extensible asimismo –o quizá fundamentalmente– al pueblo. La segunda lectura no debe resultar extraña cuando la sentencia es proferida por uno de los *philosophes* que más celosamente protegía su elevado estatus, que lo situaba muy por encima del populacho más vil al que pertenecen Damiens o los convulsionarios de Saint-Médard⁸⁰ y también de los «pobres diablos» (como reza el título del famoso poema) que intentan en vano acceder a las academias y los salones. Justo en el momento en el que se apreciaba una cierta tendencia hacia la autonomización del campo literario (fruto del incremento exponencial de autores, lectores, bibliotecas, colecciones y publicaciones, como también del aumento de los permisos tácitos⁸¹ y de los nuevos contratos editoriales, que estipulan para los escritores retribuciones económicas cada vez más sustanciosas), el autor de *El siglo de Luis XIV* cierra filas en torno a una concepción profundamente elitista de la cultura y aborrece a quienes malviven de su pluma en las buhardillas parisinas, que deberían, según su parecer, abandonar definitivamente esta suerte y aprender un oficio útil: «Cien autores compilan para ganarse el pan –leemos en la voz «Autores» del *Diccionario filosófico-*

⁸⁰ «Hay siempre en la nación gentes que no tienen ningún trato con las personas honradas, que no son del siglo, inaccesibles a los progresos de la nación, y sobre las cuales la atrocidad del fanatismo conserva su imperio, como ciertas enfermedades que sólo atacan a la plebe más baja» (VOLTAIRE, *El siglo de Luis XIV*, *op. cit.*, p. 439). El citado fragmento pertenece al capítulo que *El siglo de Luis XIV* dedica al jansenismo, donde Voltaire denigra la milagrosa curación de Mme Lafosse (1725), a la que el autor había apoyado en su momento, testificando a su favor y ofreciéndole una suma de dinero que ella rechazó.

⁸¹ A diferencia de los permisos «públicos», los permisos «tácitos» no requerían la aprobación del canciller. Se usaban para autorizar la impresión de títulos que no podían ser avalados oficialmente, pero que no eran tan peligrosos como para ser censurados.

y veinte gacetilleros hacen el extracto, la crítica, la apología, la sátira de esas compilaciones con vistas a ganarse también ellos el pan, porque no tienen una profesión [...] Los verdaderos autores son los que han triunfado en un arte verdadero, ya sea en la epopeya, en la tragedia, en la comedia, en la historia o en la filosofía; quienes han enseñado o encantado a los hombres. Los otros de los que hemos hablado son entre las gentes de letras lo que son los zánganos entre los pájaros»⁸².

Damiens no sólo está loco –según la versión oficial y el propio Voltaire⁸³–, sino que además su humilde condición lo inhabilita de antemano, lo reduce de una vez por todas al silencio, el mismo que según el patriarca de Ferney deberían

⁸² « Cent auteurs compilent pour avoir du pain, et vingt folliculaires font l'extract, la critique, l'apologie, la satire de ces compilations, dans l'idée d'avoir aussi du pain, parce qu'ils n'ont point de métier [...] Les auteurs véritables sont ceux qui ont réussi dans un art véritable, soit dans l'épopée, soit dans la tragédie, soit dans la comédie, soit dans l'histoire, ou dans la philosophie ; qui ont enseigné ou enchanté les hommes. Les autres dont nous avons parlé sont parmi les gens de lettres ce que les frelons sont parmi les oiseaux » (VOLTAIRE, « Auteurs », in *Oeuvres complètes de Voltaire*, nouvelle édition, avec notices, préfaces, variantes, table analytique, les notes de tous les commentateurs et des notes nouvelles, conforme pour le texte à l'édition de Beuchot, enrichie des découvertes les plus récentes et mise au courant des travaux qui ont paru jusqu'à ce jour), Paris, Garnier frères, 1877-1885, vol. XVII. *Dictionnaire philosophique* [1764*], tome I, 1878, pp. 499-500. *El *Dictionnaire philosophique* apareció por vez primera en 1764, pero la obra fue creciendo en las sucesivas ediciones que fueron publicadas mientras vivía Voltaire – en 1765, 1767, 1769 (titulada *La Raison par alphabet*), 1770, 1773, 1775, 1776 y 1777-. Además, de 1770 a 1772 ([Genève], [Cramer]) vieron la luz los nueve volúmenes de las *Questions sur l'Encyclopédie*, que contienen aportaciones interesantes a algunas de las entradas del *Dictionnaire philosophique*).

⁸³ En el capítulo 37 del *Précis du siècle de Louis XV*, dedicado al atentado de 1757, Voltaire dice de Damiens que «c'était un homme dont l'humeur sombre et ardente avait toujours ressemblé à la démence» [«era un hombre cuyo humor sombrío y ardiente siempre se había inclinado a la demencia»] (VOLTAIRE, *Précis du siècle de Louis XV*, op. cit., p. 216). « Ce malheureux –concluye el *philosophe*- n'était donc qu'un insensé fanatique, moins abominable à la vérité que Ravailiac et Jean Châtel, mais plus fou, et n'ayant pas plus de complices que ces deux énergumènes. Les seuls complices, pour l'ordinaire, de ces monstres sont des fanatiques dont les cervelles échauffées allument, sans le savoir, un feu qui va embraser des esprits faibles, insensés, et atroces. » [«Este desgraciado no era más que un insensato fanático, menos abominable en realidad que Ravailiac y Jean Châtel, pero más loco, y no tenía más cómplices que estos dos energúmenos. Por lo general, los únicos cómplices de esos monstruos son fanáticos cuyos sesos enardecidos encienden, sin saberlo, un fuego que va a abrazar a espíritus débiles, insensatos y atroces»] (*ibid.*, p. 224).

respetar escrupulosamente los representantes de la baja literatura. Más aún que los habitantes de *Grub Street*, los hombres y mujeres del pueblo son excluidos, denigrados, ninguneados no sólo por Voltaire, sino por la práctica totalidad de los hombres de letras. Quienes se consideraban a sí mismos los verdaderos portavoces de la multitud iletrada apuestan por una clara distinción entre la emergente *opinion pública* y la más que sospechosa *opinion popular*: según d'Alembert, el historiador «suele distinguir al público verdaderamente ilustrado, que debe guiar su pluma, de esa multitud ciega y ruidosa»⁸⁴. Condorcet es aún más claro: «Cuando se habla de opinión, hay que distinguir tres especies: la opinión de las personas ilustradas, que precede a la opinión pública y acaba dictándole la ley; la opinión cuya autoridad genera la opinión del pueblo; la opinión popular en fin, que es la de la parte del pueblo más estúpida y miserable»⁸⁵.

El propósito de este trabajo es en gran medida comprender, hacernos cargo de toda la complejidad que encierran estas dos citas, que de un solo golpe ponen patas arriba las visiones excesivamente consoladoras (o hagiográficas) del movimiento ilustrado, y nos permiten concluir este primer capítulo con una de las hipótesis de trabajo que vertebran estas páginas: la emergencia del público en

⁸⁴ « A souvent tendance à distinguer le public vraiment éclairé, qui doit guider sa plume d'avec cette multitude aveugle et bruyante » (D'ALEMBERT, *Éloges lus dans les séances publiques de l'Académie française*, Paris, Panckoucke/Moutard, 1779, Préface [lue à la séance publique du 25 août 1772], p. IX).

⁸⁵ « Quand on parle d'opinion, il faut en distinguer trois espèces: l'opinion des gens éclairés, qui précède l'opinion publique et finit par lui faire la loi; l'opinion dont l'autorité entraîne l'opinion du peuple; l'opinion populaire en fin, qui reste celle de la partie du peuple la plus stupide et la plus misérable » (Jean-Antoine-Nicolas de Caritat, marquis de CONDORCET, *Réflexions sur le commerce des bleds*, Londres, 1776, p. 140).

el sentido amplio del término comprende escenarios –los cafés, los mercados, las plazas públicas, etc.- que sobrepasan claramente los límites de las instituciones *savantes* o los círculos *mondains*, así como canales de difusión –canciones, carteles, libelos...- que, como afirma Arlette Farge, hacen de la calle «un actor social» y por tanto una materia de estudio tan digna como la «publicidad burguesa» habermasiana. Ahora bien, en un sentido más restrictivo (en la medida en que nos tropezamos con un objeto que se define mediante un proceso de abstracción tal que permitirá desarrollos contemporáneos –el de Gabriel Tarde es un ejemplo extremo- que dignifican la opinión pública con la misma naturalidad con la que descalifican a las masas), podemos afirmar que la opinión pública surge en la Francia de los últimos decenios del Antiguo Régimen como una invención de las elites, y ante todo de los *philosophes*⁸⁶, que pretenden constituirse o afianzarse como tales, como grupos de poder que buscan, mediante la apelación a esta nueva entidad, llenar el vacío resultante de la crisis de legitimidad de la monarquía, aprovechando la fuerza potencial de las manifestaciones protagonizadas por una población que –al contrario de lo que sucede, entre otros, con la nueva clase de los intelectuales- no reclama para sí un título, una etiqueta que le confiera unidad y dignidad.

⁸⁶ Junto con los hombres de letras, jugaron un papel importante los medios parlamentarios – que tienden a ser considerados por sus continuas disputas con la realeza como uno de los territorios privilegiados donde toma cuerpo la opinión pública, si bien a menudo los contemporáneos se plantean la duda acerca de si sus apelaciones al *esprit public* no son más que un medio propagandístico (véase Mona OZOUF, *op. cit.*)- y ministros como Necker, que decidió publicar oficialmente su *Compte rendu* de 1781, asestando de este modo un duro golpe a la ya herida política absolutista del secreto (sobre Necker y la opinión pública puede leerse la interesante contribución de Lucien JAUME, « L’opinion publique selon Necker : entre concept et idée-force », in Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN et Joëlle CHASSIN (coord.), *op. cit.*, pp. 33-50).



Ilustración 4: Jean Restout le Jeune, « Le tombeau de François de Pâris ». Grabado incluido en el libro de Louis Basile Carré de Montgeron, *La Vérité des miracles opérés par l'intercession de M. de Pâris et autres apellans, démontrés contre M. l'archevêque de Sens*, Utrecht, chez les Libraires de la Compagnie, 1737, vol. I. «Lo más escandaloso –señala uno de los agentes policiales- es ver a jóvenes bastante bellas y lozanas entre los brazos de hombres que, al socorrerlas, pueden satisfacer ciertas pasiones.»⁸⁷

⁸⁷ « Ce qu'il y a de plus scandaleux c'est d'y voir des jeunes filles assez jolies et bien faites entre les bras des hommes, qui, en les secourant, peuvent contenter certaines passions » (citado por André ZYSBERG, *op. cit.*, p. 153).



Ilustración 5: Balthasar Anton Dunker, « Homme remettant à un autre une lettre de cachet », *Illustrations d'Esquisses pour les amateurs*, in Louis-Sébastien Mercier *Tableau de Paris*, 1787, plancha del capítulo DLXXXVIII (Bibliothèque nationale de France, Paris).



Ilustración 6: Jean Jouvenet, *Louis XIV guérit les scrofuleux*, 1690 (Église-Abbaye de Saint-Riquier).

Capítulo 2

DEL *MAGISTER* MEDIEVAL AL ACADÉMICO.

HACIA UNA HISTORIA NEGATIVA DEL

INTELECTUAL

«De todas las naciones de Europa Francia era, desde hacía ya tiempo, la más literaria; no obstante, los hombres de letras jamás habían revelado un espíritu como el que mostraron hacia mediados del siglo XVIII, ni ocupado una posición como la alcanzada entonces. Algo así, nunca antes se había visto entre nosotros, ni creo que en ningún otro lugar»¹. El entrecomillado pertenece al primer capítulo del libro III de *L'Ancien Régime et la Révolution*, el clásico estudio publicado por Alexis de Tocqueville en 1856. El título de dicho capítulo no puede ser más elocuente: «Cómo, hacia mediados del siglo XVIII, los hombres de letras se convirtieron en los principales hombres políticos del país, y de los efectos derivados de ello».

¹ Alexis de TOCQUEVILLE, *El Antiguo Régimen y la Revolución* [1856], Madrid, Istmo, 2004, edición de Antonio Hermosa Andújar, p. 191.

Los escritores franceses, afirma Tocqueville a continuación, no actuaban como sus homólogos ingleses, en el sentido de que no intervenían en los asuntos públicos que marcaban el día a día de la nación; pero tampoco se asemejaban a sus colegas alemanes, pues a diferencia de estos últimos los franceses no eran ajenos por completo a la política.

De hecho, según Tocqueville ésta era «su genuina ocupación»². Pero no los problemas cotidianos relativos al gobierno del territorio, sino una «suerte de política abstracta y literaria»³ que se halla presente en todas las obras de la época, desde los tratados más sesudos hasta las más livianas composiciones musicales. Los hombres de letras franceses de los últimos decenios del Antiguo Régimen reflexionaban de continuo acerca de los principios de las sociedades y el fundamento de la autoridad y de las leyes, sobre los derechos de la ciudadanía y la naturaleza de las relaciones humanas. Sus sistemas políticos eran muy diferentes, pero todos ellos tenían el mismo punto de partida: trataban de sustituir las tradicionales y complejas costumbres a partir de las cuales se articulaba la sociedad de su tiempo por un conjunto de normas básicas que no emanaban sino de la razón.

En esto consiste en último término, dice Tocqueville, la filosofía política del siglo XVIII. Los teóricos reemplazaban por tanto al hombre sumido de lleno en la circunstancia de su época por un individuo abstracto, y transformaban la rabiosa actualidad que les tocaba vivir en un mundo imaginario más propio de la

² *Ibid.*

³ *Ibid.*, p. 192.

literatura que devolvió la ilusión a una población hastiada, que conquistó y de qué manera a quienes impulsados por los filósofos soportaban cada vez con mayor dificultad «el espectáculo de tanto privilegio abusivo o ridículo»⁴ que precipitó a los hombres de letras hacia la noción de igualdad natural.

Lo novedoso no era tanto la idea en sí, prosigue Tocqueville, que rondaba la mente de los hombres desde hacía tres mil años, sino el hecho de que quedara fijada como nunca en el espíritu de todos y cada uno de los escritores, y en particular el modo como tal construcción teórica «descendió hasta la multitud, en la que tomó la consistencia y el calor de una pasión política»⁵, hasta tal punto que llegó a «inflamar incluso la imaginación de mujeres y campesinos»⁶.

La lejanía de los escritores con respecto a la realidad, a la práctica política, alimentaba sus elucubraciones, ya que no poseían la experiencia capaz de proporcionar algún tipo de contención frente a la viabilidad de las reformas planteadas. Su «ciudad ideal»⁷ también se vio beneficiada por el hecho de que el pueblo adoleciera de la misma ignorancia con respecto a los asuntos públicos, pues ya no participaba en el gobierno a través de los Estados Generales (que como es sabido no se convocaban desde 1614) o mediante las asambleas provinciales.

El largo proceso de centralización administrativa llevado a cabo por la monarquía —que no es, por tanto, insiste Tocqueville, una invención

⁴ *Ibid.*, p. 193.

⁵ *Ibid.*, p. 192.

⁶ *Ibid.*, pp. 192-193.

⁷ *Ibid.*, p. 198.

revolucionaria- había terminado de cercenar las antiguas libertades políticas. Si a finales del siglo XVII aún quedaban ciudades que conservaban cierto autogobierno, en las que los magistrados eran libremente elegidos por el pueblo –ante el que debían rendir cuentas-, una centuria más tarde la administración de los municipios ha pasado a ser patrimonio exclusivo de una oligarquía que ya no es responsable ante el conjunto de los ciudadanos. En el siglo XV, señala Tocqueville, la asamblea general estaba compuesta por el pueblo en su totalidad; en el XVIII ha desaparecido todo vestigio de aquella genuina configuración política y dichas asambleas son representativas y no directas, formadas ante todo por notables⁸.

Lo único que se había salvado de aquella magna obra de centralización y concentración del poder emprendida por la Corona era la libertad de filosofar sin coacción. Los hombres de letras se colaron por esta hendidura y «arrogándose la dirección de la opinión pública –escribe Tocqueville-, se vieron en cierto momento ocupar el lugar de ordinario ocupado por los jefes de partido en los países libres»⁹. Los escritores –que en este sentido supieron aprovechar la pérdida de ascendencia social de la aristocracia, la cual no estaba por tanto en disposición de competir por el liderazgo de la opinión pública- representaban la antítesis del gobierno efectivo crecientemente desprestigiado, desprovisto de la legitimidad o la autoridad moral que se le atribuía a la filosofía política.

⁸ *Ibíd.*, pp. 97-100.

⁹ *Ibíd.*, pp. 194-195.

Veinte años después de Tocqueville, Hippolyte Taine esbozará un argumento parecido con respecto a la importancia que jugó la abstracción teórica como caldo de cultivo de la Revolución Francesa. Como Tocqueville, Taine también opone la compleja realidad social frente al mundo hipotético de la *raison raisonnante*; pero, a diferencia de aquél, el autor de *Les origines de la France contemporaine* rastrea la genealogía del espíritu revolucionario más allá, esto es, antes de la Ilustración¹⁰. Según Taine la literatura que menoscaba los cimientos del Antiguo Régimen es en último término el clasicismo francés: «Se trata de demostrar –escribía a su amigo Émile Boutmy el 31 de julio de 1874– que Boileau, Descartes, Lemaistre de Sacy, Corneille, Racine, Fléchier, etcétera, son los ancestros de Saint-Just y de Robespierre. Lo que los retenía era que el dogma monárquico y religioso estaba intacto; una vez desgastado este dogma por sus excesos y destruido por la visión científica del mundo (Newton difundido por Voltaire), el espíritu clásico produjo fatalmente la teoría del hombre natural abstracto y el Contrato social»¹¹.

Como señala Roger Chartier, la originalidad de Taine consiste en plantear una filiación con respecto al estallido revolucionario inimaginada por los actores sociopolíticos de 1789, quienes de entre los nombres propios apuntados más

¹⁰ Hippolyte-Adolphe TAINE, *Les origines de la France contemporaine*, tome I. *L'Ancien Régime*, Paris, Hachette, 1875.

¹¹ « Il s'agit de montrer que Boileau, Descartes, Lemaistre de Sacy, Corneille, Racine, Fléchier, etc., sont les ancêtres directs de Saint-Just et de Robespierre. -C'est qui les retenait, c'est que le dogme monarchique et religieux était intact ; une fois ce dogme usé par ses excès et renversé par la vue scientifique du monde (Newton apporté par Voltaire) l'esprit classique a produit fatalement la théorie de l'homme naturel abstrait et le Contrat social » (carta de Hippolyte-Adolphe TAINE a Émile Boutmy fechada el 31 de julio de 1874, in Hippolyte-Adolphe TAINE, *H. Taine, sa vie et sa correspondance*, Paris, Hachette, vol. III. *L'historien (1870-1875)*, 2^e édition, 1905, p. 268).

arriba pertenecientes al clasicismo francés tan sólo consideraron a Descartes como uno de los grandes hombres de la patria que acaso merecía figurar junto con los *philosophes* de las Luces, aunque finalmente el autor del *Discurso del método* no fue aceptado en el Panteón. La interpretación arriesgada por Taine ayuda además a pensar *los orígenes intelectuales de la Revolución Francesa* (tomamos prestado el título de Daniel Mornet)¹² dentro de un periodo más amplio que el contemplado en *L'Ancien Régime et la Révolution*¹³. El libro de Tocqueville, si bien se remonta en ocasiones a la situación política de Francia antes del devastador y dilatado proceso de centralización administrativa y durante el mismo (a menudo, como veíamos, con el fin de subrayar la consolidación de dicho proceso en el siglo XVIII frente a los residuos de las antiguas libertades municipales), privilegia un marco histórico más reducido, donde resulta decisiva la función ejercida por los hombres de letras.

Nosotros preferimos movernos en una doble cronología, pese a las dificultades que ello comporta. Al igual que en el capítulo anterior, donde los detalles pormenorizados del caso Damiens quedaban enmarcados en un contexto de larga duración que giraba en torno a la desacralización de la monarquía, en esta ocasión proponemos un breve recorrido, desde el *magister* medieval hasta el *écrivain* que surgió con las primeras academias, que sin duda nos ayudará a comprender al *philosophe* de mediados del siglo XVIII.

¹² Daniel MORNET, *Les origines intellectuelles de la Révolution française : 1715-1787*, Paris, Armand Colin, 1933 (traducción española: *Los orígenes intelectuales de la Revolución Francesa, 1715-1787*, Buenos Aires, Paidós, 1969, trad. de Carlos A. Fayard).

¹³ Roger CHARTIER, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII...*, *op. cit.*, pp. 20-22.

Las tesis de Tocqueville convocan no pocos problemas. Acaso para nuestro propósito los que resultan más relevantes son los que tienen que ver con la difusión de las nuevas teorías que alumbradas por los hombres de letras según el autor francés descendían en la escala social hasta límites insospechados, hasta excitar la fantasía de mujeres y campesinos. El argumento es muy discutible desde el punto de vista histórico y es insostenible desde el punto de vista historiográfico y sociológico. Daniel Mornet emplea un razonamiento similar en su obra de 1933, un método que según Robert Darnton toma la forma de «una especie de cafetera francesa», en la que las ideas filosóficas alojadas en las altas esferas bajan hasta el pueblo y desde aquí impulsan el espíritu revolucionario¹⁴. Como advierte Roger Chartier, la operación de Mornet se sostiene a partir de una premisa errónea, según la cual las ideas no sufren ninguna transformación durante los complicados procesos de apropiación y reapropiación a los que están sometidas¹⁵.

Otro asunto más delicado es el relacionado con la politización de la vida intelectual del siglo XVIII. Chartier apuntaba dos posibles lecturas de dicha politización: la primera parte de la hipótesis de Augustin Cochin, que concibe las asociaciones voluntarias del siglo XVIII, los clubes, las sociedades literarias y en particular las logias masónicas, como un laboratorio proto-democrático que socava los principios jerárquicos sobre los que se sostiene la monarquía del

¹⁴ Robert DARNTON, *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la Revolución* [1996], Buenos Aires, FCE, 2008, trad. de Antonio Saborit, p. 257.

¹⁵ Roger CHARTIER, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII...*, *op. cit.*, pp. 31-32.

Antiguo Régimen y prefigura el jacobinismo¹⁶; la segunda línea interpretativa es la ya mencionada de Jürgen Habermas (cuya deuda con Tocqueville según Robert Darnton es muy importante, pues el historiador francés fue el primero que abordó los temas que más tarde trabajó el filósofo alemán¹⁷), quien postula el desarrollo de la *publicidad burguesa* como la progresiva politización de la esfera pública literaria, generada en torno a los espacios de sociabilidad de la Ilustración, los cuales son testigos de las conquistas de un debate crítico que no conoce límites a priori, que no se detiene ante los dogmas sagrados, frente a los asuntos antes incuestionables, los *arcana imperii* o los inescrutables enigmas religiosos.

Sin duda –lo adelantábamos en la introducción–, las investigaciones de las últimas décadas complican sobremanera los argumentos. Pero esta problemática será objeto del próximo capítulo, sobre los *philosophes* y la opinión pública. Antes, como decíamos, nos vamos a ocupar de las figuras intelectuales que anteceden a esos hombres de letras de mediados del siglo XVIII que tuvieron un papel tan destacado según Tocqueville, de los que, como veremos, se mofará la comedia de Palissot estrenada en 1760.

¹⁶ Augustin COCHIN, *Les Sociétés de pensée et la Démocratie moderne. Études d'histoire révolutionnaire* [1921], Paris, Copernic, 1978.

¹⁷ Robert DARNTON, «An Enlightened Revolution?», *op. cit.*, p. 34.

Bajo el signo de Saturno

Nacido bajo el signo de Saturno, el filósofo es de natural melancólico por más que se empeñe en combatir las causas de su inevitable melancolía, como pretendía *Democritus junior*, el seudónimo del que se sirvió Robert Burton para firmar su voluminosa obra publicada en 1621¹⁸. Como apunta Wolf Lepenies¹⁹, el nombre del filósofo griego era casi de obligada referencia en la época al tratar el tema de la melancolía (así por ejemplo, el *Democritus, or Doctor Merry Man, His Medicine Against Melancholy Humours* de Samuel Rowlands que vio la luz en 1607, o el *Democritus ridens, sive campus recreationum honestarum cum exorcismo melancholiae*, publicado por Johann Peter Lange en 1649), un lugar común que no podía dejar de conocer Robert Burton, un «clérigo y anacoreta universitario, que pasó su vida en las bibliotecas y bebió de todas las ciencias, tan erudito como Rabelais, de una memoria inagotable y desbordante»²⁰, que se presenta a sí mismo como un estudioso apartado del mundo, donde ha disfrutado de «una vida tranquila,

¹⁸ Robert BURTON, *Anatomía de la melancolía* [1621*], prefacio de Jean Starobinski, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 1997-2002, 3 vols., trad. de Ana Sáez Hidalgo, Raquel Álvarez Peláez y Cristina Corredor. *Tras su aparición en 1621, la obra conoció cuatro reediciones corregidas y aumentadas progresivamente por el autor, en 1624, 1628, 1632 y 1638. La *Anatomía de la melancolía* fue impresa de nuevo en 1651. La traducción de la Asociación Española de Neuropsiquiatría ha tomado como referencia el texto de 1632, ya que lo considera más fiable y limpio de erratas que la edición de 1651.

¹⁹ Wolf LEPENIES, *¿Qué es un intelectual europeo? Los intelectuales y la política del espíritu en la historia europea* [2007], Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2008, trad. de Sergio Pawlosky. Lepenies dedica a Robert Burton el primer apartado de su segunda lección (que como las demás fueron leídas en el Collège de France en 1992), «Pensamiento utópico y melancolía», pp. 40-77.

²⁰ Así comienza la semblanza que sobre Robert Burton realizó Hippolyte Taine en su *Histoire de la littérature anglaise*, dentro del capítulo dedicado al «Renacimiento pagano»: «Robert Burton, ecclésiastique et solitaire d'Université, qui passa sa vie dans les bibliothèques et feuilleta toutes les sciences, aussi érudit que Rabelais, d'une mémoire inépuisable et débordante» (Hippolyte-Adolphe TAINÉ, *Histoire de la littérature anglaise* [1863], Paris, L. Hachette, 1866, 2^e édition revue et augmentée, vol. I, p. 374).

sedentaria, solitaria, apartada, a solas con las musas»²¹, y se jacta de haber sido «estudiante del colegio más ilustre de Europa»²², el Christ Church College de Oxford, del que fue bibliotecario desde 1626.

Comparece así ante los lectores el «nuevo Demócrito», que a buen seguro se asemejaba bastante al antiguo sabio griego, de quien Hipócrates y Diógenes Laercio contaban que «era un hombrecillo anciano y fatigoso, muy melancólico por naturaleza, receloso de compañía en sus últimos días y muy dado a la soledad»²³. Demócrito junior se propone la esforzada tarea de proseguir y terminar el libro que según el relato de Hipócrates (su *Epístola a Damageto*) el filósofo de Abdera dejó inacabado y ahora está perdido²⁴, un importante tratado acerca de la atrabilis o bilis negra, una de las sustancias básicas que componen el cuerpo humano según la teoría hipocrática de los cuatro humores (contamos además con la bilis amarilla, la sangre y la flema), de cuyo equilibrio depende el estado de salud de la persona. Nacidos bajo el influjo telúrico de Saturno²⁵, aquéllos que padecen un exceso de bilis negra son inevitablemente melancólicos —«escribo sobre la melancolía, confiesa Burton en el prólogo de la obra, para estar ocupado en la manera de evitar la melancolía»²⁶—, esto es, erráticos, somnolientos, meditabundos. La tradición no trató demasiado bien a quienes así se hallan constituidos. Éstos soportaron las representaciones medievales según

²¹ Robert BURTON, *op. cit.*, vol. I, p. 42.

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*

²⁴ *Ibid.*, p. 45.

²⁵ «Saturno fue el planeta de mi nacimiento —confiesa Demócrito junior—, y Marte el planeta que gobierna mis costumbres» (*ibid.*, p. 43).

²⁶ *Ibid.*, p. 45.

las cuales la melancolía era sinónimo de *acedia*, pereza, y por lo tanto un vicio, la antesala del pecado, hasta la rehabilitación renacentista de la melancolía²⁷ llevada a cabo ante todo por Marsilio Ficino al rescatar el sugestivo *Problemata XXX* atribuido a Aristóteles, que lanzaba una pregunta que iba a abrir las puertas a una consideración muy diferente de la afección atrabiliaria: «¿Por qué razón todos aquellos que han sido hombres de excepción, bien en lo que respecta a la filosofía, o bien a la ciencia del Estado, la poesía o las artes, resultan ser claramente melancólicos, y algunos hasta el punto de hallarse atrapados por las enfermedades provocadas por la bilis negra, tal y como explican, de entre los relatos de tema heroico, aquellos dedicados a Heracles?»²⁸. La respuesta del filósofo de Éfeso no deja lugar a dudas: la melancolía no es una aflicción pasajera, sino el rasgo estructural por antonomasia de los individuos dotados de una determinada constitución. La naturaleza atrabiliaria no deja de suponer una peligrosa tendencia hacia numerosas enfermedades, entre ellas la completa enajenación mental (como según Aristóteles le sucedió a Áyax²⁹); pero la recuperación por parte del neoplatonismo renacentista del texto aristotélico dota

²⁷ Según Giorgio Agamben, en la Edad Media se conocía la doble dimensión (presente desde la patrística antigua) de la *acedia*, que no sólo contenía una importante carga negativa, sino también un valor positivo que facilitó la lectura renacentista del desorden melancólico (Giorgio AGAMBEN, Stanze. *La parola e il fantasma nella cultura occidentale*, Torino, Einaudi, 1977). Roger Bartra recuerda a este respecto la dualidad que posee la tristeza o *tristitia* (estrechamente vinculada a la *acedia*) en las palabras que Pablo de Tarso dirigió a los corintios, según las cuales la tristeza es capaz de provocar la muerte, pero puede ayudar asimismo a lograr la salvación mediante el firme y sincero arrepentimiento (Roger BARTRA, «Melancolía y cristianismo. Sobre la tristeza de don Quijote», in *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro*, Barcelona, Anagrama, 2001, p. 157).

²⁸ ARISTÓTELES, *El hombre de genio y la melancolía: problema XXX, I*, Barcelona, Quaderns Crema, 1996, edición bilingüe, prólogo y notas de Jackie Pigeaud, trad. de Cristina Serna, p. 79.

²⁹ «Por no hablar ya de lo que concierne a Áyax y aun a Belofonte –afirma Aristóteles–; el primero se tornó totalmente loco, el otro vagaba en busca de lugares solitarios» (*ibid.*, pp. 79-81).

a la melancolía de una ambivalencia que se halla lejos de la iconografía medieval: además de una inagotable fuente de desórdenes físicos y espirituales, o tal vez por eso mismo, porque bordea el abismo de la locura y la muerte, la melancolía es el germen de la creatividad, la sustancia del genio. Así queda reflejado en la famosa *Melencolía I* de Albrecht Dürer, el grabado de 1514 que el propio Robert Burton no puede dejar de mencionar **[ilustración 7, p. 184]**: en él aparece en primer plano Melancolía, que está sentada sobre un banco de piedra, la mejilla apoyada sobre el puño izquierdo, mientras con la mano derecha sujeta mecánicamente un compás que descansa sobre un libro cerrado. Coronada con verbena, la flor que ahuyenta la locura, la acompañan un querubín y un perro dormido a sus pies, acaso, como señala Panofski, el complemento preciso de la protagonista del grabado, cuya inactividad consciente contrasta con la actividad inconsciente del angelito y la inactividad inconsciente del animal³⁰. Los tres se encuentran cerca del mar, en mitad de una fría noche –que adivinamos gracias al arco iris lunar- junto a un edificio inacabado. Si observamos la escena con detenimiento comprendemos el porqué de esta construcción inconclusa. Melancolía está absorta, con la mirada perdida en el vacío. Es una figura alada, símbolo de la imaginación y la creatividad que caracterizan al genio fuera de lo común, que sin embargo en ningún momento da la sensación de que pueda emprender el vuelo. Esparcidos por el suelo una serie de objetos desordenados,

³⁰ Raymond KLIBANSKY, Edwin PANOFSKY y Fritz SAXL, *Saturno y la melancolía. Estudios de historia de la filosofía de la naturaleza, la religión y el arte* [1964], Madrid, Alianza, 1991, versión española de María Luisa Balseiro, pp. 309-310. Sobre éste y otros grabados del artista de Nüremberg, véase Antonio RIVERA GARCÍA, «La pintura de la crisis: Albrecht Dürer y la Reforma», *Artificium. Revista iberoamericana de estudios culturales y análisis conceptual*, vol. 1, enero-junio 2010, pp. 100-119.

un tintero, una pluma, una escuadra, una esfera, un poliedro, los instrumentos del geómetra que ha suspendido su tarea –tal es el significado de la escalera apoyada contra el muro–, que abismado en sus pensamientos no logra encontrar el sentido de un trabajo cuya finalización se resiste al paso del tiempo, como le recuerda el reloj de arena colocado sobre la pared. La inquietante sombra de Saturno planea sobre la escena bajo la forma de un cometa que surca el cielo, un fenómeno maléfico según las creencias de la época³¹ contra el que es preciso protegerse, por ejemplo, con el cuadro mágico que se encuentra junto al reloj de arena y se conoce con el nombre de la *mesa de Júpiter*, una tablilla basada en el número 4 y cuyas cifras leídas en cualquier sentido suman 34.

Incapaz de vencerse a sí misma, quizá la figura central del grabado se deja llevar en sus ensoñaciones hacia un paraíso lejano, de la misma manera que Robert Burton –que además de considerar la afección atrabiliaria como una señal de identidad de determinados individuos la eleva a la categoría de elemento del cosmos, del que nada ni nadie se salva–, al constatar la imposibilidad de derrotar a la melancolía, decide construir «una Utopía propia, una Nueva Atlantis, una república poética mía propia, en la que pueda dominar libremente»³². Una eterna primavera –la antítesis del otoño, la estación saturnina por antonomasia– en la que no hay lugar ni tiempo para la ociosidad, la «mayor causa de melancolía»³³, pues además de contar con una precisa distribución de los espacios (una

³¹ Hacía poco más de medio siglo, en 1456, que el papa Calixto III excomulgó al cometa Halley al considerarlo un emisario del mal.

³² Robert BURTON, *op. cit.*, vol. I, p. 107. Sobre el proyecto utópico de Burton véase el prefacio de Jean STAROBINSKI, «Habla Demócrito. La utopía melancólica de Robert Burton», trad. de Julián Mateo Ballorca, pp. 11-29 (en particular, pp. 23-29).

³³ Robert BURTON, *op. cit.*, p. 45.

descripción detallada del emplazamiento y la función de las iglesias, las prisiones, los hospitales, las escuelas, los mercados) y una rigurosa delimitación de las leyes cuya inobservancia merece un severo castigo, contiene una pormenorizada planificación de las actividades humanas. La de Robert Burton comparte en definitiva con la práctica totalidad de las utopías modernas la obsesiva y minuciosa codificación de los preceptos y costumbres, del orden que ha de regir el territorio nuevo, acaso porque todas ellas, en mayor o menor medida, pretenden ser un antídoto eficaz o un dulce bálsamo contra el grave desorden melancólico.

O tal vez la figura alada de Dürer refleja sin más la esencia del mal de la bilis negra –la razón por la que el melancólico siente un profundo dolor por el mundo que lo rodea y por sí mismo-, la incapacidad de abandonar el pensamiento para acometer la acción, y la apesadumbrada conciencia de ello. Es una suerte de «sistema que actúa al revés», dirá Diderot en sus *Éléments de physiologie*: «Nada es más contrario a la naturaleza que la meditación habitual o la condición de *savant*. El hombre ha nacido para actuar; el verdadero movimiento del sistema no es reconducirse constantemente de sus extremidades al centro nervioso, sino dirigirse del centro a las extremidades de los nervios [...] El hombre de la naturaleza está hecho para pensar poco y actuar mucho; el hombre de ciencia, por el contrario, piensa mucho y se mueve poco»³⁴. El enciclopedista

³⁴ El citado fragmento aparece bajo el epígrafe «Système agissant à rebours»: «C'est que rien n'est plus contraire à la nature que la méditation habituelle ou l'état de savant. L'homme est né pour agir; le mouvement vrai du système n'est pas de se ramener constamment de ses extrémités au centre du faisceau, mais de se porter du centre aux extrémités des filets [...]»

francés está inmerso de lleno en un mundo para el que la vida contemplativa ha dejado de ser no ya un ideal, sino ni tan siquiera una opción fugazmente apetecible. Como sugiere Max Weber, la vida activa se convirtió en un modelo indiscutible con el arraigo de la ética protestante y las exigencias del capitalismo³⁵. El filósofo nacido bajo el signo de Saturno se torna sospechoso, el melancólico sumido en una intensa reflexión que le imposibilita finalizar su tarea parece la contrafigura de los nuevos tiempos. Con todo, se las arreglará para salir adelante y no de cualquier manera, pues su peor debilidad constituye a la vez el signo de su soberbia fortaleza.

En su breve historia de los intelectuales, antes de comenzar a trazar el tránsito de los «legisladores modernos» a los «intérpretes posmodernos»³⁶, Zygmunt Bauman dedica el primer capítulo, a modo de introducción a la problemática, a Paul Radin, el antropólogo norteamericano de origen polaco que desarrolló su obra durante la primera mitad del siglo XX. En su estudio *Primitive Religion, its Nature and Origin*, publicado en 1937, Radin defiende «la existencia de dos tipos generales de temperamento entre los pueblos primitivos, el del sacerdote-pensador y el del lego; uno identificado con la acción sólo de

L'homme de la nature est fait pour penser peu et agir beaucoup ; l'homme de la science, au contraire, pense beaucoup et se remue peu » (Denis DIDEROT, « Éléments de physiologie », in *Oeuvres complètes de Diderot revues sur les éditions originales comprenant ce qui a été publié à diverses époques et les manuscrits inédits conservés à la Bibliothèque de l'Ermitage*, notices, notes, table analytique, étude sur Diderot et le mouvement philosophique au XVIIIe siècle par Jules Assézat, Paris, Garnier frères, vol. IX, 1875, p. 273).

³⁵ Véase Max WEBER, *La ética protestante y el «espíritu» del capitalismo* [1905], Madrid, Alianza, 2001, trad. de Joaquín Abellán García. Como es sabido, Weber encontró en concreto en el protestantismo ascético de raíz calvinista el fundamento de la mentalidad capitalista que tan bien sintetizan los textos de Benjamin Franklin que cita al comienzo del libro.

³⁶ Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales* [1995], Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997, trad. de Horacio Pons.

manera secundaria, el otro fundamentalmente; uno interesado en el análisis de los fenómenos religiosos, el otro en su efecto»³⁷. La distinción aparecía ya en un libro del mismo autor que vio la luz diez años antes, *Primitive Man as a Philosopher*³⁸, pero entonces el «hombre de acción» (*man of action*) y el «pensador» (*thinker*) se diferenciaban en función de sus inclinaciones naturales y su ritmo mental: mientras el primero enfoca el objeto y se contenta con los resultados prácticos, el pensador se ve empujado (irremisiblemente, como nota esencial de su particular carácter) a reflexionar sobre sus estados subjetivos; el pensador anda a la caza de la novedad, no cesa de inventar soluciones originales que den cuenta de los fenómenos inexplicados, entretanto el hombre de acción prefiere la monotonía, se siente seguro en la repetitividad de lo cotidiano³⁹.

Lo que se halla naturalizado en *El hombre primitivo como filósofo*, aún envuelto, como bien dice Bauman, por su caparazón mitológico⁴⁰, aparece en *Primitive Religion* en su crudeza, la que remite al juego de dominación y dependencia del proceso histórico. El papel que desempeñan los «formuladores religiosos» (*religious formulators*) está íntimamente ligado a las incertidumbres que provocan el desasosiego en la «gente común» (*common people*), aquéllos son los encargados de

³⁷ «The existence of two general types of temperament among primitive peoples, that of the priest-thinker and that of the layman; the one only secondarily identified with action, the other primarily so; the one interested in the analysis of the religious phenomena, the other in their effect» (Paul RADIN, *Primitive Religion. Its Nature and Origin*, New York, The Viking Press, 1937, p. 14).

³⁸ Paul RADIN, *El hombre primitivo como filósofo* [1927*], Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1968, trad. de Abelardo Maljuri. *Esta traducción sigue la tercera edición del libro, publicada en 1957, donde Radin incluye un par de textos que no formaban parte de la edición original, que sí contenía la argumentación a la que a continuación hacemos referencia.

³⁹ *Ibid.*, pp. 205-208.

⁴⁰ Zygmunt BAUMAN, *op. cit.*, p. 28.

sofocar el miedo de éstos ante las circunstancias azarosas que rodean su existencia. Pero lo que sucede es que este sentimiento de inseguridad que atemoriza a los irreflexivos hombres de acción no remite nunca, pues las competencias intelectuales que sirven al selecto grupo de pensadores para combatir la impredecibilidad de los acontecimientos consiguen neutralizar algunos peligros en la medida en que generan nuevas amenazas, con lo cual el proceso se retroalimenta al infinito. Los sacerdotes refuerzan su autoridad al presentar sus habilidades como parte integrante de un conocimiento esotérico, absolutamente inaccesible para la gente común. La asimetría de poder generada entre los dos tipos de temperamento propuestos por Radin es más que evidente, y no lo es menos el paralelismo entre los legos o la gente común y lo que significa la multitud o el pueblo para los ilustrados, ese reducido grupo de hombres de ciencia cuya fisiología según Diderot se asemeja tan poco a la de los hombres de acción.

Philosophastrí

Éste es desde luego un argumento central en nuestro trabajo, pero vamos a dejarlo aparcado por el momento para regresar a la *Anatomía de la melancolía*. La inagotable obra de Robert Burton contiene además un ingrediente que no podemos pasar por alto en un capítulo que pretende esbozar levemente la historia que conduce al hombre de letras de mediados del siglo XVIII. Como

señala Eugenio Garin⁴¹, la imagen del filósofo que se dibuja a través de las numerosas páginas de Burton, que brota de las infinitas referencias a la luz de las cuales *Democritus junior* nos allana el camino de la intrincada melancolía es, en definitiva, la del filósofo nuevo, que se opone a todos aquellos *philosophastri* que daban título a la comedia compuesta por el erudito inglés y representada por vez primera en el Christ Church College por los propios estudiantes del centro el 16 de febrero de 1617⁴². En ella se cuentan las peripecias de un nutrido grupo de estudiantes que, venidos de toda Europa, acudieron a la llamada de Desiderius, el duque de Osuna, quien ofrecía a los alumnos que formaran parte de su recién fundada universidad «no sólo las ventajas de la escuela, sino salarios y tantas cosas como fuera preciso»⁴³. En respuesta a la invitación —leemos en el argumento de la obra—, junto con alcahuetas y prostitutas, llegaron filósofos de todas partes y entre ellos también filosofastros, que eran preferidos antes que todos los demás⁴⁴.

Seguros de sí mismos, los filosofastros no derrocharon demasiados esfuerzos para preparar su ingreso en la escuela. Así, Polupragmaticus, que se presenta como un destacado gramático, retórico, geómetra, pintor, luchador, adivino, funámbulo, físico, mago («en una palabra, un Jesuita»⁴⁵), que preguntado por Eubulus —miembro del consejo del duque— se declara capaz de responder a

⁴¹ Véase Eugenio GARIN, «El filósofo y el mago», in Eugenio GARIN (ed.), *El hombre del Renacimiento* [1988], Madrid, Alianza, 1990, trad. de Manuel Rivero Rodríguez, pp. 66-68.

⁴² Robert BURTON, *Philosophaster* [1615], ed. Latin-English, Whitefish, Kessinger Publishing, 1992. Robert Burton escribió su comedia en 1606, aunque fue en 1615 cuando completó la versión definitiva de la misma.

⁴³ «Non tam privilegiis, sed et salario se digno, caterisque necessariis» (*ibid.*, p. 4).

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ «Vel si mavis Jesuita, ut dicam semel» (*ibid.*, p. 32).

cualquier cuestión sobre teología, filosofía, medicina, estadística, estenografía o quiromancia, y además se hace acompañar por un sirviente llamado Equivocus, le proporciona a Ludovicus Pantometer –un matemático que abusa con sus astutos trucos del pueblo llano- la receta infalible para ser aceptado en la universidad: «Toma este libro y aprende por el camino algunas palabras largas»⁴⁶. Algo de lo que ni siquiera se preocupó el poetastro Amphimacer, que llegó a la entrevista del día de la admisión completamente ebrio, o, como prefiere llamarlo Polupragmaticus, «movido por una suerte de inspiración»⁴⁷.

Los filosofastros camparon a sus anchas hasta que recibieron finalmente su merecido. Debido a sus continuos atropellos (Polupistos, por ejemplo, un noble de la comarca, se vio burlado tanto por Polupragmaticus como por Pantomagus, un alquimista que como Ludovicus Pantometer gustaba de engañar además a la multitud), llegaron numerosas quejas al duque de Osuna, quien amenazó con el exilio a los estudiantes y con el cierre de la universidad, lo que no sucedió gracias a la intervención de Polumathes y Philobiblos, dos eruditos errantes que ejercerán de administradores de la escuela. Siguiendo su consejo, el duque convocó un tribunal extraordinario ante el que comparecieron los filosofastros, la alcahueta y sus dos hijas. Todos ellos fueron duramente castigados, el ambiente se apaciguó y se establecieron nuevos decretos que velaran por el correcto funcionamiento de la institución.

⁴⁶ «Librum hunc cape, / Edisce hinc verba quaedam sesquipedalia» (*ibíd.*, p. 24).

⁴⁷ «Non, sed entusiasmo quodam percitus» (*ibíd.*, p. 38).

El nuevo Demócrito que intenta diseccionar la dolorosa melancolía no tiene nada que ver, como afirmábamos más arriba, con todos esos filosofastros, aquellos «asnos que llenaban las escuelas –subraya Eugenio Garin-, ahora ya con el único deber de poner en circulación otros asnos»⁴⁸. En el fondo, la renovada imagen del filósofo que se percibe a través de la distancia entre las dos obras de Robert Burton es la confirmación de la nueva figura intelectual que se viene gestando desde el Renacimiento: el humanista que ha dejado atrás al insigne maestro universitario, al intelectual medieval dibujado por Jacques Le Goff⁴⁹.

Este último nació con la revolución urbana que se advierte ya en el siglo X y cristaliza finalmente en el siglo XII según el historiador francés. Aparece por tanto con la eclosión de las ciudades en las que se impone la división del trabajo como un nuevo tipo socioprofesional, un hombre de oficio cuya tarea es pensar y difundir sus pensamientos en el nuevo espacio que le es destinado, que no son las escuelas monásticas restringidas a los futuros monjes, sino las escuelas urbanas en principio abiertas a todos. «Este tipo –concluye Le Goff- se anuncia en la Alta Edad Media, se desarrolla en las escuelas urbanas del siglo XII y florece a partir del siglo XIII en las universidades»⁵⁰, que cuentan con un sistema de promoción social inédito en Occidente, el examen, el cual permite la entrada de cierto número de estudiantes procedentes de familias más humildes.

⁴⁸ Eugenio GARIN, *op. cit.*, p. 168.

⁴⁹ Jacques LE GOFF, *Los intelectuales en la Edad Media* [1957, 2ª edición 1985], Barcelona, Gedisa, 1986, trad. de Alberto L. Bixio.

⁵⁰ *Ibíd.*, p. 21.

Es este personaje, el *clerc* representado en la danza macabra de finales de la Edad Media [ilustración 8, p. 185], con sus gruesas lentes (un objeto de lujo propio sólo de quienes contaban con una desahogada posición económica) como síntoma inequívoco de su persistente y fatigoso estudio [ilustración 9, p. 185], el que tenderá a desaparecer a partir de los últimos decenios del siglo XIV, en un declive lento y prolongado que aún dará lugar a las críticas de Burton, entre otros, contra el escolasticismo esclerotizado a comienzos del XVII. Doscientos años antes las universidades ya muestran signos de agotamiento. Aquella corriente de estudiantes de condición modesta que había impulsado el desarrollo de las facultades se ve reducida a su mínima expresión, los estatutos universitarios recortan sobremanera el cupo de alumnos que reciben instrucción gratuita y con frecuencia los ingresos procedentes de las becas son mantenidos en una tasa fija que asume con extrema dificultad el galopante encarecimiento de la vida. Las universidades no podían quedar al margen de la profunda crisis que sacude la Europa occidental de finales de la Edad Media –azotada por el hambre, las pestes, las numerosas guerras–, que impulsa a los universitarios hacia los nuevos centros de riqueza, la corte del príncipe y los acaudalados mecenas.

Con todo, la renovación del personal universitario se detiene debido a la «aristocratización de la universidad»⁵¹, cuyos miembros en algunos casos se suceden de manera hereditaria⁵² –Le Goff cita a este respecto los estatutos de

⁵¹ *Ibid.*, p. 122.

⁵² Podemos mencionar el ejemplo de Novella d'Andrea, que en el siglo XIV cuando falleció su padre ocupó el puesto que éste desempeñaba, profesor de Derecho Canónico en la Universidad de Bolonia. La sucesión hereditaria de los docentes universitarios llega a tal

Bolonia y Padua aprobados a finales del siglo XIV-, adoptan un alto tren de vida (su ostentosa vestimenta, sus lujosas casas o sus soberbios féretros dan buena muestra de ello) y observan escrupulosamente no pocos rituales que los aproximan a la nobleza, como la cada vez mayor cantidad de guantes que han de regalar los estudiantes candidatos a los profesores en el momento del examen o las fastuosas fiestas que se celebran con motivo de la investidura de un nuevo doctor, que a menudo se ve acompañada por representaciones teatrales, bailes o torneos que se asemejan a los organizados por la encopetada alcurnia. El humilde *magister* se convierte en *dominus*, el título que antes identificaba al conductor del taller urbano es ahora signo de eminente distinción, de gloria (es sin duda muy significativo el hecho de que en 1533 Francisco I otorgue la caballería a los doctores de la universidad), una dignidad que suele ir acompañada de un profundo desprecio hacia el trabajo manual.

Si el *dominus* trastoca profundamente el significado de su antecesor, con la consagración del humanista apenas quedará rastro de aquel maestro universitario que emergió en las escuelas urbanas del siglo XII. La nueva figura intelectual ya no quedará definida en virtud de esa doble tarea que caracterizaba al *clerc*, quien además de fijar sus lentes en la concienzuda lectura de los textos filosóficos se entregaba de lleno a la enseñanza en mitad de un auditorio que no estaba compuesto únicamente por iniciados. El humanista abandonará esta docencia. Su medio ya no será el taller urbano, sino la corte del príncipe; sus

extremo que en ocasiones logra sobrepasar las barreras de género (véase Londa SCHIEBINGER, *Nature's body. Gender in the Making of Modern Science* [1993], Rutgers University Press, New Brunswick (New Jersey), 2006, note 23, p. 190).

pensamientos ya no han de fluir –sostiene Erasmo al comienzo de *El banquete religioso*- junto a la multitud que abarrota «las humosas e ahogadas cibdades»⁵³, sino en el campo, a salvo del pueblo, de «los ciegos» y sus «ganancias»⁵⁴. Colmado de libros en la apacible soledad de su gabinete, el ennoblecido humanista –como tampoco lo hará el *philosophe*- ya no alzaré su voz en las gélidas aulas universitarias que contemplaban el derecho al pataleo, sino en las instituciones más selectas de la oligarquía intelectual, los colegios –que según Le Goff «cristalizaron la aristocratización de las universidades»⁵⁵-, entre ellos el insigne Collège des Lecteurs Royaux (el futuro Collège de France) fundado por Francisco I en 1530, o las academias que vieron la luz en la Italia renacentista antes de propagarse por toda Europa, que en palabras de Voltaire «son a la universidad lo que la edad madura es a la infancia, lo que el arte de hablar bien es a la gramática, lo que la *politesse* es a las primeras lecciones de civilidad»⁵⁶.

La comédie des académistes

En la entrada «Academia» del *Diccionario filosófico*, a la que pertenece el citado fragmento de Voltaire, hay sobradas muestras de la importancia que

⁵³ ERASMO DE ROTTERDAM, «Colloquio llamado Combite religioso» [1522], in *Coloquios familiares: edición de Alonso Ruiz de Virués (siglo XVI)*, edición actualizada, estudio introductorio y notas de Andrea Herrán y Modesto Santos, Rubí (Barcelona), Anthropos, 2005, p. 89.

⁵⁴ «Vayan a la buena ventura los ciegos con su ganancia -dice Eusebio a Timoteo-; nosotros somos filósofos» (*ibíd.*, p. 90).

⁵⁵ Jacques LE GOFF, *op. cit.*, p. 122.

⁵⁶ « Les académies sont aux universités c'est que l'âge mûr est à l'enfance, ce que l'art de bien parler est à la grammaire, ce que la politesse est aux premières leçons de civilité » (VOLTAIRE, « Académie », in *Oeuvres complètes de Voltaire, op. cit.*, vol. XVII. *Dictionnaire philosophique*, tome I, 1878, pp. 50-51).

concede el *philosophe* a estas sociedades que parecen erigirse en los nuevos templos del saber, que suponen según sus palabras un notable salto cualitativo con respecto a las anteriores formas institucionalizadas de la cultura. Ya en 1751, trece años antes de la publicación de su voluminoso diccionario, Voltaire hacía coincidir el comienzo del glorioso siglo de Luis XIV con la fundación de la Académie française⁵⁷. Tras la antigua Grecia, el siglo de Filipo y Alejandro, de Pericles, Platón o Aristóteles, la Roma de César y de Augusto, de Lucrecio, Cicerón o Virgilio, y la Italia de los Medici que vio nacer a Miguel Ángel o Palladio, la Académie française inauguraba la cuarta edad feliz de la historia del mundo y quizá la que más se acerca a la perfección según Voltaire, pues enriquecido con los descubrimientos de las tres anteriores centurias doradas, «el siglo más ilustrado que haya habido jamás» supo elevar la razón humana a cotas insospechadas a través del ejercicio de «la sana filosofía», desconocida hasta entonces⁵⁸. Si como afirmaba Voltaire «Europa le debe su cortesía y espíritu de sociedad a la corte de Luis XIV»⁵⁹, la gloria de este último tiene sin duda mucho que ver con la institución impulsada por cardenal Richelieu.

Pese a no que es una de las voces más extensas del *Diccionario filosófico*, las páginas que siguen al término «academia» no tienen desperdicio, al hilo de ellas podemos asomarnos a algunos de los escenarios donde transcurría la vida intelectual de la época. Proponemos en esta ocasión empezar por el final, rescatar el último párrafo de la entrada –que nos permite, en filigrana, continuar

⁵⁷ VOLTAIRE, *El siglo de Luis XIV*, *op. cit.*, p. 9.

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 7-8.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 8.

con nuestro discurso acerca de las academias en la época clásica-, un fragmento tomado del primer volumen de las *Questions sur l'Encyclopédie* (1770) que se incorpora por vez primera al *Dictionnaire philosophique* en la edición de 1775 y puede pasar inadvertido⁶⁰:

«No se ha escrito contra la Académie française más que bromas frívolas e insípidas. La comedia de los *Académiciens* de Saint-Évremond tuvo alguna reputación en su tiempo; pero prueba de su escaso mérito es que ya no se la recuerda, mientras que las buenas sátiras de Boileau son inmortales. No sé por qué Pellisson dice que la comedia de los *Académiciens* parece una farsa. En mi opinión es un simple diálogo sin intriga y sin sal, tan aburrido como el *Sir Politick* y la comedia de las *Opéra*, y casi todas las obras de Saint-Évremond, que no son, excepto cuatro o cinco piezas, sino futilidades en estilo pretencioso y en antítesis.»⁶¹

No es la primera ocasión en que Voltaire critica a Saint-Évremond. Según José-Michel Moureaux, fue la «campana» lanzada por el *chef* de los *philosophes* contra el autor de *La Comédie des académistes* la causante de la escasa fortuna literaria de este último durante la segunda mitad del siglo XVIII, que contrasta

⁶⁰ La edición de Temas de Hoy de 1995, realizada por Ana Martínez Arancón y prologada por Fernando Savater, suprime este párrafo final, aunque comenta brevemente su contenido en una nota de tres líneas (VOLTAIRE, *Diccionario filosófico*, Madrid, Temas de Hoy, 1995, vol. I, nota 3, p. 33).

⁶¹ « On n'a guère écrit contre l'Académie française que des plaisanteries frivoles et insipides. La comédie des *Académiciens*, de Saint-Évremond eut quelque réputation en son temps ; mais une preuve de son peu de mérite, c'est qu'on ne s'en souvient plus, au lieu que les bonnes satires de Boileau sont immortelles. Je ne sais pourquoi Pellisson dit que la comédie des *Académiciens* tient de la farce. Il me semble que c'est un simple dialogue sans intrigue et sans sel, aussi fade que le *sir Politick* et que la comédie des *Opéra*, et que presque tous les ouvrages de Saint-Évremond, qui ne sont, à quatre ou cinq pièces près, que des futilités en style pincé et en antithèses » (VOLTAIRE, « Académie », *op. cit.*, p. 53).

con las numerosas ediciones de su obra que vieron la luz hasta entonces, una quincena de antologías desde 1668 hasta la muerte del autor en 1703, dos ediciones de sus obras completas en 1705 y 1706 y una docena de reediciones o imitaciones de 1706 a 1753⁶². Acaso resulta excesivo hablar de una maquiavélica campaña orquestada a tal fin –tampoco Moureaux se expresa de este modo, tan sólo al final de su contribución usa el término para enfatizar la tremenda influencia negativa de las opiniones vertidas por el patriarca de Ferney sobre Saint-Évremond-, pero la ascendencia de Voltaire en los medios intelectuales y la opinión pública de la época confiere un carácter casi normativo a muchos de sus juicios literarios.

También es cierto que no siempre Voltaire se mostró tan implacable con Saint-Évremond, a quien sin duda leyó con interés, como muestran las numerosas anotaciones y marcas de las *Oeuvres mêlées de M. de Saint-Évremond* editadas en París en 1689, que se encontraban en su biblioteca personal. Tras expulsarlo del Olimpo de los escritores adorados en *Le temple du goût* –era un mal poeta y aún peor dramaturgo, sentencia Voltaire, a pesar de la gran reputación de la que gozaba en su época⁶³-, en la cuarta edición de dicha obra, la publicada en Ámsterdam por Jacques Desbordes en 1733, Voltaire suaviza bastante su

⁶² José-Michel MOUREAUX, « Voltaire et Saint-Évremond », in Suzanne GUELLOUZ (sous la direction de), *Entre baroque et Lumières. Saint-Évremond (1614-1703)*, Presses Universitaires de Caen, 2000, p. 256.

⁶³ « On sait à quel point Saint-Évremond était mauvais poète. Ses comédies sont encore plus mauvaises. Cependant il avait tant de réputation qu'on lui offrit cinq cent louis pour imprimer sa comédie de *Sir Politick*. » [«Sabemos hasta qué punto Saint-Évremond era mal poeta. Sus comedias son todavía peores. Sin embargo tenía tanta reputación que le ofrecen 500 luisas por imprimir su comedia de *Sir Politick*»] (VOLTAIRE, *Le temple du goût* [1733, 4^e éd.], in *Oeuvres complètes de Voltaire*, op. cit., vol. VIII. *La Henriade.- Poème de Fontenoy. Odes et stances, etc.*, 1877, p. 571, note 3).

crítica al afirmar que «Saint-Évremond, que habla tan delicadamente de Religión, tan sólidamente de Bagatelas, y que escribe cartas tan extensas a la bella Señora Mazarin, es confinado a un muy pequeño volumen»⁶⁴. El reproche resulta aún más atemperado si tenemos en cuenta que de un autor como Rabelais el dios del Gusto apenas salva cinco o seis hojas.

Asimismo, el citado *Siglo de Luis XIV*, que pasaba revista a los nombres propios que jalonan la centuria dorada del Rey Sol, no deja de acordarse de Saint-Évremond —«cuyo trato buscaba toda la corte de Londres», escribe Voltaire—, quien junto con los pastores calvinistas refugiados o Bayle, entre otros, contribuyó de manera decisiva a hacer del francés «la lengua de Europa», la mejor dotada para desarrollar el *esprit de société*, el arte de la conversación, que es según Voltaire «uno de los más grandes placeres de la vida en Europa entera»⁶⁵.

Pero las excepciones al menos en este caso confirman la regla. La escasa estima que Voltaire tenía a Saint-Évremond escandalizó a los adversarios declarados de *Le temple du goût*, como Jean du Castre d'Auvigny o Pierre-Charles Roy, y más tarde al marqués d'Argens, quien a pesar de que compartía la opinión de Voltaire según la cual Saint-Évremond era mal poeta, no podía sino discrepar cuando se trataba de sus obras en prosa, pues a juicio del marqués eran casi todas excelentes, propias de un genio superior⁶⁶.

⁶⁴ « St. Évremond, qui parle si délicatement de Religion, si solidement de Bagatelles, et qui écrit de si longues lettres à la belle Madame Mazarin, est confiné à un très petit volume » (VOLTAIRE, « Variantes du *Temple du goût* », *ibid.*, p. 600).

⁶⁵ VOLTAIRE, *El siglo de Luis XIV*, *op. cit.*, pp. 373-374.

⁶⁶ José-Michel MOUREUX, *op. cit.*, pp. 245-246.

Voltaire no parecía muy dispuesto a hacer concesiones a aquella «mediocre figura» que denunciaba *Le temple du goût*, de cuyas ediciones posteriores a 1739 desaparecerán los pasajes más benévolos con respecto a Saint-Évremond. Pero lo que sin duda no podía tolerar era la despiadada crítica a la Académie française que constituía el sacrílego argumento de *Les Académiciens*, que, como veíamos, a juicio de Voltaire merecía un trato mucho peor que el que le brindaba Pellisson en su *Histoire de l'Académie française*, a pesar de que éste la definía como una pieza «sin arte y sin reglas, y más bien digna del nombre de Farsa que del de Comedia» (tras lo cual afirmaba, también conviene recordarlo, que la obra «no carece de espíritu y posee algunas partes muy agradables»⁶⁷).

No todos acogieron la Académie française tan bien como le habría gustado a Voltaire. El propio Pellisson, tras ocuparse del largo proceso que culminó con la ratificación parlamentaria de las *lettres patentes* que suponía la definitiva carta de nacimiento de la nueva institución, da cuenta del enrarecido clima de opinión que rodeó la fundación del establecimiento nacido bajo el impulso de Richelieu, el cardenal tan amado y adorado por unos –señala el historiador francés–, como odiado y temido por otros muchos, que desconfiaban de todo aquello que provenía del primer ministro de Luis XIII y veían en el organismo recién inaugurado un nuevo y sólido pilar que apuntalaba aún más si cabe su

⁶⁷ « Cette piece, quoique sans art et sans regles, et plustost digne du nom de Farce, que de celuy de Comedie, n'est pas sans esprit, et a des endroits fort plaisans » (Paul PELLISSON-FONTANIER, *Relation concernant l'histoire de l'Académie française*, Paris, chez Pierre le Petit, 1653, pp. 110-111).

dominación⁶⁸. Pellisson narra dos anécdotas que además de ser divertidas, afirma, confirman que «el vulgo» (*le vulgaire*) no obsequió a la Académie française con una bienvenida demasiado calurosa: la primera la protagoniza un vendedor de París que abandonó la compra de una buena vivienda en la rue des Cinq diamants tras conocer la causa de la gran afluencia de carrozas que acontecía determinados días, las reuniones de los miembros de la nueva institución de la lengua que por aquel entonces tenían lugar en el domicilio de Jean Chapelain. El comerciante de ninguna manera quería alojarse junto a aquella *Academia de Enguantados*⁶⁹.

La segunda historia tiene como testigo al propio autor de la *Histoire de l'Académie française*, a quien en su niñez le permitían pasar las vacaciones en el campo en casa de algunos parientes. En una de estas temporadas de asueto, a la residencia de Gascogne del señor Dubourg llegó un joven gentilhomme procedente de la corte, y como era costumbre el anfitrión y su vecino el señor de Fontrailles –que lo acompañaba en aquel instante– le pidieron que les relatará las últimas noticias. Sin duda la mayor novedad, respondió el joven, es la fundación de una Academia desde hace algunos años por parte del cardenal Richelieu. Monsieur Dubourg, que unía a su vasto conocimiento de las letras un

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 90-93.

⁶⁹ *Ibid.*, pp. 94-95. El término que he traducido como «enguantados» es *manopoleurs*, que viene de *manopole* o *manopole*, un tipo de guante o manopla con una larga correa de cuero que solían llevar los gramáticos (Frédéric GODEFROY, *Dictionnaire de l'ancienne langue française et de tous ses dialectes du IX au XVe siècle: composé d'après le dépouillement de tous les plus importants documents manuscrits ou imprimés qui se trouvent dans les grands bibliothèques de la France et de l'Europe*, Genève/Paris, Slatkine, 1982 (reproduction en fac-similé de l'édition de Paris, F. Vieweg, 1891-1902), vol. V, p. 152; el diccionario cita como fuente de esta acepción de *manopole* la *Mythologie* de Natale Conti traducida por Jean de Montlyard, edición de 1607).

buen humor y locuacidad gracias a los cuales era capaz de bromear a partir de cualquier tema de conversación, por más serio y respetable que éste pudiera parecer, comenzó a hablar con cierto aire jocoso —siempre de manera noble y galante, subraya Pellisson— de las sutiles estratagemas del primer ministro. El joven recién aterrizado de la corte, «al corriente tal vez de los malos rumores (*mauvais bruits*) que circulaban en París sobre la Academia»⁷⁰, no podía captar el tono cómico de los comentarios de Dubourg e intentaba cada vez con mayor obstinación convencer a los presentes acerca de las bondades y la transparencia de la nueva institución promovida por Richelieu, lo cual animaba a Dubourg, que contaba además con la complicidad del señor de Fontrailles, a redoblar su ingenio para que no decayera la chispa de aquel divertido debate.

Aunque parezca una anécdota banal, no resulta extraña la actitud del circunspecto interlocutor de Dubourg si recordamos, por ejemplo, la preocupación que destila la carta enviada por Jean Chapelain a François Maynard el 18 de abril de 1638: «El pueblo se divierte a costa de la Academia y se entretiene con una mala comedia manuscrita donde la mayor parte de nosotros aparecemos como personajes, lo cual resulta poco agradable»⁷¹. La

⁷⁰ « Le jeune gentilhomme, qui estoit peut-estre informé des mauvais bruits qu'on faisoit courir dans Paris de l'Académie » (Paul PELLISSON-FONTANIER, *op.cit.*, p. 98).

⁷¹ « Le peuple se resjouit aux despens de l'Académie et s'entretient d'une mauvaise comédie où nous sommes la plupart introduits personnages, à ce qu'on dit peu agréablement » (Jean CHAPELAIN citado por Paolo CARILE, *La Comédie des académistes di Saint-Évremond e il contrastato esordio dell'Accademia Francese nella satira letteraria del tempo*, Milano/Varese, Istituto Editoriale Cisalpino, 1969, p. 49). Aunque Chapelain se refiere al «pueblo», cuando éste envía la carta a Maynard, en abril de 1638, apenas unos meses después de que el autor de *La comédie des académistes* concluyera la redacción de dicha pieza, lo más probable es que quien se deleitaba con la obra teatral no fuera tanto el pueblo llano, sino más bien el público *mondain*, los asiduos de los salones por donde circulaba la comedia manuscrita.

inquietud de los académicos, turbados por las opiniones no demasiado favorables acerca de la institución sostenidas por muchos de sus contemporáneos, como era de esperar tiene cabida en la pieza de Saint-Évremond, desde el primer verso de la primera escena del primer acto: «Amigo –pregunta Tristan a Saint-Amant-, ¿quién no se reiría de nuestra Academia?»⁷²

El verso inicial, además, es el mismo tanto en la más antigua versión manuscrita de la obra, titulada *La comédie des académistes* y compuesta según Paolo Carile en el invierno entre 1637 y 1638⁷³, como en la refundición de 1680, que cambia su título por el de *Les académiciens* y será la base de la edición póstuma de 1705⁷⁴. Idéntico comienzo para una escena que de una a otra impresión de la comedia presenta no obstante algunas variaciones, como el interlocutor de Saint-Amant, que en la edición de 1680 es Nicolas Faret y no Tristan L'Hermite, tal vez porque este último no debía figurar entre los miembros fundadores de una Academia en la que no ingresó hasta 1649⁷⁵. Quien abre el telón de *Les académiciens* no es Tristan, sino Saint-Amant, que conversa con un compañero de escena que, con respecto a los personajes con los que arrancaba *La comédie des académistes*, ha suavizado bastante su tono crítico: ahora se limita a reprobar a dos académicos, Jean Baudoin y Jean Ogier de Gombauld, no responde a las duras

⁷² « Amy, qui ne riroit de nostre Académie ? » (Charles de Marguetel de Saint-Denis, seigneur de SAINT-ÉVREMOND, *La comédie des académistes*, acto I, escena primera, verso 1).

⁷³ Paolo CARILE, *op. cit.*, p. 30.

⁷⁴ Para ambas versiones, la de 1637-1638 y la de 1680, sigo la citada edición de Paolo CARILE.

⁷⁵ Tampoco la elección de Nicolas Faret parece demasiado acertada. Haber estado al servicio de un gentilhombre como Henri de Lorraine, conde de Harcourt, y ser un destacado teórico del ideal de la *honestidad* (que abordó en su conocida obra *L'Honnête homme ou l'art de plaire à la cour*, de 1630) no podía disgustar a Saint-Évremond, que sin embargo pasa por alto el hecho decisivo de que se trata de un hombre del cardenal Richelieu que se formó en el entorno de Malherbe.

palabras de Saint-Amant sobre Chapelain y defiende a Antoine Godeau, ante todo (el único al que aprecia Saint-Amant), y también a Guillaume Colletet y François Le Metel de Boisrobert⁷⁶. La crítica de Tristan a «esos autorzuelos que se hacen estimar como raros doctores»⁷⁷ en boca de Faret toma la forma de una interrogación que pone en tela de juicio el firme reproche de Saint-Amant, quien como Tristan en la comedia original se queja de la exasperante lentitud de la reforma de la lengua llevada a cabo por unos académicos que son, en el fondo, «tontos»⁷⁸: «¡Cómo! —exclama Faret— ¿Qué hayáis de malo en que pobres autores / Ante los ignorantes se erijan en doctores?»⁷⁹ El adjetivo que acompaña a «autores» tiene su importancia: los *petits auteurs* son escritorzuelos que, como afirma Saint-Amant más adelante —tras declarar que la forma más adecuada de pagar a estos académicos es «romperles los huesos»⁸⁰—, lejos de estar respaldados por una obra de gran envergadura, se limitan a una insignificante recopilación, un soneto para un *grand* o una simple traducción⁸¹; los *pauvres Auteurs*, por el contrario, parecen más bien literatos que han de vivir de forma austera, que carecen de los recursos económicos de los que gozan otros que no desarrollan una actividad tan meritoria, hasta tal punto que, como decía Chapelain en una

⁷⁶ SAINT-ÉVREMOND, *Les académiciens*, I, 1, v. 27-38.

⁷⁷ «Qu'on en voit aujourd'hui dans ces petits auteurs, / Qui se font estimer comme rares docteurs ? » (SAINT-ÉVREMOND, *La comédie des académistes*, I, 1, v. 3-4.)

⁷⁸ Tristan en *La comédie des académistes* (I, 1, v. 8-11): « Ils sont sots [...] Ils passent deux ans à réformer six mots » [«Son tontos [...] Pasan dos años para reformar seis palabras»]. Saint-Amant en *Les académiciens* (I, 1, v. 3-4): « Passer huit ou dix ans à réformer six Mots ! / Par-Dieu, mon cher Faret, nous sommes de grands sots. » [«Pasar ocho o diez años para reformar seis Palabras ! Por Dios, mi querido Faret, somos muy tontos.»]

⁷⁹ « Quoi! trouvez-vous mauvais que de pauvres Auteurs, / Devant les Ignorans s'érigent en Docteurs ? » (SAINT-ÉVREMOND, *Les académiciens*, I, 1, v. 7-8).

⁸⁰ « Leur rompre les os » (SAINT-ÉVREMOND, *La comédie des académistes*, I, 1, v. 12).

⁸¹ *Ibid.*, I, 1, v. 15-17.

carta a Dupuy poco antes de la creación de la Académie française, en la corte «poeta, cantor, comediante, mendigo, bufón, y parásito [...] son sinónimos y pasan por lo mismo»⁸².

Sin duda el acento crítico de la obra es atenuado en la segunda versión de la misma, donde quedan eliminados varios pasajes que a buen seguro no eran del agrado de los académicos, como la primera escena del acto IV, en la que Baudoin está a punto de ir a la cárcel —de la que se libra mediante un soborno— tras una denuncia del impresor Toussaint du Bray (el conocido editor parisino que en efecto publicó algunas traducciones de Baudoin)⁸³. Pero lo esencial del posicionamiento del autor frente al problema de la lengua y la Académie française permanece inalterado. Ni los más de cuarenta años transcurridos entre aquel divertimento de juventud y la posterior versión de la pieza, ni el exilio de Saint-Évremond desde 1661 a raíz de la carta enviada por éste al mariscal de Créqui en la que criticaba el reciente Tratado de los Pirineos, firmado en

⁸² « Poète, chantre, balladin, caymaud, bouffon, et parasite [...] y sont synonymes et n'y passent que pour un » (carta de CHAPELAIN a Dupuy fechada el cuatro de julio de 1633, citada por Paolo CARILE, *op. cit.*, p. 194, nota 7).

⁸³ Las razones del académico traen sin cuidado al oficial de policía: « Sergent, je suis auteur; j'ay fait un beau volume » [«Sargento, soy autor; he escrito un bello volumen»], advierte Baudoin. « Auteur, je suis sergent —responde éste—, et mesme de la plume » [«Autor, soy sargento, e incluso de la pluma»] (SAINT-ÉVREMOND, *La comédie des académistes*, IV, 1, v. 445-446). Sobre Baudoin, que era conocido ante todo por su faceta de traductor, Jean-Pierre Nicéron cuenta que « il est vrai que plusieurs de ses traductions ne lui ont gueres coûté, puisque lorsqu'il étoit pressé, il ne faisoit que retoucher celles qu'on avoit faites avant lui, et changer les expressions et les tours qui n'étoient plus à la mode, sans recourir à l'Original » [«es cierto que muchas de sus traducciones no le costaron demasiado, puesto que cuando tenía prisa, no hacía más que retocar las que habían hecho antes que él, y cambiar las expresiones y los giros que ya no estaban de moda, sin recurrir al Original»] (Jean-Pierre NICERON, *Mémoires pour servir à l'histoire des hommes illustres dans la république des lettres*, Genève, Slatkine, 1971, vol. II, p. 451 —reproducción en fac-similé de l'édition de Paris, Briasson, 1729-1745; la cita corresponde al tomo XII, p. 202 de esta edición-). Tal vez esto es lo que motiva la escena de *La comédie des académistes* en la que Baudoin está a un paso de ser encarcelado, si bien no consta contra él ninguna denuncia de este tipo.

noviembre de 1659 entre las Coronas española y francesa, modificaron la actitud de aquel gentilhomme que, ya alejado de su tierra, seguía sin reconocerse bajo aquellas etiquetas que debían de resultar tan familiares a todos los que atacaba en su *opera prima*: «Yo no quiero ser ni Crítico ni Autor», afirmaba en 1668⁸⁴.

Tampoco la distancia con respecto a Francia y la policía del libro de Luis XIV animaron a Saint-Évremond para que se declarara responsable de *La comédie des académistes*, que nunca fue representada, cuya paternidad fue incierta durante mucho tiempo. La obra se publicó por vez primera en torno a 1650 sin nombre de autor, seguida en apéndice del texto de Charles Sorel –que aparece citado en la pieza de Saint-Évremond⁸⁵– *Roole des présentations faites aux grands jours de l'Académie françoise, sur la réformation de nostre langue* (otra ironía, compuesta también hacia 1637-1638, que apuntaba hacia los ridículos personajes que formaban la institución impulsada por Richelieu)⁸⁶. Poco después, en 1653 Paul Pellisson-Fontanier afirmaba en su *Histoire de l'Académie française* que aún se desconocía la identidad del comediógrafo, que algunos atribuyeron esta pieza

⁸⁴ « Je ne veux estre ni Critique ni Auteur ». SAINT-ÉVREMOND citado por Jean-Marc CIVARDI, « *La Comédie des Académistes*. Théâtre et polémique : Saint-Évremond contre les fils d'Apollon », in Suzanne GUELLOUZ (éd.), *Saint-Évremond au miroir du temps : actes du colloque du tricentenaire de sa mort, Caen – Saint-Lô (9-11 octobre 2003)*, Tübingen, G. Narr, 2005, p. 73.

⁸⁵ Según Lestoille (Claude de L'Estoile, hijo del famoso cronista Pierre de L'Estoile) y Gombauld, Charles Sorel con su estilo cómico y Jacques du Bosc con un discurso serio (del que no tenemos noticia) componen la «race ennemie» (la «raza enemiga») que está criticando el trabajo de la Académie française (SAINT-ÉVREMOND, *La comédie des académistes*, II, 2, v. 233-244). La respuesta de Chapelain no deja de ser curiosa: « Qui pourra leur respondre en ce genre d'escrire? / Nous n'avons de nos gens un seul homme à satire. / Nous n'avons que des sots, et je veux bien mourir / Si le plus suffisant sait l'art de discourir. » [«¿Quién podrá responderles en este género? / No tenemos entre los nuestros ningún sátiro. / No tenemos más que tontos, y me muera / Si el más capaz conoce el arte de discurrir.»] (*Ibid.*, II, 2, v. 245-248).

⁸⁶ En 1654 Charles Sorel volvió a publicar un texto contra la Académie française, titulado *Discours sur l'Académie françoise, établie pour la correction et l'embellissement du langage; pour savoir si elle est de quelque utilité aux particuliers et au public. Et où l'on voit les raisons de part et d'autre sans déguisement* (Paris, J. de Luyne, 1654).

teatral a un académico (Pellisson no lo cita, pero se trata de Marc-Antoine Girard, señor de Saint-Amant, que negó con rotundidad tales suposiciones, provenientes, entre otros autores, de Mlle de Gournay, quien probablemente intentó vengarse de los sarcasmos dirigidos contra su persona en los versos del «Poète crotté»); «pero otros –apostilla Pellisson- me han asegurado que [la obra] era de un gentilhomme normando llamado señor de Saint-Évremond»⁸⁷. Era la primera ocasión en que salía a la luz el nombre del escritor de cuya pluma brotaron las páginas de *La comédie des académistes*, pero la confirmación definitiva del autor de la misma aún se hizo esperar casi medio siglo. Fue Pierre Bayle quien a finales de 1698 refería lo que el propio Saint-Évremond le había contestado al ser preguntado por el asunto: «El señor de Saint-Évremond respondió que es cierto que al salir del colegio había trabajado en la pieza titulada los *Académistes*; que no había trabajado solo; que el conde d'Etelan había participado incluso más que él; y que otros también habían contribuido; que la comedia era muy mala, pero que hace dieciocho o veinte años se la devolvieron; la retomó y la rehízo; que esta pieza así reescrita era muy buena, pero se perdió»⁸⁸.

Como afirma Paolo Carile, es muy complicado discernir el grado de participación de los supuestos coautores de *La comédie des académistes*; pero lo que

⁸⁷ « Mais quelques-autres m'ont assuré qu'elle estoit d'un Gentilhomme Normand nommé Monsieur de S. Evremond » (Paul PELLISSON-FONTANIER, *op. cit.*, p. 109).

⁸⁸ « Mr. de Saint-Évremond a répondu qu'il est vrai qu'au sortir du collège il avait travaillé à la pièce intitulée les Académistes ; qu'il n'y avait pas travaillé seul ; que le comte d'Etelan y avoit eu plus de part que lui ; que d'autres encore y avoient contribué ; que la comédie étoit fort mauvaise mais qu'il y a dix huit ou vingt ans on la lui renvoya ; qu'il la retoucha et la refit ; que cette pièce ainsi refaite étoit fort bonne, mais qu'elle s'est perdue » (Pierre BAYLE citado por Paolo CARILE, *op. cit.*, pp. 32-33).

es indudable es que, cuando menos, al contrario de lo que sugiere Saint-Évremond, es en él y no en Louis d'Espinay, conde de Etelan (noble normando, hijo del mariscal de Saint-Luc) en quien recae el peso fundamental de una obra que, si la datación cronológica que hemos asumido es como parece acertada, fue compuesta y comenzó a circular en forma manuscrita por los salones parisinos cuando la Académie française apenas había echado a andar, unos meses después de que el Parlamento de París decidiera poner fin a un conflicto que duró más de dos años, durante los cuales los magistrados se negaron a registrar los estatutos de la nueva asamblea de letrados, pues temían que la obra del todopoderoso Richelieu pudiera usurpar sus prerrogativas en materia de legislación del libro y de la censura.

De hecho, fue el propio cardenal quien logró desencallar el problema. Después de numerosas visitas de académicos al primer presidente del Parlamento de París Nicolas Le Jay, intervino el primer ministro, que tras ver cómo el alto magistrado hacía caso omiso de su amable petición, advirtió a éste en tono desafiante que si el Parlamento continuaba dilatando la resolución del proceso o ponía más obstáculos a la misma, transferiría la verificación de las *lettres* al Grand Conseil. El Parlamento registró finalmente los estatutos de la Académie française el diez de julio de 1737 –aún tuvo que transcurrir un año desde la amenaza del primer ministro, y más de dos desde que Luis XIII firmara

las *lettres patentes*, en enero de 1735⁸⁹-, pero les añadió una cláusula que establecía con claridad los límites que de ninguna manera podía sobrepasar la nueva institución: «A cargo de los miembros de dicha Asamblea y Academia no quedará más que el ornamento, embellecimiento y aumento de la Lengua Francesa, y de los libros que sean escritos por ellos, y por otras personas que lo deseen y quieran»⁹⁰.

Contra los puristas

Es incontestable el enorme peso del cardenal en el proceso de creación de la Académie française –al firmar sus *lettres patentes*, Luis XIII no pudo dejar de subrayar la tremenda importancia de su primer ministro en la fundación del nuevo establecimiento⁹¹ y los propios académicos, reunidos tres días después del ansiado visto bueno del Parlamento, quisieron dar las gracias a Richelieu por su decisiva intervención, que logró solucionar el asunto⁹²-. Pero conviene recordar que la institución recién inaugurada, al igual que sucederá con la inmensa mayoría de las academias oficiales, procedía de un círculo privado, en este caso el destacado círculo de Valentin Conrart constituido en 1629, un año después de la muerte de François de Malherbe, formado por un grupo de poetas de la misma

⁸⁹ « Lettres patentes pour l'établissement de l'Académie française », in ACADÉMIE FRANÇAISE, *Statuts et règlements (22 février 1635)*, http://www.academie-francaise.fr/role/statuts_AF.pdf, pp. 7-11.

⁹⁰ « À la charge de ceux de ladite Assemblée et Académie, ne connoistront que de l'ornement, embellissement et augmentation de la Langue Française, et des livres qui seront par eux faits, et par autres personnes qui le desireront et voudront » (citado por Paul PELLISSON-FONTANIER, *op. cit.*, p. 87.)

⁹¹ « Lettres patentes pour l'établissement de l'Académie française », *op. cit.*, p. 8.

⁹² Paul PELLISSON-FONTANIER, *op. cit.*, pp. 87-88.

tendencia de este último entre los que se encontraban, además del propio Conrart, Jean Chapelain y Antoine Godeau (ambos aparecen como veíamos en la pieza de Saint-Évremond). Todos ellos eran representantes del denominado *purismo*, un nuevo ideal lingüístico que se oponía al modelo de Pierre de Ronsard y la Pléiade, el *furor poético* tan del gusto de los círculos literarios de Marie de Gournay y los discípulos de Philippe Desportes, que los seguidores de Malherbe consideraban demasiado arcaico y erudito.

Los puristas o *nouveaux doctes* le ganaban la batalla a los *doctes* del gabinete de los hermanos Dupuy (que pasó a llamarse *cabinet* en lugar de *académie* para no ser confundido con la institución oficial). Acaso este último, interesado en ciencia, filosofía y teología, fiel a la tradición humanista según la cual las reuniones *savantes* debían abarcar un amplio abanico de disciplinas y no un dominio concreto (que cada vez con mayor frecuencia será la literatura), satisfacía menos las exigencias del cardenal Richelieu, quien prefirió asentar la Académie française sobre un grupo que, además de resultar menos conflictivo que el círculo Dupuy, cuyas inquietudes podían generar y de hecho ya habían generado tensiones con las autoridades religiosas y jurídicas, se acomodaba mejor a su política de centralización al ocuparse de la lengua y la estética literaria⁹³.

⁹³ Véase Alain VIALA, *Naissance de l'écrivain. Sociologie de la littérature à l'âge classique* [1985], Paris, Les Éditions de Minuit, 2006, pp. 24-27. Véase también Alain VIALA, « Naissance de l'écrivain. Aux origines des institutions et de l'enseignement de la littérature française », *PFSCL*, 21, 1984, p. 671.

No debemos olvidar que hacía poco menos de un siglo desde que la Ordenanza de Villers-Cotterêts había impuesto el francés en los actos oficiales. Otras ordenanzas anteriores habían promovido el uso de las lenguas vernáculas en detrimento del latín (el artículo 101 de la Ordenanza de Moulins, firmado por Carlos VIII en 1490, que obligaba a emplear las lenguas del reino en los interrogatorios y procesos verbales; o la Ordenanza de Lyon promulgada por Luis XII en 1510, que aprobaba una disposición similar para los procedimientos jurídicos); pero el mandato real de 1539 se refería por vez primera a la *lengua materna francesa* en particular, de tal modo que no sólo quedaba prohibido en los fallos de las cortes soberanas o subalternas el uso del latín, sino también el empleo de cualquier otro idioma presente en la Francia de la época. La lengua se había convertido en un asunto de Estado, uno de los pilares fundamentales que sostenían la «gran obra de centralización disciplinada»⁹⁴ que cristalizó el siglo de Luis XIV, el cual, gracias en buena medida al triunfo de la política internacional gala con la Paz de Westfalia y el Tratado de los Pirineos, hizo del francés la lengua hegemónica, la que, como bien afirma Marc Fumaroli, habló toda Europa hasta bien entrado el siglo XIX⁹⁵.

No iban mal encaminados, por tanto, los que veían la recién inaugurada Académie française como un nuevo instrumento que extendía aún más si cabe el

⁹⁴ La expresión es de Pierre BARRIÈRE, *La vida intelectual en Francia desde el siglo XVI hasta la época contemporánea* [1961], México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1963, trad. de José López Pérez, p. 91. En este sentido, Barrière subraya la supremacía aplastante que ostenta París en el siglo XVII frente a las diversidades provinciales y la importancia que tuvo para el centralismo monárquico la victoria sobre la Fronda —«la derrota de la Fronda es una derrota provincial», concluye Barrière (*ibid.*, p. 98)—.

⁹⁵ Véase Marc FUMAROLI, *Quand l'Europe parlait français*, Paris, Le Livre de Poche, 2003.

brazo político del cardenal Richelieu, quien tras su importante maniobra publicística de 1631 –la concesión de la licencia a *La Gazette* de Théophraste Renaudot (la futura *Gazette de France*), que contó con la protección del primer ministro de Luis XIII hasta su muerte en 1642-, volcaba sus energías en una nueva empresa que empujaba hacia la pretendida unificación cultural del centralismo monárquico.

En este contexto, la hostilidad hacia Richelieu sumada al escaso aprecio que Saint-Évremond y compañía sentían por los puristas que ocupaban los asientos de la nueva institución hacen de *La Comédie des académistes* uno de los ejercicios críticos más contundentes con respecto al renombrado establecimiento, que cargaba a sus espaldas con la sospechosa tarea de la codificación del gusto literario.

No es necesario esperar demasiado para comprobar que nos encontramos con una firme ofensiva contra la fundación tan apreciada por Voltaire un siglo más tarde. La dedicatoria que abre la pieza teatral –eliminada en *Les académiciens*– manifiesta con absoluta claridad las intenciones de la misma, así como el tono irónico que articula su comicidad. Titulada «A los autores de la Academia que se ponen a reformar la lengua francesa, excepto Gomberville»⁹⁶, quien la escribe se

⁹⁶ « Aux auteurs de l'Académie qui se meslent de reformer la langue françoise, excepté Gomberville ». Según Paolo Carile, la exclusión del novelista Marin Le Roy de Gomberville no es sino una ironía para llamar la atención sobre este reconocido purista, que en 1737 suscitó una polémica –ridícula cuando menos para Saint-Évremond– al abogar por la supresión del término «car» (Paolo CARILE, *op. cit.*, «nota alla dedica», p. 148; nota 37, p. 153). La última escena de *Les académiciens* se hace eco de este debate (SAINT-ÉVREMOND, *Les académiciens*, III, 3, v. 531-564).

presenta como un fiel admirador de los «excelentes profetas»⁹⁷ que merecen la gloria destinada únicamente a los más grandes, hasta que al final desvela sus cartas y «para dejar de hablar de manera encubierta» se declara «de sus tonterías y sus cobardías el mayor enemigo»⁹⁸.

Junto con la alusión irónica a los «profetas», en la propia dedicatoria encontramos uno de los argumentos que como veíamos esgrimen los protagonistas de la primera escena de la obra contra los académicos, la lentitud con la que éstos llevan a cabo sus sesudas reformas⁹⁹. Pero como es obvio la crítica no se detiene en este punto, no es la mayor o menor celeridad del proceso lo que irrita al comediógrafo; es la tarea misma la que está en entredicho, y por ende la institución consagrada a tal fin, al que se entrega un grupo de escritores de dudoso mérito, que se atreven además a «despreciar a viva voz los versos de Théophile»¹⁰⁰, el poeta favorito de Saint-Évremond, al que Chapelain plagia descaradamente al comienzo del segundo acto.

La obra cuestiona por tanto la escasa utilidad o, por decirlo sin suavizar los términos, alerta ante el peligro de un establecimiento cuya principal función, según el artículo XXIV de sus *Estatutos*, «es trabajar con todo el cuidado y toda la diligencia posibles para dotar de reglas seguras a nuestra lengua y volverla

⁹⁷ « Excellens Prophetes » (SAINT-ÉVREMOND, *La comédie des académistes*, dedicatoria, línea 30).

⁹⁸ « Mais pour ne plus parler couvertement, je suis / De vos Sottises et de vos Laschetez le tres grand ennemy » (*ibid.*, dedicatoria, líneas 43-46).

⁹⁹ « Vous passez les années toutes entieres à la reformation d'un Mot » [«ustedes pasan los años enteros para reformar una Palabra»] (*ibid.*, dedicatoria, líneas 21-22).

¹⁰⁰ « Mespriser hautement les vers de Théophile » (*ibid.*, I, 1, v. 21).

pura, elocuente y capaz de tratar las artes y las ciencias»¹⁰¹. Según Saint-Évremond, el reglamento se queda a un solo paso de la instauración de una suerte de inquisición sobre las letras, que como es obvio los arrogantes académicos no podían dejar de franquear, como se pone de manifiesto en la última escena de la obra. En ella, después de quedar patente el mezquino servilismo de los académicos –cuyas continuas alabanzas al canciller tras su grandilocuente discurso llegan a incomodar a éste, a quien no le gustan demasiado «esos importunos autores / que pasan ante los grandes por humildes aduladores»¹⁰²– y una vez discutidas y aprobadas las oportunas reformas lingüísticas, toma la palabra el presidente Sérizay¹⁰³ para dar por terminada la «divina asamblea» contra la que no cabe, concluye, la menor objeción: «Quien no reconozca la tropa académica / Será estimado entre nosotros peor que un hereje»¹⁰⁴.

La comedia no sólo socava la importante institución promovida por Richelieu, sino que tiene además la virtud de poner sobre la mesa algunas de las tensiones que sacuden el convulso panorama de las letras francesas en la primera

¹⁰¹ « La principale fonction de l'Académie sera de travailler avec tout le soin et toute la diligence possibles à donner des règles certaines à notre langue et à la rendre pure, éloquente et capable de traiter les arts et les sciences » (ACADÉMIE FRANÇAISE, *Statuts et Règlements* (22 février 1635), *op. cit.*, art. XXIV).

¹⁰² « Oui, je n'ayme pas bien ces importuns auteurs / Qui passent chez les grands pour de petits flatteurs » (*ibid.*, V, 1, v. 680-681). La respuesta del canciller Séguier es aún más severa en la segunda versión de la obra: « Que chacun se reduise au mérite d'Auteur: / J'estime le Savant et je hais le Flatteur » [«que cada uno se limite al mérito de Autor: / Estimo al *Savant* y odio al Adulador»] (SAINT-ÉVREMOND, *Les académiciens*, III, 1, v. 411-412).

¹⁰³ Pese a que se opuso en primera instancia a la creación de la Académie française, cuando ésta se fundó Jacques de Sérizay fue su presidente los cuatro primeros años.

¹⁰⁴ « Qui ne recongnoistra la troupe académique / Soit estimé chez nous pire qu'un hérétique » (SAINT-ÉVREMOND, *La comédie des académistes*, V, 3, v. 814-815). Son los dos últimos versos de la obra.

mitad del siglo XVII. Como afirmábamos más arriba, la creación de la Académie française supuso un serio espaldarazo para los puristas seguidores de François de Malherbe. Estos últimos, que intentaban imponer el léxico de los *beaux esprits*, el lenguaje de los *mondains* de la corte (por eso, además de puristas o *nouveaux doctes*, también se les denomina *mondains*), desarrollaron una concepción racionalista de la lengua de la que es buena muestra *Les sentiments de l'Académie française sur la tragi-comédie du Cid*. El libro fue publicado en 1638 a petición de Richelieu, quien consiguió de este modo que en uno de sus primeros actos oficiales el nuevo tribunal literario ejerciera de árbitro en la agitada *querella del Cid*, la violenta guerra de panfletos desatada en 1637 a partir de la representación de *Le Cid* de Pierre Corneille y la ulterior publicación de la *Excuse à Ariste*, en la que el dramaturgo respondía a los detractores de su pieza teatral, que encabezados por Georges de Scudéry censuraban sus innovaciones literarias, ya que no respetaban las inquebrantables reglas aristotélicas que regían la escena clásica.

La mentalidad racionalista que imponía la Académie française dominada por los *mondains* chocaba frontalmente contra la tendencia de poetas como Théophile de Viau, y a buen seguro habría merecido la más feroz de las críticas del ya fallecido Mathurin Régnier, el sobrino de Philippe Desportes, que dedicó a Malherbe y sus discípulos su «Satyre IX»:

«Emperifollan sus palabras, adornan su frase,
afectan su discurso tan desprovisto de arte,
y acicalan sus defectos con color y polvos.
Por ello los comparo con esas mujeres bonitas

que con alhajas se ven embellecidas.»¹⁰⁵

Marie de Gournay y la denigración de las mujeres *savantes*

Mención especial merece sin duda Marie de Gournay. A ella tampoco le agradaba el modelo literario que propugnaban los puristas, que en su opinión limitaba la expresividad del lenguaje. Pero su firme animadversión hacia los *nouveaux doctes* no la libró de la crítica de Saint-Évremond, que la hace aparecer en la segunda escena del tercer acto de *La comédie des académistes* para que Jacques de Sérizay, Jean de Silhon y ante todo Boisrobert se burlen de ella. El primero es el encargado de anunciar su llegada al final de la escena anterior, donde nos presenta a Mlle de Gournay como «la sibila», un «viejo bicho» del que no puede deshacerse, que ha de soportar como si se tratara de un castigo divino¹⁰⁶. Sérizay tampoco se muerde la lengua en presencia del nuevo contertulio, y tras la primera intervención de éste, que se alegra de haber encontrado por fin al presidente, le pide a Boisrobert que se agache y recoja el diente que se le ha caído a la «vieja loca», como la calificarán más adelante¹⁰⁷.

Marie de Gournay no tarda en criticar «la estéril labor de reformar las palabras», el «bobo artificio» al que se aplican aquellos poetas que le faltan al

¹⁰⁵ « Ils attifent leurs mots, enjolivent leur phrase, / affectent leur discours tout si relevé d'art, / et peignent leur défauts de couleur et de fard. / Aussi je les compare à ces femmes jolies / qui par les affiquets se rendent embellies » (Mathurin RÉGNIER, « À Monsieur Rapin. Satyre IX », v. 70-74, in *Les satyres du sieur Régnier, revuës et augmentées de nouveau, dédiées au Roy*, Paris, T. du Bray, 1609, p. 76).

¹⁰⁶ « Voicy venir à nous, la sibylle, Gournay; / Quel supplice, bons dieux, m'avez vous ordonné ? / Mais laissons-la venir ; par ma foy, vieille biche, / Vous n'eschapperez pas qu'on vous fasse niche » (SAINT-ÉVREMOND, *La comédie des académistes*, III, 1, v. 371-374).

¹⁰⁷ « Ecoutez les discours de cette vieille folle », dice Boisrobert (*ibid.*, III, 2, v. 425).

respeto¹⁰⁸. No obstante, la postura que defiende a continuación según los autores de *La comédie des académistes* no resulta menos censurable que la esgrimida por los vanidosos puristas que lideran la Académie française. En el diálogo queda en evidencia tanto la mala educación de estos últimos como la anticuada apuesta de Mlle de Gournay, que llena de arcaísmos cada una de sus intervenciones, pues, como ella misma sostiene, «todo iba bien en los tiempos de aquellas viejas palabras»¹⁰⁹.

La secuencia tiene una doble lectura: por un lado, demuestra que para Saint-Évremond y compañía reprobar a los *nouveaux doctes* herederos de las doctrinas de François de Malherbe no implica suscribir la apuesta de sus archienemigos que pretendían regresar al ideal poético de la Pléiade, entre los que se contaba Marie de Gournay; pero además hay que encuadrar la crítica de la amiga de Montaigne en el contexto de la denigración de las *femmes savantes*, como reza el irónico título de la comedia de Molière¹¹⁰ cuya tercera escena del tercer acto, la disputa entre Vadius y Trissotin, está inspirada en el enfrentamiento de Godeau y Colletet que tiene lugar en el acto inicial de *La comédie des académistes*¹¹¹, donde los autores comienzan alabando recíprocamente sus obras hasta que el elogio de Godeau a su compañero —«Colletet, amigo mío,

¹⁰⁸ « Et l'on remarque en vous un niais artifice, / Un stérile labeur à réformer les mots » (*ibid.*, III, 2, v. 386-387).

¹⁰⁹ « Monseigneur, tout alloit bien du temps de ces vieux mots » (*ibid.*, III, 2, v. 400).

¹¹⁰ MOLIÈRE, *Les femmes savantes, comédie*, Paris, P. Promé, 1672.

¹¹¹ Paolo CARILE, *op. cit.*, nota 69, p. 157. Como señala Carile, el papel otorgado a Guillaume Colletet no es muy apropiado, pues según sus contemporáneos se trataba de una persona modesta y generosa, lo cual contrasta con la imagen de poeta vanidoso y carcomido por la envidia que ofrece de él la disputa con Godeau. Además, nunca frecuentó los círculos de Malherbe y su talante festero —era asiduo de los cabarets- y fama de buen bebedor lo aproximan más bien al grupo de Saint-Amant (*ibid.*, pp. 74-75).

usted no lo hace mal»¹¹²- se queda demasiado corto, más aún después de que este último lo ensalzara a tal punto que llegaba a preguntarle si dada la altura de sus producciones literarias no debería «besar su sagrado talón»¹¹³.

La respuesta que da Godeau a la pregunta de su compañero que tanto parece admirarlo nos sirve para retomar el hilo: «Nosotros somos todos iguales, hijos de Apolo»¹¹⁴. A juicio de Jean-Marc Civardi, la igualdad de trato entre los miembros de la Académie française, presente en los estatutos de la institución¹¹⁵, no gustaba demasiado a Saint-Évremond, para quien la sutil cortesía que exhibían orgullosos los pedantes literatos no era sino la máscara que ocultaba las tensas rivalidades que afloraban a poco que los contertulios relajaban su esforzada sonrisa, como ocurre en el altercado entre Godeau y Colletet o en el de Silhon y Boisrobert a comienzos del tercer acto —justo antes de que entre en escena Marie de Gournay, que aparece poco después de que Silhon reproche a su compañero el hecho de que las únicas alabanzas que recibe provengan de una mujer¹¹⁶-. Civardi señala además que esta artificiosa camaradería que observaban los académicos evocaba en Saint-Évremond la imagen del senado republicano de la antigua Roma, el organismo que se ocupaba de la censura, y cita a este

¹¹² « Colletet, mon amy, vous ne faites pas mal » (SAINT-ÉVREMOND, *La comédie des académistes*, I, 2, v. 123).

¹¹³ « Ne dois-je pas baiser votre sacré talon ? » (*ibid.*, I, 2, v. 84).

¹¹⁴ « Nous sommes tous esgaux, étant fils d'Apollon » (*ibid.*, I, 2, v. 85).

¹¹⁵ « Celui qui présidera fera garder le bon ordre dans les assemblées le plus exactement et le plus civilement qu'il sera possible, et comme il doit se faire entre personnes égales. » [«Quien presida velará por el buen orden en las asambleas lo más exacta y civilmente que sea posible, y como debe hacerse entre personas iguales»] (ACADÉMIE FRANÇAISE, *Statuts et Règlements* (22 février 1635), *op. cit.*, art. XV).

¹¹⁶ « Vous ne fustes jamais loué que d'une femme » (SAINT-ÉVREMOND, *La comédie des académistes*, III, 1, v. 338).

respecto un fragmento de *Les sentiments de l'Académie françoise sur la tragi-comédie du Cid*, que sostiene que «la Censura [...] no sería menos útil en la República de las Letras de lo que lo fue antaño en la de Roma»¹¹⁷.

Sin por ello menoscabar la interpretación del *maître de conférences* de la Université de Versailles –que subraya dos aspectos esenciales de la obra, la cual enfatiza el clima de hostilidad reinante entre los académicos y la actividad censora de la institución-, tal vez deberíamos sumar una nueva hipótesis de lectura y examinar el reverso de la etiqueta que según Godeau borra las diferencias de rango entre los miembros de la organización. Se trata en definitiva de dirigir la mirada hacia los márgenes de la caracterización y preguntarnos quiénes no tienen cabida en la selecta categoría de los «hijos de Apolo». Descendiente de Zeus y Leto y hermano de Artemisa, el dios de la música y la poesía que dará nombre a la magnífica galería del Musée du Louvre –la primera galería real dedicada a Luis XIV-¹¹⁸, celebrado en no pocas ocasiones por Pierre de Ronsard (quien a juzgar por los escritos de sus contemporáneos había recibido lecciones del director del coro de las musas¹¹⁹), parecía custodiar la

¹¹⁷ «La Censure [...] ne seroit pas moins utile dans la République des Lettres, qu'elle le fut autresfois dans celle de Rome » (*Les sentiments de l'Académie françoise sur la tragi-comédie du Cid* citado por Jean-Marc CIVARDI, *op. cit.*, p. 58).

¹¹⁸ La Galería de Apolo comenzó a construirse en 1661, tras un incendio en la Pequeña Galería. Louis le Vaux se ocupó de los trabajos arquitectónicos, realizados entre 1661 y 1663, mientras que la decoración le fue encargada por Colbert a Charles Le Brun. Los estucos fueron obra del escultor Girardin. La galería, que inspiró la de los Espejos del Castillo de Versalles, ha sido objeto de restauración en dos ocasiones: la primera, desarrollada entre 1848 y 1851, fue confiada al arquitecto Félix Duban, que contó entre otros con los pintores Eugène Delacroix y Joseph Guichard; la última rehabilitación de la galería la llevó a cabo el servicio de monumentos históricos entre 1999 y 2004.

¹¹⁹ Véase Paul LAUMONIER, *Ronsard, poète lyrique: étude historique et littéraire*, Paris, Hachette, 1909, p. 296. La reina de Escocia María Estuardo, gran admiradora del poeta de la Pléiade, regaló a éste en 1583 un aparador de 2.000 escudos, acompañado por un jarrón en forma de roca que

entrada al Parnaso literario y, como es obvio, no prestaba su lira sino a unos pocos elegidos, entre los que no podía contar Mlle de Gournay ni ninguna mujer que destacara por sus inquietudes y habilidades intelectuales.

A la ya por entonces septuagenaria Marie Le Jars de Gournay, nacida en la capital del reino en 1565, no parecían servirle de nada ni la sólida cultura que con tanto esfuerzo había adquirido a lo largo de su vida, ni sus influyentes contactos en el mundo letrado y las altas esferas de la sociedad y la política francesa (el mismo Richelieu le proporcionó una modesta pensión real)¹²⁰, ni su importante producción intelectual, entre la que destaca su decidida apuesta por la *Égalité des hommes et des femmes*, como reza su título de 1622, cuyo argumento desarrolló asimismo en *Grief des dames*, que formó parte de la miscelánea *L'ombre de la damoiselle de Gournay* publicada en 1626¹²¹.

Tampoco la libraron de las críticas, acaso todo lo contrario, las traducciones que realizó de textos de Salustio, Tácito o Virgilio. Dichos trabajos eran fruto de la gran tenacidad mostrada por Marie desde su adolescencia, gracias a la cual logró aprender latín y griego por sí sola, al más puro estilo

representaba el Parnaso dominado por Pegaso con la inscripción: « À Ronsard, l'Apollon de la source des Muses » [«A Ronsard, el Apolo de la fuente de las Musas»]. Véase también Simone PERRIER, « Quand « Apollon luy mesme se chantoit ». L'écrivain du XVIe siècle et ses miroirs », *Textuel*, 22 (*Images de l'écrivain*), hiver 1989, pp. 29-48.

¹²⁰ Como señalaba Mario Schiff, a través de las dedicatorias de Mlle de Gournay nos hacemos una idea de la envergadura de los protectores oficiales y oficiosos de ésta, que además de contar con el primer ministro de Luis XIII tuvo como benefactores a María de Medici, el mariscal de Basompierre o Ana de Austria (Mario SCHIFF, *La fille d'alliance de Montaigne: Marie de Gournay* [1910], Genève, Slatkine, 1978, p. 33).

¹²¹ Marie Le Jars de GOURNAY, *Égalité des hommes et des femmes* [1622], *suivi de Grief des dames* [1626], éd. de Claude Pinganaud, Paris, Arléa, 2008.

Jacotot, esto es, comparando los originales y las traducciones de que disponía¹²². Pero su laborioso inconformismo con respecto a las costumbres de la época, que moldeaban la educación de las jóvenes de su extracto social según el código femenino de la nobleza, no podía dejar de granjearle numerosas enemistades.

Y ello pese a contar con el aprecio de Michel de Montaigne, por quien sentía una profunda admiración desde que descubrió a los dieciocho años la primera edición de los *Essais*. A partir de entonces, Marie no deseaba nada con más entusiasmo que encontrarse un buen día con su venerado escritor, lo que ocurrió cinco años más tarde, en la primavera de 1588, durante un viaje a París que hizo acompañada por su madre. Montaigne no defraudó sus expectativas, pero éste no quedó menos impresionado por Marie, y en los meses que siguieron a su primera entrevista realizó varias estancias cortas en el castillo de Gournay-sur-Aronde (que el padre de Marie, Guillaume Le Jars, compró antes de morir en 1578, donde estaba instalada la familia desde 1586). El reputado escritor, que cuando conoció a su fiel admiradora contaba cincuenta y cinco años, pudo allí degustar el placer de la conversación mientras paseaba por los

¹²² En *El maestro ignorante*, Jacques Rancière reflexiona sobre la peculiar experiencia docente de Joseph Jacotot. Lector de literatura francesa en la Universidad de Lovaina, en 1818 Jacotot debía enseñar francés a unos estudiantes que ignoraban dicha lengua del mismo modo que éste desconocía por completo el holandés, el idioma de sus alumnos. El profesor se sirvió de una edición bilingüe de *Telémaco* de Fénelon recientemente publicada en Bruselas y a través de una intérprete les pidió a sus discípulos que aprendiesen el texto francés ayudándose de la traducción. Tras la lectura del libro, les propuso que escribiesen en francés lo que pensaban acerca de la obra, y su sorpresa fue mayúscula al comprobar que los resultados estaban a la altura de lo que se podría esperar de muchos franceses.

Si lo que instruye al alumno no es el saber del maestro, pensó Jacotot, entonces nada impide a éste enseñar lo que ignora. Así, Jacotot enseñó con éxito materias que desconocía. Se trataba en definitiva de sustituir al tradicional *maestro explicador*, o atontador, por el *maestro ignorante*, o emancipador. (Jacques RANCIÈRE, *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual* [1987], Barcelona, Laertes, 2003, trad. de Núria Estrach.)

jardines que rodeaban el castillo de la mano de la joven y prometedora Marie – que en uno de aquellos encuentros, tras una lectura común de Plutarco, contó a su compañero la historia que años más tarde publicó bajo el título *Le Proumenoir de Monsieur de Montaigne*¹²³-, a quien bautizó en el capítulo XVII del libro II de los *Essais* como su «hija adoptiva» (*fille d’alliance*):

«He experimentado placer al publicar en diversos lugares la esperanza que me inspira Marie de Gournay le Jars mi hija adoptiva: amada por mí mucho más que paternalmente, y envuelta en mi retiro y soledad como una las mejores partes de mi propio ser. No me importa nada más que ella en el mundo. Si la adolescencia puede constituir un presagio, esta alma será algún día capaz de las más bellas cosas, entre otras de la perfección de esta santísima amistad, a la que no nos consta que su sexo haya podido nunca elevarse. La sinceridad y la solidez de sus costumbres son ya estremecedoras, su afecto hacia mí más que desbordante, tal que sólo podemos desear que la aprehensión que le causa mi final, ya que me ha encontrado a los cincuenta y cinco años, no la atormente demasiado. El juicio que realizó de los primeros *Ensayos*, siendo mujer, y en este siglo, y tan joven, y tan aislada en su región, y la asombrosa vehemencia con la que me amó y deseó tanto tiempo encontrarme, en virtud de la estima en que me tenía, antes de haberme visto, es algo de muy digna consideración»¹²⁴.

¹²³ Marie de GOURNAY, *Le Proumenoir de Monsieur de Montaigne*, Paris, chez Abel l’Angelier, 1594.

¹²⁴ « J’ay pris plaisir à publier en plusieurs lieux lieux, l’esperance que j’ay de Marie de Gournay le Jars ma fille d’alliance : et certes aymée de moy plus que paternellement, et enueloppée en ma retraite et solitude, comme l’vne des meilleures parties de mon propre estre. Je ne regarde plus qu’elle au monde. Si l’adolescence peut donner presage, cette ame sera quelque jour capable des plus belles choses, et entre autres de la perfection de cette tres sainte amitié, où nous ne lisons point que son sexe ait peu monter encores : la sincerité et la solidité de ses

Como vemos, incluso en el feliz asombro de Montaigne juega un papel importante la condición de mujer de su interlocutora, quien parece desafiar las leyes o la pétrea costumbre según la cual la femineidad es incapaz de sostener una relación amistosa de gran envergadura o emitir un mesurado juicio estético. Ni aun la honda pasión de Montaigne es capaz de zafarse de los férreos prejuicios que pesan sobre la mujer, lo cual no resulta demasiado extraño si recordamos, por ejemplo, lo que afirmaba el escritor francés en el capítulo IX del libro tercero de los *Essais* («De la vanidad»): «La más útil y honorable ciencia y ocupación para una madre de familia es la ciencia del hogar [...] Es ridículo e injusto que la ociosidad de nuestras mujeres se alimente con nuestro sudor y trabajo»¹²⁵.

No es difícil por tanto imaginar las numerosas resistencias que hubo de vencer Marie de Gournay para hacerse un sitio en el mundo literario. Tras la muerte de su «padre adoptivo» en septiembre de 1592 –que Marie conoció meses más tarde a través de una carta de Juste Lipse, el célebre restaurador del estoicismo nacido en el Ducado de Brabante-, Françoise de Montaigne, la viuda del afamado escritor, le hizo llegar una copia anotada de los *Essais* de 1588 y le

mœurs, y sont desia battantes, son affection vers moy plus que sur abondante : et telle en somme qu'il n'y a rien à souhaiter sinon que l'apprehension qu'elle a de ma fin, par les cinquante et cinq ans ausquels m'a rencontré, la trauaillast moins cruellement. Le jugement qu'elle fit des premiers Essays, et femme, et en ce siecle, et si ieune, et si seule en son quartier, et la vehemence fameuse dont elle m'ayma et me desira long temps sur la seule estime qu'elle en print de moy, auant m'auoir veu, c'est un accident de tres digne consideration » (Michel de MONTAIGNE, *Les essais de Michel seigneur de Montaigne. Édition nouvelle trouvée après le deceds de l'Authheur, revue et augmentée par luy d'un tiers plus qu'aux précédentes impressions*, Cambridge (Massachusetts), Omnisys, [ca. 1990] –reproduction de l'édition de Paris, Abel l'Angelier, 1595-, vol. I, livre II, chapitre XVII, « De la présomption », p. 439).

¹²⁵ « La plus utile & honnorable science & occupation à une mere de famille, c'est la science du mesnage [...] Il est ridicule & inutile, que l'oysiveté de nos femmes, soit entretenuë de nostre sueur & travail » (*ibid.*, vol. II, livre III, chapitre IX, « De la vanité », p. 131).

pidió que se encargara de su publicación. Mlle de Gournay no dejó pasar la oportunidad, y en 1595 veía la luz la nueva edición de los *Essais* con un largo prefacio firmado por la *filles d'alliance* del autor¹²⁶, donde la apología de Montaigne corre paralela a la crítica del pueblo, que según Marie de Gournay «es una multitud de ciegos» cuya aprobación es mejor evitar, pues «es una especie de injuria ser alabado por aquéllos a quienes no querría parecerse»¹²⁷.

Es el comienzo de la carrera literaria de Marie de Gournay, que se traslada a París y empieza a frecuentar los círculos intelectuales de la época. Pese a disponer, como advertíamos antes, de una amplia red de protectores, entre los que se contaba el propio Richelieu, cuya pensión permitió a Mlle de Gournay editar sus propias obras, ésta no dejó de ser objeto de las burlas de sus contemporáneos. Para empezar, las groseras referencias a su persona contenidas en *Le Remerciment des Beurrières de Paris au Sieur de Courbouzon Montgomery*¹²⁸, llamado también *Anti-Gournay*, un texto anónimo de 1610 que se presenta como una respuesta a Louis de Montgomery, sieur de Courbouzon (nieto del célebre Gabriel de Montgomery, que mató accidentalmente a Enrique II en una justa de 1559), quien acababa de publicar *Le fléau d'Aristogiton, ou Contre le calomniateur des Pères Jésuites, sous le titre d'Anticoton*.

¹²⁶ Véase Maryanne CLINE HOROWITZ, «Marie de Gournay, Editor of the *Essais* of Michel de Montaigne: A Case-Study in Mentor-Protégée Friendship», *The Sixteenth Century Journal*, Volume XVII, 3, 1986, pp. 271-284.

¹²⁷ « Le peuple est une foule d'aveugles [...] C'est une espece d'injure, d'estre loué de ceux que vous ne voudriez pas ressembler » (Marie de GOURNAY, préface à Michel de MONTAIGNE, *op. cit.*, vol. I, p. I).

¹²⁸ El libelo posee un título alternativo: *Lettres de creance de la communauté des beurrieres de la Ville, Cité, & Université de Paris, au Sieur de Courbouzon Montgomery*.

Como ocurrirá un siglo y medio más tarde tras el fallido atentado de Damiens, el asesinato de Enrique IV perpetrado por François Ravaillac levantó no pocas sospechas en torno a la Compañía de Jesús. Pierre Coton, el predicador del rey que desde 1608 era asimismo confesor y consejero del monarca, que le confió la educación del delfín, publicó tras el regicidio una *Lettre déclaratoire de la doctrine des Pères jésuites*, que pretendía exculpar a éstos de toda responsabilidad en la muerte del soberano. El texto obtuvo una contundente e inmediata respuesta, *Anti-Coton ou Réfutation de la Lettre déclaratoire du P. Coton. Livre où est prouvé que les jésuites sont coupables & auteurs du parricide exécrationnel commis en la personne du roy très-chrétien Henri IV d'heureuse mémoire*. Es este panfleto de más de setenta páginas (que se reeditaré en 1733, poco antes de que el frustrado asesinato de Luis XV reavive el imaginario que liga el regicidio y la doctrina jesuítica, alentado sin duda por la teoría del legítimo tiranicidio de Juan de Mariana), atribuido a César de Plaix, abogado de Orleans¹²⁹, el que Courbouzon intenta rebatir en *Le fléau d'Aristogiton*, contestado a su vez por *Le Remerciement des Beurrières de Paris*¹³⁰, que además de criticar con ironía al defensor de Pierre Coton arremete en varias ocasiones contra Marie de Gournay, quien también intentó refutar las acusaciones vertidas contra los jesuitas a raíz del crimen cometido por Ravaillac en su *Adieu de l'ame du Roy de France et de Navarre Henri Le*

¹²⁹ Aunque el texto ha sido atribuido en ocasiones a Jean du Bois, Pierre du Coignet y Pierre du Moulin, la hipótesis más aceptada apunta como decíamos a César de Plaix.

¹³⁰ Constant Venesoen afirma que no le resultaría extraño que el *Anti-Coton* y el *Remerciement des Beurrières de Paris* fueran obra del mismo autor, sea o no César de Plaix, dado que entre los dos panfletos, que combinan de forma atrevida la zafiedad libertina y algunas puntadas eruditas, hay no pocas similitudes (Marie de GOURNAY, *Textes relatifs à la calomnie*, textes établis, annotés et commentés par Constant Venesoen, Tübingen, Gunter Narr Verlag, 1998, p. 84).

Grand à la Royné, avec la defence des Peres Jesuistes, que obtuvo el privilegio para ser publicado el 21 de agosto de 1610. *Le Remerciment* no entra a analizar el texto de Gournay, acaso porque en opinión del autor del panfleto no merece mayor consideración una «virgen de cincuenta y cinco años» que aparece como uno de los ineptos que siguen los pasos de Courbouzon y pretenden robarle su clientela¹³¹.

Además de la ya mencionada *Comédie des académistes*, otros textos que lanzaban idénticos ataques a la recién inaugurada Académie française criticaban con dureza a la fiel amiga de Montaigne, así el *Roole des présentations faites aux grands jours de l'Académie françoise, sur la réformation de nostre langue* de Charles Sorel o la *Requête présentée par les dictionnaires à Messieurs de l'Académie pour la réformation de la langue françoise* de Gilles Ménage¹³². No conviene olvidar tampoco *La furieuse monomachie de Gaillard et Braquemart*: publicada en 1634 en el volumen de las *Oeuvres meslées du Sieur Gaillard, le philosophe plaisant*, la comedia articulada en cinco actos –cuya influencia sobre la obra de Saint-Évremond es decisiva según Henry Carrington Lancaster¹³³– gira en torno a la disputa que sostienen los dos poetas

¹³¹ « Il est bien vray que depuis n'agueres, ils se sont presentez quelques mal habiles gens qui ont voulu entreprendre sous vos marches, & vous desrober votre chalandize, comme un certain Peletier, & la Damoiselle de Gournay, pucelle de cinquante cinq ans, qui s'y sont meslez de publier ses defenses pour les Iesuites » (*Remerciment des Beurrières de Paris, au Sieur de Courbouzon Montgomery*, Niort, 1610, p. 8). El panfleto añade diez años a Marie de Gournay, que en 1610 tenía 45 y no 55 años, a quien nombra en dos ocasiones más, o tres si consideramos que se refiere a ella cuando habla de «Demoiselle Carabine» (*ibid.*, p. 12), tal vez en alusión a su carácter combativo.

¹³² Escrita tras la querella del Cid, la obra de Ménage se publicó de forma anónima en 1649 bajo el título *Le Parnasse alarmé*.

¹³³ Henry Carrington LANCASTER, *A History of French Dramatic Literature in the Seventeenth Century*, Baltimore / Paris, The Johns Hopkins Press / Les Belles Lettres, 1932, part II, *The Period of Corneille, 1635-1651*, vol. 1, p. 296. Jean-Marc CIVARDI (*op. cit.*, p. 63) matiza la aseveración de Lancaster y encuadra la pieza de Saint-Évremond dentro de un grupo de

protagonistas, Gaillard y Braquemart, que no paran de enviarse versos el uno al otro, pues cada uno de ellos está plenamente convencido de que sus composiciones son mejores que las de su rival literario. Cansados del eterno debate, los contendientes deciden acudir al arbitraje de Louis de Neufgermain, el extravagante *poeta heteróclito* de Gastón de Orleans¹³⁴, y de Marie de Gournay, quien al igual que en *La Comédie des académistes* aparece como un viejo reducto del siglo pasado, investida de un lenguaje tan arcaico como ridículo¹³⁵.

Las mofas hacia Mlle de Gournay no cesaron tras su muerte en 1645. Casi veinte años más tarde, el personaje de Géminie de *Le cercle des femmes sçavantes* de Jean de la Forge está inspirado en la editora de los *Essais* de Montaigne, según confiesa el autor en la «Clef de noms de sçavantes» que incorpora tras el diálogo¹³⁶.

Lejos de desvanecerse en la supuesta claridad del Siglo de las Luces, el motivo que da título a la comedia de Molière, estrenada en el teatro del Palais-Royal el once de marzo de 1672, resistirá con firmeza cuando la ausencia de la mujer de los medios intelectuales encuentre más excepciones. Puede que, como afirma Élisabeth Badinter, el orbe literario de la segunda mitad del siglo XVIII

comedias que proliferan aquellos años, tales como *La Comédie des comédies* de Du Peschier (1629), *La Comédie des comédiens* de Gougenot (1633), *La Comédie des proverbes* (anónima, de 1633), *La Comédie des comédiens* de Scudéry (1635), *La Comédie des Tuilleries* de François Le Metel de Boisrobert, Pierre Corneille, Jean de Rotrou, Guillaume Colletet y Claude de L'Estoile (representada en 1635 y publicada por Jean Baudoin en 1638) o *La Comédie des chansons* atribuida a Charles de Beys(1640).

¹³⁴ El hermano menor de Luis XIII bautizó de este modo a un poeta bastante peculiar, que componía sus rimas a partir de los nombres de los destinatarios de sus versos.

¹³⁵ Antoine GAILLARD, *La furieuse monomachie de Gaillard et Braquemart*, in *Oeuvres du Sieur Gaillard*, Paris, Jacques Dugast, 1634, pp. 1-53.

¹³⁶ Jean DE LA FORGE, *Le cercle des femmes sçavantes*, Paris, Jean-Baptiste Loyson, 1663, p. 17.

sea menos misógino que antes¹³⁷, pero como veremos en el próximo capítulo no nos sobran motivos para ser demasiado optimistas.

Las instituciones de la vida literaria

La figura de Marie de Gournay y a través de ésta la denigración de las mujeres *savantes* merece sin lugar a dudas nuestra atención en este ligero bosquejo que intentamos trazar del panorama literario del siglo XVII a partir de *La comédie des académistes*. El argumento no podía faltar a la cita en una tesis que pretende dar mayor protagonismo a quienes son excluidos, despreciados o ninguneados en el proceso de constitución de esa nueva elite que, como afirma Voltaire, «ha de gobernar la opinión».

No obstante, el principal blanco de las críticas de la *opera prima* de Saint-Évremond no es la «hija adoptiva» de Michel de Montaigne. Más aún que la propia Académie française, el objetivo de *La comédie des académistes* es el nuevo escritor, el *littérateur* que ha tomado la recién inaugurada institución y es a su vez impulsado por ella. Los puristas encarnan un nuevo modelo contra el que se posiciona Saint-Évremond, para quien la concepción de la práctica literaria como un ejercicio profesional es una aberración, bajo la cual se adivinan las auténticas intenciones de los académicos, que no apuestan por el léxico del *bel esprit* de manera desinteresada, sino que procuran imponer un determinado estilo

¹³⁷ Élisabeth BADINTER, *Les passions intellectuelles*, vol. II, *op. cit.*, p. 233.

capaz de contentar al público *mondain*, la clientela potencial de sus obras¹³⁸. Por eso afirma Paolo Carile que la posición de Saint-Évremond, que formó su gusto en los salones que frecuentaban asimismo algunos de los personajes que aparecen en la comedia, no es la de un adversario de doctrina, un asiduo de un círculo literario enfrentado al de los *nouveaux doctes* herederos de François de Malherbe, sino la ironía del noble¹³⁹, para el cual la poesía no puede prescindir de su carácter lúdico. De ahí que Saint-Amant y Tristan, los dos poetas que inauguran la pieza con aquella devastadora crítica de la vanidad de los «autorzuelos que se hacen estimar como raros doctores» y de la exasperante lentitud de las insípidas reformas llevadas a cabo por éstos, decidan abandonar el centro tomado por aquellos literatos de dudoso mérito y, acompañados por Faret, opten por marcharse a un cabaret, una suerte de anti-academia en la que, bajo la inspiración de una buena mesa presidida por el vino, se alejan del dominio de Apolo, la figura que simboliza la triste sobriedad de la institución

¹³⁸ Véase Alain VIALA, *Naissance de l'écrivain...*, *op. cit.*, p. 33.

¹³⁹ Véase Paolo CARILE, *op. cit.*, p. 53. En su contribución al volumen dirigido por Suzanne Guellouz, Emmanuel Bury señala la importancia de la cultura nobiliaria en Saint-Évremond. Bury comienza recogiendo el argumento de Albert-Marie Schmidt, que distingue entre el humanismo impuro del autor de *La comédie des académistes* y el humanismo puro de Montaigne (Albert-Marie SCHMIDT, *Saint-Évremond ou l'Humaniste impur*, Paris, Éditions du Cavalier, 1932). Pero Bury se pregunta si no hay en Saint-Évremond una especificidad de la cultura humanista propia del gentilhomme. El estudio de la cultura aristocrática, concluye, ayuda a entender mejor a Saint-Évremond, que en la academia donde estudió, además de música, matemáticas o historia, aprendió desde niño armas y equitación (Emmanuel BURY, « Saint-Évremond et l'humanisme: une culture dans le siècle », in Suzanne GUELLOUZ (sous la direction de), *Entre baroque et lumières: Saint-Évremond*, *op. cit.*, pp. 25-39).

oficial («lejos Mercurio, lejos Apolo!», exclama Saint-Amant¹⁴⁰), para entonar sus «composiciones báquicas»¹⁴¹.

Aquel noble dedicado a las armas que durante mucho tiempo sólo se dejaba ver por los círculos *mondains* durante las pausas entre una campaña militar y otra¹⁴², cuya fama de *gourmet* y buen bebedor invita a pensar que tal vez ideó su *opera prima* como Saint-Amant y compañía, en una animada reunión en un cabaret de París¹⁴³, sentía una profunda desconfianza hacia aquellos autores de profesión amparados por la Académie française.

Conviene recordar, no obstante, que la institución de la que huyen los poetas amantes del vino no deja de tener antecedentes, como bien indica Alain Viala¹⁴⁴: las *académies* donde enseñaban a los jóvenes nobles esgrima y equitación (Saint-Évremond se educó en una de ellas); las reuniones de escritores, una tradición que en el territorio galo se remonta a la Edad Media; y las academias extranjeras, italianas ante todo, destinadas a enaltecer al rey. En Francia la Académie de musique et de poésie creada en 1570 a iniciativa del poeta Jean-Antoine de Baïf —que contó con la inestimable colaboración del compositor, cantante e intérprete de laúd y lira Joachim Thibault de Courville— perseguía un

¹⁴⁰ « Loin Mercure, loin Apollon ! » (SAINT-ÉVREMOND, *La comédie des académistes*, IV, 2, v. 607).

¹⁴¹ En *Les académiciens*, Faret y Saint-Amant regresan del cabaret en el segundo acto y tras recitar algunos versos báquicos, son expulsados de la asamblea por el canceller (SAINT-ÉVREMOND, *Les académiciens*, II, 2).

¹⁴² Esto ayuda a comprender la dura crítica al marqués de Bréval, el pusilánime «marquis sans épée» («marqués sin espada»), como lo llama Tristan (SAINT-ÉVREMOND, *La comédie des académistes*, I, 1, v. 61), que en la tercera escena del segundo acto se debate entre ir a la guerra o quedarse en la Academia y opta por esta última opción.

¹⁴³ Paolo Carile se hace eco de la hipótesis apuntada por René Ternois (Paolo CARILE, *op. cit.*, p. 68).

¹⁴⁴ Alain VIALA, *Naissance de l'écrivain...*, *op. cit.*, p. 15.

propósito similar, y pretendía asimismo orientar la actividad artística de la elite de la sociedad de la época a partir de la convicción de que la poesía y la música debían estar íntimamente ligadas, compuestas ambas siguiendo los metros grecolatinos con el fin de recrear el *ethos* antiguo¹⁴⁵ capaz de reconducir la complicada situación de un país sacudido por las guerras civiles religiosas. La empresa de Baïf, amigo de Ronsard y miembro de la Pléiade, no tuvo demasiada fortuna, pues desde el principio el Parlamento y el arzobispo de París se posicionaron contra la nueva institución, que cuando aguardaba el minucioso examen de la Universidad de París respiró aliviada al ver cómo Carlos IX salía en su defensa. Cuando el rey falleció, en 1574, la academia comenzó su declive, del que se sobrepuso bajo el mandato de Enrique III al refundarse como Académie du Palais, la cual, presidida por el magistrado Guy du Faur de Pibrac, cambió su antiguo lugar de reuniones, la casa de Baïf, por el museo del Louvre. En 1585 celebró su última asamblea.

Con todo, el movimiento académico, tal y como se desarrolla a partir del siglo XVII, no tiene precedentes. Según Viala, el establecimiento promovido por el cardenal Richelieu «constituye la primera estructura específica de la vida literaria; su creación oficial vale como símbolo de un cambio de la situación

¹⁴⁵ La cultura de la antigua Grecia atribuía cualidades morales a la música, que tenía una influencia decisiva en el carácter del individuo y de la *polis*. Junto con la gimnasia, constituía uno de los pilares fundamentales de la educación tanto para Platón como para Aristóteles. (Véase Donald Jay GROUT y Claude V. PALISCA, *Historia de la música occidental* [1960], Madrid, Alianza, 2001, vol. I, versión española de Leo Mamés, revisión y ampliación de Blanca García Morales de acuerdo con la 5ª edición [1996], pp. 23-25; Enrico FUBINI, *La estética musical desde la Antigüedad hasta el siglo XX* [1976], Madrid, Alianza, 1994, versión española de Carlos Guillermo Pérez de Aranda, pp. 31-73.)

cultural en Francia»¹⁴⁶. La transformación a la que hace referencia el profesor de la Universidad de Oxford, que Saint-Évremond no digiere demasiado bien, es sin duda un asunto de gran envergadura: como anticipábamos más arriba, la Académie française impulsa una nueva figura cuya ascendencia sobre la sociedad francesa no hará sino aumentar con el paso de los años. El escritor entendido como tipo socioprofesional comienza a andar sus primeros pasos. Aún estamos lejos de la coyuntura histórica que alumbrará la nueva *institución literaria*, como la denomina Jacques Dubois, quien al igual que Jean-Paul Sartre y Roland Barthes, señala que fue hacia mediados del siglo XIX cuando la literatura se constituyó como una actividad autónoma al tomar distancia con respecto a las esferas política y religiosa y hallar su legitimidad en su propia dinámica interna¹⁴⁷, en las relaciones objetivas entre los diferentes agentes del *campo* literario, por emplear los términos de Pierre Bourdieu¹⁴⁸. Sin embargo, para que la burguesía decimonónica pudiera ser testigo del «desarrollo de una verdadera industria

¹⁴⁶ « L'Académie constitue bien la première structure spécifique de la vie littéraire ; sa création officielle vaut comme symbole d'un changement de la situation culturelle en France » (Alain VIALA, *Naissance de l'écrivain...*, *op. cit.*, p. 15).

¹⁴⁷ Jacques DUBOIS, *L'institution de la littérature. Introduction à une sociologie*, Paris/Bruxelles, Nathan/Labor, 1978; Jean-Paul SARTRE, *Qu'est-ce que la littérature ?*, Paris, Gallimard, 1948 (traducción española: *¿Qué es la literatura?*, Oviedo, Losada, 1950, trad. de Aurora Bernárdez); Roland BARTHES, *Le degré zéro de l'écriture*, Paris, Éditions du Seuil, 1953 (traducción española – de la edición francesa de 1972–: *El grado cero de la escritura ; seguido de Nuevos ensayos críticos*, Madrid, Siglo XXI, 2005, trad. de Nicolás Rosa). Véase también Paul BÉNICHOU, *Le sacré de l'écrivain*, Paris, Corti, 1973. Según Bénichou, no es necesario esperar hasta 1850, sino que veinte años antes el escritor ya es un personaje social consagrado.

¹⁴⁸ Véase Pierre BOURDIEU, « Champ intellectuel et projet créateur », *Les temps modernes*, 246, 1966, pp. 866-875 ; « Le marché des biens symboliques », *L'Année sociologique*, 22, 1971, pp. 49-126 ; *Les Règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*, Paris, Seuil, 1992.

cultural»¹⁴⁹ fue necesario que el siglo XVII sentara las bases sociales y mentales del nuevo estatuto del escritor.

La literatura comienza entonces a aparecer como una praxis social específica de la mano de lo que Viala denomina las *instituciones de la vida literaria*, las academias, el mecenazgo estatal, los balbucientes derechos de autor¹⁵⁰. Las primeras, como apunta Daniel Roche, vivirán su época dorada un siglo más tarde, cuando el modelo parisino se extienda a la práctica totalidad del reino¹⁵¹; aunque no es necesario esperar tanto tiempo para asistir a una primera ola de creaciones de academias provinciales, meridionales en su mayoría, en los años ochenta del siglo XVII¹⁵². De las academias los escritores obtienen no pocos beneficios: para empezar, al igual que los salones de la época, son espacios de sociabilidad que evitan el aislamiento de quienes ocupan buena parte de su tiempo en la soledad de su estudio; además de compartir información sobre la actualidad (estas conversaciones tienen un valor añadido si tenemos en cuenta que cuando se fundaron las primeras academias francesas la prensa apenas había echado a andar), los literatos que ocupan los sillones de los nuevos establecimientos se apoyan los unos a los otros. Focos de rivalidades y controversias subidas de tono –que como pone de manifiesto la comedia de

¹⁴⁹ Pierre BOURDIEU, « Le marché des biens symboliques », *op. cit.*, p. 52.

¹⁵⁰ Alain Viala distingue entre las *instituciones de la vida literaria*, los contextos sociales de la praxis del escritor, y las *instituciones literarias*, las codificaciones de formas y géneros. Ambos tipos de figuras se formaron según él en la época clásica (Alain VIALA, *Naissance de l'écrivain*, *op. cit.*, pp. 9-10).

¹⁵¹ En 1760, casi todas las provincias francesas cuentan con una academia (Daniel ROCHE, *Le siècle des lumières en province. Académies et académiciens provinciaux, 1680-1789*, Paris, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1978, vol. I, p. 32).

¹⁵² *Ibid.*, p. 10.

Saint-Évremond acaban aflorando, lo cual contraviene una de las reglas de oro del manual de buenas prácticas de la institución¹⁵³-, las academias son también escenarios donde se constituyen alianzas, se cruzan elogios, se intercambian consejos de diversa índole. Ser admitido en una de estas sociedades significa para el literato el reconocimiento de sus pares, mientras que la oficialización del movimiento académico contribuye de manera decisiva a la legitimación social del escritor.

Las academias proporcionan así un fuerte impulso a la literatura, que es con diferencia el dominio cultural hegemónico en las nuevas sociedades letradas, pues de un total de setenta y una fundaciones en el siglo XVII nada menos que cincuenta y seis quedaron constituidas como asociaciones literarias, diez de las cuales fueron oficializadas¹⁵⁴. Además, si bien el movimiento académico clásico se separa de la práctica de la enseñanza –uno de los pilares que sustentaban el proyecto de Baïf-, el alcance de estas asambleas de especialistas no deja de trascender los escenarios donde tienen lugar dichas reuniones, pues las sociedades publican una parte de sus trabajos.

¹⁵³ El artículo XI de los Estatutos de la Académie française establece que sobre todos los asuntos que no tienen que ver con la admisión o destitución de un académico, se opinará « sans interruption ni jalousie, sans reprendre avec chaleur ou mépris les avis de personne » [«sin interrupción ni celos, sin reprender acaloradamente o con desprecio el parecer de nadie»] (ACADÉMIE FRANÇAISE, *Statuts et Règlements* (22 février 1635), *op. cit.*, art. IX). Asimismo, el artículo XXXIV estipula que « les remarques des fautes d'un ouvrage se feront avec modestie et civilité, et la correction en sera soufferte de la même sorte » [«las observaciones sobre los errores de una obra se harán con modestia y civilidad, y la corrección se ofrecerá del mismo modo»] (*ibid.*, art. XXXIV).

¹⁵⁴ Alain VIALA, *Naissance de l'écrivain*, *op. cit.*, p. 29. Las restantes quince academias se reparten del siguiente modo: nueve para el conjunto del ámbito científico, cuatro sociedades de pintura, una de música y otra de arquitectura.

Los miembros de éstas entran en contacto con el público *mondain* a través de los salones, que al igual que las academias alcanzarán su apogeo un siglo más tarde. El más importante de ellos es sin duda el regentado por Catherine de Vivonne, marquesa de Rambouillet, que tuvo mucho que ver en el desarrollo del preciosismo femenino. Criticado por Saint-Évremond en «Le cercle», su poema satírico que data de 1656¹⁵⁵, tres años antes de que Molière estrenara en el Théâtre du Petit Bourbon su comedia *Les précieuses ridicules*¹⁵⁶, este movimiento cultural preciosista estaba encaminado a la consagración de una suerte de aristocracia del espíritu cuyos principales rasgos distintivos eran la pureza del lenguaje y el refinamiento de los modales, y defendía asimismo una concepción idealizada del amor (reprobada también por Saint-Évremond, para quien dicha doctrina acusa un exceso de intelectualismo¹⁵⁷) que desconfiaba del

¹⁵⁵ « Le corps de Précieuses –apostilla Saint-Évremond tras su poema- n'est autre chose que l'union d'un petit nombre de personnes, où quelques-unes, véritablement délicates, ont jetté les autres dans une affectation de délicatesse ridicule. » [«El cuerpo de Preciosas no es más que la unión de un pequeño número de personas, donde algunas, verdaderamente delicadas, han dejado a las otras en una afectación de delicadeza ridícula.»] (SAINT-ÉVREMOND, « Le cercle. À Monsieur*** » [1656], in *Oeuvres de M. de Saint-Évremond, avec la vie de l'auteur par M. Des Maizeaux*, nouvelle édition, 1753, vol. II, p. 86.) Como vemos, aquí Saint-Évremond no condena el movimiento preciosista en su totalidad, pues algunas de sus representantes no le parecían en absoluto ridículas.

¹⁵⁶ MOLIÈRE, *Les précieuses ridicules, comédie*, Paris, G. de Luynes, 1660.

¹⁵⁷ « On dit un jour à la Reine de Suède, que *les Précieuses étoient les Jansénistes de l'Amour*; et la définition ne lui déplut pas. L'Amour est encore un Dieu pour les Précieuses –afirma Saint-Évremond-. Il n'excite pas de passion en leur ames; il y forme une espèce de religion [...] Ces fausses délicates ont ôté à l'Amour ce qu'il a de plus naturel, pensant lui donner quelque chose de plus précieux. Elles ont tiré une passion toute sensible du cœur à l'esprit, et converti des mouvemens en idées. Cet épurement si grand, a eu son principe d'un dégoût honnête de la sensualité; mais elles ne se sont pas moins éloignées de la véritable nature de l'Amour, que les plus voluptueuses; car l'Amour est aussi peu de la spéculation de l'entendement, que de la brutalité de l'appétit. » [«Le dijeron un día a la Reina de Suecia que las Preciosas eran las jansenistas del amor; y la definición no le desagradó. El amor sigue siendo un Dios para las Preciosas. No excita pasión en sus almas, forma una especie de religión [...] Estas falsas delicadas le han quitado al Amor lo que tiene de más natural pensando que así le proporcionaban algo más precioso. Han transferido una pasión sensible del corazón a la

matrimonio¹⁵⁸, donde la mujer suele convertirse en la sierva de su marido, como se pone de manifiesto en *Artamène ou le Grand Cyrus*, la voluminosa novela (de diez tomos) de Madeleine de Scudéry, una de las representantes más destacadas del preciosismo, quien por cierto nunca se casó¹⁵⁹.

La autora que en 1671 recibió el primer Premio de Elocuencia de la Académie française –que junto con el Premio de Poesía, convocado también por vez primera ese mismo año y que recayó en Bernard de La Monnoye, publicitaba la institución y dignificaba la actividad literaria- escribió tras *Le Grand Cyrus* un relato no menos extenso (otros diez tomos que vieron la luz entre 1654 y 1660) titulado *Clélie, histoire romaine*, en cuya primera parte aparece la «Carte de Tendre», el mapa alegórico que representa las diferentes etapas de la vida amorosa, que como cabía esperar excluye el enlace nupcial, tal como ésta es imaginada por el preciosismo **[ilustración 10, p. 186]**. Además, a través de ambas obras Mlle de Scudéry puso de moda el retrato de quienes se dejaban ver

mente, y convertido los afectos en ideas. Esta depuración tan grande tiene su origen en una honesta repugnancia hacia la sensualidad; pero ellas no están menos alejadas de la naturaleza del Amor que las más voluptuosas; puesto que el Amor tiene que ver tan poco con la especulación del entendimiento como con la brutalidad del apetito.»] (SAINT-ÉVREMOND, «Le cercle», *op. cit.*, pp. 86-87.)

¹⁵⁸ No todas las preciosas, matiza Benedetta Craveri, se mostraban reticentes al matrimonio (Benedetta CRAVERI, *La cultura de la conversación* [2001], Madrid, Siruela, 2004, trad. de César Palma, p. 204).

¹⁵⁹ Madeleine de SCUDÉRY, *Artamène ou le Grand Cyrus*, Paris, A. Courbé, 1650-1653, 10 vol. Al respecto, Molière opina todo lo contrario: «Je te dis que le mariage est une chose sainte et sacrée» [«te digo que el matrimonio es una cosa santa y sagrada»], responde Gorgibus a su hija Magdelon, quien probablemente encarna a la propia Mlle de Scudéry, en *Les précieuses ridicules* (MOLIÈRE, *Les précieuses ridicules*, *op. cit.*, escena IV, p. 17). Saint-Évremond es más irónico: «Si vous voulez savoir en quoi les Précieuses font consister leur plus grand mérite, je vous dirai que c'est à aimer tendrement leur amans sans jouissance, et à jouir solidement leurs maris avec aversion.» [«Si quieren saber cuál es el mayor mérito de las Preciosas, les diré que éste consiste en amar tiernamente a sus amantes sin placer, y correrse sólidamente con sus maridos con aversión.»] (SAINT-ÉVREMOND, «Le cercle», *op. cit.*, p. 87.)

con asiduidad por los salones, que poco después Mlle de Montpensier convirtió en un ligero entretenimiento *mondain*¹⁶⁰.

Abierta desde principios de siglo, la *chambre bleue* del Hôtel de Rambouillet —cuya anfitriona aparecía retratada, junto con otras celebridades, en *Le Grand Cyrus*— fue frecuentada por numerosas personalidades del mundo literario, entre otros Malherbe, Conrart, Chapelain o Voiture, y tal vez el propio Saint-Évremond¹⁶¹. Las reglas de juego en los escenarios de la *bonne société* no son las que gobiernan los círculos académicos, orientados estos últimos hacia el trabajo intelectual, hacia la reflexión y la discusión erudita, sino los códigos que rige el placer, la conversación más o menos liviana o el divertimento *mondain*, provisto todo ello del adecuado aderezo literario. Pero unos y otros urden la trama, que sin duda aún no está concluida, que perfila la figura del nuevo escritor.

Conviene no obstante matizar las conclusiones. No podemos dejar de llamar la atención sobre las peligrosas derivas de las academias, en primer lugar la gerontocracia, ya que estas sociedades conforme pasan los años y ante todo al oficializarse alcanzan mayor relieve y tienden a renovarse cada vez menos, y cuando lo hacen prefieren en muchas ocasiones reclutar a miembros más o menos mediocres, antes de arriesgarse con individuos más brillantes pero de espíritu más independiente que pudieran hacer peligrar el frágil equilibrio de una institución que tiende así al conservadurismo, al conformismo político y

¹⁶⁰ Véase Anne-Marie-Louise-Henriette d'Orléans, duchesse de MONTPENSIER (éd.), *Divers portraits*, Caen, 1659. Véase también Benedetta CRAVERI, *op. cit.*, pp. 194-212.

¹⁶¹ Paolo Carile sostiene que, a pesar de la ausencia de testimonios, no parece justificado excluir la presencia ocasional de Saint-Évremond en la *chambre bleue* de Mme de Rambouillet (Paolo CARILE, *op. cit.*, nota 19, pp. 21-22).

religioso¹⁶². En definitiva, ciertas derivas de las academias invitan a pensar en éstas, como sugiere Viala, a partir de la complicada tensión en la que no deja de moverse el primer campo literario: éste cuenta con una instancia específica que, como decíamos, facilita la identificación social del escritor; pero el creciente peso de las personalidades, nobles y prelados, en las asambleas letradas, aunque aumenta el prestigio público de los literatos –cuyo contacto con las dignidades puede asimismo resultarles beneficioso con vistas a obtener determinados empleos o gratificaciones–, sin lugar a dudas desvirtúa la finalidad de la institución, concebida como una reunión de especialistas, y menoscaba la autonomía conquistada.

La tensión entre autonomía y heteronomía se manifiesta asimismo en las otras dos *instituciones de la vida literaria* señaladas por Alain Viala, el mecenazgo y los derechos de autor. Por lo que respecta al primero, el autor de *Naissance de l'écrivain* parte de una distinción que conviene recordar: a diferencia del clientelismo, regido por la lógica del servicio, que responde a un principio piramidal, jerárquico, el mecenazgo sigue la lógica del reconocimiento mutuo. Aquí, el carácter utilitario del intercambio –que en el clientelismo toma la forma concreta del empleo encomendado por el gran señor al artista– permanece en gran medida oculto, pues ninguna de las partes actúa con respecto a la otra a partir de una obligación estipulada previamente: el escritor ha sido inspirado por

¹⁶² Alain VIALA, *Naissance de l'écrivain*, *op. cit.*, pp. 46-49. Véase también Alain VIALA, « Naissance de l'écrivain. Aux origines des institutions et de l'enseignement de la littérature française », *op. cit.*, pp. 670-671.

el *grand* al que consagra el elogio o dedica una determinada obra, la cual merece la gratificación del mecenas en virtud de su calidad estética¹⁶³.

Ambas lógicas conviven en la época, de hecho lo ideal para el escritor es sumar los beneficios que reportan los dos tipos de relación con los próceres. Pero la novedad fundamental del siglo XVII reside sin duda en la maduración del mecenazgo real, que corre paralela al declive de los mecenas privados, pertenecientes en su mayoría a la alta aristocracia, muchos de los cuales desaparecieron tras la Fronda. Antes del intenso conflicto que sacudió Francia entre 1648 y 1653, Richelieu, insigne impulsor de la Académie française, comenzó a sentar las bases para el desarrollo del mecenazgo de Estado en la época clásica. Éste se resintió después del fallecimiento del primer ministro de Luis XIII, pero se recompuso apenas unos años más tarde. En 1655, por encargo de Mazarino, Pierre Costar y Gilles Ménage establecieron una lista de hombres de letras merecedores de gratificaciones. En 1661, la muerte de Mazarino y la caída en desgracia de Nicolas Fouquet supusieron el ascenso de Jean-Baptiste Colbert a la cabeza de la administración de Finanzas. Con él, la ascendencia real sobre las letras, las artes y las ciencias aumentó de forma considerable; en 1663 se fundó la Petite Académie –la futura Académie des Inscriptions et Belles Lettres-, en 1666 la Académie des Sciences y en 1671 la Académie royale d'Architecture. Además, en 1664 Colbert confió a Jean Chapelain una nueva relación de *les gens de lettres* que a su juicio eran acreedores de subsidios estatales, una lista que se renovaba cada año, en la que se indicaba,

¹⁶³ Alain VIALA, *Naissance de l'écrivain*, *op. cit.*, pp. 51-55.

al lado de cada nombre la recompensa que se le asignaba y las razones de la misma. El mecenazgo monárquico, concluye Viala, «se convirtió en una institución escrita y controlada, nacional y oficial»¹⁶⁴. Tras un modelo que en sus inicios, con el cardenal Richelieu al frente de las operaciones, era más ministerial que estatal, parece que la Corona había aprendido la lección que prefiguraba el legado de Francisco I, el príncipe francés del Renacimiento, que pasó a la historia como uno de los más importantes promotores de las artes y las ciencias: si el escritor queda consagrado al formar parte del selecto grupo de hombres de letras dignificados por la monarquía, ésta no sale menos legitimada al colocar bajo su égida a las grandes personalidades del campo literario. A través de la literatura, afirman Jean-Marie Goulemot y Daniel Oster, «el poder secuestra laicizándola una de las funciones de la Iglesia. Sacralizando, ritualizando la literatura, se da el dominio del tiempo, el acceso mediatizado a lo invisible: aquí la belleza»¹⁶⁵.

Sin embargo, como anticipábamos más arriba, al igual que sucede con las academias, para los escritores la práctica del mecenazgo real no sólo arroja beneficios. En primer lugar, porque al sistematizarse la institución monárquica se volvió más selectiva y exigente. Las gratificaciones nunca mejoraron demasiado la situación económica de los hombres de letras, y mucho menos después de 1673, cuando la guerra de Holanda mermó de manera considerable

¹⁶⁴ « Il était devenu une institution écrite et contrôlée, nationale et officielle » (*ibid.*, p. 81).

¹⁶⁵ « Le pouvoir détourne en laïcisant une des fonctions de l'Église. En sacralisant, en ritualisant la littérature, il se donne la maîtrise du temps, l'accès médiatisé à l'invisible : ici la beauté » (Jean-Marie GOULEMOT et Daniel OSTER, *Gens de lettres, écrivains et bohèmes. L'imaginaire littéraire, 1630-1900*, Paris, Minerve, 1992, p. 35).

el presupuesto que el Estado destinaba a tales subsidios. La más importante instancia de legitimación de la actividad literaria fue por tanto incapaz de asegurar el estatuto material de los autores, que, testigos de la desaparición de los mecenas privados más adinerados, dependían en buena medida de las retribuciones de la Corona, la cual no dejó de poner obstáculos frente a otras formas de afirmación social del escritor, como veremos a continuación a propósito de los derechos de autor.

Esta problemática manifiesta según Alain Viala un profundo desajuste entre el *ius* y la *lex*, entre el derecho subjetivo que se establece a partir de las prácticas de la época y la legislación positiva¹⁶⁶. Para empezar, afirma Viala, conviene distinguir diferentes categorías de «derechos de los autores» (el plural, sostiene el sociólogo francés de la literatura, es más respetuoso con la multiplicidad de experiencias observables): los derechos morales, que se asentaron antes en la sociedad del Antiguo Régimen, y el derecho útil, la propiedad literaria. Entre los primeros cabe discernir asimismo cuatro tipos: el derecho a la paternidad (no es lícito apropiarse de un texto producido por otra persona), el derecho al respeto (toda cita ha de ser fiel), el derecho al arrepentimiento (el autor puede alterar o suprimir su escrito) y el derecho de divulgación (corresponde al autor decidir si publica o no su obra).

El derecho al respeto quedó registrado desde el punto de vista legal a raíz de la jurisprudencia sentada por el caso Leschaisser, el abogado del Parlamento

¹⁶⁶ Alain VIALA, *Naissance de l'écrivain*, *op. cit.*, p. 86.

de París que obtuvo en 1606 una sentencia favorable de parte del consejo del rey, que emitió una condena contra un falsario de texto, en este caso el obispo de Senlis. No tuvo tanta fortuna el derecho de paternidad, a pesar de la vehemente lucha de los autores contra los plagiarios, cuya actitud no era extraña en el seno de una práctica literaria que establecía unas fronteras un tanto difusas entre imitación, reescritura y plagio. Este último merecía una firme reprobación pública, su rechazo había penetrado profundamente las mentalidades de una época en la que la acusación de plagio era uno de los argumentos más utilizados en las polémicas literarias; pero ni la ley escrita ni la jurisprudencia protegían a los autores contra quienes se apropiaban de sus obras. El derecho de paternidad, por tanto, ejemplifica la tensión, el desfase entre el *ius* y la *lex* apuntado por Viala.

Este desajuste se aprecia también en lo relativo a la propiedad literaria, cuya referencia durante todo el Antiguo Régimen fue la práctica del privilegio de librería que garantizaba al impresor un monopolio comercial sobre un determinado título. Pero junto con el privilegio de edición que el poder otorgaba al librero —obligado por ley a cursar dicha solicitud— para que éste pudiera rentabilizar su inversión a salvo de la competencia, en el siglo XVII, sostiene Viala, observamos a menudo una práctica distinta, el privilegio demandado por el autor y concedido al mismo, quien podía a su vez transferirlo al impresor que fuera de su agrado¹⁶⁷. Si bien la ley no sancionaba la propiedad del autor sobre

¹⁶⁷ Según Viala, ya hay noticias del privilegio de autor en el siglo XVI, pero entonces dicha práctica era bastante rara (*ibíd.*, p. 95).

su obra, la práctica del privilegio de autor se extendía, e incluso era contemplada en determinados estatutos, como las *lettres patentes* de 1617 o los reglamentos de 1618 y 1629. Pero el Estado frenó este impulso con medidas como la abolición en 1659 de los «privilegios generales», que ofrecían a los escritores la posibilidad de escapar a la censura previa de todas y cada una de sus obras y reforzaban asimismo su posición en las negociaciones con los editores. La monarquía, por tanto, se posiciona del lado de los libreros-impresores y contra los autores, que no dejan de estar presos en ese doble movimiento, en la tensión dialéctica que caracteriza el primer campo literario: el dirigismo estatal sobre las academias y las derivas de éstas, la creciente dependencia de los escritores con respecto a las selectivas gratificaciones del mecenazgo real y la obstrucción del desarrollo de la propiedad literaria contrapesan sin duda los nuevos signos de legitimación del escritor, que ve así cómo su emergencia, la afirmación social de su nuevo estatuto supone a fin de cuentas, concluye Viala, una «consagración confiscada»¹⁶⁸.

La emergencia del escritor

Además, la censura se refuerza y pasa a ser un dominio exclusivo del Estado, que monopoliza de este modo un poder que durante los primeros decenios del siglo XVII aún compartía con la Iglesia y los parlamentos. La censura se convierte en un sistema administrativo, que presta especial atención a

¹⁶⁸ *Ibíd.*, pp. 293-299.

la literatura panfletaria, la cual como afirma Roger Chartier cobró en el siglo XVII una importancia inédita¹⁶⁹. Richelieu sin duda era consciente del peligro que entrañaban aquellos escritos irreverentes en pequeño formato, que tras marcar un primer máximo histórico en las décadas de 1610 y 1620 (la segunda gran oleada tendrá lugar durante el conflicto de la Fronda¹⁷⁰) se redujeron de manera considerable bajo el ministerio del cardenal, quien además de reclutar a los mejores libelistas para ponerlos al servicio de la propaganda real impulsó «un nuevo instrumento de *façonnement* de la opinión»¹⁷¹, la *Gazette* de Théophraste Renaudot.

El primer gran periódico francés no deja de tener antecedentes: los *occasionnels* políticos e históricos, de los que tenemos noticias desde finales del siglo XV, que como su propio nombre indica eran publicaciones episódicas, que contenían entre cuatro y dieciséis páginas en octavo; el *Mercure françois*, editado por los Richer, Jean y Estienne a partir de 1611, a razón de un número al año, que formó parte del aparato ideológico de Richelieu, quien colocó a Renaudot al mando en 1638; y los *corantos* impresos en Holanda, publicaciones de dos páginas que desde 1618 aparecieron con una periodicidad semanal, de las que cabe destacar el *Courante uyt Italien, Duytslandt, etc.* editado por Caspar Van Hilten, que a partir de 1620 añadió a la versión holandesa una traducción francesa de la

¹⁶⁹ Roger CHARTIER, « Pamphlets et gazettes », in Roger CHARTIER et Henri-Jean MARTIN (sous la direction de), *Histoire de l'édition française*, vol. I. *Le livre conquérant. Du Moyen Âge au milieu du XVIIe siècle* [1982], Paris, Fayard/Promodis, 1989, p. 501.

¹⁷⁰ Véase, a este respecto, Christian JOUHAUD, *Mazarinades : la Fronde des mots*, Paris, Aubier, 1985.

¹⁷¹ « Un nouvel instrument de façonnement de l'opinion » (Roger CHARTIER, « Pamphlets et gazettes », *op. cit.*, p. 503).

misma, que veía la luz el día siguiente, el *Courante d'Italie et d'Almaigne*, que se convirtió así en el primer periódico en lengua francesa.

Estos papeles periódicos no desaparecieron tras la emergencia de la *Gazette* de Renaudot, que vio la luz el 30 de mayo de 1631, el mismo año que comenzaron su andadura otros dos periódicos franceses, las *Nouvelles Ordinaires de divers endroits*, publicado por los libreros Jean Martin y Louis Vendosme a partir del 16 de enero, y el *Courrier Universel*, editado en Ruán por Claude le Villain desde el mes de octubre, que reproducía las noticias provenientes de los periódicos parisinos junto con algunos sucesos extraídos de los *corantos* extranjeros.

El semanario de Renaudot, que en pocos años aumentó de forma significativa su volumen y tirada, gozó de una inmensa fortuna, gracias en buena medida a la protección gubernamental, con la que consiguió, entre otras cosas, deshacerse de su competidor editado por Martin y Vendosme, que fue absorbido por la *Gazette* desde noviembre de 1631, y ganar la batalla que sobre la distribución de la misma mantuvo con los vendedores ambulantes.

Pero además del indiscutible alcance que posee para la historia de la prensa el primer gran periódico francés —el mismo que el seis de enero de 1757 referirá con todo lujo de detalles el intento de asesinato de Luis XV perpetrado por Damiens—, no podemos dejar de mencionar la gran importancia del movimiento iniciado por la *Gazette* para el propósito que nos ocupa en este último apartado del capítulo. El desarrollo de la prensa ofrece a los escritores, cuya inmensa

mayoría no puede vivir de los beneficios que obtiene de la venta de sus libros, la posibilidad de una fuente de ingresos nada despreciable. A finales de siglo, afirma Henri-Jean Martin, «hombres como Renaudot o Donneau de Visé ya habían mostrado que el mejor medio de conseguir dinero de su pluma consistía en hacerse periodista. Disponiendo de abonos de sus lectores, asegurándose una clientela fija, los directores de la *Gazette*, del *Mercure galant*, o incluso del *Journal des savants* podían dejar de depender de los librereros»¹⁷².

Los nuevos periódicos no sólo están en disposición de mejorar la situación material de los escritores que ocupan en ellos cargos de relevancia o prestan colaboraciones, sino que aumentan asimismo el renombre, la pujanza de éstos en la sociedad. La prensa, que desde sus comienzos, subraya Viala, fue asunto de escritores, consolidó la hegemonía de los *littérateurs*, ante todo de los *nouveaux doctes*, que se hicieron con el control de los periódicos destinados a los *honnêtes hommes* –como el *Mercure galant* mencionado más arriba, dirigido por Donneau de Visé, que vio la luz en 1672- y extendieron sus redes hasta alcanzar al *Journal des sçavans*, el importante semanario literario y científico (su periodicidad fue un tanto irregular hasta que en 1723 pasó a ser una publicación mensual) fundado en 1665 por Dennis de Sallo, que contó con la colaboración de Chapelain y Gomberville para los asuntos filológicos¹⁷³.

¹⁷² «Des hommes comme Renaudot ou Donneau de la Visé, avaient déjà montré que le meilleur moyen de tirer argent de sa plume consistait à se faire journaliste. Disposant des abonnements de leurs lecteurs, sûrs d'une clientèle fixe, les directeurs de la *Gazette*, du *Mercure galant*, ou même du *Journal des savants* pouvaient cesser de dépendre des libraires.» (Henri-Jean MARTIN, *Livre, pouvoirs et société à Paris au XVIIe siècle (1598-1701)* [1969], Paris, Droz, 1984, vol. II, p. 920.)

¹⁷³ Véase Alain VIALA, *Naissance de l'écrivain...*, *op. cit.*, pp. 131-132.

Las hasta entonces inéditas publicaciones periódicas y una producción literaria amplificada complacían al nuevo público, que pudo disfrutar asimismo de las conferencias impartidas en la «Académie» de Théophraste Renaudot, en la Grande Salle del Bureau d'Adresse instituido por éste en 1630, donde cada lunes, desde el mes de mayo de 1633 hasta el primero de septiembre de 1642, salían a la palestra todo tipo de materias, de medicina (muchos de los problemas tratados pertenecen a esta disciplina), astronomía, filosofía o cuestiones de género que a buen seguro eran del agrado de las numerosas mujeres asiduas a las sesiones¹⁷⁴.

Los *littérateurs*, decíamos, refuerzan su supremacía con la inestimable ayuda de la prensa, ahora ante el público emergente —el cual aumenta de manera considerable con el paso de los años, y ante todo el siglo XVIII—, que pasa a ser una importante instancia de consagración. Cada vez más, el escritor se emancipa del modelo humanista, del *savant* que soporta el peyorativo título de *Jean-de-Lettres*, el pedante ridículo objeto de abundantes sátiras. Si la *Mémoire de gens de lettres* que Costar y Ménage prepararon para Mazarino en 1655 colocaba en primer lugar a «aquéllos que escriben bien en francés», pero mencionaba casi el mismo número de *littérateurs* que de *savants* (62 en el primer caso y 60 en el segundo), en la *Liste* redactada por Chapelain para Colbert en 1662 ya no figuran *savants* entre los que merecen las gratificaciones del mecenazgo real¹⁷⁵.

¹⁷⁴ Véase Gustave REYNIER, *La Femme au XVIIe siècle, ses ennemis et ses défenseurs*, Paris, J. Tallandier, 1929, pp. 142-149. Véase también Kathleen WELLMAN, *Making Science Social: The Conferences of Théophraste Renaudot, 1633-1642*, University of Oklahoma Press, 2003.

¹⁷⁵ Véase Alain VIALA, *Naissance de l'écrivain...*, *op. cit.*, pp. 252-256 y tableau 3, p. 248.

El término *écrivain* –que según Chartier a partir del siglo XIV comenzó a tomar su sentido moderno, que ya no sólo alude al *scriba* o copista, sino al compositor de los textos¹⁷⁶- designa ahora de manera específica al creador de obras con claras pretensiones estéticas. *Écrivain* señala pues al autor de *littérature*, entendida esta última palabra también en su sentido moderno, que según Viala no nace con Voltaire –cuyo *Dictionnaire philosophique* considera arcaico el empleo del término para referirse a *ouvrages savants*¹⁷⁷-, sino que ya aparece en el *Dictionnaire* de Richelet de 1680, si bien éste no certifica una cumplida transformación, sino que se presenta como un fiel testimonio de un proceso abierto¹⁷⁸, que a juzgar por las palabras de Voltaire, quien reserva el uso de la

¹⁷⁶ Roger CHARTIER, « Figuras del autor », in *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII* [1992], Barcelona, Gedisa, 2000, trad. de Viviana Ackerman, p. 62. Véase también Roger CHARTIER, « La invención del autor », in *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la edad moderna*, Madrid, Cátedra, 2000, p. 103. En ambos textos, Chartier discute el marco histórico en el que según Michel Foucault hay que encuadrar la emergencia de la función-autor (véase Michel FOUCAULT, « ¿Qué es un autor? » [1969], in *Entre filosofía y literatura*, Barcelona, Paidós, 1999, trad. de Miguel Morey, pp. 328-360).

¹⁷⁷ « On appelle la belle littérature -escribe Voltaire- ce qui s'attache aux objets qui ont de la beauté, à la poésie, à l'éloquence, à l'histoire bien écrite. La simple critique, la polymathie, les diverses interprétations des auteurs, les sentiments des anciens philosophes, la chronologie, ne sont point de la belle littérature, parce que ces recherches sont *sans beauté*. » [« Se llama la bella literatura a aquella cuyos objetos poseen *belleza*, a la poesía, la elocuencia, la historia bien escrita. La simple crítica, la polimatía, las diversas interpretaciones de los autores, los sentimientos de los antiguos filósofos, la cronología, no son la bella literatura, ya que sus investigaciones *carecen de belleza* »] (VOLTAIRE, « Littérature », in *Oeuvres complètes de Voltaire*, op. cit., vol. XIX. *Dictionnaire philosophique*, tome III, 1879, p. 592).

¹⁷⁸ Alain VIALA, *Naissance de l'écrivain...*, op. cit., pp. 280-283. En la entrada « Literature » [sic] del *Dictionnaire* de Richelet, leemos: « La science des belles lettres. Honnêtes connoissances, doctrine, érudition. » [« La ciencia de las *belles lettres*. Honestos conocimientos, doctrina, erudición »] (César-Pierre RICHELET, « Literature », in *Dictionnaire françois, contenant les mots et les choses...*, Cambridge (Mass.), Omnisys, [ca. 1990] -reproduction de l'édition de Genève, chez Jean Herman Widerhold, 1680-, p. 472). Las *belles lettres* encabezan por tanto la definición, y además constituyen un término autónomo: « C'est la connoissance des Orateurs, des Poètes et des Historiens » [« es el conocimiento de los Oradores, los Poetas y los Historiadores »] (*ibid.*, p. 461). Por el contrario, para Furetière, que diez años más tarde seguía defendiendo el sentido tradicional de *literatura*, las *belles lettres* no merecen una rúbrica aparte, sino que quedan incluidas dentro de la entrada « Lettres », la cual critica la posición de Richelet: « On appelle les *Lettres humaines*, et abusivement les *belles Lettres*, la connoissance des Poètes et des Orateurs ; au lieu

palabra *littérature* (en concreto, *la belle littérature*) para las obras que tienen por objeto la belleza, en 1764 casi había finalizado por completo.

El término *écrivain* queda investido de un valor muy positivo –que se incrementa cuanto más se desmarca de la vana acumulación de conocimientos que exhibe el pedante *Jean-de-Lettres*- y la literatura afirma su lugar en la sociedad al tiempo que se consagra como uno de los dominios más destacados del campo cultural. El literato no sólo obtiene legitimidad de la prensa y el mercado del libro en expansión (además, claro está, de las ganancias simbólicas que le reportan las academias, los salones y la institución del mecenazgo real), sino que su imagen sale también muy beneficiada de los palmarés de escritores y en general de los trabajos, que se multiplican en el siglo XVII, destinados a enseñar e historiar la literatura francesa: en los textos de retórica, los libros que versan sobre poética o los manuales epistolares los escritores franceses modernos aparecen como modelos, como las autoridades que figuran asimismo en los diccionarios de finales de siglo y que cada vez tienen más peso en la escuela, donde el latín termina de sucumbir ante el empuje del idioma nacional¹⁷⁹.

Los Modernos han empezado a ganarles la batalla a los Antiguos, como si aquellos jóvenes enanos no se contentaran con la privilegiada perspectiva de que disponían encaramados a los hombros de sus gigantes ancestros y hubieran

que les vraies *belles Lettres* sont la Physique, la Geometrie, et les sciences solides » [«se llama *Letras humanas*, y abusivamente *belles Lettres* al conocimiento de los Poetas y de los Oradores; cuando las verdaderas *belles Lettres* son la Física, la Geometría, y las ciencias sólidas»] (Antoine FURETIÈRE, « *Lettres* », in *Dictionnaire universel, contenant généralement tous les mots françois tant vieux que modernes, et les termes de toutes les sciences et des arts...*, Paris, France-expansion, 1972 – reproducción de l'édition de La Haye et Rotterdam, A. et R. Leers, 1690, 3 tomes dans un volume, non paginé-, tome II, [p. 1177]).

¹⁷⁹ Véase Alain VIALA, « Naissance des institutions... », *op. cit.*, pp. 676-681.

decidido dar un salto que los liberara de la tutela de sus antepasados y los posicionara por delante de éstos. Sin duda las formulaciones que en el siglo XVII se postulan a favor de los Modernos son más contundentes que la conocida frase atribuida por John of Salisbury a su maestro Bernard de Chartres, retomada después, entre otros, por Robert Burton o Isaac Newton¹⁸⁰. La propia *Comédie des académistes*, por citar un texto que a estas alturas nos resulta bastante familiar, inicia su último acto con un discurso del canciller Séguier que antes de reprender a los aduladores académicos, les agradece que hayan desvelado «el misterio sagrado de la verdadera elocuencia»¹⁸¹, gracias a lo cual la Diosa ha venido a vivir a París, donde nunca había estado, la capital del reino que detenta el cetro que otrora perteneció a Grecia y Roma¹⁸².

Como apuntábamos más arriba, Voltaire no se expresará de manera muy distinta al comienzo de *El siglo de Luis XIV*, la obra cuyo título recuerda al famoso poema de Charles Perrault de 1687 —«Le siècle de Louis le Grand»¹⁸³—, que recrudeció el debate con su voluminoso *Parallèle des anciens et des modernes*¹⁸⁴. Acaso la ideología del escritor que es objeto de nuestro análisis no podía conducir más que a la victoria de los Modernos, la cual, como señalan Jean-Marie Goulemot y Daniel Oster, no sólo refleja la crisis de la conciencia europea

¹⁸⁰ Véase Robert King MERTON, *On the Shoulders of Giants: a Shandean Postscript*, New York, Free Press, 1965 (traducción española: *A hombros de gigantes*, Barcelona, Península, 1990, trad. de Enrique Murillo).

¹⁸¹ « Le mystère sacré de la vraie éloquence » (SAINT-ÉVREMOND, *La comédie des académistes*, V, 1, v. 632).

¹⁸² *Ibid.*, V, 1, v. 635-642.

¹⁸³ Charles PERRAULT, *Le siècle de Louis le Grand : poème*, Paris, Jean Baptiste Coignard, 1687.

¹⁸⁴ Charles PERRAULT, *Parallèle des anciens et des modernes*, Paris, Jean Baptiste Coignard et sa veuve, 1688-1697, 4 vol.

examinada por Paul Hazard¹⁸⁵, sino que facilita asimismo el paso del hombre de letras al *philosophe* del siglo XVIII¹⁸⁶. Antes de que este último cristalizara, en 1690 el *Dictionnaire* de Furetière ya cantaba el triunfo de la filosofía moderna sobre el pensamiento de la Grecia clásica¹⁸⁷.

No obstante, esto no significa que el escritor ya haya conquistado una legitimidad concluyente, un estatuto social incontestable, como tampoco ha alcanzado su autonomía material. La valoración positiva de la actividad literaria convive con el desprecio que soportan ante todo quienes intentan vivir de su pluma. Esta actitud, que proviene, como señala Viala, del desdén nobiliario hacia todo trabajo remunerado, es sostenida por quienes, como Nicolas Boileau o d'Aubignac, consideran que el escritor ha de quedar circunscrito a la lógica del mecenazgo¹⁸⁸. Un punto de vista que comparten los libreros, preocupados, como cabía esperar, por las nuevas conductas de los escritores, signos de un proceso de transformación que hacia 1685 –fecha del *factum* escrito por los libreros parisinos para explicar por qué sus obras son más caras que las de sus colegas lioneses- es ya irreversible: «En otro tiempo, los autores daban dinero a los libreros para contribuir a los gastos de impresión de sus obras, y este dinero les venía de las pensiones y gratificaciones del Rey y sus ministros, que los

¹⁸⁵ Paul HAZARD, *La crise de la conscience européenne (1680-1715)*, Paris, Boivin, 1935, 2 vol. (traducción española: *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)*, Madrid, Pegaso, 1941, trad. de Julián Marías).

¹⁸⁶ Jean-Marie GOULEMOT et Daniel OSTER, *op. cit.*, p. 45.

¹⁸⁷ Las primeras líneas de la entrada «Philosophie» del *Dictionnaire universel* de Furetière son claras a este respecto: «Étude de la Nature et de la Morale, fondée sur le raisonnement. La *Philosophie* moderne l'a bien emporté sur la Grecque. » [«Estudio de la Naturaleza y de la Moral, fundado en el razonamiento. La *Filosofía* moderna ha superado con creces la Griega»] (Antoine FURETIÈRE, « Philosophie », in *Dictionnaire universel...*, *op. cit.*, tome III, [p. 1577]).

¹⁸⁸ Alain VIALA, *Naissance de l'écrivain...*, *op. cit.*, pp. 104-106.

invitaban mediante estas ayudas a trabajar para el público, y si todos no estaban en disposición de dar dinero, al menos no lo pedían. Hoy lo habitual es lo contrario, y ya sea que deba su origen a la necesidad o a la avaricia de algunos autores, ya sea que algún otro lo haya introducido, estamos acostumbrados de tal modo que el arte de componer se ha convertido por así decir en un oficio para ganarse la vida»¹⁸⁹.

Entre los supuestos capaces de explicar este sorprendente cambio de actitud por parte de los autores, además de aludir a la codicia de algunos de éstos, los libreros hacen referencia a una figura que tuvo una presencia destacada en el imaginario del siglo XVII: la representación del *poète crotté*, que como diría Boileau en su «Satire I» «pasa el Verano sin ropa, y el Invierno sin abrigo»¹⁹⁰, el autor andrajoso, embarrado, famélico, que «se va a buscar su pan de cocina en cocina»¹⁹¹ y no dudaría en vender a su musa a cambio de un humilde plato de comida.

La despectiva imagen del *poète crotté* no deja de tener un fondo de verdad, pues se estima que los escritores sin renombre ocupados en libros baratos o de tirada reducida cobraban entre 50 y 200 libras por obra durante la primera mitad

¹⁸⁹ «Autrefois, les auteurs donnaient d'argent aux libraires pour contribuer aux frais d'impression de leurs ouvrages, et cet argent leur venait des pensions et des gratifications du Roi et de ses ministres qui les engageaient par ces bienfaits à travailler pour le public, et, si tous n'étaient en état de donner d'argent, du moins n'en demandaient-ils pas. Aujourd'hui, l'usage est contraire, et soit qu'il doive son origine au besoin ou à l'avarice de quelques auteurs, soit que quelqu'autre l'y ait introduit, on s'y est tellement accoutumé que l'art de composer est pour ainsi dire devenu un métier pour gagner sa vie. » (*Mémoires sur la contestation qui est entre les libraires de Paris et ceux de Lyon*, citado por Henri-Jean MARTIN, *Le livre à Paris au XVIIe siècle...*, op. cit., vol. II, p. 915.)

¹⁹⁰ «Passe l'Esté sans linge, et l'Hyver sans manteau » (Nicolas BOILEAU, «Satire I», in *Satires du Sieur D****, Paris, Barban, 1666, p. 1, verso 4).

¹⁹¹ «S'en va chercher son pain de cuisine en cuisine » (*ibid.*, p. 6, verso 102).

del siglo y entre 100 y 300 la segunda parte del mismo; unos ingresos que se hallaban muy lejos de las 3000 ó 4000 libras por año que los habrían colocado en una buena posición social¹⁹².

Pero las dificultades económicas no desalentaron a numerosos jóvenes que emprendían o al menos fantaseaban con el viaje al Parnaso, para quienes la complicada carrera literaria constituía un sueño posible. Sin duda muchos de ellos pasaron a formar parte del ingente proletariado intelectual de la época, de los intelectuales frustrados del siglo XVII.

La cuestión fue abordada hace medio siglo por Mark H. Curtis, quien señalaba que entre 1600 y 1640 las universidades inglesas produjeron un número de titulados que superaba con creces la cantidad de puestos laicos y eclesiásticos a los que aspiraban los graduados universitarios¹⁹³. El éxito de estos centros de enseñanza superior «precipitó –afirma Curtis– un insoluble grupo de intelectuales alienados que individual y colectivamente se convirtieron en agitadores en un periodo de creciente descontento con respecto al régimen Estuardo»¹⁹⁴.

A partir del estudio de Castilla, Oxford y Cambridge y las Provincias Unidas, Roger Chartier constata la fuerte expansión universitaria acontecida en el siglo XVII, que registró más matriculados y graduados que el siglo XVI y el siglo XVIII, e incluso superó las cifras de la primera mitad del XIX. Al igual que

¹⁹² Tomo los datos de Alain VIALA, *Naissance de l'écrivain...*, *op. cit.*, pp. 107-113.

¹⁹³ Mark H. CURTIS, «The Alienated Intellectuals of Early Stuart England», *Past and Present*, 23, 1962, pp. 25-43.

¹⁹⁴ «It precipitated an insoluble group of alienated intellectuals who individually and collectively became troublemakers in a period of growing discontent with the Stuart regime» (*ibid.*, p. 28).

sucede según Curtis en las universidades inglesas, también en Castilla y Holanda se aprecia un notable desequilibrio entre el número de titulados superiores y el mercado de empleos codiciados por éstos¹⁹⁵.

En Francia, la situación no debía de ser muy diferente a juzgar por los numerosos textos que a comienzos del siglo XVII advierten contra los peligros del elevado número de universidades y colegios. En diversos momentos, apunta Chartier, esta ideología —que se inquieta ante una coyuntura que zarandea la inmovilidad social defendida por los discursos oficiales del Antiguo Régimen— parece tomar forma en la política escolar. Así, bajo el mandato de Richelieu, Colbert o Louvois regían los mismos principios, los que se hallan en la base de la Memoria de *Raisons et moyens pour la réformation des universités* redactada en 1667 tras una encuesta coordinada por Colbert, en la que se insta a bajar el nivel de las pequeñas escuelas para de este modo aumentar de manera considerable la distancia entre la educación elemental y la enseñanza universitaria. Según la Memoria, estos colegios deberían limitarse a enseñar a leer, escribir y contar, y «se obligaría a aquéllos que son de una extracción baja e inepta para las ciencias a aprender oficios e incluso se excluiría del aprendizaje de la escritura a aquéllos que la Providencia dotó con condiciones para labrar la tierra, quienes no necesitarían aprender a leer a menos que se observara en ellos alguna chispa de

¹⁹⁵ Roger CHARTIER, «Espacio social e imaginario social: los intelectuales frustrados del siglo XVII» [1982], in *El mundo como representación...*, *op. cit.*, pp. 167-170.

luz y de apertura hacia las ciencias para las cuales merecieran ser exceptuados de la ley común»¹⁹⁶.

Los administradores se muestran preocupados asimismo por la gran cantidad de «estudiantes de baja condición y ningún espíritu» que incapacitados para las ciencias y resueltos a no «regresar a sus pueblos para layar la tierra, conforme a su nacimiento, se retiran sin vocación a los claustros, por interés y vanidad, atraídos por la seguridad de una fortuna que no falta y por el reposo de una ociosidad honorable que los saca de la hez del pueblo y los eleva al honor del estado religioso»¹⁹⁷.

Frente a este desorden social, la Memoria no sólo pretende aligerar los objetivos de la educación básica, sino que apuesta asimismo por eliminar los centros de enseñanza de las pequeñas ciudades: «Su supresión hará los estudios más difíciles, porque los campesinos que por la comodidad de la cercanía envían a sus hijos a una universidad vecina y los mantienen fácilmente con sus propios productos no sabrían mantenerlos en las grandes ciudades, donde es mucho más costoso vivir y donde no sabrían enviarles sus provisiones debido a la distancia,

¹⁹⁶ « On obligerait ceux qui sont d'une naissance basse et inepte pour les sciences à apprendre des mestiers et on excludroit mesme de l'écriture ceux que la Providence a fait naistre d'une condition à labourer la terre, auxquels il ne faudroit aprendre qu'à lire seulement, à moins qu'on remarquast en eux des semences de lumière et d'ouverture pour les sciences pour lesquelles ils méritassent d'estre exceptez de la loy commune » (*Raisons et moyens pour la réformation des universités* [1667], citado por François de DAINVILLE, « Collège et fréquentation scolaire au XVIIe siècle », *Population*, XII, 3, 1957, p. 480).

¹⁹⁷ « Tous les étudiants de basse condition et de nul esprit qui ne se sentans pas capables de se pousser dans les sciences et de faire fortune par cette voye et ne pouvant se résoudre à porter la confusion de retourner dans leurs villages pour y bescher la terre, conformément à leur naissance, se jettent sans vocation dans les cloistres, par principe d'intérêt et de vanité, attirez par la seureté d'une fortune qui ne manque point et par le repos d'une oisiveté honorable qui les tire de la lie du peuple et les eslève à l'honneur de l'estat religieux » (*ibid.*, p. 479).

y al haber menos estudiantes de este tipo habrá por tanto menos altercados, menos sacerdotes y monjes holgazanes e ignorantes y por el contrario mucho más dinero y más personas en el comercio, muchos más para labrar la tierra y para servir al Rey y al Estado en los ejércitos»¹⁹⁸.

Como recuerda Chartier, el motivo del excedente de intelectuales sobrepasa con mucho las fronteras del siglo XVII —que a pesar de los esfuerzos de sus gobernantes no pudo contener la fuerte demanda estudiantil—. Fundamenta el rechazo de los administradores franceses del XVIII frente a la escolarización de los pueblos y anima los debates sobre el sistema de enseñanza que tienen lugar en la primera mitad del siglo XIX¹⁹⁹.

La lógica mercantilista, presente en el último fragmento citado de la Memoria de Colbert, no basta para comprender el argumento de la sobreproducción de titulados superiores. Como afirmábamos más arriba, la abundancia de graduados es percibida como una potencial amenaza frente a la rigurosa estratificación social, y, lo que no es menos importante, pone también en peligro la privilegiada posición de quienes ocupan el primer rango en el orden del saber. «El motivo de los intelectuales que sobran —dice Chartier— lo es

¹⁹⁸ « Leur suppression rendra les études des plus difficiles parce que les paisans qui par la commodité du voisinage envoient leurs enfans à une université voisine et qui les entretiennent facilement avec leurs propres denrées, ne scauroient les entretenir dans les grandes villes où il se fait beaucoup plus cher vivre et où ils ne scauroient envoyer leurs provisions à cause de l'elognement, et ayant moins d'estudiens de cette espèce il y aura par conséquent moins de procez et de chicane, moins de prestres et moynes fayneants et ignorants et au contraire beaucoup plus d'argent et de personnes dans le commerce, beaucoup plus pour labourer la terre et pour servir le Roy et l'Estat dans les armées » (*ibid.*, p. 480).

¹⁹⁹ Roger CHARTIER, «Espacio social e imaginario social...», *op. cit.*, pp. 176-177. Aún hoy no echamos en falta los discursos oficiales que al abrigo de la crisis denuncian el exceso de universidades españolas, cuyo número según el ministro competente en la materia supera la cantidad que resultaría adecuada dada la extensión del territorio nacional.

también de una representación del conocimiento que identifica su divulgación y su diseminación con una profanación»²⁰⁰, un sacrilegio que atenta contra las minorías que reclaman para sí el monopolio de un saber inaccesible para la gente común. Como señala Carlo Ginzburg²⁰¹, en el siglo XVII la *respublica literatorum* tomó el testigo de los clérigos que se presentaban como los únicos intérpretes autorizados de los elevados arcanos que según Nicolò Malermi resultan impenetrables para un no iniciado: «Non volere sapere le cose alte» («no querer saber las cosas altas»), escribía a finales del siglo XV uno de los primeros traductores de la Biblia al italiano²⁰².

Ante la oleada de graduados universitarios, ante quienes emprendían la aventura del conocimiento o anhelaban una carrera literaria, los guardianes del saber veían amenazada su posición simbólica, su jerarquía y ascendencia social. Esto es lo que sucede, concluye Chartier, en el siglo XVII y en la primera mitad del XIX. Deberíamos apostillar que también ocurre en el siglo XVIII, en la centuria que encumbra a los *philosophes* y a Voltaire en particular, quien tanto deploraba «la desgraciada especie que escribe para vivir»²⁰³.

²⁰⁰ *Ibid.*, p. 178.

²⁰¹ Carlo GINZBURG, «High and Low: The Theme of Forbidden Knowledge in the Sixteenth and Seventeenth Centuries», *Past and Present*, 73, 1976, pp. 28-41.

²⁰² Nicolò MALERMI citado por Carlo GINZBURG, *ibid.*, p. 30.

²⁰³ «La malheureuse espèce qui écrit pour vivre» (VOLTAIRE, «Charlatan», in *Oeuvres complètes de Voltaire*, op. cit., vol. XVIII. *Dictionnaire philosophique*, tome II, 1878, p. 141).



Ilustración 7: Albrecht Dürer, *Melencolia I*, 1514 (Biblioteca Nacional de España, Madrid). Panofsky (*op. cit.*, pp. 334-343) sostiene que el «I» hace referencia a la primera de las tres melancolías que distingue Ernesto Cornelio Agrippa en *De occulta philosophia* (cuyo manuscrito era conocido desde 1510), la «melancolía imaginativa» (la propia de los artistas y los artesanos), que junto con la «melancolía mentalis» y la «melancolía rationalis» completa la tríada del filósofo neoplatónico alemán.



Ilustración 8: *Danse macabre. Le clerc théologien, le laboureur et le cistercien.* Mediados del siglo XV (Abbaye de Saint-Victor, Marseille).



Ilustración 9: Detalle: el *clerc*, con sus gruesas lentes, sostiene un misal.



Ilustración 10: François Chauveau, « Carte du pays de Tendre » o « Carte de Tendre », el grabado que ilustra la primera parte de *Clélie, Histoire romaine* de Madeleine de Scudéry (1654).

Capítulo 3

EL CASO PALISSOT.

LOS *PHILOSOPHES* Y LA OPINIÓN PÚBLICA

El viernes dos de mayo de 1760 una multitud de espectadores se agolpaba a la entrada de la Comédie française. «Nunca se había visto semejante tumulto», confiesa el abogado Barbier en su *Journal*¹. «Como esta pieza era conocida – afirma el famoso cronista-, y había hecho ruido antes de ser representada, la atención y el concurso del público fueron insuperables el día de la primera representación»².

La obra cuyo estreno era capaz de suscitar una respuesta de esta envergadura no contenía, como tal vez cabría esperar, la firma de uno de los grandes de la escena francesa. Su autor, Charles Palissot de Montenoy, no era ningún desconocido, pero no por la excelencia de sus piezas teatrales, sino

¹ « On n'a point vu pareil tumulte » (Edmond-Jean François BARBIER, *op. cit.*, vol. VII, pp. 249-250).

² « Comme cette pièce étoit connue, et qu'elle avoit fait du bruit avant d'être représentée, l'empressement et le concours du public ont été jusqu'à l'extrême, le jour de la première représentation » (*ibid.*, p. 249).

porque desde hacía varios años su nombre aparecía asociado a otros como el de Élie-Catherine Fréron, el redactor principal de *L'année littéraire*, que no escatimaban esfuerzos a la hora de criticar a los *philosophes*. Tras *Le cercle ou les originaux*, estrenada en el teatro de Nancy –la ciudad natal de Palissot– el 26 de noviembre de 1755 con motivo de la inauguración de la estatua de Luis XV, y la publicación de las *Petites lettres sur des grands philosophes* en 1757, el importante miembro de la *cábala*³ antifilosófica volvía a la carga con una comedia titulada *Les philosophes* donde retrataba los ruines intereses de quienes se jactaban de entregarse de manera altruista a la dura batalla contra los prejuicios de la época.

La moda de los «pretendidos *philosophes*»

La trama de la comedia queda expuesta desde la primera escena del primer acto. Damis no sale de su asombro al comprobar que su compromiso matrimonial con Rosalie ha sido anulado. Asimismo Marton, la acompañante de Cydalise –la madre de Rosalie– no está menos sorprendida por el cambio de rumbo de los acontecimientos, que en los últimos tres meses han operado una auténtica metamorfosis en su señora: Cydalise ha reformado su casa con el fin

³ Es un término muy extendido para referirse despectivamente a los autores que critican con dureza a los *philosophes*. *L'alétophile ou l'ami de la vérité*, por ejemplo, habla de Fréron como «le Chef de la cabale» ([Jean François de LA HARPE], *L'alétophile ou l'ami de la vérité*, Amsterdam, 1758, p. 11). El propio Palissot pone la palabra en boca del poeta que aparece en *Le cercle ou les originaux*, M. du Volcan, quien afirma que fue sin duda «la cabale» la responsable de los silbidos que dedicaron los espectadores a su excelente obra de teatro (Charles PALISSOT DE MONTENOY, *Divertissement exécuté sur le nouveau théâtre de Nancy, le 26 novembre 1755, jour de la dédicace de la statue de sa Majesté très chrétienne*, Nancy, P. Antoine, [ca. 1760], escena II, p. 23). Aunque es menos común, también encontramos el término referido a los *philosophes* –Palissot sin ir más lejos lo usa de este modo en las *Petites lettres sur de grands philosophes* (Paris, 1757, lettre seconde, p. 24)–, aunque en la mayoría de las ocasiones éstos suelen aparecer a los ojos de sus adversarios como una «secta».

de hacer de ella el lugar idóneo para las selectas veladas donde además de la cena se saborea un *vaudeville* o un exclusivo concierto, donde en ocasiones se habla de política aunque es la metafísica la que preside las conversaciones. El *bel esprit* — concluye Marton— es lo único que Madame adora, hasta el punto de que ha escrito un libro, inspirado en las extravagantes doctrinas de esos charlatanes que usan todo tipo de estratagemas para ganarse la crédula admiración de Cydalise. Es Damis, sin embargo, el primero que pronuncia el término que da título a la comedia: ¿estás hablando de *philosophes*?, pregunta a Marton. Sí, responde ésta, «París está lleno de ellos»⁴. Como cabía esperar, es a uno de esos *beaux esprits* a quien Cydalise, encantada —o, como afirma su acompañante, «embruja»⁵—, ha entregado la mano de su hija; de modo que el antiguo pretendiente de Rosalie tiene por delante una misión muy complicada, pues ha de rivalizar contra un tal monsieur Carondas, un representante de esa nueva estirpe que parece haber tomado las calles de la capital del reino.

La obra presenta así desde el comienzo uno de los motivos más recurrentes de lo que podríamos denominar, al menos por el momento (como veremos más adelante, conviene matizar determinadas expresiones), la literatura *antiphilosophique*: los *philosophes* están muy de moda, o, mejor dicho, está muy de

⁴ « Paris en est rempli » (Charles PALISSOT DE MONTENOY, *Les Philosophes, comédie, en trois actes, en vers. Représentée pour la première fois par les Comédiens Français ordinaires du Roi le 2 Mai 1760*, Paris, chez Duchesne, 1760, acto I, escena primera, p. 7).

⁵ « Ensorcelée au point que je n'ai plus d'espoir » [«embruja hasta tal punto que he perdido toda esperanza»], confiesa Marton (*ibid.*, I, 1, p. 5).

moda hacerse llamar *philosophe*, con independencia de los méritos o los talentos que reúna quien presume de dicha denominación⁶.

El problema no sólo merece la atención de los enemigos de los afamados hombres de letras. El primer párrafo de la contribución de César Chesneau Dumarsais a las *Nouvelles libertés de penser* no puede ser más elocuente: «No hay nada que cueste menos adquirir hoy que el nombre de *Philosophe*: una vida oscura y retirada, cierta apariencia de sabiduría con un poco de lectura bastan para obtener este nombre a personas que se honran con ello sin merecerlo»⁷. Publicado en 1743 dentro de un libro anónimo, el texto que lleva por título «Le Philosophe» y fue atribuido a Voltaire, Diderot y La Mettrie⁸ es probablemente, como afirma Jin Lu, la primera propuesta de «una definición razonada y completa de este nuevo tipo de *philosophe* que se llamará el *philosophe* de las Luces»⁹. Una definición que, como podemos apreciar, antes que cualquier otro aspecto, subraya la importancia de una desazón que no deja de recabar adhesiones de distintos signos. Una caracterización cuyo eco resuena, una y otra vez, en diferentes lugares y bajo diversas formas.

⁶ « Se dire philosophe, vers 1750 —escribe Jean Fabre—, est une prétention assez commune » [«llamarse *philosophe*, hacia 1750, es una pretensión bastante común»] (Jean FABRE, *Lumières et romantisme*, Paris, Klincksieck, 1963, p. 11).

⁷ « Il n'y a rien qui coûte moins à acquérir aujourd'hui que le nom de Philosophe : une vie obscure et retirée, quelque dehors de sagesse avec un peu de lecture suffissent pour attirer ce nom à des personnes que s'en honorent sans le mériter » ([César Chesneau DUMARSAIS], « Le Philosophe », in *Nouvelles libertés de penser*, Amsterdam, 1743, p. 173).

⁸ Sobre el problema de la autoría del texto y sus distintas atribuciones, véase Herbert DIECKMANN (ed.), *Le Philosophe. Texts and Interpretation*, Saint-Louis, Washington University Studies, 1948, pp. 1-26.

⁹ «C'est d'ailleurs l'article intitulé « Philosophe » [...] qui a pour la première fois proposé une définition raisonnée et complète de ce nouveau type de philosophe qu'on appellera le philosophe des Lumières » (Jin LU, *Qu'est-ce qu'un philosophe? Éléments d'une enquête sur l'usage d'un mot au siècle des Lumières*, Saint-Nicolas (Québec), Les Presses de l'Université Laval, 2005, pp. 5-6).

El inicio del texto de Dumarsais convence incluso al *Journal de Trévoux*, a pesar de que el periódico fundado en 1701 se mostró beligerante con los nuevos hombres de letras desde muy pronto¹⁰. La reseña que los jesuitas dedicaron a las *Nouvelles libertés de penser* –publicada en agosto del mismo año en que vio la luz la obra– no puede dejar de suscribir la primera frase del quinto capítulo del libro, aunque el periodista lamenta que el autor del texto haya usado el verbo «adquirir» cuando debería haber empleado una expresión mucho más contundente, como «tomar» o «usurpar»¹¹.

Transcurridas más de dos décadas desde la publicación de las *Nouvelles libertés de penser*, la entrada «Philosophe» de la *Encyclopédie* de Diderot y d’Alembert –perteneciente al duodécimo volumen, publicado en 1765– es un resumen del escrito de Dumarsais con ligeras variaciones en el segundo párrafo, que subraya la libertad de pensamiento (que lleva a «traspasar los límites sagrados dispuestos por la religión»¹²) y sobre todo el desprecio de los «únicos *philosophes* verdaderos» a los demás, a las almas débiles y pusilánimes

¹⁰ Según Jin Lu, la abierta oposición de las *Mémoires de Trévoux* a los «prétendus philosophes» se manifiesta ya en los años treinta, veinte años antes de que Fréron tomara conciencia de la magnitud del movimiento *philosophique* (*ibid.*, p. 85).

¹¹ *Journal de Trévoux ou Mémoires pour servir à l’histoire des sciences et des arts*, Genève, Slatkine Reprints, 1968 (édition fac-similée), tome XLIII, 1743, « Article LXIII », pp. 2290-2291.

¹² « Renverser les bornes sacrées posées par la religion » ([César Chesneau DUMARSAIS], « Philosophe », in *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers. Par une société de gens de lettres ; mis en ordre et publié par M. Diderot (...) et quant à la partie mathématique, par M. d’Alembert (...)*, vol. XII, Neuchâtel, chez Samuel Faulche et Compagnie, 1765, p. 509). Entre 1751 y 1757 fueron publicados en París los siete primeros volúmenes de la *Encyclopédie*. En 1759 el Parlamento la catalogó como obra subversiva y el rey revocó los privilegios de impresión y ordenó que quemaran los siete volúmenes que habían visto la luz. En 1765 los diez volúmenes restantes (del VIII al XVII) fueron impresos de forma clandestina y aparecieron bajo una falsa dirección (Neuchâtel).

adormecidas bajo el yugo de la superstición¹³, la cual funciona una vez más como una potente arma arrojadiza que los hombres de letras lanzan contra el que califican como servil populacho.

El hecho de que tanto unos como otros, los fieles seguidores del texto de 1743 cuya vigencia permanece intacta veintidós años más tarde y los adversarios de los orgullosos desfacedores de prejuicios, compartan la misma inquietud ante la *philosophie à la mode* demuestra que nos enfrentamos a un concepto polémico, bajo el cual se sitúan en el siglo XVIII no sólo los nombres propios (Voltaire, Diderot, d'Alembert y compañía) que la posteridad ha designado con el título «prostituido» –escribe Garnier en 1764¹⁴– por tantos espíritus mediocres según la literatura de la época, sino también algunos de los que hoy llamamos *antiphilosophes*. Entre ellos, según Jin Lu, se encuentran los jesuitas del *Journal de Trévoux* y Élie-Catherine Fréron; pero cabría mencionar asimismo a otros como Jean-Jacques Le Franc de Pompignan, cuyo discurso de recepción en la

¹³ « Fiers de s'être défaits des préjugés de l'éducation, en matière de religion, ils [les seules véritables *philosophes*] regardent avec mépris les autres comme des âmes foibles, des génies serviles, qui se laissent effrayer par les conséquences où conduit l'irreligion, et qui n'osant sortir un instant du cercle des vérités établies, ni marcher dans des routes nouvelles, s'endorment sous le joug de la superstition » [«orgullosos de haberse deshecho de los prejuicios de la educación, en materia de religión, miran con desprecio las almas débiles, a los genios serviles, que se dejan asustar por las consecuencias a las que conduce la irreligión, y que no atreviéndose a salir un instante del círculo de las verdades establecidas, ni a marchar por nuevas rutas, se adormecen bajo el yugo de la superstición»] (*ibid.*).

¹⁴ Las palabras de Jean-Jacques Garnier sobre el calificativo de *hombre de letras* reiteran el problema expuesto al comienzo del texto de Dumarsais: « À la fin nous avons vu ce titre tellement prostitué, qu'il est devenu très-difficile d'en donner une bonne définition, et qu'on ne sait presque plus à quelles marques reconnoître ceux qui en sont véritablement dignes » [«al final hemos visto este título tan prostituido, que resulta muy difícil dar de él una buena definición, y ya casi no se sabe en qué marcas reconocer a aquéllos que son verdaderamente dignos de tal denominación»] (Jean-Jacques GARNIER, *L'Homme de lettres*, Paris, Panckoucke, 1764, p. 4).

Académie française, pronunciado el diez de marzo de 1760¹⁵, desató una intensa guerra de panfletos, avivada dos meses más tarde por el *vaudeville*¹⁶ de Palissot, la pieza que según atestigua Barbier el día del estreno «fue aplaudida y criticada a la vez»¹⁷. Los enemigos de los enciclopedistas propugnaban una definición de *philosophe* distinta de la propuesta por sus oponentes, que en su opinión no podían pretender un título reservado para quienes aunaban la pasión por el estudio y la fe cristiana.

Un concepto polémico vehicula siempre una figura controvertida, que en su momento álgido no deja de recibir críticas, como las que sorprenden a los *philosophes* de Palissot en plena faena, en mitad de su astuto plan. Acostumbrados a celebrar su incontestable éxito y su irresistible ascendencia sobre los espíritus crédulos como el de Cydalise, no dan crédito a la noticia que trae Valere: «Cierta autor en una comedia / quiere, se dice, representarnos»¹⁸. Encendido, su colega Dortidius lo califica de «crimen de Estado»¹⁹. Ambos, junto con Théophraste, quien completa el trío de cómplices²⁰ del señor Carondas, no pierden el tiempo y comienzan a tramar su venganza: se trata de difamar al autor de tal obra

¹⁵ Jean-Jacques LE FRANC DE POMPIGNAN et Nicolas-François DUPRÉ DE SAINT-MAUR, *Discours prononcés à l'Académie française, le lundi 10 mars 1760, à la réception de M. Lefranc de Pompignan*, Paris, chez Brunet, 1760. Le Franc de Pompignan fue elegido para ocupar la plaza vacante tras el fallecimiento de Maupertuis.

¹⁶ Así fue presentada la obra a los actores —entre los que se encontraba el conocido Préville— en la primera lectura de la misma que según Charles Collé llevó a cabo Fréron el 22 de marzo de 1760 (véase Daniel DELAFARGE, *La vie et l'œuvre de Palissot (1730-1814)*, Paris, Hachette, 1912, pp. 121-122).

¹⁷ « Elle a été applaudie et critiquée tout à la fois » (Edmond Jean-François BARBIER, *op. cit.*, vol. VII, p. 250).

¹⁸ « Certain auteur dans une comédie / veut, dit-on, nous jouer » (Charles PALISSOT DE MONTENOY, *Les Philosophes*, *op. cit.*, III, 4, p. 78).

¹⁹ « Nous jouer! Mais vraiment, c'est un crime d'état » (*ibid.*, III, 4, p. 78).

²⁰ Cada uno de los personajes representa a un *philosophe* contemporáneo de Palissot: Dortidius encarna a Diderot, Théophraste a Duclos y Valere a Helvétius.

sirviéndose de pobres infelices que hacen así el trabajo sucio, que componen sátiras y libelos contra la pieza que comete semejante osadía; hay que ganarse a los actores y a las actrices, proclama Valere, «tendremos un partido hasta en los bastidores»²¹, y en cuanto al público, concluye el *philosophe*, «no tenemos más que aparecer: nos teme»²².

Las intrigas del mundo literario

La curiosa referencia metaliteraria, que en este caso parece una alusión a la propia comedia que se está representando, da pie a Palissot para introducir otro de los asuntos que no suele faltar a la cita en los textos en torno a la polémica de los nuevos hombres de letras: quienes presumen de unos principios inquebrantables y un comportamiento ejemplar no dejan de intrigar y no dudan a la hora de utilizar las artimañas más mezquinas para conseguir las plazas o los empleos más codiciados, para ganarse los favores de un grande o de la dama que regenta el salón más reputado de París, para recibir el aplauso de un público al que creen poder manipular a su antojo.

Como es obvio, los propios *philosophes* o los que toman partido por ellos no suscriben estas palabras, pero incluso en este bando no escasean las voces que de modo más atemperado entonan una crítica similar. Así Voltaire, quien resulta sin lugar a dudas una buena piedra de toque cuando se trata de pulsar el sentir de los *philosophes*, pese a que éstos no constituyen un todo homogéneo. En

²¹ « Nous avons un parti jusques dans les coulisses » (*ibid.*, III, 4, p. 79).

²² « Je connais le public, nous n'avons qu'à paraître : / il nous craint » (*ibid.*, III, 4, p. 79).

su «Lettre sur les inconvénients attachés à la littérature», escrita según Theodore Besterman entre 1737 y 1742²³, el celebrado autor de *La Henriade* intenta mostrar a Le Fèvre, el destinatario de la misiva, la gran cantidad de obstáculos que va a tener que superar si persevera en su marcada vocación de hombre de letras. «La carrera literaria –advierte Voltaire-, y sobre todo la del genio, es más espinosa que la de la fortuna»²⁴. Quien por desgracia no posee sino un talento mediocre –que no es el caso de Le Fèvre, según su interlocutor- lo lamenta de por vida; quien, por el contrario, tiene éxito sufre de inmediato el asedio de numerosos enemigos.

El resto de la carta no resulta menos desalentador. Supongamos, observa Voltaire, que ha escrito usted una buena obra, la cual, una vez finalizada, requiere del preceptivo privilegio de impresión. Pues bien, si el examinador no forma parte de la red de personas afines al autor, si no es ni tan siquiera amigo de sus amigos sino que pertenece al bando rival, el objetivo será harto complicado; si el propio censor es enemigo directo del escritor, la consecución de la licencia será una misión casi imposible, tanto que parece más sencillo que un hombre que no cuenta con la protección de las mujeres influyentes obtenga un empleo en las finanzas.

²³ VOLTAIRE, «The 'lettre sur les inconvénients attachés à la littérature'», in *Voltaire's Correspondence*, vol. II, 1726-1732. *Letters 252-539: England*, edited by Theodore Besterman, Genève, Institut et musée Voltaire, 1953, pp. 420-424. Sobre la fecha de redacción de la carta, véase la introducción de Besterman, pp. 420-421.

²⁴ « La carrière des lettres, et surtout celle du génie, est plus épineuse que celle de la fortune » (*ibid.*, p. 421).

Las dificultades no acaban aquí. Si, después de un largo proceso de rechazos y negociaciones, prosigue Voltaire, su libro sale a la luz, entonces debe usted «o adormecer a los Sabuesos de la literatura o hacerles ladrar a su favor»²⁵. Pero lograr una crítica favorable de las gacetas literarias más importantes de Francia y Holanda no es tarea fácil, pues a los libreros que despachan los periódicos les interesa que éstos sean satíricos, ya que venden más ejemplares si son capaces de fomentar «la malignidad del público»²⁶, cuya injusta crueldad, apostilla Voltaire, es padecida ante todo por los dramaturgos.

A pesar de que escuche las campanas de la reputación, aunque el cortejo de escritores, protectores, abates, doctores o vendedores ambulantes arroje resultados positivos, según Voltaire el hombre de letras nunca está a salvo de la crítica feroz del periodista de turno. Si el autor decide responderle y alimenta de este modo una querrela literaria que puede no tener fin, entonces el público, que se divierte con los numerosos libelos y sátiras que se lanzan los litigantes, condena a ambas partes al ridículo.

«Hay que ser de un partido –sentencia Voltaire–, o bien todos los partidos se reúnen contra usted»²⁷. Es sin duda imprescindible si pretende algún día ingresar en la Académie française, para lo cual no basta con los méritos que haya podido sumar durante cuarenta años de duro trabajo, sino que es necesario contar con los apoyos adecuados. Sólo así, mediante cábalas y estudiadas maniobras, puede satisfacer el oscuro objeto de deseo por el que suspira la

²⁵ « Ou assouplir les Cerberes de la littérature ou les faire aboyer en votre faveur » (*ibid.*, p. 421).

²⁶ « La malignité du public » (*ibid.*).

²⁷ « Il faut être d'un parti, ou bien tous les partis se réunissent contre vous » (*ibid.*, p. 422).

totalidad de hombres de letras, que según Voltaire componen canciones y epigramas contra una institución a la que abandonan desde el momento en que ocupan uno de sus codiciados asientos.

A pesar de que no se cuenta entre los textos más citados a la hora de abordar la cuestión acerca de los hombres de letras en la Francia del siglo XVIII, la carta de Voltaire es un fiel testigo de la problemática que es objeto de nuestro análisis. En primer lugar, quien anhela una carrera literaria debe comprender que no sólo se ha de ocupar de instruirse a sí mismo e ilustrar a los otros, sino que no puede ignorar de ningún modo los entresijos del mundo literario, tiene que ser plenamente consciente de que, como afirma Voltaire, «las plazas destinadas a las gentes de letras se dan a la intriga, no al talento»²⁸.

Pese a las notables diferencias que los separan, el *chef* de los *philosophes* y uno de los más importantes adversarios de éstos no se encuentran por tanto demasiado lejos cuando analizan la feroz competencia entre los hombres de letras, que no dejan de formar parte de unos juegos de poder más atentos a las habilidades diplomáticas de los concurrentes que a la valía intelectual de los mismos.

A este crudo diagnóstico se le suma la honda preocupación por la manera como el público percibe las agrias disputas que protagonizan los hombres de letras. Es ésta una inquietud que se deja notar en numerosos textos, aun antes de que las polémicas tras el discurso de Le Franc de Pompignan y la pieza de

²⁸ « Les places destinées aux gens de lettres sont données à l'intrigue, non au talent » (*ibid.*, p. 422).

Palissot hagan estallar una cruenta batalla literaria que arroja una imagen bastante prosaica de aquéllos que defienden la superioridad de la razón y la contención de las pasiones.

Entre los autores que alertan contra los peligrosos efectos de las riñas en el seno de la república de las letras se encuentran dos de los próximos *secrétaires perpétuels* de la Académie française. El primero, que detentó el cargo entre 1755 y 1763 (fecha en que tuvo que abandonar Francia a raíz de apoyar a su amigo La Chalotais en su contienda contra el duque d'Aiguillon), ingresó en la institución impulsada por Richelieu el 26 de enero de 1747, ocho años después de tomar posesión en la Académie des inscriptions et belles-lettres y tres años antes de suceder a Voltaire como historiógrafo del rey. En 1751 Charles Duclos publicó sus *Considérations sur les mœurs de ce siècle*, en cuyo décimo capítulo, dedicado a las gentes de letras, aconseja encarecidamente a éstas que se desprendan de la vil animosidad que mantienen entre sí, pues «su desunión va directamente contra su interés general y particular»²⁹, algo de lo que no parecen darse cuenta quienes sostienen esas interminables y funestas querellas. Las rivalidades que enfrentan a los hombres de letras representan para Duclos una escena lamentable, donde da la impresión de que los bárbaros literatos ocupan el lugar que la Antigüedad reservaba a los animales que combatían entre sí para deleite de los espectadores³⁰.

²⁹ « Leur désunion va directement contre leur intérêt général et particulier » (Charles DUCLOS, *Considérations sur les mœurs de ce siècle*, [Paris, Laurent-François Prault ou Bernard Brunet], 1751, p. 267.

³⁰ *Ibid.*, p. 269.

Las *gens d'esprit* socavan así su reputación ante el público, un público que según Duclos prefiere a los *amateurs de bel esprit* antes que a los *philosophes*. Tal aseveración forma parte del siguiente capítulo de las *Considérations sur les mœurs de ce siècle*, cuyo título, «Sur la manie du bel esprit», resulta bastante elocuente. Aquí el autor se propone averiguar «si el gusto del *bel esprit* no está demasiado extendido»³¹ y como cabía esperar la pregunta obtiene una respuesta afirmativa: «La parte de la literatura que se entiende por lo general bajo el nombre de *bel esprit* se convierte en una moda, una especie de manía pública»³² que perjudica a las gentes de letras. «Esta masa de pretendientes del *bel esprit*»³³, estos charlatanes que permanecen casi completamente ociosos, advierte Duclos, «usurpan en la opinión una especie de superioridad sobre los talentos mismos»³⁴, sobre quienes reúnen los auténticos méritos intelectuales dignos del aplauso de la sociedad a la que sirven. A juicio de Duclos los *beaux esprits* cuentan con una gran ventaja con respecto a los *philosophes*, ya que mientras la reputación de estos últimos queda circunscrita a un dominio bastante delimitado, la notoriedad de aquéllos adquiere un eco mucho mayor, mientras los *philosophes* no pretenden sino la preciada estima de sus pares «la gloria del *bel esprit* es sentida y publicada por el común de los hombres, quienes hasta cierto punto se encuentran en disposición

³¹ « Si le goût du bel esprit n'est pas trop répandu » (*ibid.*, p. 270).

³² « La partie de la littérature que l'on comprend d'ordinaire sous le nom de bel esprit devient une mode, une espèce de manie publique » (*ibid.*, p. 271).

³³ « Cette foule de prétendants du bel esprit » (*ibid.*, p. 272).

³⁴ « Ils usurpent dans l'opinion une espèce de supériorité sur les talents mêmes » (*ibid.*, pp. 275-276).

de concebir tales ideas, pero se sienten incapaces de producirlas bajo la forma en que éstas se les presentan»³⁵.

Con todo, Duclos se muestra bastante respetuoso con el público. Contra lo que se desprendía de las palabras de los *philosophes* representados por Palissot, el que será *secrétaire perpétuel* de la Académie française niega de manera rotunda la posibilidad de que un individuo concreto o una sociedad determinada sea capaz de fijar el juicio del público, que no funciona al dictado de nadie aunque en ocasiones una «cábala» pueda provocar que ciertas empresas obtengan un éxito efímero o un eventual revés³⁶. Someter al público, añade Duclos, es hoy aún más difícil que en el siglo XVII, cuando éste no era tan instruido o se vanagloriaba menos de su respetable posición de juez³⁷.

La ascendencia de los hombres de letras

A pesar de la profunda estima que Duclos profesa hacia aquella entidad menospreciada por los personajes ridiculizados en la comedia de Palissot, la edición de 1767 de las *Considérations sur les mœurs de ce siècle* añade un párrafo que subraya la ascendencia de los hombres de letras sobre la opinión pública: «Sin embargo, de todos los imperios el de las *gens d'esprit*, sin ser visible, es el más extendido. El poderoso manda, las *gens d'esprit* gobiernan, porque a la larga ellas

³⁵ « La gloire du bel esprit est sentie et publiée par le commun des hommes, qui sont jusqu'à un certain point en état d'en concevoir les idées, et qui se sentent incapables de les produire sous la forme où elles leur sont présentées » (*ibid.*, p. 291).

³⁶ *Ibid.*, p. 266.

³⁷ *Ibid.*, pp. 266-267.

forman a la opinión pública que tarde o temprano subyuga o derriba toda especie de despotismo»³⁸.

Keith Michael Baker interpreta el añadido de Duclos a la edición de 1767 como un anuncio del nuevo rumbo que va a adoptar el concepto de opinión pública a partir de 1770, y ante todo en el decenio que concluirá con la Revolución, cuando «el término comienza a tomar las connotaciones propias del espíritu de las Luces y adquiere una resonancia más netamente política»³⁹. A juicio de Baker, desde mediados de siglo hasta 1780 la noción de opinión pública funciona más bien como una categoría social, se trata de una expresión que remite al acervo de usos y costumbres que caracteriza una sociedad determinada, un conjunto de valores con los que según Rousseau es preciso manejarse con sumo cuidado, de ahí las reticencias del escritor ginebrino frente al proyecto de construcción de un teatro en su ciudad natal: «Uno de los infalibles efectos de un Teatro establecido en una ciudad tan pequeña como la nuestra será cambiar nuestras máximas, o, si se prefiere, nuestros prejuicios y nuestras opiniones públicas; lo cual necesariamente cambiará nuestras costumbres por otras, mejores o peores, aún no digo nada, pero a buen seguro menos adecuadas a nuestra constitución»⁴⁰.

³⁸ «Cependant, de tous les empires, celui des gens d'esprit, sans être visible, est le plus étendu. Le puissant commande, les gens d'esprit gouvernent, parce qu'à la longue, ils forment l'opinion publique qui tôt ou tard subjugue ou renverse toute espèce de despotisme» (Charles DUCLOS, *Considérations sur les mœurs de ce siècle* [1751], Paris, Prault, 5^e édition, 1767, pp. 270-271).

³⁹ «Le terme commence à prendre les connotations propres à l'esprit des Lumières et acquiert une résonance plus nettement politique» (Keith Michael BAKER, «Politique et opinion publique sous l'Ancien Régime», *op. cit.*, p. 56).

⁴⁰ «Un des infailibles effets d'un Théâtre établi dans une aussi petite ville que la nôtre, sera de changer nos maximes, ou si l'on veut, nos préjugés et nos opinions publiques ; ce qui changera

Junto con la *Lettre à d'Alembert sur les spectacles*, Baker cita otros textos donde el uso de la expresión «opinión pública» contrasta con el sentido que este concepto toma en el nuevo párrafo de la edición de 1767 de las *Considérations sur les mœurs de ce siècle*. Entre tales ejemplos se encuentra la primera edición del propio texto de Duclos, en cuyo tercer capítulo, «Sur la probité, la vertu et l'honneur», el autor alude al importante papel ejercido por la opinión pública al castigar con el desprecio y la vergüenza a aquéllos que no infringen la ley (y por tanto ésta no puede hacer nada contra ellos) pero contravienen las convenciones tácitas que rigen el comportamiento de las personas honestas⁴¹.

Esta última referencia nos ayuda a enfocar el problema de un modo ligeramente distinto. La discordancia entre el nuevo párrafo incluido en la edición de las *Considérations* de Duclos de 1767 y el fragmento de la *Lettre* de Rousseau (que no es el que usa Keith M. Baker⁴²) queda subrayada hasta cierto punto con independencia del contexto, a partir del empleo de un determinante posesivo («nuestras») y ante todo del plural («opiniones públicas»), el cual

nécessairement nos mœurs contre d'autres, meilleures ou pires, je n'en dis rien encore, mais surement moins convenables à notre constitution » (Jean-Jacques ROUSSEAU, *J. J. Rousseau, citoyen de Genève, à Mr. d'Alembert, de l'Académie Française, &c. &c. &c. sur son article Genève dans le VIIe volume de l'Encyclopédie, et particulièrement sur le projet d'établir un Théâtre de Comédie en cette ville* [1758], 3^e édition, Amsterdam, chez Marc Michel Rey, 1762, p. 125). Sobre la noción de opinión pública en la obra de Jean-Jacques Rousseau, véase Colette GANOCHAUD, « Opinion publique et changement social chez Jean-Jacques Rousseau », *Revue française de science politique*, 1978, volume 28, numéro 5, pp. 899-924 ; Colette GANOCHAUD, *L'opinion publique chez Jean-Jacques Rousseau*, Lille/Paris, Atelier Reproduction des thèses, Université de Lille III, diffusion H. Champion, 1980.

⁴¹ Charles DUCLOS, *Considérations sur les mœurs de ce siècle*, 1^{ère} édition, 1751, *op. cit.*, pp. 70-71.

⁴² Keith Michael BAKER (« Politique et opinion publique sous l'Ancien Régime », *op. cit.*, p. 55) prefiere citar un par de líneas –pertenecientes a la *Lettre à d'Alembert sur les spectacles*– a propósito de la historia del duelo en Francia, en las que Rousseau manifiesta la firme resistencia al cambio de la opinión pública: « Ni la raison, ni la vertu, ni les loix ne vaincront l'opinion publique, tantot qu'on ne trouvera pas l'art de la changer » [«ni la razón, ni la virtud, ni las leyes vencerán a la opinión pública, mientras no encontremos el arte de cambiarla»].

contraviene una de las máximas que dotan a la expresión *opinion pública* de su potencia conceptual, de su alcance como idea directriz. En su diálogo con Roger Chartier acerca del espacio público que vio la luz en el número 26 de la revista *Politix*, el propio Baker afirmaba que lo más destacado de la noción de opinión pública tal y como ésta aparece en el siglo XVIII es precisamente que no fue conceptualizada como plural⁴³. A pesar de que en términos sociológicos cabe distinguir varios tipos de opinión (la idiosincrasia de los *mauvais discours*, por ejemplo, se parece bien poco a la de las vías institucionales de producción de opinión, tales como los parlamentos o las academias provinciales⁴⁴), la opinión pública debía ser concebida como unitaria para llegar a ser definida como la autoridad última que provee de legitimidad a los diferentes actores sociopolíticos. La concreción de la expresión empleada por Rousseau no concuerda demasiado, por tanto, con la opinión pública abstracta, con aquella entidad racional, objetiva, estable, que rivaliza en los discursos de la época con la monarquía misma.

Sin embargo, no podemos exagerar la distancia existente entre las dos ediciones del texto de Duclos a las que hemos aludido. Si bien el añadido de 1767 proporciona a la noción de opinión pública un alcance político que va más allá de la significación de dicha categoría en la versión original de la obra, es

⁴³ Keith Michael BAKER et Roger CHARTIER, « Dialogue sur l'espace public », *Politix*, 26, 1994, p. 13.

⁴⁴ Baker menciona además un tercer tipo, las «producciones extra-institucionales de opinión», que se multiplican en situaciones de crisis, en las que los actores que ejercen su función en el interior del sistema político intentan ocupar el terreno del exterior de dicho sistema para lanzar desde ahí sus invectivas contra sus adversarios. El autor cita como ejemplos las *remonstrances* y los panfletos fruto del agudo conflicto de mediados de siglo entre los parlamentos y la Corona (*ibid.*, p. 14).

justo reconocer que la edición de 1751 contiene ya algunos de los rasgos definitorios fundamentales de aquella entidad cuya formulación no admite el plural. Caracterizada como un severo censor de costumbres (lo cual nos trae a la memoria el conocido semanario madrileño publicado entre 1781 y 1787⁴⁵), la opinión pública se presenta como la instancia «que ejerce la justicia»⁴⁶, cuyo radio de acción sobrepasa las competencias de la legislación positiva. Cuando hacíamos referencia al respeto que profesa Duclos por el público, recordábamos cómo el futuro *secrétaire perpétuel* de la Académie française se mostraba en 1751 muy escéptico ante la posibilidad de manipular al auditorio o a los lectores en pleno siglo XVIII, lo cual resultaría aún más complicado que en el siglo XVII, pues entonces el público no era tan culto o «se jactaba menos de ser juez»⁴⁷. La opinión pública aparece ya, por tanto, en la primera edición de las *Considérations sur les mœurs de ce siècle* como una autoridad que detenta la potestad del supremo acto de justicia, como un poderoso *tribunal*, uno de los términos más repetidos en la literatura de las Luces para designar esta nueva configuración sociopolítica. De él se sirve, por ejemplo, Malesherbes, en su discurso de recepción a la

⁴⁵ Como es obvio, el periódico que tenemos en mente es *El Censor*, sin duda uno de los títulos más importantes de la prensa ilustrada en España. Véase *El Censor. Obra periódica*, Oviedo, Universidad de Oviedo/Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 1989. El libro recoge la totalidad de discursos de dicho semanario precedidos por una jugosa introducción de José Miguel Caso González. Pueden consultarse asimismo las tres antologías que hemos publicado en la Biblioteca Saavedra Fajardo (<http://saavedrafajardo.um.es>), que ofrecen una selección de los artículos más interesantes a nuestro parecer de las tres épocas del periódico: *El Censor, obra periódica (discursos 1, 3, 4, 9, 22, 24, 28, 31, 38 y 46)* [recurso electrónico], Murcia, Biblioteca Saavedra Fajardo, 2006; *El Censor, obra periódica (discursos 48, 52, 59, 60, 61, 65)* [recurso electrónico], Murcia, Biblioteca Saavedra Fajardo, 2006; *El Censor, obra periódica (discursos 68, 75, 81, 94, 110, 113, 120, 125, 137, 156, 162, 165 y 167)* [recurso electrónico], Murcia, Biblioteca Saavedra Fajardo, 2006.

⁴⁶ « Qui exerce la justice » (Charles DUCLOS, *Considérations sur les mœurs de ce siècle*, 1^{ère} édition, 1751, *op. cit.*, p. 70).

⁴⁷ « Se piquoit moins d'être juge » (*ibid.*, p. 266).

Académie française pronunciado el dieciséis de febrero de 1775, cuando define la opinión pública como «el juez soberano de todos los jueces de la tierra»⁴⁸. Del mismo modo se expresa Jacques Necker, el ministro de finanzas que con la publicación del *Compte rendu* de 1781 ratificó de manera oficial el poder de la opinión pública, «un tribunal –escribe Necker en *De l'administration des finances de la France* (1784)- donde todos los hombres que atraen sobre sí las miradas están obligados a comparecer: ahí, la opinión pública, como en lo alto de un trono, concede premios y coronas, hace y deshace las reputaciones»⁴⁹.

Una de las características determinantes de la noción de opinión pública tal como ésta se presenta en el citado texto de Necker y en el «Discours préliminaire» de Jacques Peuchet que introduce el noveno tomo de la *Encyclopédie méthodique* (cuyo primer volumen vio la luz en 1789) es, según Keith M. Baker, que dicho concepto se presenta bajo la forma de un tribunal, el cual, a juicio de Necker, «reina sobre todos los espíritus»⁵⁰ y es respetado incluso por los príncipes. La primera edición de las *Considérations sur les mœurs de ce siècle* de Duclos contiene por tanto, como afirmábamos antes, al menos el germen de uno de los principales rasgos que la noción de opinión pública exhibe en los albores de la Revolución. Así pues, entre el texto original de 1751 y la quinta edición del mismo fechada en 1767 lo más novedoso, el lugar donde a nuestro

⁴⁸ « Le juge souverain de tous les juges de la terre » (Guillaume-Chrétien de Lamoignon de MALESHERBES, *op. cit.*, p. 5).

⁴⁹ « Un tribunal où tous les hommes qui attirent sur eux des regards, sont obligés de comparoître : là, l'opinion publique, comme du haut d'un trône, décerne des prix et des couronnes, fait et défait les réputations » (Jacques NECKER, *De l'administration des finances de la France*, (s.l.), 1784, vol. I, p. LVIII).

⁵⁰ « Règne sur tous les esprits » (*ibid.*, p. 60).

parecer hay que poner el acento, donde recae en mayor medida el peso del nuevo párrafo añadido por Duclos, no es tanto la creciente politización de la opinión pública (que por supuesto no deja de ser relevante), sino más bien el decisivo papel que juegan los hombres de letras —*les gens d'esprits*, si usamos los términos del autor- en la consolidación de ese nuevo tribunal al que nadie puede sustraerse.

Hacia 1767 las *gens de lettres* gozan de mayor reconocimiento en el seno de la sociedad francesa, ya se han rehecho por completo tras las polémicas de las que fueron objeto en 1760, que a su vez agravaron su delicada situación después del frustrado regicidio de Luis XV perpetrado en 1757 por Robert-François Damiens, a quien según los jesuitas y los jansenistas (que se acusaban los unos a los otros del fallido atentado) habían trastornado las perniciosas doctrinas de los *philosophes* que no respetaban ningún tipo de autoridad⁵¹. Tras no pocos episodios que socavaron la imagen de los hombres de letras, éstos consiguieron salvar el honor ante todo con la campaña de Voltaire en defensa de Jean Calas, el protestante sentenciado por el Parlamento de Toulouse y ejecutado el diez de marzo de 1762 por haber asesinado a su hijo Marc-Antoine al enterarse de que pretendía convertirse al catolicismo. Conmovido por el suceso, Voltaire inició una profunda investigación para demostrar la inocencia proclamada por el padre de familia hasta su muerte. Recabó testimonios de primera mano y examinó con suma atención las fuentes escritas, todo lo cual arrojaba como conclusión que Marc-Antoine se había suicidado en un acceso de melancolía. Voltaire se hizo

⁵¹ Élisabeth BADINTER, *Les passions intellectuelles*, vol. II, *op. cit.*, pp. 266-273.

cargo de la viuda, a la que presentaba no obstante como una «hugonotita imbécil», una expresión que encontramos tanto en la carta que envió a los d'Argental el catorce de septiembre como en la que mandó a d'Alembert el veintiocho de noviembre⁵², si bien añadía a continuación que su escasa inteligencia no la hacía menos desafortunada ni menos inocente, que no por ello dejaba de ser una víctima digna de compasión. Según Voltaire, el reducido entendimiento de la viuda era un rasgo que compartía con el resto de la familia: «Los Calas son, como usted quizá ya lo haya dicho –escribía a d'Argence el veintiuno de agosto-, protestantes imbéciles, que católicos un tanto fanáticos han colocado en la rueda de Toulouse»⁵³ (en referencia al aparato en que fue supliciado el presunto asesino). Por eso mismo, dada su limitada capacidad de raciocinio, lo más conveniente a juicio de su agudo valedor era que Mme Calas estuviera tranquila y no se mostrara demasiado, que permitiera sin más ser conducida por un hombre inteligente⁵⁴. El autor del *Traité de la tolérance, à l'occasion de la mort de Jean Calas* (publicado un año después de la injusta condena) procuró movilizar no sólo a sus contactos sino a personalidades eminentes (escribió entre otros al ministro Saint-Florentin, pese a su conocida antipatía con

⁵² « Une petite huguenote imbécile » (carta de VOLTAIRE a Charles-Augustin Ferriol, conde d'Argental y a Jeanne-Grâce Bosc du Bouchet, condesa d'Argental, 14 de septiembre de 1762, in VOLTAIRE, *Correspondance, op. cit.*, vol. VI, 1980, lettre 7339 [D 10702], p. 1048). « C'est une huguenote imbécile » (carta de VOLTAIRE a d'Alembert, 28 de noviembre [de 1762], *ibid.*, lettre 7425 [D 10810], p. 1117).

⁵³ « Les Calas sont, comme vous l'avez peut-être déjà ouï dire, des protestants imbéciles, que des catholiques un peu fanatiques ont fait rouer à Toulouse » (carta de VOLTAIRE a François-Achard Jomard Tison, marqués d'Argence, 21 de agosto de 1762, *ibid.*, lettre 7307 [D 10666], p. 1022).

⁵⁴ Sobre el desprecio de Voltaire hacia los Calas, véase Xavier MARTIN, *Voltaire méconnu. Aspects cachés de l'humanisme des Lumières* [2006], Bouère, Dominique Martin Morin, 2^e édition, 2007, pp. 201-203.

respecto a los protestantes, y a la marquesa de Pompadour) y ganó la causa en el tribunal de la opinión pública. «Si algo –escribe Voltaire– puede frenar en los hombres la rabia del fanatismo es la publicidad»⁵⁵. Tres años después del suplicio de Jean Calas el Consejo del rey rehabilitó la memoria del condenado. El juez que emitió la sentencia fue destituido y la familia Calas recibió una pensión real. Nadie, ni sus más acérrimos enemigos, podía discutir la valentía y el encomiable esfuerzo del gran abanderado de la lucha contra el fanatismo, a quien ni las injusticias más flagrantes podían hacer olvidar su desprecio hacia las clases bajas, como aquella familia encabezada por un comerciante de telas. La incontestable respetabilidad del patriarca de Ferney supuso un triunfo sin paliativos de la figura del *philosophe*, que desprendido de su utillaje académico había ganado la batalla en la arena pública. Como afirma Élisabeth Badinter, con el Voltaire del caso Calas ya asoma el personaje del intelectual comprometido que se desarrollará en el siglo XX⁵⁶.

«Todo escrito satírico es indigno de ti»

Quisiera ahora retomar el hilo que abandonamos cuando nos tropezamos con el nuevo párrafo que Charles Duclos añadió en la quinta edición de sus

⁵⁵ «Si quelque chose peut arrêter chez les hommes la rage du fanatisme, c'est la publicité» (carta de VOLTAIRE a una destinataria desconocida, 15 de abril [de 1762], in VOLTAIRE, *Correspondance*, *op. cit.*, vol. VI, 1980, lettre 7116 [D 10414], p. 862). En la misma carta, poco antes del citado fragmento, Voltaire sostiene que el Parlamento de Toulouse debería publicar el proceso judicial de Calas, del mismo modo que se publicó el de Damiens. Sobre el caso Calas y las bondades de la publicidad véase Pierre LEPAPE, *Voltaire le conquérant. Naissance des intellectuels au siècle des Lumières*, Paris, Seuil, 1994, pp. 323-343.

⁵⁶ Élisabeth BADINTER, *Les passions intellectuelles*, vol. II, *op. cit.*, p. 379.

Considérations sur les mœurs de ce siècle. Como decíamos, antes de que los *philosophes* logren consolidar su reputación ante el público se han de enfrentar a la preocupante percepción que ese mismo público posee de sus continuas querellas. El que será probablemente el más ilustre *secrétaire perpétuel* de la Académie française se hace eco del problema en una obra que es sin duda de obligada referencia cuando se trata de analizar el estatuto de los hombres de letras en el siglo XVIII. En su *Essai sur la société des gens de lettres et des grands, sur la réputation, sur les mécènes, et sur les récompenses littéraires*, publicado en 1753, d'Alembert –uno de los enciclopedistas que más ayudó a Voltaire en el caso Calas, aunque tampoco le dedicó a la campaña una atención excesiva⁵⁷- lamenta el bochornoso espectáculo representado por las continuas «guerras de pequeñas sociedades»⁵⁸ que demuestran el más profundo desprecio las unas por las otras, que afectan un aire de superioridad y donde a menudo «los grandes genios son destrozados por gentes que no son dignas de leerlos»⁵⁹. La contemplación de tal escena debería persuadir a los hombres de letras que no dejan de rivalizar contra sus adversarios, «pero los *philosophes* –escribe d'Alembert-, o más bien aquéllos que llevan este nombre, demasiado parecidos a los soberanos, no pueden disimular el menor insulto; y el deseo de tomarse la venganza les resulta a

⁵⁷ Según Frank A. Kafker, de los 140 enciclopedistas censados apenas una docena colaboró con Voltaire en la campaña, y aun estos pocos colegas tuvieron una participación bastante discreta. Entre ellos los más activos fueron Damilaville, primero, y d'Alembert, en segundo lugar (Frank A. KAFKER, «Were the Encyclopaedists Allies of Voltaire in the Calas Affair?», in Ulla KÖLVING et Christiane MERVAUD (sous la direction de), *Voltaire et ses combats*, Oxford, Voltaire Foundation, 1997, vol. II, pp. 849-856).

⁵⁸ « Guerres des petites sociétés » (D'ALEMBERT, *Essai sur la société des gens de lettres et des grands, sur la réputation, sur les mécènes, et sur les récompenses littéraires* [1753], Milano, Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, 2003, p. 19).

⁵⁹ « Les grands génies sont déchirés par des gens qui ne sont pas dignes de les lire » (*ibid.*).

menudo mucho más dañino que el insulto mismo»⁶⁰. Unos años más tarde, en sus «Réflexions sur l'état présent de la République des Lettres pour l'article *gens de lettres*» (escritas según el propio autor en 1760), d'Alembert cargará con dureza contra los escritores que trafican con los elogios y las sátiras, que no mancillan la reputación de aquéllos a los que atacan, sino que se desacreditan a sí mismos y, lo que es más grave, socavan el prestigio de las letras, pues la mayor afrenta que éstas pueden sufrir no es la que proviene de quienes las ignoran sino la que resulta del indigno comportamiento de aquéllos que las cultivan⁶¹.

La inquietud ante los perniciosos efectos de las rivalidades literarias —a propósito de las cuales el *Essai sur la société des gens de lettres et des grands* criticaba a quienes se arrojan inmerecidamente el título de *philosophe*— parece aumentar en 1760. Las polémicas subidas de tono acentúan la preocupación compartida por Duclos y d'Alembert, y se multiplican los textos que invitan al cese de las hostilidades entre los amantes de las letras. El desasosiego se percibe a ambos lados de la disputa, tanto en el bando de los *philosophes* como en el de sus adversarios. Entre los primeros, el *Journal encyclopédique* avisa de las nefastas consecuencias que puede acarrear el acalorado enfrentamiento. Tras lamentar que un escritor bien dotado como Palissot malgaste su talento en piezas teatrales como la recién estrenada en la Comédie française, advierte que las numerosas «sátiras violentas» lanzadas contra el autor tras la representación de su obra

⁶⁰ « Mais les philosophes, ou plutôt ceux qui portent ce nom, trop semblables aux souverains, ne peuvent dissimuler la moindre insulte ; et le désir d'en tirer vengeance leur est souvent beaucoup plus nuisible que l'insulte même » (*ibid.*, pp. 19-20).

⁶¹ D'ALEMBERT, « Réflexions sur l'état présent de la République des Lettres... », *op. cit.*, p. 77.

«harían detestar las Letras»⁶². El mismo periódico publica en diciembre una elogiosa reseña del *Épître à monsieur de Voltaire* de Sébastien-Marie-Mathurin Gazon-Dourxigné (que vio la luz ese mismo año), del que cita unos versos cuyo mensaje sin duda suscribiría por completo la gaceta fundada por Pierre Rousseau en 1756:

«Deja en paz murmurer a la cábala indiscreta;
¿Qué te importa el exceso de su malignidad?
Con el simple desprecio debes confundirlos;
Y no te envilezcas sobre todo al responderles;
Todo escrito satírico es indigno de ti,
Y tu genio está hecho para un empleo más noble.
Voltaire, todo París con impaciencia
Espera otros efectos de tu viril elocuencia.
Vuelve a la senda que tu Musa ha abandonado,
Y para mejor castigarlos por su temeridad
Alumbra en el teatro un nuevo Fenómeno.»⁶³

Como hemos señalado, no son pocos los detractores de los nuevos *philosophes* que comparten la opinión según la cual una batalla de tal envergadura no puede sino dañar la reputación de las letras. Cabe mencionar por ejemplo a Charles-Pierre Coste d'Arnobat, quien vaticina en *Le philosophe ami de tout le monde* que Palissot va a ser la primera víctima de una contienda que traerá la desgracia

⁶² « Depuis la représentation des Philosophes, il a paru contre lui [Palissot] plusieurs satyres violentes qui feroient détester les Lettres » (*Journal encyclopédique*, mai 1760, p. 130).

⁶³ « Laisse en paix murmurer la cabale indiscrete ; / Que t'importe l'excès de leur malignité ? / C'est par le mépris seul que tu dois les confondre ; / Et ne t'avilis point surtout à leur répondre ; / Tout écrit satyrique est indigne de toi, / Et ton génie est fait pour un plus noble emploi. / Voltaire, tout Paris, avec impatience / Attend d'autres effets de ta mâle éloquence. / Rentre dans le sentier que ta Muse a quitté, / Et pour mieux les punir de leur témérité, / Fais paroître au Théâtre un nouveau Phénomène. » (Sébastien-Marie-Mathurin GAZON-DOURXIGNÉ, *Épître à monsieur de Voltaire*, citado por el *Journal encyclopédique*, décembre 1760, pp. 116-117.)

tanto para el bando que sucumba como para el partido triunfante, pues la victoria de este último está fundada sobre la perfidia⁶⁴. Pese a criticar con dureza a los petulantes sabios «que consideran el universo como su escuela y el género humano como su pupilo» (el entrecomillado reproduce un fragmento de la *Encyclopédie* de la que ya se habían servido Giry de Saint-Cyr y Abraham Chaumeix para denunciar la arrogancia de los *philosophes*)⁶⁵, aunque las peligrosas ideas de los personajes representados en la comedia de Palissot puedan merecer según Coste d'Arnobat un escarmiento público, el intenso combate no favorece a nadie.

La desazón con respecto a las continuas disputas literarias no desaparece tras el caso Palissot y la querella de Le Franc de Pompignan. La imagen pública de los hombres de letras, rehabilitada en buena medida a raíz de la campaña en defensa de Jean Calas orquestada por Voltaire, continúa amenazada por los visibles enfrentamientos que dividen el mundillo intelectual. El problema es tan evidente que merece ser mencionado por Gabriel-François Coyer en su discurso de recepción en la Académie royale des sciences et lettres de Nancy,

⁶⁴ [Charles-Pierre COSTE D'ARNOBAT], *Le philosophe ami de tout le monde, ou Conseils désintéressés aux Littérateurs, par M. L... C... qui n'est pas Littérateur*, Sopholis, chez le Pacifique, 1760, p. 6.

⁶⁵ « Qui considerent l'univers comme leur école, et le genre humain comme leur pupille » (*ibid.*, p. 5). Se trata de un fragmento de la voz « Encyclopédie » correspondiente al quinto volumen del diccionario editado por Diderot (el autor de la entrada) y d'Alembert, aunque en este caso el sujeto de la oración es singular y hace referencia en concreto al editor capaz de tratar las materias de tal modo que resulten accesibles para la multitud e interesantes para los lectores más cultivados (DENIS DIDEROT, «Encyclopédie», in *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers...*, vol. V, Paris, Briasson/David l'ainé/Le Breton/Durand, 1755, p. 648). Véase también [Joseph GIRY DE SAINT-CYR], *Catéchisme et décisions de cas de conscience, à l'usage des Caconacs, avec un Discours du patriarche des Caconacs, pour la réception d'un nouveau disciple*, Cacopolis [Paris], 1758, p. XLII; Abraham Joseph de CHAUMEIX, *Les philosophes aux abois, ou Lettres de M. de Chaumeix, a messieurs les encyclopédistes, au sujet d'un libelle anonyme intitulé Justification de plusieurs articles du Dictionnaire encyclopédique, ou Préjugés légitimes contre Ab. Jos. de Chaumeix*, Bruxelles [Paris], chez la veuve Lamesle, 1760, p. 5.

pronunciado el ocho de mayo de 1763: «¿Por qué fatalidad –se pregunta Coyer– sucede que el hombre de letras es tan a menudo arrastrado a la arena por otro hombre de letras para divertimento del Público?»⁶⁶ Es un «escándalo mayor de lo que se piensa»⁶⁷, concluye el recién nombrado académico, que sostenía poco antes que mientras la crítica tiene su lugar en el seno de los debates teóricos, la sátira, por el contrario, debe ser eliminada por completo⁶⁸.

Entre otros, Jean-Jacques Garnier, Louis-Sébastien Mercier y el barón d'Holbach comparten la opinión de Coyer. El primero aborda el problema en el sexto capítulo de *L'homme de lettres* (el libro publicado en 1764 sobre el que volveremos más adelante). A propósito de la utilidad de las gentes de letras, Garnier aconseja a quienes a su juicio representan en la sociedad el papel de los ojos en el cuerpo humano⁶⁹ que no se desvíen del camino que les corresponde, que no dejen de ser «laboriosos, aplicados, justos y modestos; que respeten a sus Rivales, que se respeten a sí mismos; y se les otorgará de inmediato la consideración y estima debidas»⁷⁰.

Parece por tanto, a tenor de los comentarios de Garnier y otras personalidades del mundo intelectual, que el respeto que el público siente hacia los hombres de letras está íntimamente ligado a la capacidad de éstos de

⁶⁶ « Par quelle fatalité arrive-t-il que l'homme de Lettres est si souvent traîné sur l'arène par un autre homme de Lettres, pour l'amusement du Public ? » (Gabriel-François COYER, *Discours prononcé dans l'Académie royale des sciences et lettres de Nancy, par M. l'Abbé Coyer, à sa réception le dimanche 8 Mai 1763*, Nancy/Paris, Babin/Duchesne, 1763, p. 26).

⁶⁷ « Scandale plus grand qu'on ne pense » (*ibid.*).

⁶⁸ *Ibid.*, p. 24.

⁶⁹ Jean-Jacques GARNIER, *op. cit.*, p. 144.

⁷⁰ « Laborieux, appliqués, justes et modestes ; qu'ils respectent leurs Rivaux ; qu'ils se respectent eux-mêmes ; et l'on s'empressera de leur accorder ce qui leur est dû de considération et d'estime » (*ibid.*, p. 163).

mantenerse alejados de las cruentas batallas que exceden los márgenes permisibles para las educadas controversias teóricas. Un nuevo argumento que invita a la unión de las *gens de lettres*, que según Mercier resultarían invencibles si concentraran sus fuerzas y conformaran un cuerpo en el que todos sus miembros se reconocieran bajo los mismos intereses⁷¹. «Una pluma que no debe estar consagrada más que al bien público»⁷², afirma el autor de *Le bonheur des gens de lettres*, no ha de emplearse para despellejar a un adversario. Si los escritores no profanáis vuestro verbo, concluye Mercier, «la multitud envidiosa ya no tendrá excusas para negaros su homenaje y ejercer el triste derecho de calumniar vuestras costumbres, y vosotros despreciaréis los sordos complots del Fanatismo y de la ignorancia»⁷³.

La invocación de *Le bonheur des gens de lettres*, publicado en 1766, cristaliza cuatro años después en la utopía que dibuja *L'An 2440*, el futuro visto a través de los ojos del dulce sueño de un francés del siglo XVIII, quien al salir del pequeño gabinete que ocupa el lugar de la otrora inmensa biblioteca real (la cual sólo conserva un puñado de libros selectos que condensan el saber de la humanidad, pues el resto han sido quemados) entabla una conversación con una persona que le pregunta por los hombres de letras, que según el habitante del

⁷¹ Louis-Sébastien MERCIER, *Le bonheur des gens de lettres*, London/Paris, Cailleau, 1766, p. 55.

⁷² « Une plume qui ne doit être consacrée qu'au bien public » (*ibid.*, p. 54).

⁷³ « La foule envieuse ne saisira plus le prétexte de vous refuser son hommage pour exercer le triste droit de calomnier vos mœurs, et vous mépriserez les sourds complots du fanatisme, et de l'ignorance » (*ibid.*, p. 56).

futuro «se han convertido en los ciudadanos más respetables»⁷⁴. Sólo conocí a unos pocos, responde su interlocutor, que profesa una gran admiración por quienes tenían el coraje necesario para desafiar «el insolente desprecio de los grandes y las palabras imbéciles del vulgo»⁷⁵. A pesar del alto valor que concede a los escritores de su época, nuestro soñador procedente del siglo XVIII no puede dejar de asombrarse cuando se detiene ante una Académie française renovada por completo, compuesta por cartujos que encuentran en la soledad y el retiro la inspiración que anima su genio. En 2440 quienes pretenden un asiento en la institución (cuyo número de miembros ya no está fijado de antemano) no necesitan sacrificar su virilidad para entretener a las mujeres que regentan los círculos esclavos de las modas pasajeras, no tienen que conspirar a su manera, mediante canciones y epigramas, para conquistar un territorio usurpado por los ricos carentes de talento, no han de recurrir a las flechas de la sátira que se vuelven siempre contra quienes las disparan. Cuando los autores pierden sus buenas palabras están condenados a morir de indigestión, según el relato de uno de los miembros de la Académie française del futuro. De tal manera que el espectáculo más edificante para un viajero del siglo XVIII es la sincera amistad entre los distinguidos hombres de letras, que se abrazan, lloran de alegría y se prometen un afecto eterno⁷⁶.

⁷⁴ «Les gens de lettres sont devenus les citoyens les plus respectables» (Louis-Sébastien MERCIER, *L'An deux mille quatre cents quarante : rêve s'il en fut jamais* [1770], vol. I, chapitre XXXI, «Les gens de lettres», 1786, pp. 373-374).

⁷⁵ «L'insolent mépris des grands et les propos imbéciles du vulgaire» (*ibid.*, p. 372).

⁷⁶ *Ibid.*, vol. II, chapitre XXXII, «L'Académie française», pp. 1-25.

La *Éthocratie ou le Gouvernement fondé sur la morale* del barón d'Holbach (que vio la luz en 1776) no imagina una utopía a la manera de Mercier, sino que propone medidas para evitar que los *savants* mancillen su reputación mediante determinadas prácticas que no son propias de aquéllos que se ocupan de instruir a sus conciudadanos para combatir la fuente de los vicios de los hombres, que no es otra que la ignorancia⁷⁷. El cometido de un buen gobierno es favorecer el progreso de las ciencias, las letras y las artes, dotar a estas actividades de la libertad necesaria para que puedan florecer y tratar con sumo cuidado a quienes contribuyen con su buen hacer a la erradicación de las malas costumbres. «Sólo la tiranía teme las luces»⁷⁸, escribe d'Holbach, una autoridad preocupada por la felicidad del pueblo sobre el que legisla no se siente incómoda ante la libertad de prensa (que no es sino una de las traducciones posibles de la libertad de pensar, de hablar, de escribir y de publicar), como se pone de manifiesto en el caso de Turgot, que no sólo no se inquieta ante las críticas, sino que como ministro ilustrado necesita según d'Holbach el apoyo de una opinión pública libre de prejuicios para llevar a cabo sus reformas.

Publicada el año que fue testigo del cese del Inspector general de finanzas alabado por el autor, la *Éthocratie* hace hincapié como decíamos en el papel ejercido por las gentes de letras, quienes socavan su prestigio al dejarse llevar por los celos y las enemistades que inflaman unas querellas literarias que se propagan con suma facilidad. La natural ascendencia de los hombres de letras sobre los

⁷⁷ [Paul Henri Dietrich, baron D'HOLBACH], *Éthocratie ou le Gouvernement fondé sur la morale*, Amsterdam, Marc-Michel Rey, 1776, pp. 153-154.

⁷⁸ « Il n'y a que la tyrannie qui redoute les lumières » (*ibid.*, p. 162).

ciudadanos de a pie debe ser protegida por el legislador, que tal vez podría establecer un tribunal donde los actos de vanidad y pobreza de espíritu cometidos por los literatos fueran juzgados por sus colegas más eminentes. Los verdaderos *savants*, «cuyo salario debe ser la estima del público»⁷⁹, no tienen tiempo para intrigar, tramar cábalas, hacer la corte a los grandes o cautivar a las mujeres influyentes; y el Estado no puede permitir que los incentivos que concede para estimular el talento de las *gens de lettres* vayan a parar a esos individuos mediocres cautivados por los placeres de la fortuna. Por ello, concluye d'Holbach, las plazas y recompensas destinadas a los auténticos sabios y hombres de letras –que destacan por la excelencia de sus obras y su conducta virtuosa- deberían ser asignadas mediante un concurso arbitrado por jueces de mérito.

Conforme avanza el siglo, el peso de los hombres de letras en la sociedad francesa es cada vez mayor. Los iluminados que señalan la senda del progreso no pueden tolerar que las rivalidades internas lesionen su imagen, la de quienes están llamados a gobernar la opinión pública, como afirmaba Duclos en el nuevo párrafo de sus *Considérations sur les mœurs de ce siècle* o Voltaire en aquella carta enviada a d'Alembert a finales de 1767⁸⁰. En otra misiva fechada el mismo año, enviada el nueve de marzo al marqués de Pezay, el patriarca de Ferney lamenta los desastrosos efectos de las invectivas literarias: «Toda sátira provoca

⁷⁹ « Dont le salaire doit être l'estime du publique » (*ibid.*, p. 170).

⁸⁰ En la introducción de la tesis citamos la carta enviada por VOLTAIRE a d'Alembert el 26 de diciembre de 1767: «Es la opinión la que gobierna el mundo –escribe Voltaire-, y es usted el que ha de gobernar la opinión».

otra, y hace nacer a menudo enemistades eternas [...] No conozco ninguna sátira que haya quedado sin respuesta. Las familias, los amigos entran en estas querellas. Es el veneno de la literatura. He combatido audazmente en esta arena, y nunca he sido el agresor»⁸¹. Según Voltaire, si él ha participado en el peligroso juego de la sátira ha sido siempre en calidad de víctima, la cual hasta cierto punto queda autorizada para repeler una ofensa: «Si se puede permitir un poco de sátira –escribe a La Harpe el diecinueve de abril de 1767-, no es, me parece, más que cuando uno es atacado [...] A veces hay que hacer la guerra defensiva»⁸². Como indica Roland Mortier⁸³, parece sin duda paradójico que el más brillante satírico del siglo XVIII sea un declarado enemigo de la sátira, ese «veneno de la literatura» al que según Voltaire sólo cabe recurrir en legítima defensa, y aun en ese caso conviene hacerlo con sumo cuidado para no mancharse con una práctica literaria que, como advertíamos antes, es repudiada por los lectores: «No hay más que un género –leemos en las páginas previas a *Les Scythes* de Voltaire- para el que el juicio del público nunca varía, es el de la

⁸¹ «Toute satire en attire une autre, et fait naître souvent des inimitiés éternelles [...] Je ne connais aucune satire qui soit demeurée sans réponse. Les familles, les amis, entrent dans ces querelles ; c'est le poison de la littérature. J'ai combattu hardiment dans cette arène, et je n'ai jamais été l'agresseur » (carta de VOLTAIRE a Alexandre-Frédéric-Jacques Masson, marqués de Pezay, nueve de marzo de 1767, in VOLTAIRE, *Correspondance, op. cit.*, vol. VIII, 1983, lettre 10009 [D 14025], p. 1005).

⁸² « Si l'on peut se permettre un peu de satire, ce n'est, ce me semble, que quand on est attaqué [...] Il faut bien quelquefois faire la guerre défensive » (carta de VOLTAIRE a Jean-François de La Harpe, 19 de abril de 1772, in VOLTAIRE, *Correspondance, op. cit.*, vol. X, 1986, lettre 12763 [D 17702], p. 1009).

⁸³ Roland MORTIER, « La satire, ce « poison de la littérature » : Voltaire et la nouvelle déontologie de l'homme de lettres », in Jean MACARY (ed.), *Essays on the Age of Enlightenment in Honor of Ira O. Wade*, Genève, Droz, 1977, pp. 233-246.

sátira grosera, que se desprecia, incluso aunque divierta en algunos momentos»⁸⁴.

El hombre de letras según Voltaire

El propósito de Voltaire, como bien afirma Mortier, es subrayar la dignidad del hombre de letras. El veterano patriarca de Ferney no siempre había gozado de la privilegiada posición que ocupaba a finales de los años sesenta, cuando se pronunciaba contra los libelos que alimentaban las incesantes querellas literarias. Poco después, en 1770 los salones de d'Holbach, Helvétius y Mme Necker concibieron el proyecto de una estatua de Voltaire financiada mediante las suscripciones de los literatos⁸⁵, lo cual no podía sino resultar escandaloso, pues nunca antes un hombre de letras había recibido en vida un homenaje de este tipo, reservado hasta entonces para celebrar la magnificencia del monarca. Diez años antes de que sus colegas aprobaran la iniciativa que concluyó con la escultura de Pigalle de 1776, desde su plácida residencia en aquella pequeña localidad que apenas contaba cien habitantes en 1755 (año en que Voltaire se instaló en Ferney) el gran patriarca leía la carta en la que el

⁸⁴ « Il n'est qu'un seul genre pour lequel le jugement du public ne varie jamais, c'est celui de la satire grossière, qu'on méprise, même en s'amusant quelques moments » (« Préface des éditeurs qui nous ont précédé immédiatement », in VOLTAIRE, *Oeuvres complètes de Voltaire, op. cit.*, vol. VI. *Théâtre*, 1877, tome V, p. 274). *Les Scythes* fue estrenada en el Théâtre français el 26 de marzo de 1767 y salió publicada ese mismo año. Según Beuchot, este «Préface» fue incluido por vez primera en el tomo V de la edición de 1768 de las *Oeuvres de Voltaire* (*ibíd.*, note 1, p. 271).

⁸⁵ Roger Chartier cita la carta fechada en abril de 1770 en la que Mme d'Épinay cuenta a Ferdinando Galiani cómo estos tres salones parisinos planearon el monumento a Voltaire ejecutado por Pigalle (Roger CHARTIER, « El hombre de letras », in Michel VOVELLE (ed.), *El hombre de la Ilustración* [1992], Madrid, Alianza, 1995, trad. de José Luis Gil Aristu, p. 192).

propio Palissot reconocía que algunos de los «escritores temerarios» contra los que había compuesto su obra recién estrenada habían nombrado su jefe⁸⁶ al ya sexagenario escritor, quien por supuesto según el comediógrafo no era ni de lejos uno de los «falsos *philosophes*» que había representado en «una pieza que por su naturaleza era muy susceptible de hacer ruido»⁸⁷.

Ha pasado mucho tiempo desde el desgraciado incidente con el chevalier Gui Auguste de Rohan, más conocido como Rohan-Chabot, que en 1726 tomó cumplida venganza de los jocosos comentarios que Voltaire –en respuesta a sus impertinencias- le había lanzado primero en la Ópera y dos días después en la Comédie française. Herido en su orgullo, el noble no podía permitir que se saliera con la suya aquel insignificante plebeyo cuyos méritos literarios eran ya celebrados dentro y fuera de las fronteras del reino. Transcurridos unos días desde su última disputa dialéctica, cuando comía en casa del duque de Sully llegaron tres señores que tras preguntar amablemente por Voltaire le propinaron una fuerte paliza bajo la atenta mirada del caballero de Rohan. Voltaire habló con Mme de Prie, amante del primer ministro Louis Henri de Bourbon, e incluso fue a Versailles a visitar a la reina; pero a pesar de sus notables esfuerzos, el poeta fue incapaz de conseguir que el peso de la justicia cayera sobre el aristócrata que había orquestado la *bastonnade*, ni tan siquiera logró que su anfitrión, testigo del apaleamiento, lo acompañara a la comisaría de policía para

⁸⁶ Carta de Charles PALISSOT a Voltaire, 28 de mayo de 1760, in [VOLTAIRE et Charles PALISSOT DE MONTENOY], *Lettres de M. de Voltaire à M. Palissot et les réponses, à l'occasion de la Comédie des Philosophes*, Genève [Paris], [Duchesne], 1760, p. 11.

⁸⁷ « Une Pièce que par sa nature était très susceptible de faire du bruit » (*ibid.*, pp. 9-10).

respaldar su denuncia. Convencido de que no cabía esperar nada de las autoridades, Voltaire buscó entonces otro modo de ajustar cuentas con el caballero de Rohan. El asunto no pintaba nada bien, y siguiendo las instrucciones del conde de Maurepas —el secretario de Estado de Luis XV que había ordenado el arresto de los tres esbirros de Rohan—, el lugarteniente general de la policía René Hérault andaba a la caza de Voltaire para encarcelarlo, pero éste no podía pasar por alto aquel agravio y se preparó a conciencia para vengar su honor. Se entrenó con la pistola y tomó lecciones de esgrima; sin embargo aquella instrucción más propia de la aristocracia a la que pertenecía su contrincante que del hijo del notario François Arouet no pudo dar los frutos deseados por Voltaire, que no logró batirse en duelo con el caballero de Rohan al ser detenido la noche del diecisiete al dieciocho de abril. Por fortuna, su segunda estancia en la Bastilla fue bastante más breve que la primera⁸⁸ y tras apenas un par de semanas de cautiverio fue puesto en libertad a condición de que tomara el camino del exilio. El cinco de mayo, tres días después de abandonar la cárcel, el poeta embarcaba hacia Londres.

Más que la propia figura de Voltaire —que ya goza en 1726 de prestigio internacional, aunque aún no ejerza de patriarca o de jefe del *parti philosophique*—, la modificación más importante acaecida entre la humillación sufrida por el escritor a manos de los esbirros del chevalier de Rohan y la realidad de los años cincuenta y sesenta tiene que ver con «la consideración debida a las gentes de

⁸⁸ Encerrado en 1717, fue liberado tras once meses en prisión cuando se estableció que eran falsas las acusaciones según las cuales Voltaire había ofendido al regente Felipe II de Orleans.

letras», como reza el título de la vigésimo tercera carta incluida en las *Lettres philosophiques* de 1734. Ésta comienza con un elogio de los establecimientos para la promoción de las Bellas Artes fundados por Luis XIV, que a juicio de Voltaire no tienen parangón con los de ningún otro país en el mundo; pero tras manifestar su asombro por el hecho de que el Parlamento inglés no haya imitado la magnificencia del Rey Sol con las artes, el autor asegura que los hombres de mérito encuentran en la isla unas condiciones mucho más favorables para el desarrollo de su talento⁸⁹. Allí no puede suceder lo que ocurre en el territorio galo, donde Voltaire dice haber visto durante mucho tiempo a un escritor de la talla de Crébillon a punto de morir de hambre⁹⁰. Aunque la tierra de Newton y Pope no cuenta con una estructura académica como la francesa⁹¹, allí los científicos y artistas más destacados son tratados como merecen: a menudo ocupan cargos relevantes, reciben generosas remuneraciones en señal de reconocimiento a sus excelentes trabajos e incluso son glorificados tras su muerte con admirables monumentos.

El dolor del exilio no impidió que el poeta parisino reconociera muy pronto las espléndidas oportunidades que Londres ofrecía a los escritores de talento. Así lo manifestó en la vigésima de sus *Lettres philosophiques*, «sobre los señores que cultivan las letras», escrita en 1727: «En Inglaterra es común pensar,

⁸⁹ VOLTAIRE, « Vingt-troisième lettre. Sur la considération qu'on doit aux gens de lettres », in *Lettres philosophiques*, Amsterdam, chez E. Lucas, 1734, pp. 265-268.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 267.

⁹¹ Según Voltaire, la Académie des sciences de París está mejor regulada que la Royal Society de Londres. Además, en Francia hay una academia que se ocupa sólo de las *belles-lettres*, algo que no ocurre en Inglaterra (VOLTAIRE, « Vingt-quatrième lettre. Sur les académies », in *Lettres philosophiques*, *op. cit.*, pp. 275-277).

y las Letras son allí más honradas que en Francia. Esta ventaja es una consecuencia necesaria de su forma de gobierno. Hay en Londres alrededor de ochocientas personas que tienen derecho a hablar en público, y defender los intereses de la Nación; en torno a cinco o seis mil aspiran a su vez al mismo honor, el resto se erige en juez de éstos, y cada uno puede hacer imprimir lo que piensa sobre los asuntos públicos; así toda la Nación tiene la necesidad de instruirse»⁹².

Voltaire no puede sino admirar el clima de libertad que reina en Inglaterra, tan propicio para el desarrollo de las actividades intelectuales que ilustran a la ciudadanía y forman el gusto de la nación. Pero lejos de constituir una postura radical, la llamada anglomanía de Voltaire, tan criticada por los *antiphilosophes*⁹³, no parece estar reñida con el modelo institucional francés bajo cuya égida tienen

⁹² « En Angleterre communément on pense, et les Lettres y sont plus en honneur qu'en France. Cet avantage est une suite nécessaire de la forme de leur gouvernement. Il y a à Londres environ huit cent personnes qui ont le droit de parler en public, et de soutenir les intérêts de la Nation : environ cinq ou six mille prétendent au même honneur à leur tour, tout le reste s'érige en juge de ceux-ci, et chacun peut faire imprimer ce qu'il pense sur les affaires publiques ; ainsi toute la Nation est dans la nécessité de s'instruire. » (VOLTAIRE, « Vingtème lettre. Sur les seigneurs qui cultivent les Lettres », in *Lettres philosophiques*, *op. cit.*, p. 238.)

⁹³ Un año después de la publicación de las *Lettres philosophiques* veía la luz un panfleto jesuita titulado *Réponse ou critique des «Lettres philosophiques» de Monsieur de V****, atribuido por Barbier a Pierre-François Le Coq de Villeray de Rouer. En la novena carta («Lettre ou réponse à la vingtième lettre sur les Seigneurs qui cultivent les Lettres») el autor afirma que si Voltaire pretendía alabar a Inglaterra no debía hacerlo a costa de menospreciar a Francia. La undécima carta («Lettre ou réponse aux vingt-trois et vingt-quatrième Lettres sur les Gens de Lettres et sur les Académies») critica la opinión de Voltaire según la cual la memoria de los grandes hombres es menos honrada en Francia que en Inglaterra ([Pierre François LE COQ DE VILLERAY DE ROUER], *Réponse ou critique des «Lettres philosophiques» de Monsieur de V****, Basle [Reims], chez Christophe Revis, 1735, pp. 89, 101).

Asimismo, en *La véritable vision de Charles Palissot* el encantador Merlín anuncia al comediógrafo la llegada de un tiempo nuevo que dentro de unos años acabará con la moda de los ridículos *philosophes* y la anglomanía (*La véritable vision de Charles P...*, in [Charles PALISSOT DE MONTENOY], *La Dunciade, poème en dix chants*, Londres [Genève], 1771, p. 41). Una nota de los editores (*ibid.*, p. 34) afirma que esta pieza circulaba en forma de manuscrito por París algún tiempo después de la aparición de *La Dunciade*. Suponemos entonces que se refiere a la primera edición de esta última obra: [Charles PALISSOT DE MONTENOY], *La Dunciade, ou la Guerre des sots, poème*, Chelsea, 1764.

cabida los hombres de letras. Así, en la entrada «Gens de lettres» perteneciente al tomo séptimo de la *Encyclopédie* (que vio la luz en 1757) Voltaire sostiene que el espíritu de aquéllos a los que se refiere este artículo es por lo general más independiente que el de los demás hombres; «y los que han nacido sin fortuna – añade el *philosophe*– encuentran fácilmente en las fundaciones de Luis XIV el medio para afirmar esta independencia»⁹⁴.

Las *gens de lettres* de la actualidad se definen, según el autor, a partir de su pertenencia a una sólida tradición y de sus desemejanzas con respecto a sus antecesores más inmediatos, en función del doble movimiento de continuidad y discontinuidad con relación al pasado: son el equivalente en el siglo XVIII de los gramáticos de la Antigüedad, que eran individuos que no sólo dominaban esta disciplina concreta –que a juicio de Voltaire es la base de todos los saberes–, sino que poseían amplios conocimientos de geometría, filosofía, historia particular y general, poesía y elocuencia. No merece por tanto el título de hombre de letras aquél que cultiva un solo género, un erudito especializado en una materia acotada, sino una suerte de enciclopedista capaz de pisar diferentes terrenos⁹⁵.

Pero quien se reconoce como digno descendiente de los antiguos gramáticos constituye en gran medida una novedad histórica, pues su cometido fundamental se ha transformado, de tal modo que a la crítica filológica de los siglos XVI y XVII le ha sucedido el espíritu filosófico del siglo XVIII, que es,

⁹⁴ « Et ceux qui sont nés sans fortune, trouvent aisément dans les fondations de Louis XIV de quoi affermir en eux cette indépendance » (VOLTAIRE, « Gens de lettres », in *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, Paris, Briasson/David l'aîné/Le Breton/Durand, vol. VII, 1757, p. 600).

⁹⁵ *Ibid.*, p. 599.

concluye Voltaire, lo que funda el carácter de unas gentes de letras que con el añadido del buen gusto poseen todos los ingredientes necesarios para triunfar en *le monde*⁹⁶.

Nos detendremos más adelante en este último aspecto, la sociabilidad de los nuevos hombres de letras. En este momento nos interesa ante todo señalar que la nota esencial que distingue a los *philosophes* de sus antepasados más recientes multiplica de manera exponencial la potencia analítica de Voltaire y sus ilustres coetáneos, que imbuidos del espíritu que los diferencia de sus predecesores se lanzaron a combatir «todos los prejuicios con los que la sociedad estaba infectada»⁹⁷. Si retomamos ahora el primer argumento que abordamos al asomarnos a la entrada «Gens de lettres» de la *Encyclopédie* (reproducida en el *Dictionnaire philosophique* de 1764) podemos comprender hasta qué punto el ejercicio de la crítica –entendido como un ejercicio radical, pues, lejos de quedar circunscrita al examen filológico de las fuentes clásicas, la crítica ya no está limitada de antemano– no sólo no resulta incompatible a juicio de Voltaire con ciertos mecanismos del Estado absolutista, sino que viene asegurada precisamente por éstos⁹⁸. Cuando la independencia que precisan los hombres de letras para dar así rienda suelta a ese genio censor que no se detiene ni aun ante las costumbres más arraigadas no está garantizada por una sustanciosa herencia, entonces encuentra sus condiciones materiales de posibilidad en los dispositivos monárquicos impulsados en el siglo XVII, el

⁹⁶ *Ibid.*

⁹⁷ « Tous les préjugés dont la société étoit infectée » (*ibid.*, p. 600).

⁹⁸ Véase Roger CHARTIER, «El hombre de letras», *op. cit.*, pp. 153-157.

sistema académico y ante todo el mecenazgo real, dos de las *instituciones de la vida literaria* (usamos de nuevo la terminología de Alain Viala) cuya emergencia abordamos en el capítulo anterior.

Gracias a las gratificaciones otorgadas por el aparato estatal los escritores que carecen de rentas pueden desarrollar su talento sin quedar atrapados en las redes del clientelismo, en las que la autonomía literaria sucumbe según Voltaire ante el yugo o los caprichos del gran señor al que se sirve. Las retribuciones establecidas por las instituciones monárquicas protegen asimismo contra otro de los peligros que acechan a los hombres de letras necesitados de ingresos: el indómito mercado editorial. «Hay muchas gentes de letras que no son autores – escribe Voltaire-, y éstas son probablemente las más felices»⁹⁹, quienes así evitan los sinsabores de una actividad que entendida como una profesión da lugar a aquellos «zánganos» cuya mención cierra la voz «Autores» del *Dictionnaire philosophique*, a «la desgraciada especie que escribe para vivir» a la que hace referencia la entrada «Charlatán» del mismo diccionario, a los «pobres diablos» como el retratado en el poema de 1760¹⁰⁰, aquel individuo «sin bien, sin oficio, sin genio»¹⁰¹, que «mordido por el perro de la metromanía»¹⁰² aprendió a mentir por diez *écus* al mes con Fréron, quien robó sus honorarios, sufrió las burlas que dedicaban a Le Franc de Pompignan y Gresset, vio cómo el abbé Trublet

⁹⁹ « Il y a beaucoup de gens de lettres qui ne sont point auteurs, et ce sont probablement les plus heureux » (VOLTAIRE, « Gens de lettres », *op. cit.*, p. 600).

¹⁰⁰ [VOLTAIRE], *Le Pauvre diable, ouvrage en vers aisés de feu de M. Vadé, mis en lumière par Catherine Vadé, sa cuisinière, dédié à Maître Abraham***** [Chaumeix], Paris [Genève], [Cramer], 1758 [1760], in *Oeuvres complètes de Voltaire, op. cit.*, vol. X. *Contes en vers, satires, épâtres, poésies mêlées*, 1877, pp. 97-113.

¹⁰¹ « Sans bien, sans métier, sans génie » (*ibid.*, p. 102).

¹⁰² « Mordu du chien de la métromanie » (*ibid.*).

«compilaba, compilaba, compilaba»¹⁰³ y «dispuesto a expirar de dolor y de hambre»¹⁰⁴ concluyó su aventura tras ser tentado por Abraham Chaumeix, que le confesó haber logrado su fortuna formando cábalas e inventando escándalos.

Dedicado a Abraham Chaumeix, «Le pauvre diable» es un poema en forma de diálogo en el que un muchacho sin ocupación pide consejo a un hombre más avezado, quien le relata la historia que acabamos de resumir, tras la cual el joven acepta gustoso un empleo como portero en la vivienda de su sabio interlocutor. Sin embargo, la parábola de Voltaire no debió de resultar tan persuasiva a tenor de los datos de que disponemos, que dibujan una curva ascendente en lo relativo a la cantidad de individuos que intentan vivir de la pluma.

La creciente población literaria

Podemos extraer tal conclusión de las ediciones sucesivas de *La France littéraire*, que señalan en primer lugar un significativo aumento del número de autores vivos que residen en el territorio galo: son 1.187 en 1757, 2.367 en 1769 y 2.819 en 1784, lo cual demuestra, como afirma Robert Darnton, «la creciente importancia de los escritores y la escritura en la segunda mitad del siglo XVIII»¹⁰⁵.

¹⁰³ « Il compilait, compilait, compilait » (*ibid.*, p. 108). La misma crítica lanza PALISSOT a los enciclopedistas en su carta a Voltaire del siete de julio de 1760: « Ils compilent, compilent, compilent » ([VOLTAIRE et Charles PALISSOT DE MONTENOY], *Lettres de M. de Voltaire à M. Palissot et les réponses...*, *op. cit.*, p. 54).

¹⁰⁴ « Prêt d'expirer de douleur et de faim » ([VOLTAIRE], *Le Pauvre diable...*, *op. cit.*, p. 108).

¹⁰⁵ « The growing importance of writers and writing in the second half of the eighteenth century » (Robert DARNTON, «The Facts of Literary Life in Eighteenth-Century France», in Keith Michael BAKER (ed.), *op. cit.*, p. 265).

Aun si procedemos con las debidas precauciones, la fuente de la que se sirve el historiador norteamericano parece bastante fiable. Su origen se remonta a 1752, fecha en la que apareció el primer *Almanach des beaux arts contenant les noms & les ouvrages des gens de lettres, des sçavans & des artistes célèbres qui vivent actuellement en France*. La obra del antiguo jesuita François-Joachim Duport-Dutertre –que contenía 321 nombres, de los que 176 pueden ser considerados autores- debió de tener bastante éxito, pues el año siguiente vio la luz una nueva edición cuyo tamaño triplicaba el del primer libro. El inventario pretendía ser exhaustivo, por lo que en el «Avertissement» de la versión de 1753 Duport-Dutertre comunicaba a los autores ignorados que para ser incluidos en las futuras ediciones bastaba que indicaran su nombre y sus trabajos en una carta dirigida al editor, Nicolas-Bonaventure Duchesne –quien en efecto recibió numerosas misivas de escritores deseosos de figurar en aquel repertorio-; pero advertía asimismo que no pensaba complacer a aquéllos que querían ser excluidos del almanaque: «También hay *gens de qualité* que intentan brillar en la República de las Letras y que se ruborizan al verse en la lista de los autores, como si la ciencia degradara la nobleza»¹⁰⁶.

La France littéraire pasó a ser el primer título del libro a partir de 1755, una edición que contenía entradas de 726 «gens de lettres». Dos años después Duport-Dutertre dejó su lugar al frente de la publicación a Joseph de La Porte.

¹⁰⁶ « Il y a aussi des gens de qualité qui cherchent à briller dans la République des lettres et qui rougissent ensuite de se voir sur la liste des auteurs, comme si la science dégradait la noblesse » (François-Joachim DUPORT-DUTERTRE citado por Robert DARNTON, « The Facts of Literary Life in Eighteenth-Century France », *op. cit.*, p. 262).

El abate que también perteneció a la orden de los jesuitas, que fue colaborador de Fréron en *L'Année littéraire* y redactor principal del *Observatoire littéraire* convirtió aquel almanaque de reducido formato en una pequeña enciclopedia que desde 1758 eliminó el subtítulo de la obra (el título original de la misma) y quedó organizada en tres partes: una lista de todas las academias de la nación con los nombres de sus miembros, las notas biográficas de los autores franceses vivos y una relación de sus trabajos.

La France littéraire conoció dos nuevas ediciones: la de 1769, dos volúmenes en octavo compilados por La Porte y Jacques Hébrail (otro ex jesuita) que incluían una nueva sección, los autores muertos desde 1751 y la lista de sus obras; y la versión final de 1784 (cinco años después de la muerte de La Porte), llevada a cabo por Joseph-André Guiot, clérigo y bibliotecario en la abadía de Saint Victor en París, quien añadió un nuevo apartado titulado «Topographie de la France littéraire».

La fuente que nos presenta Robert Darnton arroja resultados dignos de ser tomados en cuenta, para empezar la multiplicación del número de autores a la que antes hacíamos referencia. Una multiplicación que podría ser aún mayor si consideramos, como el profesor de Princeton, que la cifra de la edición de 1784 es demasiado baja, pues no parece muy probable que en los doce años que van de 1757 a 1769 la cantidad de escritores se incremente en 1.180 individuos mientras que el periodo siguiente, los quince años comprendidos entre 1769 y 1784, registre un aumento de 452 sujetos. La tasa de crecimiento de la población

y el prestigio cada vez mayor de la literatura –ante todo después de 1778, cuando las muertes de Voltaire y Rousseau generaron una nueva ola de entusiasmo en torno a los *philosophes*- invitan a corregir al alza la cifra de autores de la versión coordinada por Guiot. Podemos concluir sin temor a equivocarnos, afirma Darnton, que hacia 1789 había en Francia al menos 3.000 autores¹⁰⁷.

Antes de continuar conviene sin duda preguntarse qué es lo que *La France littéraire* entiende por *autor*: se trata de las personas vivas que han publicado al menos un libro. Aunque los editores no explican su concepto de *libro*, podemos comprender al hilo de los inventarios que la noción de autor así definida por un lado descarta a aquellos individuos cuya obra se limita a un breve ensayo en un periódico o revista y a quienes no se prodigan más allá de la recitación de poemas en las reuniones *mondaines*; pero incluye por otra parte no sólo las plumas que producen ejemplares más o menos voluminosos, sino también los nombres propios que figuran junto con trabajos que pueden ser considerados panfletos¹⁰⁸.

El panorama que queda dibujado dentro de estos márgenes representa una escena maravillosa a los ojos de los responsables de la publicación, que en el *Second Supplément à la France littéraire de l'année 1758, pour les années 1760 & 1761* (que vio la luz en 1762) proclama que «Francia nunca ha proporcionado un número mayor de ciudadanos a la República de las Letras que en el presente siglo. Entre los cerca de mil ochocientos autores que nos ofrece *La France*

¹⁰⁷ Robert DARNTON, «The Facts of Literary Life in Eighteenth-Century France», *op. cit.*, pp. 266-267.

¹⁰⁸ *Ibid.*, pp. 263, 265.

littéraire, los hay de todos los sexos, de todos los estados, de todas las condiciones, desde el monarca hasta el artesano, para enseñarnos que la ciencia no degrada las altas dignidades, ni desdeña a aquéllos que están situados en los rangos más inferiores»¹⁰⁹.

Si antes nos preguntábamos cuál es la noción de autor que maneja *La France littéraire*, a raíz del último fragmento citado se abre una nueva interrogación: ¿en qué medida el mundillo intelectual de la Francia de mediados del siglo XVIII abarca a toda clase de individuos? Podemos intentar responder a la cuestión a partir de las estadísticas de la fuente que realiza un diagnóstico tan triunfalista en 1762.

Si atendemos al modo como quedan representados los distintos órdenes sociales en los repertorios de *La France littéraire*, observamos en primer lugar el gran peso de las clases privilegiadas en la República de las Letras: entre los dos primeros estados suman el 34% de los autores inventariados en 1784, una cifra desproporcionada si tenemos en cuenta que la nobleza y el clero suponen menos de un 5% de la población francesa. Con todo, de las tres grandes ediciones de *La France littéraire* que tomamos como referencia la que vio la luz un lustro antes del estallido revolucionario registra el porcentaje más bajo de escritores que no pertenecen al tercer estado, pues aunque la nobleza ha crecido

¹⁰⁹ « La France n'a jamais fourni un plus grand nombre de citoyens à la République des lettres que dans le siècle présent. Parmi près de dix-huit cents auteurs que nous offre *La France littéraire*, il y en a de tout sexe, de tous les états, de toutes conditions, depuis le monarque jusqu'à l'artisan, pour nous apprendre que la science ne dégrade point les hautes dignités, ni ne dédaigne ceux qui sont placés dans les rangs les plus inférieurs » (*Second Supplément à la France littéraire de l'année 1758, pour les années 1760 & 1761* [1762] citado por Robert DARNTON, «The Facts of Literary Life in Eighteenth-Century France», *op. cit.*, p. 265).

de manera significativa (representa el 9% en 1757, el 12% en 1769 y el 14% en 1784), el clero sufre un notable descenso (forman parte de la cléricatura el 32% de los autores vivos en 1757, el 24% en 1769 y el 20% en 1784), un síntoma más, como bien apunta Darnton, del proceso de secularización que abordamos en el primer capítulo de la tesis¹¹⁰.

De las estadísticas correspondientes a la categoría socioprofesional de los autores cabe subrayar algunos datos: la notable presencia de la alta burguesía (en particular de los doctores y cirujanos), que contrasta con la escasa proporción de escritores pertenecientes a la burguesía comercial e industrial; y el destacado lugar que ocupan los denominados oficios intelectuales, los periodistas, actores, músicos y ante todo los profesores, cuyo porcentaje es al menos similar al del resto de ocupaciones englobadas en este ámbito.

Los colectivos más desfavorecidos apenas tienen cabida en las listas de autores de *La France littéraire*. Los trabajadores más humildes, los tenderos, artesanos o sirvientes apenas llegan al 1%, dentro del cual no hay ningún campesino ni agricultor (como recuerda Darnton, la autobiografía del vidriero parisino Jacques-Louis Ménétra editada por Daniel Roche¹¹¹ nos enseña que los obreros a menudo no sólo leían, sino que también escribían, pero rara vez publicaban). Por lo que respecta a las mujeres autoras, éstas alcanzan como máximo el 3% en las ediciones de 1769 y 1784.

¹¹⁰ Éstos y los demás datos de *La France littéraire* que vamos a comentar a continuación quedan reflejados en la figura 5 de la contribución de Robert DARNTON (*ibíd.*, p. 274).

¹¹¹ Jacques-Louis MÉNÉTRA, *Journal de ma vie*, *op. cit.*

Las estadísticas de *La France littéraire* arrojan una imagen distinta de la dibujada por el suplemento que apareció en 1762. No parece que haya motivos para ser tan optimistas a tenor de unos datos que podemos contrastar con los derivados de otra fuente analizada asimismo por Robert Darnton, los más de quinientos informes sobre autores que el inspector del comercio de libros Joseph d'Hémery elaboró entre 1748 y 1753¹¹². Como afirma Darnton, este archivo «constituye un censo virtual de la población literaria de París, desde los más famosos *philosophes* hasta los más oscuros escritorillos»¹¹³. Frente a *La France littéraire*, cuyos procedimientos favorecieron a los escritores provincianos, el inspector d'Hémery centró sus esfuerzos ante todo en la capital del reino, que le proporcionaba pistas muy diversas para sus expedientes, desde la prensa periódica hasta las conversaciones de café registradas por los espías o los interrogatorios de la Bastilla (por la que pasó en torno al 10% de los autores señalados por d'Hémery).

Se trata de fuentes muy distintas que arrojan resultados en cierta medida diferentes en lo que respecta a la repartición social u ocupacional de los autores. En los informes de policía las clases privilegiadas también ocupan un lugar destacado, aunque en este caso, al contrario de lo que sucede en los repertorios de *La France littéraire*, el porcentaje de escritores pertenecientes a la nobleza supera al de los clérigos, un 17% de los primeros frente a un 12% de los

¹¹² Robert DARNTON, «Un inspector de policía organiza su archivo: la anatomía de la República de las Letras», in *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa* [1984], México, FCE, 2000, trad. de Carlos Valdés, pp. 148-191.

¹¹³ *Ibid.*, p. 148.

segundos. La cifra correspondiente al tercer estado es por tanto superior – supone más del 70% del total en los informes de d'Hémery frente a los porcentajes que le asignaba *La France littéraire*, el 55% en 1757 y el 59% en 1769 y 1784-, aunque en líneas generales se repiten las pautas dentro de esta categoría: el gran peso de los oficios intelectuales y la escasa presencia de la burguesía comercial e industrial, que contrasta con la buena proporción de funcionarios y personal de la administración.

Las mujeres no salen mejor paradas que en las listas de los libros coordinados por Duport-Dutertre y Guiot (los expedientes de d'Hémery registran tan sólo dieciséis autoras), frente a lo que ocurre con los trabajadores más humildes, que no alcanzaban el 1% en los inventarios de *La France littéraire* y llegan al 6% en los archivos del inspector de policía. Por supuesto, no se trata de un número muy elevado, parece que tampoco en esta ocasión hallamos soporte estadístico capaz de sostener el exultante optimismo del citado fragmento del suplemento de 1762; pero, como afirma Darnton, el sorprendente porcentaje de empleados menores contenido en los informes de d'Hémery (entre los que tampoco se cuenta ningún campesino) sugiere que las clases bajas tomaron parte en la vida literaria del Antiguo Régimen francés, y se trata de una participación sustancial, concluye el historiador norteamericano, si tenemos en cuenta que el 19% de los padres de los escritores entraba dentro de la categoría de los asalariados más modestos¹¹⁴.

¹¹⁴ *Ibid.*, p.158.

Los datos no son motivo de entusiasmo, pero sí dejan entrever ciertas posibilidades de promoción social para aquellos jóvenes empeñados en demostrar sus habilidades en el manejo de la pluma. Muchos de ellos tienen cabida tanto en los listados de *La France littéraire* como en los informes del inspector d'Hémery bajo la categoría de autores cuyo orden social u ocupación profesional no ha sido identificada, y su número aumenta de manera significativa conforme avanza el siglo a tenor de las estadísticas de la primera de las dos fuentes en las que nos hemos apoyado, pues suponen un 27% del total de escritores inventariados en 1757, un 33% en 1769 y un 47% en 1784. Por lo que respecta a los expedientes de d'Hémery, son 101 de los 434 autores, esto es, un 23%¹¹⁵.

Autores *sans état*. El sueño de ser escritor

La elevada proporción invita a tomarnos en serio el fenómeno de estas *gens sans état*, aquellos escritorzuelos que saltaban de empleo en empleo, que a menudo se ganaban el pan con escritos sediciosos o relatos pornográficos cuando no tenían que recurrir al contrabando de libros prohibidos o al espionaje de los contrabandistas para la policía. Según Darnton, fueron éstos, los buscavidas de *Grub Street*, los gacetilleros, libelistas y comerciantes de obras clandestinas quienes encarnaron el espíritu revolucionario en las últimas décadas del Antiguo Régimen. «Vista desde allí –desde *Grub Street*, concluye el profesor

¹¹⁵ De los 501 informes realizados por Joseph d'Hémery hay que desechar a 67 individuos, que no son autores, por lo que el total de éstos suma 434 (*ibid.*, pp. 150, 154-155).

de Princeton-, la Ilustración tardía se antoja un movimiento relativamente domesticado»¹¹⁶; salvo honrosas excepciones como Condorcet, la segunda generación de *philosophes*, los Suard, Marmontel y compañía «habían sido asimilados, integrados por completo en *le monde*»¹¹⁷. Éste era el verdadero objetivo de los famélicos representantes de la baja literatura, que tenían prohibido el acceso a los salones y habían de conformarse con los cafés de los bulevares, que compartían, según Charles Théveneau de Morande, con «estafadores, agentes de reclutamiento, espías y ladrones de poca monta: aquí uno sólo encuentra puteros, sodomitas y pervertidos»¹¹⁸. *Le grand monde*, el blanco de las críticas de los libelos como el *Gazetier cuirassé* (escrito por Théveneau de Morande en 1771), estaba tan lejos del universo de *Grub Street* como los exclusivos salones de los obscenos cafés desde donde tramaban sus historias los panfletistas que despreciaban a Voltaire tanto como respetaban a Rousseau, desde donde los «Rousseau du ruisseau»¹¹⁹ denunciaban la degeneración de las elites que acomodadas en el trono, en las butacas de los salones o en los sillones de las academias fingían velar por los intereses de la gente común.

Un ejemplo paradigmático de la domesticación de la Ilustración tardía es, según Darnton, la figura de Jean-Baptiste-Antoine Suard, quien tras entrar en *le*

¹¹⁶ Robert DARNTON, *Edición y subversión...*, *op. cit.*, p. 56.

¹¹⁷ *Ibid.*

¹¹⁸ Charles THÉVENEAU DE MORANDE (*La Gazette noire par un homme qui n'est pas blanc; ou Oeuvres posthumes du Gazetier cuirassé*, 1784) citado por Robert DARNTON, *ibid.*, p. 39.

¹¹⁹ El apodo asignado por sus contemporáneos a Nicolas-Edme Rétif de La Bretonne («Rousseau del arroyo») puede hacerse extensivo según Darnton a muchos de los escritores de *Grub Street* (*ibid.*, p. 52).

monde de la mano de Mme Geoffrin no dejó de hacer dinero el resto de su vida. Consiguió un empleo en la *Gazette de France*, de cuya administración se hizo cargo años más tarde, antes de convertirse en censor real y de ingresar en la Académie française. Tras obtener aquel trabajo en el periódico fundado por Renaudot, Jean-Baptiste-Antoine contrajo matrimonio –con una mujer que pertenecía a su misma clase social, la burguesía-, a pesar de que intentaron disuadirle el editor Panckoucke y Mme Geoffrin, a quien le parecían incompatibles la actividad de escritor y la institución familiar. No se trataba de una práctica muy habitual entre los componentes de la primera generación de *philosophes*, y era aún menos frecuente que las esposas de éstos acompañaran a sus maridos en sus reuniones *mondaines*, como solía hacer Mme Suard, quien incluso abrió su propio salón. Los Suard lograron una renta anual de entre 10.000 y 20.000 libras, además de una vivienda en la calle Louis le Grand, una casa en el campo y un cabriolé para desplazarse con comodidad¹²⁰.

La clave del éxito de Suard fue su habilidad para moverse dentro de un ecosistema capaz de suministrarle los apoyos adecuados en los momentos oportunos. Para multiplicar por cuatro los ingresos que les correspondían como encargados de la administración de la *Gazette de France*, el ambicioso *philosophe* y su colaborador el abate Arnaud acudieron directamente al ministro, el duque de Choiseul, cuya hermana era íntima de la princesa de Beauvau, amiga a su vez de los Suard y de Mme de Tessé, la protectora de Arnaud. El feliz matrimonio sufrió un varapalo al ser expulsado de su apartamento de la *Gazette* cuando

¹²⁰ *Ibid.*, pp. 17-21.

d'Aiguillon sustituyó a Choiseul, pero entonces la red de los Suard se puso en funcionamiento: las lágrimas de la esposa en la Académie française junto con la intercesión de d'Alembert y La Harpe emocionaron al duque de Nivernais, que logró convencer a Mme de Maurepas, quien a su vez persuadió al nuevo ministro para que éste le proporcionara una pensión compensatoria de 2.500 libras a Suard. El literato recibió a continuación una donación de los Necker de 800 libras a título de renta vitalicia y más tarde una pensión que procedía del presupuesto del *Almanach Royal*.

El ejemplo de Suard muestra que en el siglo XVIII, como afirma Darnton, «la protección funcionaba como un principio básico de la vida literaria»¹²¹. Es un término fundamental que figura en todos los informes del inspector d'Hémery, quien no cuestiona en ningún momento la máxima del tráfico de influencias, la cual tampoco era objeto de discusión en el mundillo intelectual ni en la sociedad de la época¹²². Las *histoires* de d'Hémery prestaban mucha atención a las redes de relaciones en cuyo seno desarrollaban su actividad los escritores, quienes –al igual que ocurría en la segunda mitad del siglo XVII- a menudo acumulaban ingresos procedentes de fuentes diversas, recibían las oportunas gratificaciones del mecenazgo real y se beneficiaban asimismo de los puestos y sinecuras propios del clientelismo.

En algunos casos, como veíamos a propósito de Suard, las distintas fuentes de financiación proporcionaban a los hombres de letras una más que

¹²¹ Robert DARNTON, «La anatomía de la República de las Letras...», *op. cit.*, p. 171.

¹²² *Ibid.*, p. 168.

cómoda posición social y un tren de vida relativamente alto. Se trata sin duda del prototipo opuesto a los buscavidas de *Grub Street*, que debían compensar los módicos salarios que percibían con una abundante producción que incluía a menudo voluminosos diccionarios y compilaciones. Entre unos y otros, entre los literatos subvencionados y los escritorzuelos de buhardilla podemos situar, como apunta Didier Masseau, «una categoría intermedia, que intenta abrirse camino en la jungla editorial»¹²³. A pesar de que se encuentra en plena expansión, el mercado literario presenta aún numerosas dificultades para unos autores que en la mayoría de las ocasiones venden su manuscrito al editor a cambio de un determinado número de ejemplares, que a menudo regalan a protectores potenciales. Con todo, escritores como Mercier o Rétif de La Bretonne, cuyas carreras literarias se mantuvieron ajenas al clientelismo y mecenazgo, adoptaron nuevas formas de profesionalismo gracias al éxito cosechado por sus obras.

Los autores experimentan cada vez menos el desdén aristocrático hacia el trabajo remunerado. Escribir por dinero va perdiendo su estigma mientras en los debates en torno a la duración de los privilegios de librería los editores establecen un vínculo fundamental entre los derechos de autor y la idea de ascendencia lockiana que entiende la escritura como un trabajo individual¹²⁴, una

¹²³ « Une catégorie intermédiaire, essayant de se frayer un chemin dans la jungle éditoriale » (Didier MASSEAU, *op. cit.*, p. 99).

¹²⁴ « Lejos de nacer de una aplicación particular del derecho individual de propiedad –escribe Roger Chartier–, la afirmación de la propiedad literaria deriva directamente de la defensa del privilegio de librería que garantiza un derecho exclusivo sobre un título al librero que lo ha obtenido » (Roger CHARTIER, « Figuras del autor », *op. cit.*, p. 46). Cuando la monarquía pretendió abolir la perpetuidad de los privilegios de librería, los libreros-editores argumentaron

concepción que se desarrolla al mismo tiempo que surge una nueva percepción estética según la cual la obra es una creación original, fruto de la inspiración de un genio único e irrepetible.

Se está forjando la figura del escritor en el sentido moderno del término, un proceso en el que, como veremos más adelante, contribuyó sobremanera la afortunada recepción de *La Nouvelle Héloïse* de Jean-Jacques Rousseau. Tal vez, como sostiene Darnton, «d'Hémery se expresó en una etapa intermedia en la evolución del rango de escritor»¹²⁵. El respeto que rezuman sus palabras sobre Voltaire (definido por el inspector de policía como «un águila por su espíritu, pero un mal sujeto por sus opiniones»¹²⁶) habría sido inconcebible un siglo antes, cuando las autoridades actuaban de manera más contundente contra publicaciones menos osadas que las del patriarca de Ferney, y a buen seguro se habría quedado corto una centuria más tarde, cuando culminó la consagración del escritor. Si –como apuntamos en el capítulo anterior- el siglo XVII sentó las bases de la *institución literaria* decimonónica fue sin duda porque el XVIII reforzó la posición social de los autores, lo cual animó a los jóvenes y a los no tan

que se trataba de un derecho irrevocable, ya que el autor es propietario de la obra, que pasa a ser poseída por el librero para que éste la comercialice. De este modo se opusieron los editores londinenses al *Statute* de 1709, que establecía una duración máxima de catorce años para el *copyright* (a los que podían añadirse otros catorce años si el autor permanecía vivo). La misma preocupación llevó a los libreros parisinos a encargar a Diderot su *Carta sobre el comercio de libros*, escrita en 1763. En ambos casos los libreros-editores de la capital estaban inquietos ante la posibilidad de que su aventajada posición se tambaleara al tener que competir con las reediciones confeccionadas en las provincias (*ibíd.*, pp. 46-47). Véase también Denis DIDEROT, *Carta sobre el comercio de libros*, estudio preliminar de Roger Chartier, edición, traducción y notas de Alejandro García Schnetzer, Buenos Aires, FCE, 2003. La *Carta*, que estaba dirigida a Antoine Gabriel de Sartine, lugarteniente general de la policía desde 1759 y director general de la Librería desde 1763 (cuando sucedió a Malesherbes) no fue publicada hasta 1861.

¹²⁵ Robert DARN'TON, «Un inspector de policía organiza su archivo...», *op. cit.*, p. 178.

¹²⁶ Joseph D'HÉMERY citado por Robert DARN'TON (*ibíd.*).

jóvenes amantes de las letras a aventurarse en pos de una carrera repleta según Voltaire de «pobres diablos».

Por supuesto, el sueño de convertirse en escritor no era patrimonio exclusivo del territorio francés ni de su capital, a pesar de que ésta, como bien afirma Darnton, fue el centro neurálgico del movimiento ilustrado que alumbró la figura del *philosophe*¹²⁷. En 1761, el comentarista alemán Rochus Friedrich Graf zu Lynar se hacía eco de la moda que, cómo no, se había apoderado también de su país: «Vivimos en una época en la que [...] casi todo el mundo está aquejado de la pasión de ser un autor. Desde el trono hasta la cabaña de pastores, escribe libros cualquiera que sepa cómo empuñar una pluma». El inglés Samuel Johnson se refería a su tiempo y a su patria como «la era de los autores»¹²⁸.

La Francia de la segunda mitad del siglo XVIII es testigo del creciente prestigio de los autores. Fue entonces cuando se convirtió en una práctica común que los dramaturgos compareciesen en escena tras el estreno de sus piezas teatrales, un honor que recibió en primer lugar Voltaire, aclamado por el público después de la primera representación de *Merope* el veinte de febrero de 1743. Fue entonces cuando vio la luz la ambiciosa *Encyclopédie* de Diderot y d'Alembert, que sin duda no es un diccionario más, sino un auténtico ejercicio de poder orquestado por una *société de gens de lettres* que además de podar el árbol

¹²⁷ Robert DARNTON, «La dentadura postiza de George Washington», *op. cit.*, p. 292.

¹²⁸ Ambas citas han sido tomadas de James Van Horn MELTON, *La aparición del público durante la Ilustración europea* [2001], València, Publicacions de la Universitat de València, 2009, trad. de Ricardo García Pérez, p. 157.

del conocimiento, como escribe Darnton¹²⁹, reclama para sí una prerrogativa propia de quienes custodiaban los arcanos misterios de los libros sagrados: nombrar las cosas ha pasado a ser una atribución del *philosophe*.

Pero, como advertíamos más arriba, el proceso todavía no ha concluido. A pesar de que los hombres de letras gozan de una reputación cada vez mayor en los últimos decenios del Antiguo Régimen, aún no han conquistado la jerarquía acorde con las pretensiones de quienes se presentan como los encargados de manejar el timón de la opinión pública. Los escritores aún no han adquirido un estatuto, no constituyen una categoría social que los distinga de otros oficios o *qualités*; de ahí que d'Hémery llamara «muchachos» (*garçons*) a aquellos autores que, con independencia de su edad, no podía situar en el orden socioprofesional reconocido en la época, los que desde esos parámetros no ocupaban una posición estable, como Diderot, que cuenta 36 primaveras a comienzos de 1748 (fecha del informe de d'Hémery que Darnton incluye en el anexo del capítulo dedicado a los expedientes del inspector del comercio de libros) y un año antes de su encarcelamiento en Vincennes aparece como «un muchacho muy ingenioso, pero extremadamente peligroso»¹³⁰.

El término empleado por d'Hémery para referirse a los autores *sans état* es una buena muestra del trato que recibían los escritores que no pertenecían a las clases privilegiadas. Desde esta perspectiva, las cosas no parecen haber cambiado

¹²⁹ Véase Robert DARNTON, «Los filósofos podan el árbol del conocimiento: la estrategia epistemológica de la *Encyclopédie*», in *La gran matanza de gatos...*, *op. cit.*, pp. 192-215.

¹³⁰ Joseph D'HÉMERÝ citado por Robert DARNTON, «Un inspector de policía organiza su archivo...», *op. cit.*, p. 188.

demasiado con respecto a la *bastonnade* que en 1726 le propinaron a Voltaire los esbirros del caballero de Rohan. Darnton recuerda que en la era de la *Encyclopédie* los escritores que agraviaban a las personalidades de elevado rango aún eran apaleados, lo cual sugiere que no debemos exagerar la distancia entre el reconocimiento que merecían los hombres de letras de las primeras décadas del siglo XVIII y la ascendencia social de los mismos en los años cincuenta y sesenta, a pesar de que contamos con suficientes evidencias para afirmar sin temor a equivocarnos que el peso de las *gens de lettres* aumenta de manera considerable conforme avanza la centuria, hasta culminar en la apoteósica entrada de Voltaire en París en 1778. Pero tal vez porque, como señalamos antes, nos hallamos en mitad de un proceso donde conviven el creciente prestigio de los literatos y la vulnerabilidad de los mismos, que no encajan con facilidad en las rígidas estructuras sociales del Antiguo Régimen, quizá por este motivo se antojan más necesarios los discursos que reivindican la dignidad de los *philosophes*, textos como los ya analizados de Duclos o Voltaire, o el conocido *Essai sur la société des gens de lettres et des grands, sur la réputation, sur les mécènes, et sur les récompenses littéraires*, publicado por d'Alembert en 1753.

El manifiesto de d'Alembert

Incluido en el segundo volumen de los *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie* que vio la luz en enero de 1753, el *Essai* de d'Alembert comienza con una referencia crítica al *Discours sur les sciences et les arts* de Rousseau, que obtuvo

el premio convocado por la Académie de Dijon en 1750 al responder a la cuestión acerca de si el restablecimiento de las ciencias y las artes había contribuido a depurar las costumbres¹³¹. Algunos *philosophes*, escribe d'Alembert, «pretenden que la naturaleza humana se deprava a fuerza de luces»¹³². Quienes piensan de este modo, continúa el autor, no son capaces de comprender hasta qué punto la ignorancia que reinaba en los siglos bárbaros es enemiga de la virtud que hoy resplandece tras un largo periplo en el que Francia ha estado sumida en las tinieblas.

A partir de un diagnóstico más optimista que el propuesto por el escritor ginebrino, d'Alembert traza a renglón seguido una breve historia donde vincula el feliz abandono de la oscuridad y la actitud de los monarcas franceses hacia las letras. El primero que merece su atención es Carlos V, quien, consciente de que la cultura es una poderosa arma capaz de asegurar la tranquilidad del Estado, fomentó en sus territorios el gusto por las ciencias. Tras varios soberanos que hicieron caso omiso a la lección de su sabio antecesor, Francisco I le dio un nuevo impulso a las letras. Éstas florecieron como nunca antes en el reino; sin embargo, según d'Alembert, las luces de aquel tiempo tan sólo penetraron el centro de la nación, no se extendieron a las extremidades de la misma, no

¹³¹ Sobre la controversia entre Rousseau y d'Alembert, véase Dinah RIBARD, « D'Alembert et la « société des gens de lettres » : utilité et autonomie des lettres dans la polémique entre Rousseau et d'Alembert », *Littératures Classiques*, 37, 1999, pp. 229-245.

¹³² « Prétendent que la nature humaine se déprave à force des lumières » (D'ALEMBERT, *Essai sur la société des gens de lettres et des grands...*, *op. cit.*, p. 1).

llegaron ni al pueblo, entregado por completo a las labores de subsistencia, ni a «los grandes señores suficientemente ocupados en su ociosidad y sus intrigas»¹³³.

Esta situación cambió con la llegada al trono de Luis XIV. Los prejuicios, las supersticiones comenzaron a ceder ante el empuje de la filosofía, y «la ignorancia dejó de ser el orgulloso dominio de la nobleza»¹³⁴, concluye d'Alembert. Fue entonces cuando los grandes comenzaron a acercarse a los escritores, «tanto a los célebres como a los mediocres»¹³⁵, cuando empezaron a aproximarse no sólo a sus obras, sino a las personas, a quienes ofrecen «muestras de estima, a menudo más interesadas que sinceras»¹³⁶. Según el autor del *Essai*, los hombres de letras tienen motivos para sentirse desorientados ante esta nueva coyuntura, que los invita a abandonar el suelo seguro de la soledad de su gabinete para aventurarse en *le monde*. El propio d'Alembert reconoce que se trata de una experiencia por la que él mismo ha pasado y afirma que las páginas que siguen son las reflexiones que tal vivencia le ha sugerido.

Una vez identificado el objeto del ensayo, el coeditor de la *Encyclopédie* intenta mostrar la cara oculta de las ventajas que las gentes de letras creen encontrar en el comercio con los *grands*. En compañía de estos últimos, afirma d'Alembert, el mérito de los escritores es más celebrado, ya que sus producciones son juzgadas por un tribunal distinto del que conforman sus colegas y rivales, cuyas valoraciones parten de un nivel de exigencia mucho

¹³³ « Les grand seigneurs suffisamment occupés de leur oisiveté et de leurs intrigues » (*ibid.*, p. 4).

¹³⁴ « L'ignorance cessa d'être l'apanage chéri de la noblesse » (*ibid.*).

¹³⁵ « Tant célèbres que médiocres » (*ibid.*, p. 5).

¹³⁶ « Marques d'estime, souvent plus intéressées que sincères » (*ibid.*).

mayor que el exhibido por aquellos *demi-connaisseurs*¹³⁷, que son evaluadores «bastante ilustrados para que podamos suponer que no se pronuncian sin examen, y al mismo tiempo bastante superficiales para que no tengamos que temer de su parte un juicio demasiado severo»¹³⁸. Los hombres de letras logran de este modo satisfacer su amor propio, henchido no sólo por las críticas favorables de los aristócratas provistos de cierta cultura, sino también y ante todo gracias a los desmesurados elogios que reciben de los nobles que no alcanzan ni siquiera la formación de los *demi-connaisseurs*, que según d'Alembert son una rara especie entre los grandes cuya insuficiente educación, «limitada por completo al exterior, puede servirles para imponerse al pueblo, pero no para juzgar a los hombres»¹³⁹.

Gracias a su relación con los grandes, los hombres de letras pueden gozar de mayor consideración, pero este nuevo beneficio que pueden obtener los escritores con su ingreso en *le monde* es otra arma de doble filo para d'Alembert, que distingue entre reputación y consideración: la primera es el prestigio ganado por un literato a raíz de su talento y su obra; la segunda tiene que ver con el rango, el cargo o las riquezas¹⁴⁰. Los *philosophes* que siguen este último camino a menudo acaban convertidos en cortesanos, en meros esclavos de los grandes a los que sirven. Inclínados ante quienes deberían postrarse frente a las gentes de

¹³⁷ *Ibid.*, p. 11.

¹³⁸ « Assez éclairés pour que nous puissions supposer qu'ils ne prononcent pas sans examen, et en même temps assez superficiels pour que nous n'ayons point à craindre de leur part un jugement trop sévère » (*ibid.*, p. 10).

¹³⁹ « Toute bornée à l'extérieur, peut leur servir à imposer au peuple, mais non pas à juger aux hommes » (*ibid.*, p. 12).

¹⁴⁰ *Ibid.*, pp. 32-33.

letras, estas últimas según d'Alembert ignoran «las ventajas que la superioridad del genio proporciona sobre los demás hombres»¹⁴¹, sobre los grandes, la mayoría de los cuales menosprecian el título de hombre de letras¹⁴², y sobre el público, que, a juicio del autor, ha de moverse dentro de los parámetros marcados por la elite ilustrada¹⁴³.

Antes de finalizar el capítulo nos detendremos en esta última cuestión. De momento nos interesa señalar que la supremacía del *philosophe* defendida por d'Alembert pasa por su competencia en materia de gusto: «Sólo a las personas del arte les está reservado apreciar las verdaderas bellezas de una obra, y el grado de dificultad vencida»¹⁴⁴. Los árbitros del sentido estético son también los depositarios del conocimiento (los encargados de podar el árbol de la ciencia, como afirmábamos más arriba), por lo que los hombres de letras que sobrellevan de manera más digna su relación con los grandes son aquéllos que no viven con ellos más que para decirles la verdad¹⁴⁵, aquéllos que se dedican al «arte de instruir y de iluminar a los hombres»¹⁴⁶.

La verdad es precisamente una de las tres máximas sobre las que se sostiene la figura del *philosophe* reivindicada por d'Alembert, que completa su particular tríada con la libertad y la pobreza¹⁴⁷. La importancia de esta última en la caracterización del hombre de letras ya había sido subrayada por Marivaux en

¹⁴¹ « Les avantages que la supériorité du génie donne sur les autres hommes » (*ibid.*, p. 36).

¹⁴² *Ibid.*, p. 46.

¹⁴³ *Ibid.*, pp. 15-16.

¹⁴⁴ « C'est aux personnes seules de l'art qu'il est réservé d'apprécier les vraies beautés d'un ouvrage, et le degré de difficulté vaincue » (*ibid.*, p. 16).

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 37.

¹⁴⁶ « L'art d'instruire et d'éclairer les hommes » (*ibid.*, p. 46).

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 60.

L'indigent philosophe, el texto de 1727 que oponía la pobreza propia de las gentes de bien frente a la vanidad que afectan los *beaux esprits* y los *hommes du monde*¹⁴⁸. Si la definición de *philosophe* propuesta por Dumarsais rechazaba la pobreza vinculada al modelo estoico —pues ésta nos priva del contacto con las *honnêtes gens*¹⁴⁹, el *Essai* de d'Alembert vuelve a situar el concepto como uno de los pilares que sustentan el edificio que pretende construir, aunque no llega tan lejos como Marivaux y distingue entre pobreza e indigencia: «Cuando digo que la pobreza debe ser uno de los términos del lema de las gentes de letras —escribe d'Alembert—, no pretendo que éstas se vean obligadas a ser indigentes, como están obligadas a ser verdaderas y libres, y que la pobreza deba ser un atributo esencial de su estado; digo solamente que no deben temerla»¹⁵⁰.

El «código de honor de los intelectuales»¹⁵¹ propuesto por d'Alembert concluye con una llamada a la unión de los hombres de letras, que a juicio del autor es «el medio más seguro de hacerse respetar»¹⁵² para quienes huyen de la charlatanería y de las ambiciones vanas alimentadas en las reuniones *mondaines*, a las que, según confiesa en su autorretrato de 1760, d'Alembert empezó a asistir bastante tarde, pues el trabajo consumía casi todo su tiempo y su franqueza de

¹⁴⁸ Pierre Carlet de Champlain de MARIVAUX, *L'indigent philosophe* [1727], Paris, Armand Colin, 1992.

¹⁴⁹ [César Chesneau DUMARSAIS], « Le Philosophe », *op. cit.*, pp. 200-204.

¹⁵⁰ « Quand je dis que la pauvreté doit être un des mots de la devise des gens de lettres, je ne prétends pas qu'ils soient obligés d'être indigents, comme ils le sont d'être vrais et libres, et que la pauvreté doive être un attribut essentiel de leur état ; je dis seulement qu'ils ne doivent pas la redouter » (D'ALEMBERT, *Essai sur la société des gens de lettres et des grands...*, *op. cit.*, p. 61).

¹⁵¹ Así lo denomina Élisabeth BADINTER, *Les passions intellectuelles*, vol. II, *op. cit.*, p. 96.

¹⁵² « Le moyen le plus sûr de se faire respecter » (D'ALEMBERT, *Essai sur la société des gens de lettres et des grands...*, *op. cit.*, p. 69).

carácter no casaba demasiado bien con la *politesse* requerida en los salones¹⁵³. Al igual que en su «Portrait» escrito el año en que se estrenó la comedia de Palissot, en el *Essai* publicado en 1753 el enciclopedista se define como un escritor independiente, que no busca la adulación de los grandes, sino que, por el contrario, como acabamos de señalar, reclama la cohesión de las gentes de letras, mediante la cual éstas «lograrán sin esfuerzo legislar sobre el resto de la nación en materias de gusto y filosofía»¹⁵⁴. Es tal vez el primer alegato a favor de lo que se llamará el *parti philosophique*, compuesto por un selecto grupo de genios cuya supremacía los coloca en una situación privilegiada. Como afirma John Pappas, se trata de «una nueva aristocracia de los hombres de letras»¹⁵⁵, en la que sin duda d'Alembert juega un papel fundamental, como se pone de manifiesto apenas un año después, cuando es elegido para ingresar en la Académie française, donde más tarde ocupará el cargo de *secrétaire perpétuel*.

El *philosophe* es un animal sociable

Como escribe Élisabeth Badinter, d'Alembert será víctima de las exigencias expresadas en su propio manifiesto¹⁵⁶. En 1753, el *philosophe* que resta importancia a los honores y distinciones que atraen a los indignos hombres de letras es miembro de tres de las instituciones *savantes* más prestigiosas de

¹⁵³ D'ALEMBERT, «Portrait de l'auteur, fait par lui même, et adressé à Madame***» (1760), in *Oeuvres de d'Alembert*, Paris, A. Belin, vol. I, 1821, vol. I, p. 10.

¹⁵⁴ «Parviendront sans peine à donner la loi au reste de la nation sur les matières de goût et de philosophie» (D'ALEMBERT, *Essai sur la société des gens de lettres et des grands...*, *op. cit.*, p. 69).

¹⁵⁵ «Une nouvelle aristocratie des hommes de lettres» (John PAPPAS, «D'Alembert et la nouvelle aristocratie», *Dix-huitième siècle*, 15, 1983, p. 342).

¹⁵⁶ Véase Élisabeth BADINTER, *Les passions intellectuelles*, vol. II, *op. cit.*, pp. 158-174.

Europa: la Académie des sciences de París, la Académie de Berlín y la Royal Society de Londres. Tras las campañas a su favor de Charles Duclos y la influyente Mme du Deffand, el veintiocho de noviembre de 1754 la asamblea de la Académie française registra tres votos para el abbé Trublet, nueve para el abbé de Boismont y catorce para d'Alembert, que obtiene así la plaza vacante tras el fallecimiento del obispo de Vence.

El *philosophe* que demandaba la unión de los hombres de letras bajo el lema «Liberté, vérité et pauvreté»¹⁵⁷ no sólo recibe importantes honores académicos, sino que se compromete con un grande de la talla de Federico II de Prusia. En nombre de éste el marqués d'Argens había intentado por todos los medios convencer a d'Alembert para que se instalara en Berlín y se hiciera cargo de la Academia –dirigida por un Maupertuis que en el verano de 1752 parecía agonizante–, hasta que en mayo de 1754 le ofreció una pensión de 1.200 libras que no estaba sujeta a ninguna contraprestación por parte de d'Alembert, a quien el monarca rogaba únicamente que cumpliera su promesa y lo obsequiara con una visita cuando sus compromisos con la *Encyclopédie* se lo permitieran. D'Alembert aceptó de inmediato la generosa oferta de Federico II y el uno de junio de 1755 emprendió el viaje hacia Wesel para encontrarse con éste, que aún tardó unos meses en pagar la pensión a su admirado hombre de letras, quien adquirió en Wesel el compromiso de pasar una temporada en Potsdam. Las críticas que subrayaban las contradicciones del autor del *Essai sur la société des gens de lettres et des grands* no se hicieron esperar. Así, el dramaturgo Alexis Piron se

¹⁵⁷ D'ALEMBERT, *Essai sur la société des gens de lettres et des grands...*, *op. cit.*, p. 60.

mofaba del «noble desdén [...] por las plazas y el dinero que no ha podido salvar[lo] de una pensión del rey de Prusia y de una plaza en la Academia»¹⁵⁸. Menos sarcástico, el barón Ulrich Sheffer, el embajador de Suecia en Francia, no ocultaba su malestar en la carta que envió el diecisiete de septiembre de 1755 a Mme du Deffand: «Estoy disgustado al ver correr detrás de los grandes a un *philosophe* que ha censurado tan justamente el comercio de los *savants*; estoy disgustado al ver al más ilustre de los hombres de letras de nuestro siglo sentado, en Potsdam, al lado del marqués d'Argens y sus semejantes»¹⁵⁹.

Las críticas a los *philosophes* —reforzados con la elección de d'Alembert como miembro de la Académie française— no harán sino aumentar con el paso del tiempo. Dos años después del reprobado viaje a Wesel del enciclopedista el atentado de Damiens contra Luis XV supuso un serio revés para las aspiraciones de los hombres de letras que se alineaban junto a d'Alembert, que no tardó en recibir la carta en la que Voltaire alertaba ante la temible coyuntura a la que se enfrentaban: «¿Por qué es preciso que los fanáticos se respalden entre ellos y que los *philosophes* estén desunidos y dispersos? Reúna al rebaño. Coraje. Mucho me temo que Pierre Damiens puede hacerle bastante daño a la filosofía»¹⁶⁰. Enviada

¹⁵⁸ « Noble dédain [...] pour les places et l'argent qui n'a pu [le] sauver d'une pension du roi de Prusse et d'une place à l'Académie » (carta de Alexis PIRON a d'Orceau de Fontette, uno de enero de 1755, citada por Élisabeth BADINTER, *Les passions intellectuelles*, vol. II, *op. cit.*, p. 174).

¹⁵⁹ « Je suis fâché de voir courir après les grands, un philosophe qui a si justement censuré le commerce des savants ; je suis fâché de voir le plus illustre des gens de lettres de notre siècle assis, à Potsdam, à côté du marquis d'Argens et ses pareils » (Ulrich SCHEFFER citado por Élisabeth BADINTER, *ibid.*).

¹⁶⁰ « Pourquoi faut-il que les fanatiques s'épaulent tous les uns les autres et que les philosophes soient désunis et dispersés ? Réunissez le petit troupeau. Courage. J'ai bien peur que Pierre Damiens ne nuise beaucoup à la philosophie » (carta de VOLTAIRE a d'Alembert, 16 de enero [de 1757], in VOLTAIRE, *Correspondance*, *op. cit.*, vol. IV, 1978, lettre 4665 [D 7122], p. 924). Aunque aquí el nombre de pila de Damiens sea Pierre y no Robert-François, no cabe ninguna

por el patriarca de Ferney el dieciséis de enero, la misiva llamaba la atención acerca de los peligrosos efectos que el navajazo propinado al monarca podía surtir sobre unos *philosophes* que disgregados se mostraban muy vulnerables, pero no podía comprender hasta qué punto el escandaloso suceso del cinco de enero era sólo el comienzo del «año calamitoso» –como lo denomina Élisabeth Badinter¹⁶¹– que apenas había echado a andar. El año en que estalla el caso Damiens será testigo de la acusación de plagio que desacredita a Diderot, cuya primera obra de teatro, *Le Fils naturel*, es a juicio de Fréron una mala copia de la pieza de Goldoni *Il Vero Amico*. Pero eso no es todo, pues tras la denuncia del *Année littéraire* publicada el doce de julio¹⁶², la imagen de los hombres de letras se verá seriamente dañada con el enfrentamiento entre Rousseau y Diderot y la dimisión de d'Alembert de la dirección de la *Encyclopédie*.

A todo ello hemos de sumar las crecientes parodias del disperso «rebaño» de Voltaire, como las *Petites lettres sur des grands philosophes* de Palissot y las memorias sobre los *cacouacs* de Joseph Giry de Saint-Cyr y Jacob-Nicolas Moreau¹⁶³. Los textos que en 1757 arremeten con dureza contra los *philosophes*

duda de que Voltaire se refiere al individuo que apuñaló a Luis XV, a quien cita junto a François Ravaillac para afirmar a continuación que ni uno ni otro ni los regicidas que los precedieron pueden ser tachados de deístas, de *philosophes*.

¹⁶¹ Élisabeth BADINTER, *Les passions intellectuelles*, vol. II, *op. cit.*, pp. 265-305.

¹⁶² *L'Année littéraire, ou Suite des Lettres sur quelques écrits de ce temps*, 1757, IV, pp. 289-300.

¹⁶³ [Joseph GIRY DE SAINT-CYR], *Premier mémoire pour servir à l'histoire de Cacouacs* (inséré dans le *Mercure de France*, premier volume du mois d'octobre 1757, p. 15, sous le titre d'*Avis utile*), in Jean-Louis VISSIERE (éd.), *La Secte des empoisonneurs : polémique autour de l'Encyclopédie de Diderot et d'Alembert*, Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence, 1993, pp. 40-42 ; [Jacob-Nicolas MOREAU], *Nouveau mémoire pour servir à l'histoire de Cacouacs*, Amsterdam, 1757. Más tarde Giry de Saint-Cyr publicará un nuevo título en la línea de los dos ya citados, aunque en este caso se trata de una sucesión de fragmentos extraídos de diversas obras firmadas por los *philosophes*: [Joseph GIRY DE SAINT-CYR], *Catéchisme et décisions de cas de conscience, à l'usage des*

censuran el aire de autoridad de quienes, según Palissot, se consideran los «árbitros de la literatura»¹⁶⁴, «el tono de superioridad»¹⁶⁵ del anciano que en la *Nouveau mémoire* de Moreau explica al prisionero de los *cacouacs* las sublimes hipótesis —encerradas en los siete cofres¹⁶⁶ que simbolizan los siete volúmenes de la *Encyclopédie* publicados hasta esa fecha— que han de destruir los prejuicios del vulgo. Tal es la gloriosa misión que se arrojan los *cacouacs*, unos individuos tan extraños como peligrosos, pues aunque no poseen más que un arma, un veneno escondido bajo la lengua que pueden lanzar desde lejos, resultan letales debido a su extraordinaria capacidad para seducir a los demás, que una vez apresados comienzan a desarrollar las ideas más extravagantes y crueles que brotan de una imaginación sobreexcitada (que odia el orden establecido y proclama la inexistencia de Dios).

En ambas memorias los *cacouacs* aparecen como unos charlatanes que encandilan a todos los incautos que entran en su radio de acción. Su lengua viperina oculta no sólo su temible ponzoña, sino la que es sin duda su mayor virtud: los *cacouacs* dominan como nadie el arte de la conversación. «Nunca pierden de vista las ganas de agradar, de divertir y de seducir»¹⁶⁷, afirma Giry de Saint-Cyr; «su lenguaje tiene algo de sublime y de ininteligible que inspira el

Cacouacs, avec un discours du patriarche des Cacouacs pour la réception d'un nouveau disciple, Cacopolis, 1758.

¹⁶⁴ « Un air d'arbitres de la littérature » (Charles PALISSOT DE MONTENOY, *Petites lettres sur des grands philosophes*, *op. cit.*, lettre première, p. 10).

¹⁶⁵ « Le ton de supériorité » ([Jacob-Nicolas MOREAU], *Nouveau mémoire pour servir à l'histoire de Cacouacs*, *op. cit.*, p. 53).

¹⁶⁶ *Ibid.*, p. 56.

¹⁶⁷ « Ils ne perdent jamais de vue l'envie de plaire, d'amuser et de séduire » ([Joseph GIRY DE SAINT-CYR], *Premier mémoire pour servir à l'histoire de Cacouacs*, *op. cit.*, p. 41).

respeto y provoca la admiración»¹⁶⁸, constata Moreau. Tanto en la primera como en la segunda versión de la historia de esta peculiar colonia de individuos destacan las habilidades sociales de los *cacouacs*, que gustan de introducirse ante todo en los círculos de la *bonne compagnie*, en los salones regentados por las mujeres más distinguidas, que son las víctimas preferidas de sus irresistibles encantamientos¹⁶⁹. Si la conclusión de Moreau señala de manera explícita el término real de la metáfora de los *cacouacs* (que como es obvio no es otro que los *philosophes*, cuyas obras impresas son halladas por el prisionero al llegar a su patria, tras ser liberado por los *aléthophiles*¹⁷⁰), las últimas líneas del texto inicial de Giry de Saint-Cyr nos recuerdan el argumento de la comedia de Palissot con la que arrancamos este capítulo. El placer que experimentan los *cacouacs* en las reuniones *mondaines* atemperadas por la discreta femineidad nos retrotrae a aquella Cydalise que hechizada por los *philosophes* pone su mundo patas arriba, rompe el compromiso de su hija Rosalie con su querido pretendiente para casarla con uno de estos *beaux esprits* que la han cautivado, transforma su vivienda para alojar en ella un exclusivo salón donde los petulantes contertulios discuten sobre metafísica y se aventura como autora de un libro que escribe al dictado de los nuevos principios que han operado su completa metamorfosis.

¹⁶⁸ « Leur langage a quelque chose de sublime et d'inintelligible qui inspire le respect et entretient l'admiration » ([Jacob-Nicolas MOREAU], *Nouveau mémoire pour servir à l'histoire de Cacouacs*, *op. cit.*, p. 17).

¹⁶⁹ [Joseph GIRY DE SAINT-CYR], *Premier mémoire pour servir à l'histoire de Cacouacs*, *op. cit.*, pp. 41-42.

¹⁷⁰ Armados con su «silbido universal» (*sifflement universel*), los *aléthophiles* vencen a los *cacouacs*, que caen de lo alto y huyen ([Jacob-Nicolas MOREAU], *Nouveau mémoire pour servir à l'histoire de Cacouacs*, *op. cit.*, p. 92).

Al igual que en el *Essai des gens de lettres et des grands*, en las historias sobre los *caconacs* que vieron la luz tras el fallido atentado de Damiens y en la pieza teatral estrenada en la Comédie française el viernes dos de mayo de 1760 la sociabilidad ocupa el primer plano de la escena. El debate en torno a la controvertida figura del hombre de letras arroja una conclusión que parece fuera de toda duda: el *philosophe* es un animal sociable. Lo afirmaba Dumarsais en el que a juicio de Jin Lu es el primer escrito que ofrece una definición rigurosa del emblemático personaje del siglo de las Luces, quien según el texto de 1743 no sólo ha de cultivar su espíritu, pues «la razón exige de él que conozca, que estudie y que trabaje para adquirir las cualidades sociables»¹⁷¹. Son precisamente estas habilidades las que distinguen a los hombres de letras de la Ilustración tal como éstos quedan caracterizados en el artículo «Gens de lettres» de la *Encyclopédie*: «El espíritu del siglo los ha vuelto a la mayoría tan aptos para *le monde* como para el gabinete; y es en este aspecto en el que son superiores a los de los siglos precedentes»¹⁷².

La sociabilidad es un rasgo diferencial del *philosophe*. Hasta tal punto que la frecuente presencia de éste en los círculos donde se codea con la alta aristocracia supone un serio problema según Jean-Jacques Garnier, pues *l'homme de lettres* (la expresión que da título a su obra de 1764) corre el riesgo de convertirse en un mero *homme de société* si descuida aquello que constituye su verdadero carácter, si

¹⁷¹ «La raison exige de lui qu'il connoisse, qu'il étudie et qu'il travaille à acquérir les qualités sociables » ([César Chesneau DUMARSAIS], «Le Philosophe », *op. cit.*, p. 185).

¹⁷² «L'esprit du siècle les a rendu pour la plupart propres pour le monde que pour le cabinet; et c'est en quoi qu'ils sont supérieurs à ceux des siècles précédents » (VOLTAIRE, «Gens de lettres », *op. cit.*, p. 599).

olvida que su principal ocupación es el estudio y que éste requiere de la meditación continua y del retiro del mundo¹⁷³.

Al subrayar el placer de la vida sosegada lejos del mundanal ruido, Garnier aboga por un hombre de letras distinto de aquél que se define en función del lugar que ocupa en los diferentes escenarios donde se pone en juego, en virtud de sus distinciones académicas y de sus vínculos sociales. El profesor de hebreo en el Collège royal y miembro de la Académie royale des inscriptions et belles-lettres desde 1761 no es el único que desconfía del modelo de literato que parece imponerse cuando el creciente peso de la opinión pública invita al *philosophe* a salir cada vez más a menudo de su apacible y solitario gabinete. El año en que Garnier ingresa en la academia que lo había premiado por su *Traité de l'origine du gouvernement françois*¹⁷⁴ ve la luz una novela que, además de constituir un éxito comercial sin precedentes, supone un antes y un después por lo que respecta a la relación entre el autor y el lector. El responsable de esta obra es un escritor cuyas críticas a la cultura *mondaine* van mucho más allá del recelo que ésta despierta en Garnier, pues si tomamos en serio las advertencias contenidas en la *Lettre à d'Alembert sur son article Genève* los hombres de letras no sólo quedan desvirtuados con la vida disipada de la *bonne société*, sino que además se degradan al inclinarse ante unas *salonnières* cuyo renombre no puede evitar las incapacidades propias de la condición femenina: «Vilmente rendidos a los

¹⁷³ Jean-Jacques GARNIER, *op. cit.*, en particular pp. 6-7, 117-118.

¹⁷⁴ Jean-Jacques GARNIER, *Traité de l'origine du gouvernement françois, où l'on examine ce qui est resté en France sous la première Race de nos Rois, de la forme du Gouvernement qui subsistoit dans les Gaules sous la Domination Romaine*, Paris, chez Vente, 1765.

antojos del sexo al que deberíamos proteger y no servir, hemos aprendido a despreciarlo obedeciéndolo, a ultrajarlo con nuestros cuidados burlones; y cada mujer de París reúne en su domicilio a un serrallo de hombres más mujeres que ella misma, que saben rendir a la belleza toda suerte de homenajes, excepto el del corazón, del que es digna»¹⁷⁵.

***La Nouvelle Héloïse* y sus febriles lectoras**

«Abro un volumen de *La Nouvelle Héloïse* de Rousseau, de momento no hay más que negro sobre papel; pero de repente pongo atención, me animo, me enardezco, me acaloro, mil movimientos diversos me agitan. Me creo en los bosques de Clarens; veo, oigo a los personajes, leo el volumen en un suspiro, y cuando me entero de que hay seis, mi corazón palpita de alegría y placer, y me gustaría poder prolongar hasta el infinito esta deliciosa lectura»¹⁷⁶.

Quien así se expresa es Louis-Sébastien Mercier, que no pierde la ocasión —en este caso en *Mon bonnet de nuit* (1784)- de alabar al escritor ginebrino. Pero el autor del *Tableau de Paris* es uno más entre la multitud de incondicionales y

¹⁷⁵ «Lâchement dévoués aux volontés du sexe que nous devrions protéger et non servir, nous avons appris à le mépriser en lui obéissant, à l'outrager par nos soins railleurs; et chaque femme de Paris rassemble dans son appartement un serrail d'hommes plus femmes qu'elle, qui savent rendre à la beauté toutes sortes d'hommages, hors celui du cœur dont elle est digne » (Jean-Jacques ROUSSEAU, *J. J. Rousseau, citoyen de Genève, à Mr. d'Alembert...*, *op. cit.*, p. 189). Sobre las críticas a la cultura de los salones, véase Roger CHARTIER, «El hombre de letras», *op. cit.*, pp. 172-175.

¹⁷⁶ «J'ouvre un volume de la nouvelle Héloïse de Rousseau ; c'est encore du noir sur du papier ; mais tout-à-coup je deviens attentif, je m'anime, je m'échauffe, je m'enflamme, je suis agité de mille mouvemens divers. Je me crois dans les bosquets de Clarens ; je vois, j'entends les personnages, je lis le volume d'une haleine ; et quand j'apprends qu'il y en a six, mon cœur palpita de joie et de plaisir, et je voudrais pouvoir prolonger à l'infini cette délicieuse lecture » (Louis-Sébastien MERCIER, *Mon bonnet de nuit* [1784], Lausanne, chez Pierre-Jean Heubach et compagnie, 1788, vol. I, p. 196).

apasionados lectores de Rousseau y en particular de *Julie ou La Nouvelle Héloïse*, posiblemente el mayor best-seller del Antiguo Régimen, que se publicó en 1761 y conoció al menos setenta ediciones antes de fin de siglo.

Como bien afirma Claude Labrosse en su monografía sobre la aclamada novela rousseauiana, al abordar el fenómeno de la lectura nos tropezamos con una inevitable paradoja: nuestro objeto de estudio es evidente, pero no deja huellas directas¹⁷⁷. De ahí la importancia de expedientes históricos como el hallado por Robert Darnton¹⁷⁸, que en el último capítulo de *La gran matanza de gatos* nos invita a la reflexión a partir de las 47 cartas que entre 1774 y 1785 Jean Ranson, un comerciante de La Rochelle, envió a Frédéric Samuel Ostervald, quien junto con otras tres personalidades de su localidad había fundado en 1769 la Société Typographique de Neuchâtel, una destacada casa editorial que aprovechaba la ausencia de legislación internacional en materia de derechos de autor para obtener pingües beneficios de sus reimpresiones de obras de éxito, algunas de las cuales, prohibidas en Francia, pasaban las fronteras hacia el territorio galo gracias a una buena red de contrabandistas. Ranson, que había conocido a Ostervald en la escuela secundaria de Neuchâtel, escribía con regularidad al que fuera su maestro para pedirle los libros que le interesaban, que abarcaban una amplia gama de materias, entre las que predominaba la literatura y pedagogía infantil, la religión (Ranson era protestante) y las *belles-lettres*.

¹⁷⁷ Claude LABROSSE, *Lire au XVIII^e siècle. La Nouvelle Héloïse et ses lecteurs*, Presses Universitaires de Lyon, 1985, p. 11.

¹⁷⁸ Robert DARNTON, «Los lectores le responden a Rousseau: la creación de la sensibilidad romántica», in *La gran matanza de gatos...*, *op. cit.*, pp. 216-267.

En este último apartado, el nombre propio predilecto de Ranson era Rousseau, cuyos textos causaban siempre una honda impresión en su admirador de La Rochelle, quien reconocía que actuaba en muchos aspectos de la vida cotidiana a partir de las enseñanzas de su venerado autor: «Todo lo que *l'Ami* Jean-Jacques –así solía llamarlo Ranson- ha escrito acerca de los deberes de los esposos y las esposas, de las madres y de los padres, me ha causado un profundo efecto; y le confieso que me servirá como regla en cualquiera de esos estados que yo deba ocupar»¹⁷⁹. Ranson, que llamó Émile a su segundo hijo, llega a disculparse ante el receptor de sus misivas por sus insistentes alusiones a Rousseau –a menudo acompañadas por comentarios acerca de su vida familiar, sobre los que también se excusa en ocasiones-: «Le pido perdón por hablar tan a menudo y tan extensamente de Jean-Jacques, pero me gusta decirme que el entusiasmo que él me causa, y que es producido totalmente por su propio entusiasmo por la virtud, me excusará ante sus ojos y que esto lo obligará a escribirme de cuando en cuando acerca de este amigo de la virtud»¹⁸⁰.

Como reconoce el propio Darnton, no podemos asegurar sin ningún género de dudas que el de Ranson es un caso típico, como no cabe desprenderse del problema historiográfico que supone pasar del fragmento a la totalidad. Sin embargo, parece evidente que la emoción que embargaba a aquel burgués de provincia que realizaba sus pedidos a la Société Typographique de Neuchâtel era un sentimiento compartido con numerosos lectores de Rousseau, que ante todo

¹⁷⁹ Jean RANSON (carta a la Société Typographique de Neuchâtel fechada el 12 de julio de 1777) citado por Robert DARNTON, *ibid.*, p. 238.

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 241 (en este caso es un fragmento de una carta del 26 de diciembre de 1778).

a raíz de *La Nouvelle Héloïse* experimentaron el vivo deseo de contactar con su autor, quien no podría haber encontrado una respuesta más adecuada a su conmovedora novela epistolar. Ésta ocasionó en Francia una ola de sentimentalismo similar a la que veinte años antes Samuel Richardson había provocado en Inglaterra con su *Pamela o la virtud recompensada*¹⁸¹ (a la que siguió la voluminosa *Clarissa, or the history of a young lady*¹⁸²), que también gozó de una gran fortuna editorial¹⁸³. Las cartas de Julie y Saint-Preux, los amantes que como afirma Darnton «se enseñan a leer mutuamente como se enseñan mutuamente a amar»¹⁸⁴, suscitaron sobre todo un inmenso caudal de lágrimas, como las vertidas por la marquesa de Polignac con la agonía de la protagonista en el sexto volumen: «No me atrevo a decirle el efecto que me causó. No; lloré en forma incontenible. Una profunda pena me convulsionaba. Sentía el corazón aplastado. La Julie que agonizaba no era ya una persona desconocida. Yo creía que era su

¹⁸¹ Samuel RICHARDSON, *Pamela o la virtud recompensada* [1740], Madrid, Cátedra, 1999, trad. de Fernando Galván y María del Mar Pérez Gil.

¹⁸² Samuel Richardson, *Clarissa. Or the history of a young lady: comprehending the most important concerns of private life. And particularly shewing, the distresses that may attend the misconduct both of parents and children, in relation to marriage*, London, published for S. Richardson, and sold by A. Millar; J. and Ja. Rivington; John Osborn; and by J. Leake, at Bath, 1748, 7 vols.

¹⁸³ Un breve repaso de la fortuna editorial de *Pamela* hasta la muerte de su autor basta para comprobar el alcance del libro, además del interminable proceso de reelaboración del mismo. La novela epistolar de Richardson se publicó en dos volúmenes el seis de noviembre de 1740 en Londres. Apenas unos meses más tarde, en febrero de 1741 vio la luz una nueva edición revisada, y ese mismo año aparecieron otras tres ediciones corregidas (en marzo, mayo y septiembre). Además, para hacer frente a la enorme cantidad de reacciones provocadas por la novela, algunas de ellas en forma de continuaciones de la misma, Richardson publicó en diciembre de 1741 la segunda parte, *Pamela in Her Exalted Condition*, compuesta asimismo por dos volúmenes (que no se suelen incluir en las ediciones actuales, pues la crítica considera que su calidad literaria no resiste la comparación con respecto a la *Pamela* original). El año siguiente apareció una lujosa edición de las dos entregas con ilustraciones e importantes cambios. En 1746 se volvió a publicar sólo la primera parte con nuevas modificaciones. Cuando falleció Richardson, en 1761, se imprimieron los cuatro volúmenes de la obra, si bien no es ésta la edición definitiva de la misma, que vio la luz cuando la hija del autor, Anne Richardson, entregó a la imprenta la última revisión del libro en la que trabajó su padre, que contenía las dos partes de la novela.

¹⁸⁴ Robert DARNTON, «Los lectores le responden a Rousseau...», *op. cit.*, p. 229.

hermana, su amiga, su Claire. Mi acceso de pena fue tan fuerte que si no hubiera cerrado el libro habría enfermado como los que asistieron en sus últimos momentos a esa virtuosa mujer»¹⁸⁵.

La novela fue capaz de cautivar a individuos de todos los rangos de la sociedad, a pesar de que en el primer prefacio el autor afirma que «este libro no está hecho para circular por el mundo, y sólo es adecuado para unos pocos lectores»¹⁸⁶. El principal propósito de la retórica rousseauiana no era tanto eliminar parte de la clientela potencial de su obra, sino desmarcarse de *le monde*, de la *bonne société* que frecuentaba los salones parisinos (entre la que se contaban los *philosophes* con los que había roto recientemente), para así poder presentar, desde su retiro agreste, una historia auténtica, provinciana, situada en las antípodas de la vanidad y la artificiosidad de quienes, como afirma Saint-Preux, «sólo amasan sabiduría en su gabinete de estudio para exponerla al público; y no se ocuparían de estudiar si no tuviesen admiradores»¹⁸⁷. Parece que el efecto retórico no disgustó demasiado a las damas de la alta aristocracia, que no sólo no se tomaron mal las críticas contenidas en este prefacio, sino que muchas de ellas, según afirma Rousseau al comienzo del libro undécimo de *Las confesiones*, encantadas se habrían dejado seducir por aquel escritor alejado del mundanal ruido: «Entre los literatos, las opiniones anduvieron divididas; pero en el público hubo un sentimiento unánime, y sobre todo las mujeres se prendaron del libro y

¹⁸⁵ La MARQUESA DE POLIGNAC citada por Robert DARTON (*ibid.*, p. 244).

¹⁸⁶ Jean-Jacques ROUSSEAU, *Julia, o la nueva Eloísa* [1761], Madrid, Akal, 2007, trad. de Pilar Ruiz Ortega, Prefacio, p. 35.

¹⁸⁷ *Ibid.*, primera parte, carta XII, p. 69.

del autor, hasta el punto de haber pocas, aun de las de alto rango, a quienes no hubiese yo conquistado de proponérmelo»¹⁸⁸.

Propongo ahora dar un paso atrás para ampliar la perspectiva y poder situar así la peculiar lectura rousseauiana en una dinámica de largo recorrido. Los apasionados testimonios de sus acalorados admiradores suponen de algún modo la culminación de la nueva cultura de lo escrito que se desarrolla a partir del siglo XVI (uno de los tres acontecimientos fundamentales que según Philippe Ariès posibilitan la emergencia de la esfera privada), cuya creciente importancia no sólo es apreciable en términos cuantitativos, a partir del incremento del porcentaje de las personas que saben leer y escribir, de la posesión privada de libros (que con el tiempo adquieren mayor presencia en las capas sociales más bajas)¹⁸⁹ y de la producción literaria (cabe destacar, por

¹⁸⁸ Jean-Jacques ROUSSEAU, *Las confesiones*, *op. cit.*, libro XI, p. 461.

¹⁸⁹ «En lo que se refiere a los lectores -señala Chartier-, el hecho esencial, sin duda, no es tanto la progresión global del porcentaje de alfabetizados [...], sino la mayor presencia del impreso en medios sociales que antes casi no poseían libros» (Roger CHARTIER, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII...*, *op. cit.*, pp. 82-83). Los datos acerca de la posesión privada de libros provienen de los inventarios post-mortem, y si bien es ésta una fuente histórica frente a la cual es necesario tomar no pocas precauciones, las cifras apuntan indudablemente hacia un incremento muy considerable de las bibliotecas privadas. No se trata de una progresión constante, que acontece a igual ritmo en las diversas regiones de Europa (las ciudades protestantes son las que presentan los índices más elevados) y los diferentes estratos sociales, pero sí puede hablarse de un aumento generalizado de la posesión privada del libro a partir del siglo XVI (véase Roger CHARTIER, «Las prácticas de lo escrito», in Philippe ARIÈS y Georges DUBY (dirs.), *op. cit.*, pp. 115-158) y, ante todo, en el siglo XVIII: en el París de principios de siglo, tan sólo registran la presencia de obras el 30% de los inventarios posteriores al fallecimiento de criados y el 13% en el caso de los pequeños comerciantes; en 1780, las cifras han ascendido hasta el 40 y el 35% respectivamente. En las ciudades del oeste francés, la proporción aumenta notablemente entre finales del siglo XVII y mediados del XVIII: pasa del 10 al 25% en las sucesiones con un patrimonio inferior a 500 libras, de menos del 30% a más del 40% en aquéllas que cuentan con un patrimonio que oscila entre 500 y 1000 libras, del 30 al 55% cuando éste alcanza la suma de 1500 a 2000 libras, y del 50 al 75% para las transmisiones hereditarias superiores a las 2000 libras. Además, se amplía el tamaño medio de las colecciones privadas: si hacia 1700 las bibliotecas de la burguesía adinerada contenían entre 1 y 20 volúmenes, y las bibliotecas eclesiásticas entre 20 y 50 ejemplares, el número de obras

ejemplo, que los periódicos, que se multiplican extraordinariamente en el siglo XVIII, tienden a reemplazar los artículos extensos por noticias breves, que permiten dar cuenta de un mayor número de obras, que a su vez se triplican entre 1720 y 1770)¹⁹⁰. A todos estos datos hay que añadir la cada vez más extendida práctica de la lectura en silencio (lo cual no significa la completa desaparición de la lectura en voz alta, ante todo en los medios populares, pues pese a los notables progresos de la alfabetización, aún son muy numerosos los ciudadanos que no pueden encarar el texto por sí mismos), que —como apunta Philippe Ariès— permite sin duda un nuevo acercamiento a la letra impresa: la reflexión solitaria, que antes se hallaba circunscrita casi exclusivamente a los espacios piadosos, tiene ahora en el libro a su mejor aliado¹⁹¹.

Una profunda transformación de los hábitos de lectura que se ve acompañada por la adopción de nuevas estrategias editoriales. El ejemplo más claro en este sentido lo constituye la *Bibliothèque bleue*, la fórmula inventada por los Oudot en Troyes a finales del siglo XVI, sin duda —como afirma Chartier— «el cuerpo más duradero y de más consistencia de los textos destinados a los lectores más humildes del Antiguo Régimen francés»¹⁹²: del repertorio de títulos

inventariadas en 1780 se eleva a la franja de 20 a 50 títulos en el primer caso y de 100 a 300 en el segundo. Las colecciones que experimentan un mayor crecimiento son las pertenecientes a los nobles y magistrados, que a comienzos de siglo alojaban el mismo número de libros que las bibliotecas de la burguesía pudiente y hacia 1780 contienen más de 300 volúmenes (Roger CHARTIER, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII...*, *op. cit.*, p. 83).

¹⁹⁰ La producción literaria es de 1000 títulos por año hacia 1720, y asciende a 3500 hacia 1770 (Éric WALTER, «Les auteurs et le champ littéraire», in Roger CHARTIER et Henri-Jean MARTIN (sous la direction de), *Histoire de l'édition française*, vol. II. *Le livre triomphant, 1660-1830*, Paris, Fayard/Promodis, 1990, pp. 508-509).

¹⁹¹ Philippe ARIÈS, *op. cit.*, p. 17.

¹⁹² Roger CHARTIER, «Introducción a una historia de las prácticas de lectura en la era moderna (siglos XVI-XVIII)», in *El mundo como representación...*, *op. cit.*, p. 113.

ya publicados, los Oudot seleccionaron para su catálogo aquéllos que, en su opinión, mejor podían adaptarse a las características del gran público, y consiguieron hacerse con un importante hueco en el mercado literario gracias al abaratamiento de los precios de los libros y a las nuevas disposiciones formales y materiales que organizaban los textos de un modo distinto, que parecía en principio más asequible para los individuos que contaban con un limitado acervo cultural (la reducción del formato, la reestructuración de los párrafos en secuencias breves y separadas unas de otras, y el uso frecuente de la imagen y de resúmenes, que permitían al lector retomar con facilidad el hilo del argumento, son algunas de las variaciones introducidas en esta colección editorial)¹⁹³.

Lo escrito, en sus diferentes formas, manuscrito e impreso, ha penetrado la cultura moderna, se ha introducido no sólo en los espacios monopolizados por los grupos sociales más acomodados, sino también en las prácticas cotidianas de los sectores más desfavorecidos. La fiebre lectora se ha apoderado de la ciudadanía, que, además de beneficiarse de los precios económicos de los *livrets*

¹⁹³ Chartier se ocupa del catálogo «azul» en varios lugares de su obra. El artículo más completo acerca de esta colección es «Livres bleus et lectures populaires», in Roger CHARTIER et Henri-Jean MARTIN (sous la direction de), *Histoire de l'édition française*. II, *op. cit.*, pp. 657-673 (traducido en *El mundo como representación...*, *op. cit.*, pp. 145-162). Véase también Jean-Luc MARAIS, «Littérature et culture populaire aux XVIIe et XVIIIe siècles. Réponses et questions», *Annales de Bretagne et des Pays de l'Ouest*, 1, 1980, pp. 65-105. Como bien afirma Chartier, esta fórmula editorial no es exclusiva de la Francia del Antiguo Régimen, más allá del territorio galo encontramos, en la misma época, los *chapbooks* ingleses y los *pliegos de cordel* castellanos y catalanes (véase, a este respecto, Roger CHARTIER, «Lecturas y lectores populares desde el Renacimiento hasta la época clásica», in Guglielmo CAVALLO y Roger CHARTIER (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental* [1995], Madrid, Taurus, 1998, trad. de María Barberán, pp. 413-434). Por lo que respecta a la importancia de las variaciones formales y materiales de los libros, no podemos dejar de mencionar a D. F. McKenzie, según el cual la bibliografía entendida como sociología de los textos «testimonia el hecho de que nuevos lectores hacen, por supuesto, nuevos textos, y que sus nuevos significados son consecuencia de sus nuevas formas» (Donald Francis MCKENZIE, *Bibliografía y sociología de los textos* [1999], prólogo de Roger Chartier, Tres Cantos (Madrid), Akal, 2005, trad. de Fernando Bouza, p. 46).

bon marché, puede entablar contacto con los textos sin necesidad de comprarlos, gracias a los salones de lectura abiertos por los libreros desde 1760 (donde los abonados pueden leer o tomar en préstamo, a cambio de una suma anual de entre diez y veinte libras, las publicaciones periódicas, cuya suscripción resultaba muy costosa, así como los diccionarios, enciclopedias y novedades literarias y filosóficas), y sobre todo gracias a los *bouquinistes*, que instalados en sus pequeños negocios o en plena calle alquilan libros a un precio relativamente asequible. Prestemos atención de nuevo a Mercier, quien dedica unas páginas en el quinto volumen de su *Tableau de Paris* (1783) a los *loueurs de livres*: «Hay obras que excitan tal efervescencia, que el *bouquiniste* se ve obligado a fragmentar el volumen en tres partes, a fin de poder atender la urgencia de los múltiples lectores; en ese caso se paga no ya por día, sino por hora»¹⁹⁴ [ilustración 11, p. 292]. *La Nouvelle Héloïse* se alquilaba por 12 *sous* la hora.

Es la época del *livre triomphant* –tomamos prestado el título que Roger Chartier y Henri-Jean Martin eligieron para el segundo tomo de la *Histoire de l'édition française*–, que se extiende desde mediados del siglo XVII hasta el primer tercio del siglo XIX. Es la época en la que el libro se revela definitivamente como un objeto dotado de un extraordinario poder, ya sea porque su lectura es percibida como una experiencia formidable capaz de enriquecer el espíritu y servir de guía para los quehaceres de la vida cotidiana, ya sea porque se trata de

¹⁹⁴ « Il y a des ouvrages qui excitent une telle fermentation, que le bouquiniste est obligé de couper le volume en trois parts, à fin de pouvoir fournir à l'empressement des nombreux lecteurs; alors vous payez non par jour, mais par heure » (Louis-Sébastien MERCIER, *Tableau de Paris*, Genève/Paris, Slatkine/[diffusion Champion]/[diffusion Minard], 1979 -reproduction en fac-sim. de la nouvelle édition d'Amsterdam, 1782-1788-, tome V, chapitre 377, « Loueurs de Livres », pp. 62-63).

un material sumamente peligroso para la salud del individuo. Además de las misivas del comerciante de La Rochelle analizadas por Robert Darnton, las *Confesiones* de Rousseau son un claro ejemplo de la primera interpretación, la que canta las excelencias de la cultura de lo escrito: «Estas lecturas interesantes – escribe Rousseau– y las charlas a que dieran lugar entre mi padre y yo engendraron en mí este espíritu republicano y libre, este indomable y orgulloso carácter, enemigo de todo yugo y servidumbre, que me ha torturado de continuo en las circunstancias menos oportunas por dejarlo volar a su antojo»¹⁹⁵. El venerado autor de *La Nouvelle Héloïse* (que se presenta en el primer prefacio de la novela como el simple editor de las cartas¹⁹⁶ que intercambian unos personajes que se entregan a la lectura de éstas con desenfreno, del mismo modo como el joven Jean-Jacques se aproximaba a los textos en compañía de su padre) atestigua así la importante «mutación de la crítica» literaria (por usar los términos de Jean Starobinski) y de la literatura misma acontecida en el siglo XVIII: el ejercicio de la escritura ya no es concebido como la búsqueda incansable de la perfecta adecuación entre el pensamiento y la expresión, y comienza a ser pensado como la simple manifestación del yo, de la subjetividad humana cuyo lenguaje no es otro que la voz del sentimiento, que logra por sí sola la identificación ilimitada de los interlocutores que construyen el relato, el

¹⁹⁵ Jean-Jacques ROUSSEAU, *Las confesiones*, op. cit., libro I, p. 30.

¹⁹⁶ Jean-Jacques ROUSSEAU, *Julia, o la nueva Eloísa*, op. cit., Prefacio, p. 35.

autor (o el compilador de las cartas de los amantes) y el lector (o el destinatario de la historia que se pone en juego a través del intercambio epistolar)¹⁹⁷.

Pero como cabría esperar la implacable fuerza de lo literario no podía quedar impune: los gratos recuerdos evocados por el escritor ginebrino y las sinceras muestras de agradecimiento de sus numerosísimos lectores obtienen su réplica no sólo del lado de los discursos religiosos, que no pueden menos que horrorizarse ante las abundantes publicaciones capaces de incitar al desenfreno, más aún si éstas contienen, como en el caso del relato erótico del marqués d'Argens *Thérèse philosophe* (1748), una dura crítica de los abusos cometidos por los confesores particulares¹⁹⁸ [ilustración 12, p. 293]. El irresistible atractivo de la lectura provoca asimismo la reacción de las propuestas pedagógicas, por ejemplo el voluminoso *Traité de l'éducation des femmes et cours complet d'instruction* de Mme de Miremont, publicado entre 1779 y 1789¹⁹⁹, y de no pocos tratados médicos, como los del doctor Tissot, *L'onanisme : essai sur les maladies produites par la masturbation*, que vio la luz en 1760, y *De la santé des gens des lettres*, de 1768, o *La nymphomanie ou traité de la fureur utérine* del doctor Bienville, publicado en

¹⁹⁷ Jean STAROBINSKI, « *Se mettre à la place* (la mutation de la critique, de l'âge classique à Diderot) », *Cahiers Vilfredo Pareto*, 38-39, 1976, pp. 363-378. Véase también Jean-Marie GOULEMOT, « Las prácticas literarias o la publicidad de lo privado », in Philippe ARIÈS y Georges DUBY (dirs.), *op. cit.*, pp. 343-377.

¹⁹⁸ [Jean-Baptiste de Boyer, marquis D'ARGENS], *Thérèse philosophe ou Mémoires pour servir à l'histoire du P. Dirrag et de mademoiselle Eradice*, La Haye, [1748] (traducción española: *Teresa filósofa...*, Madrid, Valdemar, 1999, trad. de Mauro Armiño). Los dos nombres que aparecen en el título del libro -publicado de forma anónima- hacen referencia al padre jesuita Jean-Baptiste Girard y a la que fue su pupila, Marie-Catherine Cadière, quien denunció a su director espiritual por brujería y comercio carnal. El proceso concluyó en octubre de 1731 (en pleno conflicto entre jesuitas y jansenistas, los cuales poco después sufrirán el cierre del cementerio de Saint-Médard): Girard fue absuelto por un solo voto y la joven fue enviada con su madre.

¹⁹⁹ Anne d'Aubourg de la Bove, comtesse de MIREMONT, *Traité de l'éducation des femmes, et cours complet d'instruction*, Paris, P.-D. Pierres, 1779-1789, 7 vol.

1771²⁰⁰, que cuenta las «lecturas lascivas» entre las principales causas de la enfermedad que es objeto de análisis, junto con los climas cálidos, el abuso del alcohol, el exceso de los placeres, los trastornos de la menstruación, las amistades peligrosas, los espectáculos o las pinturas igualmente obscenas²⁰¹. La reprobación moral y facultativa de la lectura reserva un lugar privilegiado para la literatura licenciosa, esos libros «que no pueden leerse más que con una mano», como diría Rousseau, con los que guarda relación más de la mitad de las órdenes de arresto por delitos de librería en 1741 y que, conforme avanza la centuria, se confunden cada vez más con los panfletos políticos. No en vano la literatura erótica no constituye una categoría autónoma para la Dirección General de la Librería, sino que forma parte de lo que los catálogos secretos denominaban *livres philosophiques*, la rúbrica bajo la cual se agrupaba una mercancía heterogénea, que, junto con las referencias a los relatos pornográficos, contenía títulos pertenecientes al repertorio estrictamente filosófico (en el sentido que hoy damos a este término) y al conjunto de sátiras, libelos y crónicas escandalosas que denunciaban la corrupción de las altas esferas de la sociedad. Sin embargo, a pesar de que la policía del libro prestara especial atención a las redes de la literatura erótica, la proscripción de la misma forma parte de un movimiento de mayor envergadura que es descrito por Michel Foucault en la *Historia de la sexualidad*: «El sexo no sólo se juzga, se administra», concluye el

²⁰⁰ Samuel Auguste André David TISSOT, *L'onanisme : essai sur les maladies produites par la masturbation* [1760], Paris, Garnier frères, 1905; Samuel Auguste André David TISSOT, *De la santé des gens de lettres* [1768], Paris, La Différence, 1991; D. T. de BIENVILLE, *La nymphomanie ou traité de la fureur utérine* [1771], Paris, Office de Librairie, 1886.

²⁰¹ D.T. de BIENVILLE, *op. cit.*, p. VII.

filósofo francés²⁰². Para comprender el modo como se ejerce el control de las prácticas sexuales desde la época clásica y ante todo a partir del siglo XVIII no basta con la tradicional «hipótesis represiva»; antes bien, la multiplicación exponencial de los estudios científicos —correlato de la desbordante proliferación de títulos lascivos²⁰³— que abordan las crecientes enfermedades sufridas por los individuos demasiado apasionados plantea la necesidad de invertir los términos para postular, «en torno y a propósito del sexo, una verdadera explosión discursiva»²⁰⁴. Por lo que respecta a los tratados médicos y educativos, éstos no se limitaban a llamar la atención sobre los excesos de la imaginación pornográfica; muy a menudo, los manuales desaconsejaban encarecidamente la lectura de novelas —capaces de provocar una serie de alteraciones de orden fisiológico, una especie de sobreexcitación que puede llegar a convertirse en una patología—, y alertaban ante los efectos nocivos de la lectura femenina en particular, dada la extrema sensibilidad de las fibras de la mujer: «Tantos autores —escribe Tissot— provocan la eclosión de una multitud de lectores, y una lectura continuada produce todas las enfermedades nerviosas; puede ser que de todas las causas que han dañado la salud de las mujeres la principal haya sido la multiplicación infinita de las novelas desde hace cien años. Desde el babero hasta la vejez más avanzada, las mujeres las leen con tal ardor

²⁰² « Le sexe, ça ne se juge pas seulement, ça s'administre » (Michel FOUCAULT, *Histoire de la sexualité*, vol. I. *La volonté de savoir*, Paris, Gallimard, 1976, p. 35).

²⁰³ Jean-Marie GOULEMOT analiza la creciente importancia de la literatura pornográfica en el siglo XVIII en *Esos libros que se leen sólo con una mano. Lecturas y lectores de libros pornográficos en el siglo XVIII* [1991], Alegia, R&B, 1996, trad. de Lydia Vázquez.

²⁰⁴ « Autour, et à propos du sexe, une véritable explosion discursive » (Michel FOUCAULT, *Histoire de la sexualité*, vol. I, *op. cit.*, p. 25).

que temen distraerse un momento, no hacen ningún movimiento, y a menudo permanecen despiertas hasta muy tarde para satisfacer esta pasión; lo cual arruina absolutamente su salud; sin hablar de las que son ellas mismas autoras, y el número de éstas aumenta cada día. Una niña que a los diez años lee en lugar de correr será a los veinte una mujer con vapores y no una buena nodriza»²⁰⁵.

Quien se expresa de este modo no sólo está preocupado por el contenido de las novelas capaces de provocar daños irreparables en la salud del individuo, y ante todo en la mujer. A buen seguro le inquietan tanto o más los nuevos hábitos de lectura, las prendas, posturas y asientos especialmente diseñados para abandonarse a los placeres de una historia bien contada. Así por ejemplo la cómoda *lisense*, una especie de vestido-chaqueta cuya ligereza arropaba mejor que nada las lecturas femeninas nocturnas; así también la costumbre cada vez más frecuente de leer antes de dormir y el nuevo mobiliario del siglo XVIII, la *chaise longue* [ilustración 13, p. 294], donde el cuerpo casi tendido, lánguido, descuidado, puede relajarse completamente y dar rienda suelta a sus sueños más esperanzadores, a sus sentimientos más íntimos o inconfesables, a sus pasiones más desenfrenadas, como las que embargan a la joven representada en *La lecture* de Pierre Antoine Baudouin hacia 1760 [ilustración 14, p. 295].

²⁰⁵ « Tant d'auteurs font éclore une foule de lecteurs, et une lecture continuée produit toutes les maladies nerveuses ; peut-être que de toutes les causes qui ont nui à la santé des femmes la principale a été la multiplication infinie des romans depuis cent ans. Dès la bavette jusqu'à la vieillesse la plus avancée, elles les lisent avec une si grande ardeur qu'elles craignent de se distraire un moment, ne prennent aucun mouvement, et souvent veillent très tard pour satisfaire cette passion ; ce qui ruine absolument leur santé ; sans parler de celles qui sont elles-mêmes auteurs, et ce nombre s'accroît tous les jours. Une fille qui à dix ans lit au lieu de courir, doit être à vingt une femme à vapeur, et non point une bonne nourrice » (Samuel Auguste André David TISSOT, *De la santé des gens de lettres, op. cit.*, p. 166).

Sin duda *La Nouvelle Héloïse* contenía todos los ingredientes para ser señalada por quienes criticaban ese género literario que extasiaba al público femenino. Lejos de eludir la objeción, Rousseau la aborda desde la primera frase del primer prefacio: «Las grandes ciudades necesitan espectáculos y los pueblos corrompidos, novelas»²⁰⁶. Resuenan los ecos de la *Lettre à d'Alembert sur les spectacles*, de 1758, que a su vez retomaba el argumento de la naturaleza corrupta de la sociedad contemporánea que ya planteaba el *Discours sur les sciences et les arts*, la polémica respuesta al concurso convocado por la Académie de Dijon en 1750. Ahora, el best-seller rousseauiano introducía en el debate un asunto que no es ni mucho menos baladí, el problema de la lectura, que resulta especialmente delicado cuando el sujeto que lee es la mujer, más aún si se trata de una joven. Así lo constatan los diagnósticos de Tissot o las reflexiones que encontramos cerca del final del primer prefacio de *La Nouvelle Héloïse*, un notable ejercicio retórico de quien pasa por ser el simple compilador de las cartas de dos amantes que viven al pie de los Alpes: frente a las mujeres, a las que según Rousseau resulta más útil esta correspondencia que los libros de filosofía, las jóvenes constituyen un caso aparte: «Nunca las jóvenes honestas han leído novelas, y a este libro le he puesto un título lo bastante claro como para que, al abrirlo, uno sepa a qué atenerse. Aquella que, a pesar del título, se atreva a leer una sola página, será una joven perdida; pero que no se le impute al libro esta perdición, el mal ya estaba hecho. Puesto que lo comenzó, que lo acabe de leer: ya no

²⁰⁶ Jean-Jacques ROUSSEAU, *Julia, o la nueva Eloísa*, *op. cit.*, Prefacio, p. 35.

arriesga nada»²⁰⁷. La cuestión es retomada en varias ocasiones a lo largo del libro, entre ellas en la carta XII de la primera parte, en la que Saint-Preux desgrana el nuevo plan de estudios que ha preparado para su discípula: «No dejo —comenta— ni poeta ni libro de amor, en contra de las lecturas consagradas, de ordinario, al sexo femenino. ¿Qué aprenderíamos sobre el amor en esos libros? [...] Por otra parte, esos tratados agitan el alma, la hunden en la molicie y le quitan todo su vigor»²⁰⁸.

A buen seguro, el profesor de Julie habría programado un proyecto pedagógico diferente si hubiera tenido que ocuparse de un alumno varón. Pero todas las precauciones son pocas al tratarse de la instrucción femenina, pues según afirma Rousseau en *Émile* toda la educación de las hijas ha de girar en torno a los hombres, al patriarcado establecido por naturaleza en la esfera doméstica, a la que queda constreñida la esposa. El ilustrado que según Joan Landes²⁰⁹ tuvo una influencia decisiva en la exclusión de la mujer de la esfera pública revolucionaria, que acabó con aquella suerte de gobierno de la República de las Letras que ejercían a su manera las *salonnières*, el escritor ginebrino que recibía numerosas cartas de admiradoras sostenía lo siguiente en el libro V de su tratado sobre la educación: «Si no quiero que se apresure a un muchacho para que aprenda a leer, con mayor razón no quiero que se fuerce a las niñas antes de hacerles comprender para qué sirve la lectura [...] Después de todo, ¿dónde está

²⁰⁷ *Ibid.*, p. 36.

²⁰⁸ *Ibid.*, primera parte, carta XII, p. 72.

²⁰⁹ Joan B. LANDES, *Women and the Public Sphere in the Age of the French Revolution*, Ithaca/London, Cornell University Press, 1988.

la necesidad de que una hija sepa leer y escribir tan pronto? ¿Tiene ya un hogar que gobernar? Son muy pocas las que, más que usarla, no abusan de esta fatal ciencia»²¹⁰. La protagonista de *La Nouvelle Héloïse* asume con tranquilidad que «la razón es más débil y se apaga antes en la mujer» y no deja de inquietarse ante la posibilidad de merecer los reproches dirigidos a *Les femmes savantes*, como rezaba el título de la famosa comedia de Molière: «Temo hacerme demasiado sabia», confiesa Julie a Claire²¹¹.

Resulta pues algo paradójico que quien no muestra demasiados reparos a la hora de reproducir algunas de las consignas contra los peligros de la lectura femenina acabe escribiendo una de esas novelas capaces de sobreexcitar las terminaciones nerviosas de la frágil moral de la mujer. Pero *La Nouvelle Héloïse* no es, afirma Rousseau, una novela en sentido estricto, no es una ficción sino para *les gens du monde*, que cegados por la frivolidad de los salones de la capital del reino han perdido todo contacto con la naturaleza, que ocupados en vanas disputas filosóficas no pueden comprender el valor de la autenticidad de unas cartas escritas por dos jóvenes embargados por una honda y verdadera pasión. Una verdad que como veíamos a propósito de Jean Ranson trascendía con mucho el espacio literario para los entregados lectores de la relación epistolar, quienes además de incorporar las enseñanzas del «amigo Jean-Jacques» a su vida

²¹⁰ « Si je ne veux pas qu'on presse un garçon d'apprendre à lire, à plus forte raison je ne veux pas qu'on y force de jeunes filles avant de leur faire bien sentir à quoi sert la lecture [...] Après tout, où est la nécessité qu'une fille sache lire et écrire de si bonne heure ? Aura-t-elle si tôt un ménage à gouverner ? Il y en a bien peu qui ne fassent plus d'abus que d'usage de cette fatale science » (Jean-Jacques ROUSSEAU, *Émile, ou de l'Éducation*, La Haye, J. Néeulme, 1762, tome IV, livre V, pp. 43-44).

²¹¹ Jean-Jacques ROUSSEAU, *Julia, o la nueva Eloísa*, *op. cit.*, primera parte, carta VI, p. 54.

cotidiana se sentían tan cercanos a aquellos amantes de los Alpes que algunos no podían creer que se tratara sin más de «una hábil invención» poética, como decía Mme du Verger, que escribió a Rousseau para pedirle detalles acerca del paradero de los personajes de la historia: «Le imploro, señor, me diga: ¿realmente vive Julie? ¿Aún vive Saint-Preux? ¿En qué país de la Tierra habitan? Claire, dulce Claire, ¿siguió a su querida amiga a la tumba? M. de Wolmar, milord Édouard, y todos esos personajes, ¿son sólo imaginarios como algunos desean hacerme creer? Si éste es el caso, ¿en qué tipo de mundo habitamos en que la virtud sólo es una idea? Feliz mortal, quizá sólo usted la conoce y la practica»²¹². El presunto editor de aquella genuina correspondencia –que alimentaba este tipo de reacciones entre otras cosas con notas como la que introduce a propósito de la carta VIII de la primera parte, en la que afirma que se han perdido algunas misivas- había logrado sin duda su objetivo: había inventado una suerte de «literatura antiliteraria»²¹³ que servía de contrapeso frente a las producciones culturales que descomponían la sociedad y horadaban la virtud.

La postura de los incondicionales seguidores de Rousseau pone en entredicho la hipótesis de Rolf Engelsing, según la cual se produjo una profunda revolución de la lectura en la segunda mitad del siglo XVIII, que fue testigo de la sustitución de la tradicional *lectura intensiva* –que se sostiene sobre la base de un número muy limitado de textos, en su mayor parte de índole religiosa, sobre los que se vuelve una y otra vez- por una nueva actitud, una

²¹² Carta de MME DU VERGER a Rousseau, 22 de enero de 1762 (citada por Robert DARNTON, «Los lectores le responden a Rousseau...», *op. cit.*, p. 247).

²¹³ La expresión es de Robert DARNTON (*ibíd.*, p. 232).

lectura extensiva, ávida de novedades, solitaria, silenciosa, que tiende a cuestionar la autoridad del libro²¹⁴. El propio Saint-Preux aconsejaba a Julie «leer poco y meditar mucho en lo leído»²¹⁵, una consigna que parece contraria al comportamiento lector extensivo.

Pero con independencia de que aceptemos o no, o lo hagamos en mayor o menor grado, la propuesta de Engelsing –que según Reinhard Wittmann es asumible con algunas matizaciones²¹⁶–, de cualquier modo el descentramiento operado por la historia de la lectura nos permite observar de otra manera los acontecimientos: al desplazar la atención del autor al lector, de la literalidad del negro sobre blanco a los complicados procesos de apropiación y reapropiación de los textos, se abre una nueva perspectiva que en el caso que nos ocupa nos invita a considerar que la reflexión acerca de los nuevos hábitos y prácticas de lectura puede arrojar una luz nada desdeñable sobre las importantes mutaciones de la cultura política y la sensibilidad del siglo XVIII. A partir de aquí, acaso sería conveniente recomponer de otra forma el creciente desencanto frente a la monarquía francesa y la no menos inquietante descristianización del reino –de la que es un claro síntoma la espectacular caída del libro de religión-. Tal vez para comprender mejor dichos procesos debemos suavizar los términos y entender que estas dinámicas traducen no tanto una violenta desacralización cuanto una transferencia de sacralidad. El debilitamiento de los símbolos tradicionales que

²¹⁴ Rolf ENGELSING, *Der Bürger als Leser: Lesergeschichte in Deutschland 1500-1800*, Stuttgart, Metzler, 1974.

²¹⁵ Jean-Jacques ROUSSEAU, *Julia, o la nueva Eloísa*, *op. cit.*, primera parte, carta XII, p. 69.

²¹⁶ Reinhard WITTMANN, «¿Hubo una revolución de la lectura a finales del siglo XVIII?», in Guglielmo CAVALLO y Roger CHARTIER (dirs.), *op. cit.*, pp. 435-472.

sustentaban el Antiguo Régimen libera un espacio que se disputan, o acaso comparten, cada uno a su modo, Voltaire y Rousseau, que como es sabido descansan juntos en el Panthéon. En cuanto al primero, el gran *chef* de los *philosophes*, su multitudinaria *entrée* en París el diez de febrero de 1778, tras veintiocho años de exilio, fue celebrada como si se tratara del monarca más aclamado de la historia de Francia. Rousseau, por su parte, contribuyó de manera significativa a crear un nuevo culto al escritor al convertir la literatura, y la novela en particular, en un territorio privilegiado que reclamaba para sí la intensidad de la antigua lectura religiosa²¹⁷. Concluía así la vuelta de tuerca que disolvía por completo la paradoja: el género literario que soportaba las más acérrimas críticas en nombre de la moral se transformaba en un objeto de devoción.

Los *philosophes* y la opinión popular

Según Jean-George Le Franc de Pompignan, la fiebre lectora de la ciudadanía francesa de mediados de siglo guarda relación con una de las causas que explican la decadencia del gusto, atribuible asimismo a los excesos de la moda filosófica. El hermano de Jean-Jacques – quien pronunció aquel polémico discurso de recepción en la Académie française el diez de marzo de 1760- no sólo llama la atención sobre los nocivos sistemas ideados por los escritores que no son capaces de mantener la filosofía dentro de sus límites, sino que alerta

²¹⁷ Véase Robert DARNTON, «Los lectores le responden a Rousseau...», *op. cit.*, p. 254.

también ante ciertas actitudes que no resultan menos perniciosas, «la manía de ser Autor en los unos, y en los otros la de ser conocedor»²¹⁸. Acerca de estos últimos, el obispo de Le Puy añade que «tal vez nunca se ha leído tanto en ningún siglo como en el nuestro. Sin distinción de sexos, de edades, de profesiones y de talentos, todos leen, y, lo que es aún más extraño, todos creen poder pronunciarse sobre lo que han leído. Son sobre todo los libros de Literatura los que pasan por mil manos, y competen a mil tribunales [...] Se reconoce sin esfuerzo que no se es ni Físico, ni Geómetra, ni Anticuario; pero en lo que respecta a las Bellas Letras nadie quiere percatarse de su incompetencia»²¹⁹.

No hemos de confundir la multitud con el público, afirma Jean-George Le Franc de Pompignan²²⁰, cuyas reservas acerca de las supuestas aptitudes de la gente común expresan un sentir bastante generalizado en el mundillo intelectual. De hecho, no todos los hombres de letras reconocen esa inquietud o placer por la lectura que desconcierta al autor del *Essai critique sur l'état présent de la République des Lettres*. El *Diccionario filosófico* de Voltaire es un buen ejemplo: la voz «Libelo» matiza la crítica al género de la sátira (que, como hemos visto en este mismo capítulo, merece en no pocas ocasiones la reprobación del *philosophe*), cuyos

²¹⁸ «La manie d'être Auteur dans les uns, et dans les autres celle d'être connoisseur» (Jean-George LE FRANC DE POMPIGNAN, *Essai critique sur l'état présent de la République des lettres*, (s. l.), 1744, p. 12).

²¹⁹ «Jamais peut-être on n'a tant lu dans aucun siècle que dans le nôtre. Sans distinction de sexes, d'âges, de professions et de talens, tous lisent, et ce qui est encore plus étrange, tous croient pouvoir prononcer sur ce qu'ils ont lu. Ce sont sur-tout les livres de Littérature qui passent par mille mains, et ressortissent à mille tribunaux [...] On avouë sans peine qu'on n'est ni Physicien, ni Géometre, ni Antiquaire ; mais en fait de belles Lettres aucun ne veut connoître son incompetence » (*ibid.*, pp. 12-13).

²²⁰ *Ibid.*, p. 5.

efectos no son tan terribles puesto que «el populacho no ha leído nunca en ningún país del mundo»²²¹; una aseveración que encontramos unas pocas páginas más adelante, bajo la entrada «Libros», a propósito de los cuales Voltaire llama la atención sobre la aparente contradicción entre la gran cantidad de obras que se publican y el escasísimo número de lectores, quienes, además, no obtienen demasiado provecho de los textos impresos, pues «si leyera con fruto, ¿seríamos testigos de las deplorables tonterías de las que el vulgo es presa todos los días?»²²²

El patriarca de Ferney se muestra aún más contundente en sus *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*, donde, con el fin de mostrar que los *philosophes* no resultan problemáticos ni están en disposición de constituir una secta, nos obsequia con la siguiente argumentación: «Dividido el género humano en veinte partes, hay diecinueve compuestas por quienes trabajan con sus manos, que nunca sabrán si ha existido un Sr. Locke en el mundo. Dentro de la vigésima parte que resta, ¿cuán pocos hombres encontramos que leen? Y entre los que leen, hay veinte que leen novelas, contra uno que estudia la Filosofía»²²³.

Acerca de la multitud el *philosophe* y el *antiphilosophe* sostienen un juicio semejante. De las palabras de ambos se desprende que el pueblo no puede

²²¹ «La populace n'a jamais lu dans aucun pays du monde (VOLTAIRE, «Libelle», in *Oeuvres complètes de Voltaire, op. cit.*, vol. XIX. *Dictionnaire philosophique*, tome III, 1879, pp. 577-578).

²²² «Si on lisait avec fruit, verrait-on les déplorables sottises auquel le vulgaire se livre encore tous les jours en proie?» (VOLTAIRE, «Livres», *ibid.*, p. 595).

²²³ «Divisés le genre humain en vingt parties, il y en a dix-neuf composées par qui travaillent de leurs mains, et qui ne sauront jamais s'il y a eu un M. Locke au monde. Dans la vingtième partie qui reste, combien trouve-t-on peu d'hommes qui lisent? Et parmi ceux qui lisent, il y en a vingt qui lisent des romans, contre un qui étudie la Philosophie» (VOLTAIRE, *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*, in *Collection complète des œuvres de Mr. de Voltaire. Première édition*, [Genève]/[Paris], [Cramer], vol. IV, 1757, p. 166).

aspirar al estatuto del público lector, sino que ha de conformarse, a lo sumo, con un asiento en mitad del patio de butacas frente a la escena teatral. Como señala Nicolas Veysman, para el discurso *savant* del siglo XVIII las diferencias entre lo uno y lo otro son significativas: mientras que la percepción del espectador depende en gran medida del clima emocional generado en el auditorio en torno a la comedia o el drama, el lector es capaz de penetrar el sentido del texto que se revela ante sus ojos en el silencio que recubre la apacible soledad de su gabinete²²⁴. La materialidad de la concurrencia, la presencia de cuerpo presente de un determinado número de individuos que se dan cita en un lugar y a una hora fijada de antemano para asistir a la representación, contrasta con la inmaterialidad del universo de los lectores, un conjunto cuyos contornos se difuminan, un auditorio ausente, inaprensible, formado por un sinfín de elementos que, dispersados en el tiempo y en la geografía, resulta imposible contabilizar.

Mientras que la figura del lector entra en la órbita de la opinión pública, la del espectador se encuentra mucho más próxima a lo que los *philosophes* denominan opinión popular. Ambos conceptos (los que articulan la primera parte del título de nuestro trabajo) vehiculan según Veysman una oposición fundamental, a la luz de la cual hay que interpretar otras parejas antitéticas presentes asimismo en la *puesta en escena* llevada a cabo por la literatura de las

²²⁴ Nicolas VEYSMAN, *op. cit.*, pp. 65-67, 235-274.

Luces: verdad *versus* error, autonomía *versus* heteronomía y discurso normativo *versus* discurso descriptivo²²⁵.

Sobre la primera de estas antinomias el autor de la voluminosa tesis dirigida por Michel Delon menciona la lenta rehabilitación del concepto de opinión: «Del alba al crepúsculo de las Luces -afirma Veysman-, la opinión abandona poco a poco la sombra del error y de la duda para fundirse en la luz de la verdad filosófica»²²⁶. Del *Traité de l'opinion* de Gilbert-Charles Le Gendre, publicado en 1733, al libro del abate Petiot que vio la luz en 1777, *De l'Opinion et des mœurs, ou de l'influence des lettres sur les mœurs*, la mutación del término es muy sintomática²²⁷. El primero de los dos textos maneja su objeto de estudio conforme a la concepción arcaica, que no puede disimular su herencia platónica, según la cual la noción de opinión hace referencia a una forma inferior del saber, a un conocimiento engañoso, equivocado. Doce años antes del estallido revolucionario la postura de Le Gendre se antoja insostenible: Petiot, por el contrario, asocia opinión y razón e intenta mostrar, tal y como se desprende del subtítulo de su obra, la ascendencia de las letras «sobre los espíritus que éstas iluminan, y de los cuales dirigen la manera de pensar»²²⁸.

²²⁵ Además del libro publicado en 2004, puede consultarse el artículo publicado por Veysman en 2005 en la revista *Dix-huitième siècle*, en el que enfatiza aún más la importancia de la distinción entre opinión pública y opinión popular (Nicolas VEYSMAN, «La mise en scène de l'opinion publique dans la littérature des Lumières», *Dix-huitième siècle*, 37, 2005, p. 449).

²²⁶ « De l'aube au crépuscule des Lumières, l'opinion quitte peu à peu l'ombre de l'erreur et du doute pour se fondre dans la lumière de la vérité philosophique » (Nicolas VEYSMAN, *Mise en scène de l'opinion publique dans la littérature des Lumières*, *op. cit.*, p. 41).

²²⁷ *Ibid.*, pp. 398-413, 635-643. Gilbert-Charles LE GENDRE, *Traité de l'opinion, ou Mémoires pour servir à l'histoire de l'esprit humaine*, Paris, C. Osmond (G. de Bure), 1733, 6 vol. PETIOT, *De l'Opinion et des mœurs, ou de l'influence des lettres sur les mœurs*, Londres/Paris, Moureau/Nyon, 1777.

²²⁸ « Sur les esprit qu'elles éclairent, et dont elles dirigent la manière de penser » (*ibid.*, chapitre 2, « Des lettres et de leur influence sur les mœurs », p. 26).

Como señalamos cuando tuvimos la oportunidad de reflexionar acerca del nuevo párrafo añadido por Charles Duclos en la edición de 1767 de sus *Considérations sur les mœurs de ce siècle*, en la literatura de los últimos decenios del Antiguo Régimen tanto la opinión pública como los *philosophes* adquieren una presencia cada vez más destacada; aunque, como de costumbre, hay excepciones que confirman la regla al menos por lo que respecta a la opinión pública, que aparece por vez primera en uno de los grandes diccionarios de la época en 1798, en la quinta edición del *Dictionnaire de l'Académie française*²²⁹.

La lentitud con la que los diccionarios suelen dar cuenta de las modificaciones léxicas no es aplicable al discurso ilustrado, que desarrolla la distinción entre opinión pública y opinión popular apoyándose en una segunda antítesis que enfrenta los términos *autonomía* y *heteronomía*. Como cabía esperar, este último vocablo es el que caracteriza las manifestaciones que provienen del pueblo, el cual según la literatura de las Luces es incapaz de valerse por sí mismo, cualquiera que sea la perspectiva que se adopte: es vulgar si nos atenemos a los parámetros de la sociabilidad distinguida, ocupa el escalón más

²²⁹ La tercera acepción de la entrada «Opinion» hace referencia a la «opinión pública»: « On dit, *L'opinion publique, l'opinion générale*, et simplement, *L'opinion*, pour signifier, Ce que le public pense sur quelque chose. *Le pouvoir, l'empire, l'influence de l'opinion*; et en ce sens, on dit proverbialement, *L'opinion est la Reine du monde* ». [«Se dice *La opinión pública, la opinión general*, y simplemente *La opinión*, para significar lo que el público piensa sobre algo. *El poder, el imperio, la influencia de la opinión*; y en este sentido, se dice proverbialemente *La opinión es la Reina del mundo*»] (« Opinion », in *Dictionnaire de l'Académie françoise. Revue corrigée et augmentée par l'Académie elle-même*, Paris, J. J. Smits, 5e édition, 1798, vol. II, p. 193). En la entrada «Opinion» de los dos grandes diccionarios de finales del siglo XVII, el de Richelet de 1680 y el de Furetière de 1690, no hay ninguna referencia a la opinión pública (César-Pierre RICHELET, *op. cit.*, p. 93; Antoine FURETIÈRE, *op. cit.*, tome II, [pp. 1452-1453]). Tampoco se hace mención a ella en la voz «Opinion» de la *Encyclopédie*, donde tan sólo encontramos una aproximación epistemológica y jurídica al término (Antoine-Gaspard BOUCHER D'ARGIS, « Opinion », in *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers.*, vol. XI, Neuchâtel, chez Samuel Faulche et Compagnie, 1765, pp. 506-508).

bajo por lo que respecta a su desarrollo mental y es dependiente desde el punto de vista económico, pues necesita que otros le den trabajo²³⁰. El pueblo constituye así «una clase aparte», afirma Harry C. Payne²³¹, quien señala que los *philosophes* veían a la multitud como los terratenientes a sus trabajadores²³², los cuales, a juicio de Helvétius, están tan ocupados que no se hallan en condiciones de recibir un grado de formación tal que les permita pensar de manera autónoma, no gozan del descanso necesario para instruirse, un deleite que en opinión del autor de *De l'esprit* está reservado a unos pocos hombres: «El pobre, por ejemplo, no puede ni reflexionar, ni examinar; no recibe la verdad, como el error, sino por prejuicio»²³³.

Educados en los autores antiguos, los hombres de letras del siglo XVIII – sostiene Payne – no comparten la mirada compasiva propia de la glorificación cristiana del pobre, sino que reproducen el desdén clásico hacia la plebe²³⁴. Contra ésta se define la nueva figura del *philosophe*, que, si bien, como afirma Dumarsais, «es una máquina humana como cualquier hombre, sin embargo es una máquina que por su constitución mecánica reflexiona sobre sus movimientos»²³⁵, algo de lo que no puede presumir la gente común. «El

²³⁰ Véase Harry C. PAYNE, *The Philosophes and the People*, New Haven and London, Yale University Press, 1976, pp. 13-14.

²³¹ «Le Peuple-A Class Apart» es el título del primer capítulo del libro de Payne (*ibid.*, pp. 7-17).

²³² *Ibid.*, p. 2.

²³³ « Le pauvre, par exemple, ne peut ni réfléchir, ni examiner; il ne reçoit la vérité, comme l'erreur, que par préjugé » (Claude-Adrien HELVÉTIUS, *De l'esprit*, Paris, Durand, 1758, discours II, chapitre IV, « De la nécessité que nous sommes de n'estimer que nous dans les autres », p. 65).

²³⁴ Harry C. PAYNE, *op. cit.*, p. 2.

²³⁵ « Le philosophe est une machine humaine comme un autre homme; mais c'est une machine qui par sa constitution mécanique, réfléchit sur ses mouvements » ([César Chesneau DUMARSAIS], « Le Philosophe », *op. cit.*, p. 175).

philosophe -continúa Dumarsais- forma sus principios sobre una infinidad de observaciones particulares; el Pueblo adopta el principio sin pensar en las observaciones que lo han producido»²³⁶.

Esta capacidad de análisis es la marca distintiva del *esprit philosophique* según Antoine Guénard, el jesuita que en 1755 obtuvo el premio de elocuencia de la Académie française con un discurso cuya segunda parte establece los límites que dicho *esprit philosophique* no debe franquear, en lo relativo a las obras de arte (que no son enjuiciables por el *philosophe*, pues éste no ha sido dotado con la sensibilidad necesaria para tratar acerca de lo bello) y, ante todo, a propósito de la religión y sus misterios impenetrables. Antes de acotar los márgenes de la razón, Guénard delinea los caracteres específicos de quienes poseen «el talento de pensar»²³⁷ con el fin de trazar con claridad la frontera entre los agraciados con las aptitudes requeridas para los *philosophes* y quienes nunca conseguirán alcanzar un título semejante. «El espíritu de reflexión, el genio de observación»²³⁸ es, como advertíamos, la línea de demarcación entre unos y otros, entre los auténticos *savants* y el pueblo ignorante que se halla bajo sus pies²³⁹, compuesto por todos aquéllos a los que se dirige el padre jesuita para convencerlos de que su miserable estado es inamovible: «No, vosotros seréis

²³⁶ « Le Philosophe forme ses principes sur une infinité d'observations particulières; le Peuple adopte le principe sans penser aux observations qui l'ont produit » (*ibid.*, p. 176).

²³⁷ « Le talent de penser » (Antoine GUÉNARD, *Discours qui a remporté le prix d'éloquence à l'Académie française, en l'année 1755: En quoi consiste l'esprit philosophique*, Paris, B. Brunet, 1755, p. 4).

²³⁸ « L'esprit de réflexion, le génie d'observation » (*ibid.*, p. 5).

²³⁹ Guénard aconseja a los *philosophes* que se reúnan en torno a los maestros y doctores, que hagan uso de las reglas que separan la tiniebla de la luz, y de este modo « vous voyez sans doute le peuple ignorant sous vos pieds » [«veréis sin duda al pueblo ignorante bajo vuestros pies»] (*ibid.*).

siempre pueblo; no pensaréis jamás, pese a todos los auxilios del arte, más que de un modo débil y común»²⁴⁰.

Quien es incapaz de reflexionar no puede estar en disposición de satisfacer las exigencias ligadas a cualquier ámbito del conocimiento, con lo cual, a juicio de Diderot, el pueblo llano no sólo queda inhabilitado para los saberes positivos, sino también para las artes: «El imperio de las ciencias y de las artes es un mundo alejado del vulgo»²⁴¹. El citado fragmento pertenece al *Prospectus* que en noviembre de 1750 anunciaba la inminente publicación de la *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, lo cual sugiere que el entrecomillado no sólo reproduce la opinión particular del autor de la *Lettre sur les aveugles*, sino que da cuenta asimismo del parecer de la *société de gens de lettres* que respalda una obra de tal envergadura.

Dicha *société* no se limita a denunciar las escasas habilidades intelectuales de la multitud, sino que a menudo pone en tela de juicio la supuesta humanidad de la gente común. «El pueblo está entre el hombre y la bestia», afirma Voltaire²⁴², «es sin duda un animal imbécil que se deja guiar en las tinieblas», concluye

²⁴⁰ « Non, vous serez toujours peuple; vous ne penserez jamais, malgré tous les secours de l'art, que d'une manière foible et commune » (*ibid.*, p. 6).

²⁴¹ « L'empire des sciences et des arts est un monde éloigné du vulgaire » (DENIS DIDEROT, « Prospectus » [novembre 1750] [de l'*Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*], in D'ALEMBERT, *Discours préliminaire des éditeurs de 1751 et articles de l'Encyclopédie introduits par la querelle avec le Journal de Trévoux*, textes établis et présentés par Martine Groult, Paris, Honoré Champion, 1999, p. 25).

²⁴² « Le peuple est entre l'homme et la bête » (VOLTAIRE, *Les œuvres complètes de Voltaire / The Complete Works of Voltaire*, edited by Theodore Besterman [then by William Henry Barber], Genève/Toronto/Paris, Institut et Musée Voltaire/University of Toronto Press/[diff. J. Touzot], tome 82, *Notebooks* (vol. 2), 2nd edition revised, 1968, p. 534).

d'Alembert²⁴³. «El Pueblo es una *hidra* de cien cabezas», leemos en el *Dictionnaire universel* de Furetière de 1690²⁴⁴, un monstruo desgobernado si es abandonado a su suerte, una fiera cuya única posibilidad pasa por ser sometida y guiada por los *philosophes*, que se presentan como los domadores de la bestia salvaje: «Nosotros -escribe Diderot a Necker el diez de junio de 1775- somos ese pequeño número de cabezas que, situadas en el cuello del gran animal, arrastran tras ellas a la multitud ciega de sus colas»²⁴⁵.

La animalidad del pueblo -que se expresa con especial énfasis en las mujeres²⁴⁶- no podía dejar de estar presente en el exhaustivo *Tableau de Paris* trazado por Mercier, donde una vez más las desatadas pasiones que arrebatan a la muchedumbre contrastan con la serena elegancia de los hombres de letras. Así, ante la noticia del nacimiento de un nuevo príncipe, «mientras el *philosophe* escribía, el populacho en un júbilo desenfrenado gritaba, bebía, aullaba, callejaba bajo una pesada cadencia, se precipitaba hacia las ruedas de una

²⁴³ « Le peuple est sans doute un animal imbécile qui se laisse conduire dans les ténèbres » (carta de D'ALEMBERT a Federico II de Prusia, 30 de noviembre de 1770, in D'ALEMBERT, « Correspondance avec le roi de Prusse », in *Oeuvres de d'Alembert*, Paris, A. Belin, vol. V, partie II, 1822, p. 305).

²⁴⁴ « Le Peuple est une *hydre* à cent testes » (Antoine FURETIÈRE, «Hydre», in *Dictionnaire universel*, *op. cit.*, tome II, [p. 1050]).

²⁴⁵ « Nous sommes ce petit nombre de têtes qui, placées sur le cou du grand animal, traînent après elles la multitude aveugle de ses queues » (carta de Denis DIDEROT a Jacques Necker, doce de junio de 1775, in Denis DIDEROT, *Oeuvres complètes de Diderot revues sur les éditions originales comprenant ce qui a été publié à diverses époques et les manuscrits inédits conservés à la Bibliothèque de l'Ermitage*, notices, notes, table analytique, étude sur Diderot par Jules Assézat et Maurice Tourneux, Paris, Garnier frères, vol. XX. *Correspondance*, tome III, 1877, lettre LXVIII, p. 70).

²⁴⁶ Véase Benoît GARNOT, *Le peuple au siècle des Lumières. Échec d'un dressage culturel*, Paris, Imago, 1990, pp. 85-86. Desde la historia natural Londa Schiebinger ha estudiado el modo como la mujer es identificada en el siglo XVIII con la animalidad y la Naturaleza (Londa SCHIEBINGER, *op. cit.*).

carroza, el rostro lleno de barro y ensangrentado, para recoger algunas monedas sueltas»²⁴⁷.

La autonomía del *philosophe* -sobre la que se sostiene en gran medida el liderazgo de éste al frente de la sociedad- contrasta así con la naturaleza heterónoma de la opinión popular, la cual en el mejor de los casos tan sólo es capaz de reproducir sin más las verdades proferidas por el selecto grupo de hombres de letras que trazan la senda del progreso. De este modo se expresa Diderot en la entrada «Multitud» de la *Encyclopédie*, en la que tras criticar la incultura de ésta, su ineptitud para el razonamiento filosófico y para el juicio estético y sus escasas habilidades por lo que respecta a las cuestiones morales y sentimentales, se pregunta: «¿En qué entonces y cuándo la *multitud* tiene razón? En todo -el inicio de la respuesta resulta sorprendente, pero las líneas que siguen se encargan de poner las cosas en su sitio-, pero al final de un larguísimo tiempo, porque entonces es un eco que repite el juicio de un pequeño número de hombres sensatos que forman por anticipado el de la posteridad»²⁴⁸.

²⁴⁷ « Tandis que le philosophe écrivoit, la populace dans une joie effrénée crioit, buvoit, hurloit, battoit le pavé sous une lourde cadence, se précipitoit autour des roues d'un carrosse, le visage crotté et sanglant, pour ramasser quelques pièces de monnoie » (Louis-Sébastien MERCIER, *Tableau de Paris, op. cit.*, chapitre 414, « Naissance d'un prince », tome V, p. 200).

²⁴⁸ « En quoi donc et quand est-ce que la multitude a raison? -En tout, mais au bout d'un très long temps, parce qu'alors c'est un écho qui répète le jugement d'un petit nombre d'hommes sensés qui forment d'avance celui de la postérité » (Denis DIDEROT, « Multitude », in *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers...*, vol. X, Neuchâtel, chez Samuel Faulche et Compagnie, 1765, p. 860). El *leitmotiv*, que se repite hasta en cuatro ocasiones, en el artículo redactado por Diderot, es «méfiez-vous» («desconfíe» o «desconfíen») de la multitud, cuya voz, afirma el enciclopedista, « est celle de la méchanceté, de la sottise, de l'inhumanité, de la déraison et du préjugé » [«es la de la maldad, de la tontería, de la inhumanidad, de la sinrazón y del prejuicio»]. « La multitude est ignorante et hébétée » [«la multitud es ignorante y alelada»], concluye Diderot (*ibíd.*).

Y éste es, como decíamos, el mejor de los escenarios posibles por lo que respecta al funcionamiento de la opinión popular, que en la inmensa mayoría de las ocasiones no reverbera el prudente diagnóstico de los distinguidos *philosophes*, sino que reproduce un parecer erróneo, una necia suposición que al propagarse adquiere tal fuerza que resulta casi invencible. Tal es la percepción de Voltaire cuando se compromete con la causa de Jean Calas, cuya injusta condena se sostiene a partir del rumor popular, que lo convierte en culpable de la muerte de su hijo. Aunque no pudo salvar de la rueda al padre de familia, como ya señalamos la defensa de Voltaire obtuvo sus frutos, lo cual arroja un saldo bastante optimista a tenor de lo que el afamado hombre de letras escribía un año después de la publicación de su *Traité sur la tolérance* bajo la entrada «Opinión» de su *Dictionnaire philosophique*, donde traza un mapa de dicho concepto a partir del proceso de civilización: aquí Voltaire afirma en primer lugar que los habitantes de América del norte, las tres cuartas partes de África y casi todas las islas asiáticas, ocupados por completo en sus trabajos de subsistencia, apenas poseen opiniones, «tienen un sentimiento confuso de sus costumbres, y no van más allá de ese instinto»²⁴⁹, y, tras poner el ejemplo del talapuzino que convenció a sus devotos de que el dios Sammonocodom taló todos los árboles de un bosque de Siam porque lo incomodaban cuando jugaba al volante, concluye que «hacen falta siglos para destruir una opinión popular»²⁵⁰.

²⁴⁹ « Ils ont un sentiment confus de leurs coutumes, et ne vont pas au-delà de cet instinct » (VOLTAIRE, « Opinion », in *Oeuvres complètes de Voltaire, op. cit.*, vol. XX. *Dictionnaire philosophique*, tome IV, 1879, p. 136).

²⁵⁰ « Il faut des siècles pour détruire une opinion populaire » (*ibid.*).

Después de abordar el contraste entre la autonomía de los *philosophes* situados al frente de la opinión pública y la heteronomía de la opinión popular, nos resta la última de las antítesis apuntadas por el autor de *Mise en scène de l'opinion publique*, la oposición entre el discurso normativo y el discurso descriptivo. Dada la imagen del pueblo que se perfila durante el Antiguo Régimen y que termina de precisar el movimiento ilustrado, tal vez, como señala Veysman, la dignificación del concepto de opinión no puede producirse sino gracias a «la lenta desmaterialización de su referente social»²⁵¹, en virtud de la cual dicha noción queda desvinculada del error. La creciente importancia de la opinión pública, el alcance cada vez mayor de ese poderoso «tribunal» ensalzado por los contemporáneos no sólo no está reñido con la visión profundamente despectiva de la multitud, sino que, por el contrario, hunde sus raíces en la decidida y sistemática descalificación de ésta. La literatura del siglo XVIII define la opinión pública en función de lo que no es. Como señala Mona Ozouf, «la caracterización positiva es sin embargo muy rara, la relación casi mecánica que nosotros establecemos con la libertad de prensa muy laxa, la evocación del número (tiradas de periódicos, ediciones de libros) ausente. ¿Por qué tan pocas indicaciones precisas? Es que los textos se preocupan menos de aportar una información que de utilizar el concepto con fines polémicos: lo descriptivo se borra ante lo normativo»²⁵².

²⁵¹ « La lente dématérialisation de son référent social » (Nicolas VEYSMAN, *Mise en scène de l'opinion publique dans la littérature des Lumières*, *op. cit.*, p. 43).

²⁵² « La caractérisation positive est en revanche très rare, le lien presque mécanique que nous établissons avec la liberté de presse très lâche, l'évocation du nombre (tirages de journaux,

Al igual que Mona Ozouf y Keith Michael Baker, Nicolas Veysman queda enmarcado dentro de lo que Laurence Kaufmann denomina el enfoque «artificialista», el cual sostiene que la opinión pública es antes que nada un fenómeno discursivo, una abstracción que como tal no posee una existencia efectiva, concreta, en las últimas décadas del Antiguo Régimen más allá de los textos a través de los que toma cuerpo. De ahí que Veysman prefiera la expresión *puesta en escena* al término *representación*, pues mientras este último puede apuntar a una entidad objetiva la primera no deja lugar a dudas e indica que nos encontramos ante un artificio, una ficción, en este caso discursiva²⁵³, que a juicio del autor francés no permite ser identificada en la realidad social de la época. Veysman no comparte por tanto la postura de Habermas -quien afirma que la nueva *publicidad burguesa* queda localizada en los escenarios de la sociabilidad ilustrada-, aunque suscribe el esquema propuesto por el filósofo alemán según el cual la opinión pública se presenta como un motivo literario antes de convertirse en un asunto político, agitado por los parlamentarios ante todo a partir de 1770.

Aunque en cierta medida el punto de vista que hemos adoptado en el presente trabajo se halle más próximo a la perspectiva «artificialista» que al planteamiento «referencialista», hemos de reconocer, sin embargo, que para hacernos cargo de la enorme complejidad que encierra nuestro objeto de

éditions de livres) absente. Pourquoi si peu d'indications précises? C'est que les textes se préoccupent moins d'apporter une information que d'utiliser le concept à des fins polémiques: le descriptif s'efface devant le normatif » (Mona OZOUF, *op. cit.*, p. 423).

²⁵³ Nicolas VEYSMAN, *Mise en scène de l'opinion publique dans la littérature des Lumières*, *op. cit.*, p. 27.

estudio no podemos dejar de tomar en cuenta este último enfoque, gracias al cual estamos en disposición de acercarnos a diversas problemáticas que desbordan los márgenes textuales. Éstas adquieren presencia en la calle o en las tabernas donde son arrestados los humildes ciudadanos que critican con osadía la acción del gobierno tras el frustrado regicidio de Luis XV, que se atreven a poner en duda la versión oficial que presentaba a Damiens como un loco cuyo fallido atentado nada tenía que ver con los conflictos que azotaban el reino, con las serias dificultades que marcaban el día a día de la población. Vigilada, perseguida, castigada, la opinión popular es algo más que un efecto de discurso. Los *mauvais propos* procedentes de los sectores más desfavorecidos contribuyeron tanto o más que los tratados filosóficos más sesudos al debilitamiento de las autoridades que detentaban el monopolio interpretativo de los signos que cifraban la realidad de la época.

El envejecimiento de los pilares que sustentaban el edificio del Antiguo Régimen posibilitó la emergencia del *philosophe*, que no sólo se postuló como el nuevo guardián del saber, sino también como el juez a quien remite en último término la nueva instancia de legitimidad a la que ni siquiera la monarquía podrá sustraerse, la opinión pública, «no la opinión de la multitud -como aclara Marmontel en 1776-, que rara vez asciende hasta las Gentes de Letras, sino la opinión de las Gentes de Letras, que desciende hacia la multitud, y la arrastra tras de sí tarde o temprano»²⁵⁴. El *philosophe* se presenta así como un nuevo

²⁵⁴ « Non pas l'opinion de la multitude, qui rarement remonte jusqu'aux Gens de Lettres, mais l'opinion des Gens de Lettres, qui descend vers la multitude, et qui l'entraîne tôt ou tard »

mesías capaz de liderar la «iglesia invisible» cuya verdad termina imponiéndose: «Cuando hablo de la voz pública -escribe Diderot en 1766-, no se trata de esa turba de gentes de toda especie que va en tropel al patio de butacas a silbar una obra maestra, a levantar el polvo del Salón y buscar en el libreto si debe admirar o criticar. Hablo de esa pequeña manada, de esa iglesia invisible que escucha, que observa, que medita, que habla bajo y cuya voz predomina a la larga y forma la opinión general»²⁵⁵. Desde el púlpito de su templo, el nuevo exégeta no sólo fija el sentido de las palabras, sino el lugar de todos aquéllos que a su juicio están condenados a convertirse en sus fieles.

(Jean-François MARMONTEL, « Réponse de M. Marmontel, Chancelier de l'Académie Française, au Discours de M. de La Harpe », in Jean François de LA HARPE et Jean-François MARMONTEL, *Discours prononcés dans l'Académie française le jeudi 20 juin 1776 à la réception de M. de La Harpe*, Paris, Demonville, 1776, p. 32).

²⁵⁵ « Quand je parle de la voix publique, il ne s'agit pas de cette cohue mêlée de gens de toute espèce qui va tumultueusement au parterre siffler un chef d'œuvre, élever la poussière du Salon et chercher sur le livret, si elle doit admirer ou blâmer. Je parle de ce petit troupeau, de cette église invisible qui écoute, qui regarde, qui médite, qui parle bas et dont la voix prédomine à la longue et forme l'opinion générale » (carta de Denis DIDEROT a Étienne-Maurice Falconet, septiembre de 1766, in Denis DIDEROT, *Oeuvres complètes de Diderot revues sur les éditions originales comprenant ce qui a été publié à diverses époques et les manuscrits inédits conservés à la Bibliothèque de l'Ermitage*, notices, notes, table analytique, étude sur Diderot par Jules Assézat et Maurice Tourneux, Paris, Garnier frères, vol. XVIII. *Correspondance*, tome I, 1876, p. 158).

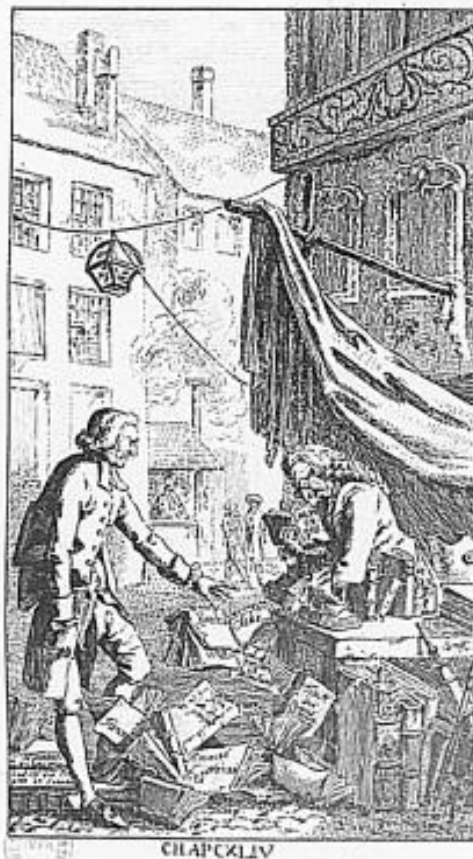


Ilustración 11: Balthasar Anton Dunker, « Un libraire ou bouquiniste parisien. Soirée parisienne », *Illustrations d'Esquisses pour les amateurs*, in Louis-Sébastien Mercier, *Tableau de Paris*, 1787, plancha del capítulo CXLIV (Bibliothèque nationale de France, Paris).



Ilustración 12: Grabado de Antoine Borel para el libro del marqués d'Argens, *Thérèse philosophe ou Mémoires pour servir à l'histoire du P. Dirrag et de mademoiselle Eradice*, nouvelle édition, Londres, 1785, vol. I.



Ilustración 13: François Boucher, *Portrait de Mme de Pompadour*, 1756 (Alte Pinakothek, München). La marquesa lee acomodada en una *chaise longue*.



Ilustración 14: Pierre Antoine Baudouin, *La lecture*, ca. 1760 (Musée des Arts Décoratifs, Paris).

CONCLUSIONS

Dans l'article « Peuple », publié dans le douzième volume de l'*Encyclopédie*, le chevalier de Jaucourt ne pouvait s'empêcher de mentionner ce qui représentait à son avis le changement le plus important que cette notion avait connu durant ces derniers temps. Contrairement à ce qui se passe en Angleterre, le pays voisin où le peuple élit ses représentants à la Chambre des Communes ou en Suède, dont la paysannerie participe aux assemblées nationales, on dirait qu'en France, selon l'auteur de l'article (l'un des collaborateurs les plus prolifiques du dictionnaire édité par Diderot et d'Alembert), ce qui était autrefois considéré comme « la partie la plus utile, la plus précieuse et par conséquent la plus respectable de la nation »¹ n'est aujourd'hui qu'un empesté dont presque tout le monde essaie de s'éloigner. D'après Jaucourt, « autrefois le *peuple* étoit l'état général de la nation, simplement opposé à celui des grandes et des nobles. Il renfermoit les Laboureurs, les ouvriers, les artisans, les Négocians, les Financiers, les gens de Lettres et les gens de Lois. Mais un homme de beaucoup

¹ Louis JAUCOURT, « Peuple », in *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers...*, vol. XII, Neuchâtel, chez Samuel Faulche et Compagnie, 1765, p. 476.

d'esprit, qui a publié il y a près de vingt ans une dissertation sur *la nature du peuple*, pense que ce corps de la nation, se borne actuellement aux ouvriers et aux Laboureurs »².

L'auteur qui mérite les éloges de l'encyclopédiste est Gabriel-François Coyer. Il fit imprimer en 1755 (ce qui fait dix ans et non pas vingt ans plus tôt comme le prétend Jaucourt) sa *Dissertation sur la nature du peuple*, lequel, malgré tout, « ainsi réduit ne laisse pas d'être la partie la plus nombreuse, peut-être la plus nécessaire de la nation »³. Selon Coyer, après que les gens de lois se sont anoblis et que les gens de lettres ont tourné le dos au peuple, il ne reste dans celui-ci que les cultivateurs, les domestiques et les artisans⁴.

Les groupes qui ne se reconnaissent pas sous la dénomination réservée aux classes les plus humbles, non seulement ne se limitent pas à prendre de la distance avec les gens ordinaires mais, comme le rappelle Coyer, ils remettent en question la prétendue humanité du peuple. Celui-ci apparaît dans les discours des philosophes investi des attributs propres aux bêtes les plus sauvages et aux animaux les plus idiots, comme « les bœufs auxquels il faut un joug, un aiguillon

² *Ibid.*

³ [Gabriel-François COYER], « Dissertation sur la nature du peuple », in *Dissertations pour être lues : la première, sur le vieux mot de patrie ; la seconde, sur la nature du peuple*, La Haye [Paris], Pierre Gosse junior [Nicolas Bonaventure Duchesne], 1755, p. 46.

⁴ *Ibid.*, p. 45. Le discours de Coyer est un argument en faveur de la thèse du retrait que défend entre autres Peter Burke. D'après l'historien américain, l'époque moderne peut être contemplée comme le processus à travers lequel les hautes classes se distinguent des coutumes et habitudes des secteurs les plus défavorisés. Si en 1500 la culture populaire était toujours considérée comme une culture commune, en 1800 les groupes sociaux les plus aisés avaient déjà une vision du monde très différente de celle des gens ordinaires (Peter BURKE, *Popular Culture in Early Modern Europe* [1978], Surrey, Ashgate, 3rd édition, 2009, pp. 268-281).

et du foin », ce qui selon Voltaire représente l'image parfaite du peuple, lequel « sera toujours sot et barbare »⁵.

Coyer ne partage pas l'opinion du patriarche de Ferney. Ainsi, tout en reconnaissant qu'il y a beaucoup de motifs pour penser que le peuple se laisse guider par l'instinct et non par la raison –ce qui est la qualité essentielle de l'homme-, l'auteur de la *Dissertation* apporte une série de preuves qui démontrent la nature humaine du peuple. La première est sans doute la plus curieuse : un habile anatomiste a disséqué le crâne d'un paysan et a observé le bon état des organes responsables du raisonnement. En plus de l'observation d'une disposition correcte du cervelet, de la moelle et des fibres nerveuses, l'expert a examiné au microscope la glande pinéale (l'endroit où réside l'âme). Il fit remarquer que ce paysan, qui s'était pendu car sans ressource après avoir payé ses impôts puisqu'il ne lui restait rien pour vivre, avait une logique plus claire et intelligente qu'un individu distingué –mort en duel d'une phrase mal comprise et sans aucun sens-, dont le crâne disséqué par l'anatomiste ne montrait que des perceptions confuses et décousues, des grands airs et rêves chimériques⁶.

En plus des évidences anatomiques, Coyer fait allusion à la participation de la population aux élections politiques et aux discussions sur les affaires fondamentales de la patrie (l'écrivain mentionne entre autres les États Généraux convoqués pour la dernière fois sous Louis XIII), ce qui démontre que la raison est également présente dans les couches sociales les plus défavorisées, puisque

⁵ Lettre de VOLTAIRE à Jean-François-René Tabareau, 3 février 1769, in VOLTAIRE, *Correspondance, op. cit.*, vol. IX, 1985, lettre 11091 [D 15461], p. 778.

⁶ [Gabriel-François COYER], « Dissertation sur la nature du peuple », *op. cit.*, pp. 59-61.

l'intelligence se manifeste non seulement dans les Conseils de gouvernement, mais aussi au sein des familles, même les plus humbles desquelles sont issues beaucoup d'actrices qui débordent de talent sur la scène théâtrale⁷.

Au lieu de reconnaître ses précieuses contributions à la société, « nous refusons la raison au peuple –on le lit dans la *Dissertation*-, et nos loix le punissent : les prisons, les tortures, les gibets, les roues sont à son usage »⁸. C'est pourquoi Coyer dénonce le traitement injuste réservé à la citoyenneté qui dispose de moins de ressources, dont l'incompétence n'en fait pas moins des sujets redoutables puisque considérés comme un troupeau séduit facilement par des agitateurs.

La nature hétéronome des gens ordinaires contraste avec l'autonomie des hommes de lettres. Ces derniers ne sont certainement pas étrangers à cette perception qu'on a de la multitude, dont ils ont besoin de se dissocier afin de flatter la grande considération qu'ils ont d'eux-mêmes. Comme l'affirme Rousseau, l'élite intellectuelle qui fréquente les salons parisiens partage avec la haute aristocratie et la classe fortunée une curieuse obsession : « Les grands, les riches, et cette brillante portion de la société qu'on appelle bonne compagnie, ont grand soin de se conduire en tout différemment des autres hommes. Il faut s'habiller autrement que le peuple, parler, penser, agir, vivre autrement que le peuple »⁹.

⁷ *Ibid.*, pp. 61-67.

⁸ *Ibid.*, p. 67.

⁹ Jean-Jacques ROUSSEAU cité par Werner BAHNER, « Le Mot et la notion de “peuple” dans l'œuvre de Rousseau », *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century*, 55, 1967, p. 122.

Les philosophes se définissent contre le peuple car ils sont dotés d'attributs dont ne disposent pas les gens ordinaires (raisonnement, réflexion, esprit d'observation, moralité irréprochable). Par ailleurs ils se présentent comme l'ultime instance de ce nouveau « tribunal » qui apparaît partout dans les discours de l'époque, l'opinion publique, laquelle est également caractérisée à partir de son opposition fondamentale face à l'opinion populaire, son antithèse, face à cette « multitude aveugle » que Rousseau sous-estime¹⁰ et que d'Alembert méprise au point d'ajouter le qualificatif « bruyante » à ceux qui ne font pas partie du petit groupe du « Public vraiment éclairé »¹¹. Malgré son ironie envers ceux qui tentent par tous les moyens de se démarquer du peuple, ce dernier continue d'être l'objet de reproches du très cher et adoré écrivain genevois, et des mots durs du coéditeur de l'*Encyclopédie*, l'un des leaders de la deuxième génération de philosophes selon Louis Gottschalk¹², qui se prononce contre la multitude quelques mois seulement après sa prise de fonction en tant que secrétaire perpétuel de l'Académie française, l'une des *institutions de la vie littéraire*

¹⁰ « Comment une multitude aveugle qui souvent ne sait ce qu'elle veut, parce qu'elle sait rarement ce qui lui est bon, exécuterait-elle d'elle-même une entreprise aussi grande, aussi difficile qu'un système de législation? [...] Voilà d'où naît la nécessité d'un Législateur » (Jean-Jacques ROUSSEAU, *Du contrat social ou Principes du droit politique*, Amsterdam, Marc Michel Rey, 1762, livre II, chapitre VI, pp. 80-81).

¹¹ « Il [l'historien] a souvent tendance à distinguer le Public vraiment éclairé, qui doit guider sa plume, d'avec cette multitude aveugle et bruyante » (D'ALEMBERT, *Éloges lus dans les séances publiques de l'Académie française*, *op. cit.*, Préface [lue à la séance publique du 25 août 1772], p. IX).

¹² Louis GOTTSCHALK, «Three Generations: A Plausible Interpretation of the French Philosophes?», *Studies in Eighteenth-Century Culture*, 2, 1972, pp. 3-12. D'après Gottschalk, Montesquieu domina la première génération de philosophes (de 1721 à 1750), l'*Encyclopédie* la deuxième (qui s'est terminée vers 1780) et Condorcet la troisième. Même si cette chronologie est intéressante, à mon avis l'influence de Voltaire sur les lettres françaises dépasse la portée des trois figures distinguées par Gottschalk.

(comme les nomme Alain Viala)¹³ qui ont conduit à la naissance de l'écrivain comme personnage social.

De la même façon que l'établissement promu par le cardinal de Richelieu a supporté beaucoup de critiques depuis sa création –y compris entre autres celles de *La comédie des académistes* de Saint-Évremond-, les hommes de lettres du milieu du XVIIIème siècle ont dû vivre aussi avec leurs détracteurs acharnés, particulièrement à partir de 1760, quand le discours de réception à l'Académie française prononcé par Jean-Jacques Lefranc de Pompignan et la comédie à succès de Palissot ont donné lieu à une guerre intense de pamphlets. Dans l'arène publique, les philosophes ont dû se battre contre ceux (Palissot, Fréron et compagnie) qui cherchaient à les démasquer en tentant de révéler les vils intérêts qui se cachaient derrière la critique de la superstition ou la lutte contre l'intolérance.

Les continuelles disputes littéraires minaient la réputation des philosophes. Ceci constituait un sérieux revers pour leurs aspirations puisque l'objectif final de ce mouvement ayant pris corps dans le Paris de Voltaire et de l'*Encyclopédie* n'était pas de créer un ensemble doctrinal capable de montrer aux lecteurs de plus en plus nombreux le bien fondé de l'exercice rationnel. Au contraire, il s'agissait d'instaurer une nouvelle élite intellectuelle apte à profiter de l'affaiblissement des anciennes structures qui soutenaient l'Ancien Régime. Ce mouvement a su tirer parti de la crise de légitimité supportée par une monarchie

¹³ Alain VIALA, *Naissance de l'écrivain...*, *op. cit.*

amointrie par les nombreux *mauvais discours* qui lançaient leurs invectives contre le symbole par excellence de la nation, le Roi, dont la chance après l'attentat manqué de Damiens était regrettée par beaucoup de femmes et d'hommes du peuple.

C'est là que l'opinion publique, cette nouvelle autorité qui est en concurrence avec la monarchie elle-même, entre en scène. Il s'agit d'une nouvelle instance où, comme l'affirme Veysman, le philosophe n'entend pas être un simple représentant mais revendique la place du directeur¹⁴. Il se présente comme le seul capable de garder le cap d'une entité qui, à l'abri des changements aléatoires de la multitude abrutie, voit dans les hommes de lettres la vérité qui illumine le chemin sûr du progrès. Selon Garnier, ils remplissent dans la société la même fonction que les yeux dans le corps humain¹⁵, apportant la lumière, métaphore par excellence du XVIII^e siècle. La philosophie des Lumières, d'après Dinah Ribard, plutôt que d'être enseignée ou apprise se répand comme la clarté dans l'air : « Ce n'est pas une profession mais une attitude, la réitération d'un geste décisif »¹⁶, une sorte de court-circuit qui n'est pas le résultat de la lente assimilation d'une discipline, mais vient d'une révélation, d'une rupture. De cette rupture ne naît pas une pratique professorale¹⁷ nécessitant une série de

¹⁴ Nicolas VEYSMAN, *Mise en scène de l'opinion publique dans la littérature des Lumières*, *op. cit.*, p. 42.

¹⁵ Jean-Jacques GARNIER, *L'Homme de lettres*, *op. cit.*, p. 144. L'écrivain affirme que remettre en question l'utilité des hommes de lettres est une stupidité monumentale.

¹⁶ Dinah RIBARD, « Philosophe ou écrivain ? Problèmes de délimitation entre histoire littéraire et histoire de la philosophie en France, 1650-1850 », *Annales HSS*, 2000, 2, p. 379. Selon l'auteur, ce « geste » suit le modèle cartésien de la conversion qui inspire les éloges académiques de Fontenelle.

¹⁷ Dans son article, Dinah Ribard aborde la lutte entre les professionnels qui se consacraient à l'enseignement de la philosophie au sein de l'université (comme le père Paulian) et les auteurs

leçons réglées devant un nombre certain d'étudiants ou un auditoire défini, ce discours éclairé ne développe aucune analyse détaillée des différents aspects des concepts théoriques traditionnels. En revanche, ceux qui cherchent à lever progressivement le voile sur la vérité (pour ne pas la jeter brusquement sur la multitude, qui la repousserait avec violence si elle n'était pas reçue à petites doses)¹⁸ dispensent leur enseignement dans l'espace ouvert constitué par un public en nombre indéterminé. Ce dernier fonctionne comme une puissante instance légitimant les autodidactes qui se livrent à la critique de leur temps, à la lutte contre les préjugés et les superstitions, les flèches que les gens de lettres lancent contre l'opinion populaire.

Doté du précieux talent de penser par soi-même et de l'invincible raison, laquelle selon Dumarsais est au philosophe ce que la grâce est au chrétien¹⁹, le génie qui apparaît sous la figure de l'homme de lettres du milieu du XVIII^e siècle « représente la forme laïque de l'inspiré des temps antérieurs », comme le suggère Jean-Marie Goulemot²⁰. Le philosophe est devenu l'interprète par excellence des impénétrables arcanes qui étaient autrefois de la compétence exclusive des autorités ecclésiastiques et des souverains. Les nouveaux gardiens de la vérité ont défendu leur position privilégiée réservée au petit groupe des

(Voltaire et compagnie) qui défendaient une pratique distincte du labeur philosophique et dont l'habitat le plus approprié était les académies, les salons ou les textes écrits. Ces deux camps opposés prétendaient être les représentants authentiques de la vraie philosophie (*ibid.*, pp. 355-388).

¹⁸ D'ALEMBERT, *Éloges lus dans les séances publiques de l'Académie française*, *op. cit.*, Préface [lue à la séance publique du 25 août 1772], pp. XIX-XX.

¹⁹ [César Chesneau DUMARSAIS], « Le Philosophe », *op. cit.*, p. 175.

²⁰ Jean-Marie GOULEMOT, *Adieu les philosophes : que reste-t-il des Lumières ?*, Paris, Seuil, 2001, p. 80.

éclairés dans lequel n'avaient pas leur place les « pauvres diables » rêvant d'un avenir d'écrivain, dont beaucoup survivaient d'emplois mal payés et recevaient en outre les critiques indolentes de Voltaire. Satisfaits de la construction de la monumentale *Encyclopédie*, colossal « palais des sciences » qui rend hommage à la nation française²¹, les philosophes n'ont cessé de lutter contre la basse littérature, ces gribouilleurs si détestés du patriarche de Ferney. Les hommes de lettres n'ont pas ménagé non plus leurs efforts pour s'extraire de la multitude, de cette opinion populaire qui selon Condorcet correspond à « la partie du peuple la plus stupide et la plus misérable »²², par opposition à l'émergente opinion publique que les ministres de l'Église invisible de Diderot placent sous leur tutelle.

²¹ « L'Encyclopédie est un monument qui honore la France ; aussi fut-elle persécutée dès qu'elle fut entreprise. Le discours préliminaire qui la précéda était un vestibule d'une ordonnance magnifique et sage qui annonçait le palais des sciences » (VOLTAIRE, *Questions sur l'Encyclopédie, par des amateurs* [1770-1772], nouvelle édition, soigneusement revue, corrigée et augmentée, [Neuchâtel], [Société typographique de Neuchâtel], 1771-1772, 9 vol., vol. I (1771), « Introduction », p. 1).

²² Jean-Antoine-Nicolas de Caritat, marquis de CONDORCET, *op. cit.*, p. 140.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES

Fuentes manuscritas

Archives nationales :

- Série X. Parlement de Paris :

- X^{1A} 8497-8498 : Parlement civil. Conseil secret. Affaire Damiens.

- X^{2B} 1362 : Parlement criminel. Procès de Damiens.

- X^{2B} 1367-1368 : Émeute populaire, 1750.

- Série AB XIX. Documents isolés et papiers d'érudits : AB XIX 3192, dossier 6, constitué par M. de Klinglin (affaire Damiens : lettres sur l'attentat et bulletins de santé de Louis XV).

Fuentes impresas

Prensa

Amsterdam. Avec privilège de Nos Seigneurs les États de Hollande et de West-Frise [Gazette d'Amsterdam] (1663-1795). Bibliothèque nationale de France : G-4292-4398.

El Censor. Obra periódica [1781-1787], Oviedo, Universidad de Oviedo/Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 1989.

Gazette [de France] [1631-1792]. Bibliothèque nationale de France : MICROFILM M-197.

Journal de Trévoux ou Mémoires pour servir à l'histoire des sciences et des arts [1701-1767], Genève, Slatkine Reprints, 1968 (édition fac-similée), 67 vol.

Journal encyclopédique [1756-1793]. Bibliothèque nationale de France : MFILM Z-51274-52118.

L'Année littéraire, ou Suite des Lettres sur quelques écrits de ce temps [1754-1791]. Bibliothèque nationale de France : MICROFILM M-26.

Le Courier [d'Avignon] [1733-1768]. Bibliothèque nationale de France : MFILM 4-LC2-65.

Resto de fuentes impresas

ACADÉMIE FRANÇAISE, *Statuts et règlements* (22 février 1635), http://www.academie-francaise.fr/role/statuts_AE.pdf.

ALEMBERT, D', *Essai sur la société des gens de lettres et des grands, sur la réputation, sur les mécènes, et sur les récompenses littéraires* [1753], Milano, Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, 2003.

ALEMBERT, D' et Jean-Baptiste-Louis GRESSET, *Discours prononcés dans l'Académie françoise, le jeudi 19 Décembre 1754, à la réception de M. d'Alembert*, Paris, Brunet, 1754.

ALEMBERT, D', « Réflexions sur l'état présent de la République des lettres pour l'article gens de lettres, écrites en 1760 et par conséquent relatives à cette époque » [1760], in *Œuvres et correspondances inédites*, éditées par Charles Henry, Genève, Slatkine, 1967, pp. 67-79.

ALEMBERT, D', « Portrait de l'auteur, fait par lui même, et adressé à Madame*** » [1760], in *Oeuvres de d'Alembert*, Paris, A. Belin, vol. I, 1821, vol. I, pp. 9-12.

ALEMBERT, D', « Correspondance avec le roi de Prusse » [1760-1783], in *Oeuvres de d'Alembert*, Paris, A. Belin, vol. V, partie II, 1822, pp. 249-467.

- ALEMBERT, D', *Éloges lus dans les séances publiques de l'Académie française*, Paris, Panckoucke/Moutard, 1779, Préface [lue à la séance publique du 25 août 1772], pp. V-XXXIV.
- ALLAMAND, François Louis, *Pensées anti-philosophiques*, La Haye, Pierre van Cleef, 1751.
- [ARGENS, Jean-Baptiste de Boyer, marquis d'], *Thérèse philosophe ou Mémoires pour servir à l'histoire du P. Dirrag et de mademoiselle Eradice*, La Haye, [1748] (traducción española: *Teresa filósofa...*, Madrid, Valdemar, 1999, trad. de Mauro Armiño).
- ARISTÓTELES, *El hombre de genio y la melancolía: problema XXX, I*, Barcelona, Quaderns Crema, 1996, edición bilingüe, prólogo y notas de Jackie Pigeaud, trad. de Cristina Serna.
- ARNAUD, François-Thomas-Marie de Baculard d', *La France sauvée, poème*, 2^e édition, 1757.
- Arrêt de la cour de Parlement contre la famille de Robert-François Damiens*, Paris, P.-G. Simon, 1757.
- Arrêt de la Cour de Parlement contre Robert-François Damiens, par lequel il est déclaré dûment atteint et convaincu de crime de parricide*, Lyon, P. Valfray, 1757.
- BARBIER, Edmond-Jean-François, *Chronique de la Régence et du règne de Louis XV (1718-1763) ou Journal de Barbier*, Paris, Charpentier, 1857-1866, 8 vol.
- BARTOLI, Daniello, *L'Homme de Lettres* [1645], traduit de l'italien, augmenté de notes historiques et critiques, par le P. Delivoy, Paris, Herissant le fils, 1764, 3 vol.
- BERNIS, François-Joachim de Pierres, cardinal de, *Mémoires*, préface de Jean-Marie Rouart, notes de Philippe Bonnet, Paris, Mercure de France, 1986.
- BIENVILLE, D. T. de, *La nymphomanie ou traité de la fureur utérine* [1771], Paris, Office de Librairie, 1886.
- BOILEAU, Nicolas, *Satires du Sieur D****, Paris, Barban, 1666.
- BONAFONS, Marie-Magdeleine de, *Tanastés. Conte allégorique*, La Haie, Van der Slooten, 1745.

- BURTON, Robert, *Philosophaster* [1615], ed. Latin-English, Whitefish, Kessinger Publishing, 1992.
- BURTON, Robert, *Anatomía de la melancolía* [1^a ed.: 1621; ed. de referencia: 1632], prefacio de Jean Starobinski, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 1997-2002, 3 vols., trad. de Ana Sáez Hidalgo, Raquel Álvarez Peláez y Cristina Corredor.
- [CAILLEAU, André-Charles], *Les philosophes manqués*, à Criticomanie [Paris], chez la Satyre [Cailleau], 1760.
- [CAILLEAU, André-Charles], *Les originaux ou Les fourbes punis : parodie scène par scène des «Prétendus philosophes», comédie nouvelle en trois actes et en vers par M. ** d'aucune académie ni société*, Nancy, 1760.
- CAMPAN, Madame, « Anecdotes du règne de Louis XV », in *Mémoires sur la vie de Marie-Antoinette, reine de France et de Navarre, suivis de souvenirs et anecdotes historiques sur les règnes de Louis XIV, Louis XV et Louis XVI*, avec une notice et des notes par M. Fs. Barrière, Paris, F. Didot frères, 1849, pp. 376-392.
- [CANDIDE (le Cadet)], *Petites réflexions sur la comédie des Philosophes*, [1760].
- CHAUDON, Louis-Mayeul et François-Marie COGER, *Dictionnaire anti-philosophique, pour servir de commentaire et correctif au Dictionnaire philosophique, et aux autres livres, qui ont paru de nos jours contre le christianisme : ouvrage dans lequel on donne en abrégé les preuves de la religion, et la réponse aux objections de ses adversaires ; avec la notice des principaux auteurs qui l'ont attaquée, et l'apologie des grands hommes qui l'ont défendu* [1767], nouvelle édition considérablement augmentée, Avignon, chez la veuve Girard et François Séguin, 1769, 2 tomes en 1 vol.
- [CHAUDON, Louis-Mayeul], *Les grands hommes vengés, ou Examen des jugements portés par M. de V. et par quelques autres Philosophes, sur plusieurs Hommes célèbres, par ordre alphabétique*, Lyon, J. M. Barret, 1769, 2 vol.
- CHAUMEIX, Abraham Joseph de, *Les philosophes aux abois, ou Lettres de M. de Chaumeix, à messieurs les encyclopédistes, au sujet d'un libelle anonyme intitulé Justification de plusieurs articles du Dictionnaire encyclopédique, ou Préjugés légitimes contre Ab. Jos. de Chaumeix*, Bruxelles [Paris], chez la veuve Lamesle, 1760.

- CHAUMEIX, Abraham-Joseph de, *Préjugés légitimes contre l'Encyclopédie et essai de réfutation de ce dictionnaire*, Bruxelles/Paris, Hérissant, 1758-1759, 8 vol.
- CHAUMEIX, Abraham-Joseph de, *Sentiment d'un inconnu sur l'Oracle des nouveaux philosophes, pour servir d'éclaircissement & d'errata à cet ouvrage, dédié à M. de Voltaire*, à Villefranche [Paris], chez Philalete, à la bonne Foi [Claude-Jean-Baptiste II Hérissant], 1760.
- [CHAUMEIX, Abraham-Joseph de], *La petite encyclopédie, ou Dictionnaire des philosophes : ouvrage posthume d'un de ces messieurs*, Anvers, chez Jean Gasbeck, s.d.
- CHEVRIER, François-Antoine, *Le colporteur, histoire morale et critique*, Londres, J. Nourse, l'an de la vérité [1758].
- COLLÉ, Charles, *Journal et mémoires de Charles Collé sur les hommes de lettres, les ouvrages dramatiques et les événements les plus mémorables du règne de Louis XV: 1748-1772*, nouvelle éd. augmenté de fragments inédits recueillis dans le ms. de la Bibliothèque impériale du Louvre, avec une introduction et des notes par Honoré Bonhomme, Paris, Firmin Didot frères et fils et Cie, 1868, 3 vol.
- CONDORCET, Jean-Antoine-Nicolas de Caritat, marquis de, *Réflexions sur le commerce des bleds*, Londres, 1776.
- [COSTE D'ARNOBAT, Charles-Pierre], *Le philosophe ami de tout le monde, ou Conseils désintéressés aux Littérateurs, par M. L... C... qui n'est pas Littérateur*, Sopholis, chez le Pacifique, 1760.
- [COYER, Gabriel-François], « Dissertation sur la nature du peuple », in *Dissertations pour être lues : la première, sur le vieux mot de patrie ; la seconde, sur la nature du peuple*, La Haye [Paris], Pierre Gosse junior [Nicolas Bonaventure Duchesne], 1755, pp. 44-70.
- [COYER, Gabriel-François], *Discours sur la satire contre les philosophes, représentée par une troupe qu'un poète philosophe [Voltaire] fait vivre, & approuvée par un académicien [Crébillon père] qui a des philosophes pour collègues*, Athènes [Paris], chez le libraire anti-philosophe, 1760.
- COYER, Gabriel-François, *Discours prononcé dans l'Académie royale des sciences et lettres de Nancy, par M. l'Abbé Coyer, à sa réception le dimanche 8 mai 1763*, Nancy/Paris, Babin/Duchesne, 1763.

- CROÏ-SOLRE, Emmanuel de, *Journal inédit du duc de Croÿ (1718-1784)*, Paris, Flammarion, 1906-1907, 4 vol.
- Dictionnaire de l'Académie française. Dédié au Roy*, Paris, Jean Baptiste Coignard, 1^e éd., 1694, 2 vol.
- Dictionnaire de l'Académie françoise. Dédié au Roy*, Paris, Jean-Baptiste Coignard, 2^e éd., 1718, 2 vol.
- Dictionnaire de l'Académie françoise*, Paris, Jean-Baptiste Coignard, 3^e éd., 1740, 2 vol.
- Dictionnaire de l'Académie françoise*, Paris, Bernard Brunet, 4^e éd., 1762, 2 vol.
- Dictionnaire de l'Académie françoise. Revue, corrigée et augmentée par l'Académie elle-même*, Paris, J. J. Smits, 5^e édition, 1798, 2 vol.
- DIDEROT, Denis, « Prospectus » [1750] [de l'*Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*], in D'ALEMBERT, *Discours préliminaire des éditeurs de 1751 et articles de l'Encyclopédie introduits par la querelle avec le Journal de Trévoux*, textes établis et présentés par Martine Groult, Paris, Honoré Champion, 1999, pp. 17-32.
- DIDEROT, Denis, *Éloge de Richardson* [1762], in *Oeuvres complètes de Diderot revues sur les éditions originales comprenant ce qui a été publié à diverses époques et les manuscrits inédits conservés à la Bibliothèque de l'Ermitage*, notices, notes, table analytique, étude sur Diderot et le mouvement philosophique au XVIII^e siècle par Jules Assézat, Garnier frères, vol. V, 1875, pp. 211-227.
- DIDEROT, Denis, *El sobrino de Rameau* [escrito en 1761, publicado en 1823], edición de Carmen Roig, Madrid, Cátedra, 2000, trad. de Dolores Grimau.
- DIDEROT, Denis, *Carta sobre el comercio de libros* [escrita en 1763, publicada en 1861], estudio preliminar de Roger Chartier, edición, traducción y notas de Alejandro García Schnetzer, Buenos Aires, FCE, 2003.
- DIDEROT, Denis, « Éléments de physiologie », in *Oeuvres complètes de Diderot revues sur les éditions originales comprenant ce qui a été publié à diverses époques et les manuscrits inédits conservés à la Bibliothèque de l'Ermitage*, notices, notes, table analytique, étude sur Diderot et le mouvement philosophique au XVIII^e siècle par Jules Assézat, Paris, Garnier frères, 1875, vol. IX, pp. 253-429.

- DIDEROT, Denis, *Correspondance*, in *Oeuvres complètes de Diderot revues sur les éditions originales comprenant ce qui a été publié à diverses époques et les manuscrits inédits conservés à la Bibliothèque de l'Ermitage*, notices, notes, table analytique, étude sur Diderot par Jules Assézat et Maurice Tourneux, Paris, Garnier frères, vol. XVIII-XX, 1876-1877.
- [DORAT, Claude-Joseph], *Épître à un ami, dans sa retraite, à l'occasion des Philosophes, et de l'Écossaise*, Amsterdam [Paris], [Duchesne], 1760.
- DUBOIS, Pierre-Alexis, *Lettres de M. le Président Dubois, Doyen des Enquêtes et Requêtes, à M. le Premier Président, avec les réponses. [Au sujet de l'attentat de Damiens]*, s. l. n. d.
- DUCLOS, Charles, *Considérations sur les mœurs de ce siècle*, [Paris, Laurent-François Prault ou Bernard Brunet], 1751.
- DUCLOS, Charles, *Considérations sur les mœurs de ce siècle* [1751], Paris, Prault, 5^e édition, 1767.
- DUFORT DE CHEVERNY, Jean-Nicolas, *Mémoires sur les règnes de Louis XV et Louis XVI*, publiés avec une introduction et des notes par Robert de Crèvecœur, Paris, E. Plon, Nourrit et Cie, 1886, 2 vol.
- [DUMARSAIS César Chesneau], « Le Philosophe », in *Nouvelles libertés de penser*, Amsterdam, [Piget], 1743, pp. 173-204.
- Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers, par une société de gens de lettres. Mis en ordre et publié par M. Diderot, [...] et quant à la partie mathématique, par M. d'Alembert*, Paris, France-expansion, 1972, 17 vol. -reproduction des éditions de : Paris, Briasson/David l'aîné/Le Breton/Durand, 1751-1757, vol. I-VII ; Neuchâtel, Samuel Faulche et Compagnie, 1765, vol. VIII-XVII-.
- ERASMO DE ROTTERDAM, «Colloquio llamado Combite religioso» [1522], in *Coloquios familiares: edición de Alonso Ruiz de Virués (siglo XVI)*, edición actualizada, estudio introductorio y notas de Andrea Herrán y Modesto Santos, Rubí (Barcelona), Anthropos, 2005, pp. 87-154.
- FARET, Nicolas, *L'honneste-homme, ou L'art de plaire à la cour*, Paris, T. du Bray, 1630.
- FARGE, Arlette et Michel FOUCAULT (éd.), *Le désordre des familles. Lettres de cachet des Archives de la Bastille*, [Paris], Julliard/Gallimard, 1982.

- FRÉRON, Élie-Catherine, *Le Dossier Fréron. Correspondances et documents*, publié par Jean Balcou, Genève/Saint-Brieuc/Paris, Droz/Presses Universitaires de Bretagne/CNRS, 1975.
- FURETIÈRE, Antoine, *Dictionnaire universel, contenant généralement tous les mots françois tant vieux que modernes, et les termes de toutes les sciences et des arts...*, Paris, France-expansion, 1972 –reproduction de l'édition de La Haye et Rotterdam, A. et R. Leers, 1690, 3 tomes dans un volume, non paginé-.
- GAILLARD, Antoine, *La furieuse monomachie de Gaillard et Braquemart*, in *Oeuvres du Sieur Gaillard*, Paris, Jacques Dugast, 1634, pp. 1-53.
- GARNIER, Jean-Jacques, *L'Homme de lettres*, Paris, Panckoucke, 1764.
- GARNIER, Jean-Jacques, *Traité de l'origine du gouvernement françois, où l'on examine ce qui est resté en France sous la première Race de nos Rois, de la forme du Gouvernement qui subsistait dans les Gaules sous la Domination Romaine*, Paris, chez Vente, 1765.
- [GIRY DE SAINT-CYR, Joseph], *Catéchisme et décisions de cas de conscience, à l'usage des Cacanacs, avec un Discours du patriarche des Cacanacs, pour la réception d'un nouveau disciple, Cacopolis* [Paris], 1758.
- [GIRY DE SAINT-CYR, Joseph], *Premier mémoire pour servir à l'histoire de Cacanacs* [inséré dans le *Mercure de France*, premier volume du mois d'octobre 1757, p. 15, sous le titre d'*Avis utile*], in Jean-Louis VISSIÈRE (éd.), *La Secte des empoisonneurs : polémique autour de l'Encyclopédie de Diderot et d'Alembert*, Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence, 1993, pp. 40-42.
- GOURNAY, Marie le Jars de, *Le Proumenoir de Monsieur de Montaigne*, Paris, chez Abel l'Angelier, 1594.
- GOURNAY, Marie Le Jars de, *Égalité des hommes et des femmes* [1622], *suivi de Grief des dames* [1626], édité par Claude Pinganaud, Paris, Arléa, 2008.
- GOURNAY, Marie le Jars de, *Textes relatifs à la calomnie*, textes établis, annotés et commentés par Constant Venesoen, Tübingen, Gunter Narr Verlag, 1998.

- GRESSET, Jean-Baptiste-Louis, *Sur l'attentat commis sur la personne sacrée du Roy, le 5 Janvier 1757. Avec une requête au Roy, pour supplier très-humblement Sa Majesté de changer le Nom d'une Ville de France*, Paris, S. Jorry, 1757.
- GROSLEY, Pierre-Jean, *Les iniquités découvertes*, Londres [Paris], 1757.
- GROSLEY, Pierre-Jean, *Lettres inédites de Grosley et de quelques-uns de ses amis*, recueillies par M. Truelle Saint-Evron et annotées par M. Albert Babeau, Troyes, Société académique de L'Aube, s. d.
- GUÉNARD, Antoine, *Discours qui a remporté le prix d'éloquence à l'Académie française, en l'année 1755: En quoi consiste l'esprit philosophique*, Paris, B. Brunet, 1755.
- GUYON, Claude-Marie, *L'oracle des nouveaux philosophes, pour servir de suite et d'éclaircissements aux Œuvres de M. de Voltaire*, Berne, 1759-1760, 2 vol.
- HELVÉTIUS, Claude-Adrien, *De l'esprit*, Paris, Durand, 1758.
- HÉNAULT, Charles-Jean-François, *Mémoires du Président Hénault*, Genève/Paris, Slatkine/diffusion Champion, 1971 —reproduction en fac-similé de la nouvelle édition complétée, corrigée et annotée par François Rousseau, Paris, Hachette, 1911-.
- [HOLBACH, Paul Henri Dietrich, baron d'], *Éthocratie ou le Gouvernement fondé sur la morale*, Amsterdam, Marc-Michel Rey, 1776.
- JOIN, Nicolas, *Les sentiments français [sur l'attentat commis sur le roi par un scélérat nommé Damiens, le 5 Janvier 1757]*, ronde, s. l. n. d.
- KANT, Immanuel, «Respuesta a la pregunta: ¿qué es la Ilustración?» [1784], in Johann Benjamin ERHARD, Karl Friedrich FREIHERR VON MOSER y otros, *¿Qué es Ilustración?*, Madrid, Tecnos, 1989, trad. de Agapito Maestre y José Romagosa, pp. 17-25.
- [LA CONDAMINE, Charles-Marie de], *Les Quand, adressés à M. Palissot, et publiés par lui-même*, 1760.
- LA FORGE, Jean de, *Le cercle des femmes sçavantes*, Paris, Jean-Baptiste Loyson, 1663.
- [LA HARPE, Jean François de], *L'aléthophile ou l'ami de la vérité*, Amsterdam [Paris], 1758.

LA HARPE, Jean François de, Jean-François MARMONTEL, *Discours prononcés dans l'Académie française le jeudi 20 juin 1776 à la réception de M. de La Harpe*, Paris, Demonville, 1776.

[LAMARCHE-COURMONT, Ignace Hugary de], *Réponse aux différens écrits publiés contre la comédie des Philosophes, ou Parallèles des Nuées d'Aristophane, des Femmes savantes, du Méchant et des Philosophes* [1760], in Charles PALISSOT DE MONTENOY, *La comédie des Philosophes et autres textes*, réunis, présentés et annotés par Olivier Ferret, Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 2002, pp. 300-311.

La Vengeance de Thalie, poème critique de la pièce des Philosophes, Genève, 1760.

La véritable vision de Charles P... [1764], in [Charles PALISSOT DE MONTENOY], *La Dunciade, poème en dix chants*, Londres [Genève], 1771, vol. I, pp. 35-42.

LE BRETON, Alexandre-André (éd.), *Pièces originales et procédures du procès fait à Robert-François Damiens, tant en la Prévôté de l'Hôtel qu'en la cour de Parlement*, Paris, P.-G. Simon, 1757.

[LECLERC DE MONTLINOT, Charles-Antoine-Joseph], *Justification de plusieurs articles du Dictionnaire encyclopédique, ou Préjugés légitimes contre Abraham-Joseph de Chaumeix*, Lille, Panckoucke, 1760.

[LE COQ DE VILLERAY DE ROUER, Pierre François], *Réponse ou critique des «Lettres philosophiques» de Monsieur de V****, Basle, chez Christophe Revis, 1735.

LE FRANC DE POMPIGNAN, Jean-George, *Essai critique sur l'état présent de la République des lettres*, 1744.

LE FRANC DE POMPIGNAN, Jean-Jacques, *Mémoire présenté au Roi, le 11 mai 1760*, 1760.

[LE FRANC DE POMPIGNAN, Jean-Jacques], *Les VII « quand » en manière des VIII de M. de V***, ou Lettre d'un apprenti bel-esprit qui ne manque pas de sens commun, à M. son père, en province, pour lui donner bonne opinion de lui*, 1760.

[LE FRANC DE POMPIGNAN, Jean-Jacques], *Réponses aux « quand », aux « si », et aux « pourquoi »*, Bruxelles, 1760.

- LE FRANC DE POMPIGNAN, Jean-Jacques et Nicolas-François DUPRÉ DE SAINT-MAUR, *Discours prononcés à l'Académie française, le lundi 10 mars 1760, à la réception de M. Lefranc de Pompignan*, Paris, Brunet, 1760.
- LE GENDRE, Gibert-Charles, *Traité de l'opinion, ou Mémoires pour servir à l'histoire de l'esprit humaine*, Paris, C. Osmond (G. de Bure), 1733, 6 vol.
- Le Remercement des Beurrières de Paris, au Sieur de Courbouzon Montgomery*, Niort, 1610.
- Les Nouveaux Si et Pourquoi, suivis d'un Dialogue en vers entre MM. Le Franc et Voltaire, parodie de la scène V du II Acte de la tragédie de Mahomet*, Montauban, 1760.
- Les Pourquoi. Réponse aux ridicules « quand » de M. le Comte de Tornet*, 1760.
- Les Qu'est-ce ? À l'auteur de la comédie des Philosophes*, 1760.
- Les Si et les Mais, lettre à M. l'abbé de La Porte*, Partout, 1760.
- Lettre d'un original aux auteurs très-originaux de la comédie très-originale des philosophes*, Berlin, 1760.
- MALESHERBES, Chrétien-Guillaume de Lamoignon de, *Mémoires sur la librairie* [1759]. *Mémoires sur la liberté de presse* [1788], édité par Roger Chartier, Paris, Impr. Nationale, 1994.
- MALESHERBES, Guillaume-Chrétien de Lamoignon de, *Discours prononcés dans l'Académie française, le jeudi 16 février 1775, à la réception de M. de Lamoignon de Malesherbes*, Paris, Demonville, 1775.
- MARIVAUX, Pierre Carlet de Champlain de, *L'indigent philosophe* [1727], Paris, Armand Colin, 1992.
- MARIVAUX, Pierre Carlet de Champlain de, *Le cabinet du philosophe* [1734], in *Journaux et œuvres diverses*, texte établi avec introduction, chronologie, commentaires, bibliographie, glossaire et index de Frédéric Deloffre et Michel Gilot, édition complète et mise à jour, Paris, Garnier/Bordas, 1988, pp. 141-199.
- Mémoire pour Abraham Chaumeix, contre les prétendus philosophes Diderot et d'Alembert, ou Réfutation par faits authentiques des calomnies qu'on répand tous les jours contre les citoyens zélés qui ont eu le courage de relever les erreurs dangereuses de l'Encyclopédie*, Amsterdam, 1759.

- MÉNÉTRA, Jacques-Louis, *Journal de ma vie*, édité par Daniel Roche [1982], Paris, Albin Michel, 1998.
- MERCIER, Louis-Sébastien, *Le bonheur des gens de lettres*, London/Paris, Cailleau, 1766.
- MERCIER, Louis-Sébastien, *L'An deux mille quatre cents quarante : rêve s'il en fut jamais* [1770], 1786, 3 vol.
- MERCIER, Louis-Sébastien, *Mon bonnet de nuit* [1784], Lausanne, chez Pierre-Jean Heubach et compagnie, 1788, 4 vol.
- MERCIER, Louis-Sébastien, *Tableau de Paris*, Genève/Paris, Slatkine/[diffusion Champion]/[diffusion Minard], 1979, 12 tomes en 6 volumes -reproduction en facsimilé de la nouvelle édition d'Amsterdam, 1782-1788-.
- MIREMONT, Anne d'Aubourg de la Bove, comtesse de, *Traité de l'éducation des femmes, et cours complet d'instruction*, Paris, P.-D. Pierres, 1779-1789, 7 vol.
- MOLIÈRE, *Les précieuses ridicules, comédie*, Paris, G. de Luynes, 1660.
- MOLIÈRE, *Les femmes savantes, comédie*, Paris, P. Promé, 1672.
- MONTAIGNE, Michel de, *Les essais de Michel seigneur de Montaigne. Édition nouvelle trouvée après le décès de l'Autheur, revue et augmentée par luy d'un tiers plus qu'aux précédentes impressions*, Cambridge (Massachusetts), Omnisys, [ca. 1990] —reproduction de l'édition de Paris, Abel l'Angelier, 1595-.
- MONTPENSIER, Anne-Marie-Louise-Henriette d'Orléans, duchesse de (éd.), *Divers portraits*, Caen, 1659.
- [MOPINOT DE LA CHAPOTTE, Antoine-Rigobert], *Sous Louis XV le Bien-Aimé. Correspondance amoureuse et militaire d'un officier pendant la guerre de Sept Ans (1757-1765)*, éditée par Jean Lemoine, Paris, Calmann-Lévy, 1905.
- MOREAU, Jacob-Nicolas, *Nouveau mémoire pour servir à l'histoire de Cacouacs*, Amsterdam, 1757.
- MOREAU, Jacob-Nicolas, *Mes souvenirs*, annotés et publiés par Camille Hermelin, Paris, E. Plon/Nourrit et Cie, 1898-191, 2 vol.

- [MORELLET, André], *Les Si* [1760], in [VOLTAIRE], *Sixième recueil de nouvelles pièces fugitives de M. de Voltaire*, Genève (et se trouve à Paris), Duchesne, 1763, pp. CI-CVI.
- [MORELLET, André], *Les Pourquoi* [1760], in [VOLTAIRE], *Sixième recueil de nouvelles pièces fugitives de M. de Voltaire*, 1763, Genève (et se trouve à Paris), Duchesne, pp. CVII-CIX.
- [MORELLET, André], *Préface de la comédie des Philosophes ou la Vision de Charles Palissot*, Paris, chez l'auteur de la Comédie, 1760.
- NECKER, Jacques, *De l'administration des finances de la France*, 1784, 3 vol.
- NICERON, Jean-Pierre, *Mémoires pour servir à l'histoire des hommes illustres dans la république des lettres*, Genève, Slatkine, 1971, 43 tomes en 6 vol. —reproduction en fac-similé de l'édition de Paris, Briasson, 1729-1745-.
- NIVERNAIS, Louis-Jules Mancini-Mazarini, duc de, Charles BATTEAUX, *Discours prononcés dans l'Académie française le jeudi 9 Avril 1761, à la réception de M. l'Abbé Batteaux*, Paris, impr. de la veuve Brunet, 1761.
- PALISSOT DE MONTENOY, Charles, *Le cercle, ou les Originaux, comédie. Divertissement exécuté sur le nouveau théâtre de Nancy, le 26 novembre 1755, jour de la dédicace de la statue de sa Majesté très chrétienne*, Nancy, P. Antoine, [ca. 1760].
- PALISSOT DE MONTENOY, Charles, *Petites lettres sur de grands philosophes*, Paris, 1757.
- PALISSOT DE MONTENOY, Charles, *Les Philosophes, comédie, en trois actes, en vers. Représentée pour la première fois par les Comédiens Français ordinaires du Roi le 2 Mai 1760*, Paris, Duchesne, 1760.
- [PALISSOT DE MONTENOY, Charles], *Lettre de l'auteur de la comédie des Philosophes, au public, pour servir de préface à la pièce*, [Paris], [Duchesne], 1760.
- PALISSOT DE MONTENOY, Charles, *Conseil de lanternes ou la véritable vision de Charles Palissot, pour servir de post-scriptum à la comédie des Filosofes* [sic], Aux Remparts, 1760.
- [PALISSOT DE MONTENOY, Charles], *Dénonciation aux honnêtes gens d'un nouveau libelle philosophique contre M. Palissot, inséré dans l'Encyclopédie, et faussement attribué à M. le Comte de Tressan. Avec quelques Pièces relatives*, 1769.

- [PALISSOT DE MONTENOY, Charles], « Lettre de l'auteur à M. le Duc de C. à l'occasion d'un Libelle inséré dans l'Encyclopédie, au mot Parade », in *L'homme dangereux, comédie, par l'auteur de la comédie des Philosophes. Avec un petit Commentaire à l'usage de ceux qui les aiment*, Amsterdam, 1770, pp. 163-168.
- PALISSOT DE MONTENOY, Charles, « Mémoires de la vie de l'auteur, rédigés par lui-même », in *L'homme dangereux, comédie, par l'auteur de la comédie des Philosophes. Avec un petit Commentaire à l'usage de ceux qui les aiment*, Amsterdam, 1770, pp. 129-163.
- PALISSOT DE MONTENOY, Charles, « Mémoires pour servir à l'histoire de notre littérature, depuis François Premier jusqu'à nos jours », in *La dunciade, poème en dix chants*, Londres, 1771, vol. II, pp. 15-333.
- PELLISSON-FONTANIER, Paul, *Relation concernant l'histoire de l'Académie française*, Paris, chez Pierre le Petit, 1653.
- PERRAULT, Charles, *Le siècle de Louis le Grand : poème*, Paris, Jean Baptiste Coignard, 1687.
- PERRAULT, Charles, *Parallèle des anciens et des modernes*, Paris, Jean Baptiste Coignard et sa veuve, 1688-1697, 4 vol.
- PETIOT, *De l'Opinion et des mœurs, ou de l'influence des lettres sur les mœurs*, Londres/Paris, Moureau/Nyon, 1777.
- POINSINET, Antoine-Alexandre-Henri (Poinsinet le Jeune), *Le petit philosophe, comédie en un acte et en vers libres, représentée pour la première fois par les Comédiens Italiens Ordinaires du Roi, le 14 juillet 1760*, Paris, Prault petit Fils, 1760.
- [POINSINET DE SIVRY, Louis], *Les philosophes de bois, comédie en un acte, en vers, par M. Cadet de Beaupré, membre de plusieurs troupes et directeur de Comédiens artificiels de Passy, représentée pour la première fois sur son théâtre le 20 juillet 1760*, Paris, Ballard, 1760.
- [POINSINET DE SIVRY, Louis], *Lettre sur la comédie de L'Écossaise*, [1760].
- RAUNIE, Émile (éd.), *Chansonnier historique du XVIIIe siècle*, Paris, A. Quantin, vol. VII. *Troisième partie. Le règne de Louis XV. Madame de Châteauroux et Madame de Pompadour, 1743-1763*, 1882.

- RAVAISSON-MOLLIEN, François (éd.), *Archives de la Bastille : documents inédits*, Paris, A. Durand et G. Pedone-Lauriel, vol. XVI. Règne de Louis XV (1749 à 1757), 1884.
- RAVAISSON-MOLLIEN, François (éd.), *Archives de la Bastille : documents inédits*, Paris, A. Durand et G. Pedone-Lauriel, vol. XVII. Règne de Louis XV (1757 à 1762), 1891.
- RAVAISSON-MOLLIEN, François et Louis RAVAISSON-MOLLIEN (éd.), *Archives de la Bastille : documents inédits*, Paris, A. Durand et G. Pedone-Lauriel, vol. XVIII. Règne de Louis XV (1757 à 1767), 1903.
- RÉGNIER, Mathurin, *Les satyres du sieur Régnier, reveuës et augmentées de nouveau, dédiées au Roy*, Paris, T. du Bray, 1609.
- RICHARDSON, Samuel, *Pamela o la virtud recompensada* [1740], Madrid, Cátedra, 1999, trad. de Fernando Galván y María del Mar Pérez Gil.
- RICHARDSON, Samuel, *Clarissa. Or the history of a young lady: comprehending the most important concerns of private life. And particularly shewing, the distresses that may attend the misconduct both of parents and children, in relation to marriage*, London, published for S. Richardson, and sold by A. Millar; J. and Ja. Rivington; John Osborn; and by J. Leake, at Bath, 1748, 7 vols.
- RICHELET, César-Pierre, *Dictionnaire françois, contenant les mots et les choses...*, Cambridge (Mass.), Omnisys, [ca. 1990] -reproduction de l'édition de Genève, chez Jean Herman Widerhold, 1680-.
- ROBBÉ DE BEAUVESET, Pierre-Honoré, *Lettres inédites adressées par le poète Robbé de Beauveset au dessinateur Aignan Desfriches pendant le procès de Rob.-Fr. Damiens (1757)*, publiées pour la première fois avec notice, notes et documents nouveaux, par Georges d'Heylli, Paris, Librairie générale, 1875.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Discours qui a remporté le prix a l'academie de Dijon. En l'année 1750. Sur cette question proposée par la même académie : Si le rétablissement des sciences & des arts a contribué à épurer les mœurs* [Discours sur les sciences et les arts], Genève [Paris], chez Barillot et fils [Noël-Jacques Pissot], [1751].
- ROUSSEAU, Jean-Jacques, *J. J. Rousseau, citoyen de Genève, à Mr. d'Alembert, de l'Académie Française, &c. &c. &c. sur son article Genève dans le VIIe volume de l'Encyclopédie, et*

- particulièrement sur le projet d'établir un Théâtre de Comédie en cette ville* [1758], 3^e édition, Amsterdam, chez Marc Michel Rey, 1762.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Julia, o la nueva Eloísa* [1761], Madrid, Akal, 2007, traduction de Pilar Ruiz Ortega.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Du contrat social ou Principes du droit politique*, Amsterdam, Marc-Michel Rey, 1762.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Émile, ou de l'Éducation*, La Haye, Jean Néaulme, 1762, 4 vol.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Las confesiones* [escritas en 1770, publicación póstuma de 1782], Madrid, Espasa-Calpe, 1979, trad. de Pedro Vances.
- SABATIER DE CASTRES, Antoine, *Les trois siècles de littérature française, ou Tableau de l'esprit de nos écrivains, depuis François I jusqu'en 1773*, nouvelle édition corrigée et augmentée considérablement, Amsterdam/Paris, de Hansy, 1774, 3 vol.
- SAINT-ÉVREMOND, Charles de Marguetel de Saint-Denis, seigneur de, « Le cercle. À Monsieur*** » [1656], in *Oeuvres de M. de Saint-Évremond, avec la vie de l'auteur par M. Des Maiŕeaux*, nouvelle édition, 1753, vol. II, pp. 83-87.
- SAINT-ÉVREMOND, Charles de Marguetel de Saint-Denis, seigneur de, *La comédie des académistes* [1637-1638], in Paolo CARILE, *La Comédie des académistes di Saint-Évremond e il contrastato esordio dell'Accademia Francese nella satira letteraria del tempo*, Milano/Varese, Istituto Editoriale Cisalpino, 1969, pp. 107-167.
- SAINT-ÉVREMOND, Charles de Marguetel de Saint-Denis, seigneur de, *Les académiciens* [1680], in Paolo CARILE, *La Comédie des académistes di Saint-Évremond e il contrastato esordio dell'Accademia Francese nella satira letteraria del tempo*, Milano/Varese, Istituto Editoriale Cisalpino, 1969, pp. 169-198.
- SCUDÉRY, Madeleine de, *Artamène ou le Grand Cyrus*, Paris, Augustin Courbé, 1650-1653, 10 vol.
- SCUDÉRY, Madeleine de, *Clélie, Histoire romaine*, Paris, Augustin Courbé, 1654-1661, 10 vol.

- SENHAC DE MEILHAN, Gabriel, *Le gouvernement, les mœurs et les conditions en France avant la Révolution : Portraits des personnages distingués de la fin du XVIII^e siècle*, avec une introduction et des notes par M. Lescure, Paris, Poulet-Malassis, 1862.
- SOREL, Charles, *Discours sur l'Académie françoise, établie pour la correction et l'embellissement du langage; pour savoir si elle est de quelque utilité aux particuliers et au public. Et où l'on voit les raisons de part et d'autre sans déguisement*, Paris, J. de Luyne, 1654.
- Testament politique de Louis Mandrin* [1755], Paris, Éditions d'Histoire Sociale, 1976.
- THOREL DE CAMPIGNEULLES, Charles-Claude-Florent, « Discours sur les Gens de Lettres », in *Pièces fugitives de Monsieur de Voltaire, de Monsieur Desmahis et de quelques autres*, à Genève et se trouve à Lyon, Jean-Baptiste Reguilliat, 1761, pp. 85-97.
- TISSOT, Samuel Auguste André David, *L'onanisme : essai sur les maladies produites par la masturbation* [1760], Paris, Garnier frères, 1905.
- TISSOT, Samuel Auguste André David, *De la santé des gens de lettres* [1768], Paris, La Différence, 1991.
- TRESSAN, Louis-Élisabeth de la Vergne, comte de, « Lettre du Cte de Tressan à d'Alembert, du 21 juillet 1754, contre Fréron », in VOLTAIRE, *Les quatre dernières épîtres du poète philosophe*, [Bouillon], [Société littéraire typographique], 1771, pp. VII-XI.
- « Un poème hébraïque sur l'attentat de Damiens » [poème composé par Rabbi Jacob de Lunel et introduit par M. Lipschutz], *Revue des études juives*, 1927, t. 84, pp. 92-95.
- VAUGELAS, Claude Favre de, *Remarques sur la langue françoise, utiles à ceux qui veulent bien parler et bien écrire*, Paris, chez la veuve Jean Camusart, 1647.
- Vers sur l'attentat commis sur la personne du Roi le 5 Janvier 1757*, s. l. n. d.
- Vers sur les Affaires présentes*, 1757.
- VOLTAIRE, *Le temple du goût* [1733], in *Oeuvres complètes de Voltaire*, nouvelle édition, avec notices, préfaces, variantes, table analytique, les notes de tous les commentateurs et des notes nouvelles, conforme pour le texte à l'édition de Beuchot, enrichie des découvertes les plus récentes et mise au courant des travaux qui ont paru jusqu'à ce

jour), Paris, Garnier frères, 1877-1885, vol. VIII. *La Henriade.- Poème de Fontenoy. Odes et stances, etc.*, 1877, pp. 547-600.

VOLTAIRE, *Lettres philosophiques*, Amsterdam, chez E. Lucas, 1734.

VOLTAIRE, «The « lettre sur les inconvénients attachés à la littérature »» [1737-1742], in *Voltaire's Correspondence*, vol. II, 1726-1732. *Letters 252-539: England*, edited by Theodore Besterman, Genève, Institut et musée Voltaire, 1953, pp. 420-424.

VOLTAIRE, *El siglo de Luis XIV* [1751], México, FCE, 1996, trad. de Nelida Orfila Reynal.

VOLTAIRE, *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*, in *Collection complète des oeuvres de Mr. de Voltaire. Première édition*, [Genève]/[Paris], [Cramer], vol. IV, 1757.

[VOLTAIRE], *L'Esprit de Monsieur de Voltaire*, Londres, 1759.

[VOLTAIRE], *Le Pauvre diable, ouvrage en vers aisés de feu de M. Vadé, mis en lumière par Catherine Vadé, sa cuisinière, dédié à Maître Abraham***** [Chaumeix], Paris [Genève], [Cramer], 1758 [1760], in *Oeuvres complètes de Voltaire*, nouvelle édition, avec notices, préfaces, variantes, table analytique, les notes de tous les commentateurs et des notes nouvelles, conforme pour le texte à l'édition de Beuchot, enrichie des découvertes les plus récentes et mise au courant des travaux qui ont paru jusqu'à ce jour), Paris, Garnier frères, 1877-1885, vol. X. *Contes en vers, satires, épîtres, poésies mêlées*, 1877, pp. 97-113.

[VOLTAIRE], *Les Quand, notes utiles sur un Discours prononcé devant l'Académie française, le 10 mars 1760*, Genève, 1760.

[VOLTAIRE], *Le café ou l'Écossaise* [1760], in *Théâtre du XVIIIe siècle*, textes établis, présentés et annotés par Jacques Truchet, [Paris], Gallimard, vol. II, 1974, pp. 205-260.

[VOLTAIRE], *Le Russe à Paris, petit poème en vers alexandrins et composé à Paris au mois de mai 1760 par M. Ivan Alethof secrétaire de l'ambassade russe* [1760], in *Oeuvres complètes de Voltaire*, nouvelle édition, avec notices, préfaces, variantes, table analytique, les notes de tous les commentateurs et des notes nouvelles, conforme pour le texte à l'édition de Beuchot, enrichie des découvertes les plus récentes et mise au courant des

travaux qui ont paru jusqu'à ce jour), Paris, Garnier frères, 1877-1885, vol. X. *Contes en vers, satires, épîtres, poésies mêlées*, 1877, pp. 119-131.

[VOLTAIRE], *La Vanité, par un Frère de la Doctrine Chrétienne* [1760], in *Oeuvres complètes de Voltaire*, nouvelle édition, avec notices, préfaces, variantes, table analytique, les notes de tous les commentateurs et des notes nouvelles, conforme pour le texte à l'édition de Beuchot, enrichie des découvertes les plus récentes et mise au courant des travaux qui ont paru jusqu'à ce jour), Paris, Garnier frères, 1877-1885, vol. X. *Contes en vers, satires, épîtres, poésies mêlées*, 1877, pp. 114-118.

[VOLTAIRE], « Réflexions pour les sots », in *Recueil des facéties parisiennes, pour les six premiers mois de l'an 1760*, [Genève], [Cramer], 1760, pp. 223-228.

[VOLTAIRE], *Les Fr...* [Fréron], in *Recueil des facéties parisiennes, pour les six premiers mois de l'an 1760*, [Genève], [Cramer], 1760, pp. 278-280.

[VOLTAIRE], « L'assemblée des monosyllabes : les Pour, les Que, les Qui, les Quoi, les Oui, les Non » [1760], in *Sixième recueil de nouvelles pièces fugitives de M. de Voltaire*, Genève (et se trouve à Paris), Duchesne, 1763, pp. CX-CXVI.

[VOLTAIRE], *Les Car à M. Lefranc de Pompignan*, [Genève], [Cramer], [1761].

[VOLTAIRE], *Les Ab! Ab! À Moïse Lefranc de Pompignan*, [Genève], [Cramer], [1761].

[VOLTAIRE], *Relation du voyage de M. le marquis Le Franc de Pompignan, depuis Pompignan jusqu'à Fontainebleau, adressée au procureur fiscal du village de Pompignan*, 1763.

[VOLTAIRE], *Lettre du secrétaire de M. de Voltaire au secrétaire de M. Lefranc de Pompignan*, [1764].

VOLTAIRE, *Dictionnaire philosophique* [1764], in *Oeuvres complètes de Voltaire*, nouvelle édition, avec notices, préfaces, variantes, table analytique, les notes de tous les commentateurs et des notes nouvelles, conforme pour le texte à l'édition de Beuchot, enrichie des découvertes les plus récentes et mise au courant des travaux qui ont paru jusqu'à ce jour), Paris, Garnier frères, 1877-1885, vol. XVII-XX, 1878-1879.

VOLTAIRE, *Les Scythes : tragédie en cinq actes* [1767], in *Oeuvres complètes de Voltaire*, nouvelle édition, avec notices, préfaces, variantes, table analytique, les notes de tous les

commentateurs et des notes nouvelles, conforme pour le texte à l'édition de Beuchot, enrichie des découvertes les plus récentes et mise au courant des travaux qui ont paru jusqu'à ce jour), Paris, Garnier frères, 1877-1885, vol. VI. *Théâtre*, 1877, tome V, pp. 259-338.

VOLTAIRE, *Précis du siècle de Louis XV* [1768], Paris, Bibliothèque nationale de France [document électronique], 1997.

VOLTAIRE, *Histoire du Parlement de Paris* [1769], Paris, Bibliothèque nationale de France [document électronique], 1997.

VOLTAIRE, *Questions sur l'Encyclopédie : distribuées en forme de dictionnaire* [1770-1772], nouvelle édition, soigneusement revue, corrigée et augmentée, [Neuchâtel], [Société typographique de Neuchâtel], 1771-1772, 9 vol.

VOLTAIRE, *Les quatre dernières épîtres du Poète-Philosophe*, [Bouillon], [Société littéraire typographique], 1771.

VOLTAIRE, *Correspondance*, éditée par Theodore Besterman, [Paris], Gallimard, notes de Besterman traduites et adaptées par Frédéric Deloffre, 1975-1992.

VOLTAIRE, *Notebooks*, in *Les oeuvres complètes de Voltaire / The Complete Works of Voltaire*, edited by Theodore Besterman [then by William Henry Barber], Genève/Toronto/Paris, Institut et Musée Voltaire/University of Toronto Press/[diff. J. Touzot], vols. 81-82, 2nd edition revised, 1968.

[VOLTAIRE et Charles PALISSOT DE MONTENOY], *Lettres de M. de Voltaire à M. Palissot avec les réponses, à l'occasion de la Comédie des Philosophes*, Genève [Paris], [Duchesne], 1760.

ZÖLLNER, Johann Friedrich, «¿Es aconsejable, en lo sucesivo, dejar de sancionar por la religión el vínculo matrimonial?» [1783], in Johann Benjamin ERHARD, Karl Friedrich FREIHERR VON MOSER y otros, *¿Qué es Ilustración?*, Madrid, Tecnos, 1989, trad. de Agapito Maestre y José Romagosa, pp. 3-9.

LITERATURA CRÍTICA

AGAMBEN, Giorgio, *Stanze. La parola e il fantasma nella cultura occidentale*, Torino, Einaudi, 1977.

ALBERTAN-COPPOLA, Sylviane, « *Les Préjugés légitimes de Chaumeix ou l'Encyclopédie sous la loupe d'un apologiste* », *Recherches sur Diderot et sur l'Encyclopédie*, vol. 20, 1996, pp. 149-158.

AMBRUS, Gauthier, « La figure du philosophe », in Philippe KNEE et Géraud ALLARD (sous la direction de), *Rousseau juge de Jean-Jacques : études sur les « Dialogues »*, Québec, Presses de l'Université d'Ottawa, 1998, pp. 215-225.

AMELANG, James, *El vuelo de Ícaro. La autobiografía popular en la Europa moderna* [1998], Madrid, Siglo XXI, 2003, trad. de Paloma Gil Quindós.

ARIÈS, Philippe, « Para una historia de la vida privada », in Philippe ARIÈS y Georges DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada*, vol. III. *Del Renacimiento a la Ilustración* [1986, volumen dirigido por Roger Chartier], Madrid, Taurus, 2001, trad. de María Concepción Martín Montero, pp. 13-28.

AUBERTIN, Charles, *L'esprit public au XVIIIe siècle. Étude sur les mémoires et les correspondance politiques des contemporaines, 1715-1789*, Paris, Didier, 1873.

AYMARD, Maurice, « Amistad y convivencia social », in Philippe ARIÈS y Georges DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada*, vol. III. *Del Renacimiento a la Ilustración* [1986, volumen dirigido por Roger Chartier], Madrid, Taurus, 2001, trad. de María Concepción Martín Montero, pp. 421-460.

BADINTER, Élisabeth, *Les passions intellectuelles*, vol. I. *Désirs de gloire (1735-1751)*, Paris, Fayard, 1999.

BADINTER, Élisabeth, *Les passions intellectuelles*, vol. II. *Exigence de dignité (1751-1762)*, Paris, Fayard, 2002.

BADINTER, Élisabeth, *Les passions intellectuelles*, vol. III. *Volonté de pouvoir (1762-1778)*, Paris, Fayard, 2007.

- BAECQUE, Antoine de, « Dorat, Palissot, et les chevaliers du bel esprit », in *Les éclats du rire : la culture des rieurs au XVIIIe siècle*, Paris, Calmann-Lévy, 2000, pp. 108-121.
- BAHIER-PORTE, Christelle, « Lesage ou la reconnaissance de l'écrivain », in Henri DURANTON (éd.), *Le pauvre diable. Destins de l'homme de lettres au XVIIIe siècle. Colloque international, Saint-Étienne, les 15, 16 et 17 septembre 2005*, Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 2006, pp. 215-224.
- BAHNER, Werner, « Le Mot et la notion de "peuple" dans l'œuvre de Rousseau », *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century*, 55, 1967, pp. 113-127.
- BAJTIN, Mijail, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais* [1965], Madrid, Alianza, 1990, trad. de Julio Forcat y César Conroy.
- BAKER, Keith Michael, « Politique et opinion publique sous l'Ancien Régime », *Annales ESC*, 1, 1987, trad. de Jean-François Sené, pp. 41-71.
- BAKER, Keith Michael, «Defining the Public Sphere in Eighteenth-Century France: Variations on a Theme by Habermas», in Craig CALHOUN (ed.), *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge (Massachusetts), Massachusetts Institute of Technology, 1992, pp. 181-211.
- BAKER, Keith Michael, « L'homme des Lumières : l'homme social », in Philippe ROGER (sous la direction de), *L'homme des Lumières de Paris à Petersburg*, Napoli, Vivarium, 1995, pp. 133-152.
- BAKER, Keith Michael et Roger CHARTIER, « Dialogue sur l'espace public », *Politix*, 26, 1994, pp. 5-22.
- BALCOU, Jean, « L'Affaire de l'Écossaise », *L'information littéraire*, 3, mai-juin 1969, pp. 111-115.
- BALCOU, Jean, *Fréron contre les philosophes*, Genève, Droz, 1975.
- BARLING, Thomas, « La guerre des brochures autour des *Philosophes* de Palissot de Montenoy », in *Modèles et moyens de la réflexion politique au XVIIIe siècle*, actes du Colloque International des Lumières organisé par l'Université Lilloise des Lettres, Sciences Humaines et Arts, du 16 au 19 octobre 1973, Lille, Université de Lille III, 1977-1979, vol. I, pp. 241-266.

- BARRIÈRE, Pierre, *La vida intelectual en Francia desde el siglo XVI hasta la época contemporánea* [1961], México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1963, trad. de José López Pérez.
- BARTHES, Roland, *Le degré zéro de l'écriture*, Paris, Seuil, 1953 (traducción española –de la edición francesa de 1972–: *El grado cero de la escritura; seguido de Nuevos ensayos críticos*, Madrid, Siglo XXI, 2005, trad. de Nicolás Rosa).
- BARTHES, Roland, «El último escritor feliz» [1958], in *Ensayos críticos* [1964], Barcelona, Seix Barral, 1983, pp. 113-120.
- BARTHES, Roland, «La muerte del autor» [1967], in *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura* [1984], Barcelona, Paidós, 2009, trad. de C. Fernández Medrano, pp. 75-84.
- BARTHES, Roland, *Fragmentos de un discurso amoroso* [1977], Madrid, Siglo XXI, 1997, trad. de Eduardo Molina.
- BARTRA, Roger, *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro*, Barcelona, Anagrama, 2001.
- BASTIEN, Pascal, *L'exécution publique à Paris au XVIIIe siècle. Une histoire des rituels judiciaires*, Mayenne, Champ Vallon, 2006.
- BAUMAN, Zygmunt, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales* [1995], Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997, trad. de Horacio Pons.
- BELAVAL, Yvon, « Un philosophe ? », *Recherches sur Diderot et sur l'Encyclopédie*, 1, octobre 1986, pp. 13-17.
- BELL, David A., «The “Public Sphere”, the State, and the World of Law in Eighteenth-Century France», *French Historical Studies*, vol. 17, n° 4, 1992, pp. 912-934.
- BELL, David A., «David Bell responds to Sarah Maza», *French Historical Studies*, vol. 17, n° 4, 1992, pp. 954-956.
- BÉLY, Lucien (sous la direction de), *Dictionnaire de l'Ancien Régime* [1996], Paris, Quadrige/PUF, 2005.

- BENHAMOU, Paul, « Voltaire et *Les Philosophes* », *Neophilologus*, vol. 59, n° 1, 1975, pp. 22-25.
- BENHAMOU, Paul, « La Guerre de Palissot contre Diderot », in CHOUILLET, Anne-Marie (éd.), *Les ennemis de Diderot*, actes du colloque organisé par la Société Diderot (Paris, 1991), Paris, Klincksieck, 1993, pp. 17-29.
- BÉNICHOU, Paul, *Le sacré de l'écrivain*, Paris, Corti, 1973.
- BENÍTEZ, Miguel, « Lumières et élitisme dans les manuscrits clandestins », *Dix-huitième siècle*, 14, 1982, pp. 289-303 (publicado también en *La Face cachée des Lumières. Recherches sur les manuscrits philosophiques clandestins de l'âge classique*, Paris/Oxford, Universitas/Voltaire Foundation, 1996, pp. 199-211).
- BIED, Robert, « Le monde des auteurs », in Roger CHARTIER et Henri-Jean MARTIN (sous la direction de), *Histoire de l'édition française*, vol. II. *Le livre triomphant, 1660-1830* [1984], Paris, Fayard/Promodis, 1990, pp. 775-800.
- BIRN, Raymond, *La censure royale des livres dans la France des Lumières*, préface de Daniel Roche, Paris, Odile Jacob, 2007.
- BLOCH, Marc, *Les rois thaumaturges : étude sur le caractère surnaturel attribué à la puissance royale particulièrement en France et en Angleterre*, Publications de la Faculté de Lettres de l'Université de Strasbourg, 1924 (réédition corrigée: Gallimard, 1983; trad. española: *Los reyes taumaturgos. Estudio sobre el carácter sobrenatural atribuido al poder real, particularmente en Francia e Inglaterra*, México, FCE, 2006, trad. de Marcos Lara y Juan Carlos Rodríguez Aguilar).
- BLOM, Philipp, *Encyclopédie. El triunfo de la razón en tiempos irracionales* [2004], Barcelona, Anagrama, 2007, trad. de Javier Calzada.
- BONNET, Jean-Claude, « Le fantasme de l'écrivain », *Poétique*, 63, 1985, pp. 259-277.
- BOURDIEU, Pierre, « Champ intellectuel et projet créateur », *Les temps modernes*, 246, 1966, pp. 866-875.
- BOURDIEU, Pierre, « Le marché des biens symboliques », *L'Année sociologique*, 22, 1971, pp. 49-126.

- BOURDIEU, Pierre, *Les Règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*, Paris, Seuil, 1992.
- BOUTON, André, *Damiens le régicide, les secrets de son procès*, Le Mans, impr. de Monnoyer, 1955.
- BOUTON, Cynthia A., « L' « économie morale » et la Guerre des farines de 1775 », in Edward P. THOMPSON, Valérie BERTRAND, Cynthia A. BOUTON, Florence GAUTHIER, David HUNT et Guy-Robert IKNI, *La guerre du blé au XVIIIe siècle : la critique populaire contre le libéralisme économique au XVIIIe siècle*, études rassemblées et présentées par F. Gauthier et G.-R. Ikni, Paris, Éditions de la Passion, 1988, pp. 93-110.
- BRASART, Patrick, « De l'homme de lettres à l'homme politique : référence anglaise et cas français chez l'abbé Morellet et Mme de Staël », in Didier MASSEAU (sous la direction de), *Philosophes, écrivains et lecteurs en Europe au XVIIIe siècle*, Valenciennes, Presses Universitaires de Valenciennes, 1995, pp. 109-118.
- BROWN, Gregory S., *A Field of Honor: Writers, Court Culture and Public Theatre in French Literary Life from Racine to the Revolution*, New York, Columbia University Press, 2005.
- BRUNEL, Lucien, *Les philosophes et l'Académie française au XVIIIe siècle*, Genève, Slatkine Reprints, 1967 –reproduction en fac-similé de l'édition de Paris, Hachette, 1884-.
- BURKE, Peter, *Popular Culture in Early Modern Europe* [1978], Surrey, Ashgate, 3rd edition, 2009.
- BURKE, Peter *La fabricación de Luis XIV* [1992], San Sebastián, Nerea, 2003, trad. de Manuel Sáenz de Heredia.
- BURKE, Peter, *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot* [2000], Barcelona, Paidós, 2002, trad. de Isidro Arias.
- BURKE, Peter (ed.), *Formas de hacer historia* [2^a edición, 2001], Madrid, Alianza, 2003, versión española de José Luis Gil Aristu y Francisco Martín Arribas.
- BURKE, Peter, *¿Qué es la historia cultural?* [2004], Barcelona, Paidós, 2006, trad. de Pablo Hermida Lazcano.

- BURY, Emmanuel, « Saint-Évremond et l'humanisme: une culture dans le siècle », in Suzanne GUELLOUZ (sous la direction de), *Entre baroque et lumières: Saint-Évremond*, *op. cit.*, pp. 25-39.
- CABANÈS, Augustin, « Le coup de canif de Damiens », in *Légendes et curiosités de l'histoire*, Paris, Albin Michel, 5^e série, 1921, pp. 61-112.
- CARILE, Paolo, *La Comédie des académistes di Saint-Évremond e il contrastato esordio dell'Accademia Francese nella satira letteraria del tempo*, Milano/Varese, Istituto Editoriale Cisalpino, 1969.
- CARLSON, Marvin, *Voltaire and the Theatre of the Eighteenth Century*, Westport, Connecticut/London, Greenwood Press, 1998.
- CASTAN, Nicole, «Lo público y lo particular», in Philippe ARIÈS y Georges DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada*, vol. III. *Del Renacimiento a la Ilustración* [1986, volumen dirigido por Roger Chartier], Madrid, Taurus, 2001, trad. de María Concepción Martín Montero, pp. 385-419.
- CASTAN, Yves, «Política y vida privada», in Philippe ARIÈS y Georges DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada*, vol. III. *Del Renacimiento a la Ilustración* [1986, volumen dirigido por Roger Chartier], Madrid, Taurus, 2001, trad. de María Concepción Martín Montero, pp. 37-77.
- CAVE, Christophe, « Le rire des antiphilosophes », *Dix-huitième siècle*, 32, 2000, pp. 227-240.
- CERTEAU, Michel de (en collaboration avec Dominique Julia et Jacques Revel), « La beauté du mort », in Michel de CERTEAU, *La culture au pluriel* [1974], nouvelle édition établie et présentée par Luce Giard, Paris, Seuil, 1993, pp. 45-72.
- CHARON-PARENT, Annie, « Le monde de l'imprimerie humaniste : Paris », in Roger CHARTIER et Henri-Jean MARTIN (sous la direction de), *Histoire de l'édition française*, vol. I. *Le livre conquérant. Du Moyen Âge au milieu du XVII^e siècle* [1982], Paris, Fayard/Promodis, 1989, pp. 280-302.

- CHARTIER, Roger, « Pamphlets et gazettes », in Roger CHARTIER et Henri-Jean MARTIN (sous la direction de), *Histoire de l'édition française*, vol. I. *Le livre conquérant. Du Moyen Âge au milieu du XVIIe siècle* [1982], Paris, Fayard/Promodis, 1989, pp. 501-526.
- CHARTIER, Roger, « Livres bleus et lectures populaires », in Roger CHARTIER et Henri-Jean MARTIN (sous la direction de), *Histoire de l'édition française*, vol. II. *Le livre triomphant, 1660-1830* [1984], Paris, Fayard/Promodis, 1990, pp. 657-673.
- CHARTIER, Roger (sous la direction de), *Pratiques de la lecture* [1985], Paris, Éditions Payot & Rivages, 2003.
- CHARTIER, Roger, « Las prácticas de lo escrito », in Philippe ARIÈS y Georges DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada*, vol. III. *Del Renacimiento a la Ilustración* [1986, volumen dirigido por Roger Chartier], Madrid, Taurus, 2001, trad. de María Concepción Martín Montero, pp. 115-158.
- CHARTIER, Roger, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* [1987], Madrid, Alianza, 1993, versión española de Mauro Armíño.
- CHARTIER, Roger, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa* [1990], Barcelona, Gedisa, 2003, trad. de Beatriz Lonné.
- CHARTIER, Roger, « El hombre de letras », in Michel VOVÉLLE (ed.), *El hombre de la Ilustración* [1992], Madrid, Alianza, 1995, trad. de José Luis Gil Aristu, pp. 151-195.
- CHARTIER, Roger, *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII* [1992], prólogo de Ricardo García Cárcel, Barcelona, Gedisa, 2000, traducción de Viviana Ackerman.
- CHARTIER, Roger, « Modèles de l'homme de lettres », in Didier MASSEAU (sous la direction de), *Philosophes, écrivains et lecteurs en Europe au XVIIIe siècle*, Valenciennes, Presses Universitaires de Valenciennes, 1995, pp. 13-25.
- CHARTIER, Roger, « Lecturas y lectores populares desde el Renacimiento hasta la época clásica », in Guglielmo CAVALLO y Roger CHARTIER (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental* [1995], Madrid, Taurus, 1998, trad. de María Barberán, pp. 413-434.

- CHARTIER, Roger, *Las revoluciones de la cultura escrita. Diálogo e intervenciones*, Barcelona, Gedisa, 2000, trad. de Alberto Luis Bixio.
- CHARTIER, Roger, *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la edad moderna*, Madrid, Cátedra, 2000, trad. de Maribel García Sánchez, Alejandro Pescador, Horacio Pons y María Condor.
- CHARTIER, Roger, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural* [1992], Barcelona, Gedisa, 2002, traducción de Claudia Ferrari.
- CHARTIER, Roger, *La historia o la lectura del tiempo*, Barcelona, Gedisa, 2007, trad. de Mar Garita Polo.
- CHEVALLIER, Pierre, *Les régicides : Clément, Ravaillac, Damiens*, [Paris], Fayard, 1989.
- CHISICK, Harvey, «Public Opinion and Political Culture in France during the Second Half of the Eighteenth-Century», *English Historical Review*, CXVII, 470, February 2002, pp. 48-77.
- CITTON, Yves, «Fabrique de l'opinion et folie de la dissidence dans le “complot” selon Rousseau», in Philippe KNEE et Gérard ALLARD (sous la direction de), *Rousseau juge de Jean-Jacques : études sur les « Dialogues »*, Presses de l'Université d'Ottawa, 1998, pp. 101-114.
- CIVARDI, Jean-Marc, «La Comédie des Académistes. Théâtre et polémique : Saint-Évremond contre les fils d'Apollon», in Suzanne GUELLOUZ (éd.), *Saint-Évremond au miroir du temps : actes du colloque du tricentenaire de sa mort, Caen – Saint-Lô (9-11 octobre 2003)*, Tübingen, G. Narr, 2005, pp. 49-74.
- CLINE HOROWITZ, Maryanne, «Marie de Gournay, Editor of the *Essais* of Michel de Montaigne: A Case-Study in Mentor-Protégée Friendship», *The Sixteenth Century Journal*, Volume XVII, 3, 1986, pp. 271-284.
- COCHIN, Augustin, *Les Sociétés de pensée et la Démocratie moderne. Études d'histoire révolutionnaire* [1921], Paris, Copernic, 1978.
- CONLON, Pierre M., *Voltaire's literary career from 1728 to 1750*, Genève, Institut et Musée Voltaire/E. Droz, 1961.

- CONNORS, Logan James, «Performing Criticism during Cultural Wars: The Case of Voltaire's *L'Écossaise* (1760)», *Eighteenth-Century Fiction*, vol. 23, n°1, 2010, p. 61-80.
- CONNORS, Logan James, *Dramatic Battles in Eighteenth-Century France: Philosophes, Anti-philosophes and Polemical Theatre*, Oxford, Voltaire Foundation, 2012.
- COTTRET, Monique et Bernard COTTRET, *Jean-Jacques Rousseau en son temps*, Paris, Perrin, 2005.
- CRAVERI, Benedetta, *La cultura de la conversación* [2001], Madrid, Siruela, 2004, trad. de César Palma.
- CROCKER, Lester G., «Rousseau et l'opinion», *Studies on Voltaire and the Eighteenth-Century*, 55, 1967, pp. 395-415.
- CRONK, Nicholas, «Voltaire and authorship», in Nicholas CRONK (ed.), *The Cambridge Companion to Voltaire*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, pp. 31-46.
- CURTIS, Mark H., «The Alienated Intellectuals of Early Stuart England», *Past and Present*, 23, 1962, pp. 25-43.
- DAINVILLE, François de, «Collège et fréquentation scolaire au XVIIIe siècle», *Population*, XII, 3, 1957, pp. 467-494.
- DARNTON, Robert, «The High Enlightenment and the Low-Life of Literature in Prerevolutionary France», *Past and present*, 51, 1971, pp. 81-115.
- DARNTON, Robert, *Edición y subversión. La literatura clandestina en el Antiguo Régimen* [1982], Madrid, Turner/FCE, 2003, trad. de Laura Vidal.
- DARNTON, Robert, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa* [1984], México, FCE, 2000, trad. de Carlos Valdés.
- DARNTON, Robert, «The Facts of Literary Life in Eighteenth-Century France», in Keith Michael BAKER (ed.), *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*, vol. I. *The Political Culture of the Old Regime*, Oxford, Pergamon Press, 1987, pp. 261-292.
- DARNTON, Robert, «An Enlightened Revolution?», *New York Review of Books*, vol. XXXVIII, number 17, October 24, 1991, pp. 33-36.

- DARNTON, Robert, *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la Revolución* [1996], Buenos Aires, FCE, 2008, trad. de Antonio Saborit.
- DARNTON, Robert, «Two paths through the social history of ideas», in Haydn T. MASON (ed.), *The Darnton Debate. Books and revolution in the eighteenth century*, Oxford, Voltaire Foundation, 1998, pp. 251-294.
- DARNTON, Robert, «Paris: The Early Internet», *New York Review of Books*, 29 June 2000, pp. 42-47.
- DARNTON, Robert, *El coloquio de los lectores. Ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores*, México, FCE, 2003, trad. de Antonio Saborit y Alberto Ramón.
- DE GRÈVE, Marcel, «Rabelais sous les lumières des philosophes du XVIIIe siècle», in *La réception de Rabelais en Europe du XVIe au XVIIIe siècle*, études réunies par Claude De Grève et Jean Céard, Paris, Honoré Champion, 2009, pp. 147-166.
- DELON, Michel (sous la direction de), *Dictionnaire européen des Lumières*, Paris, PUF, 1997.
- DELAFARGE, Daniel, *La vie et l'œuvre de Palissot (1730-1814)*, Paris, Hachette, 1912.
- DIECKMANN, Herbert, *Le Philosophe. Texts and Interpretation*, Saint Louis, Washington University Studies, 1948.
- DUBOIS, Jacques, *L'institution de la littérature. Introduction à une sociologie*, Paris/Bruxelles, Nathan/Labor, 1978.
- DUCKWORTH, Colins, «Voltaire's *l'Écossaise* and Palissot's *Les Philosophes*: a strategic battle in a major war», *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century*, 87, 1972, pp. 333-351.
- DURANTON, Henri, «Les circuits de la vie littéraire au XVIIIe siècle : Voltaire et l'opinion publique en 1733», in Pierre RÉTAT (sous la direction de), *Le journalisme d'Ancien Régime : questions et propositions*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1982, pp. 101-115.
- DURANTON, Henri, «En guise d'ouverture», in Henri DURANTON (éd.), *Le pauvre diable. Destins de l'homme de lettres au XVIIIe siècle. Colloque international, Saint-Étienne, les*

- 15, 16 et 17 septembre 2005, Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 2006, pp. 7-14.
- ELIAS, Norbert, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* [1939], México, FCE, 1987, trad. de Ramón García Cotarelo.
- ELIAS, Norbert, *La sociedad cortesana* [1969], México, FCE, 1982, trad. de Guillermo Hirata.
- ENGELSING, Rolf, *Der Bürger als Leser: Lesergeschichte in Deutschland 1500-1800*, Stuttgart, Metzler, 1974.
- FABRE, Jean, *Lumières et romantisme*, Paris, Klincksieck, 1963.
- FAIRBAIRN, A. W., «Dumarsais and *Le Philosophe*», *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century*, 87, 1972, pp. 375-395.
- FARGE, Arlette, *La vida frágil. Violencia, poderes y solidaridades en el París del siglo XVIII* [1986], México, Instituto Mora, 1994, trad. de Gabriela Montes de Oca y María Jiménez Mier y Terán.
- FARGE, Arlette, «Familias. El honor y el secreto», in Philippe ARIÈS y Georges DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada*, vol. III. *Del Renacimiento a la Ilustración* [1986, volumen dirigido por Roger Chartier], Madrid, Taurus, 2001, trad. de María Concepción Martín Montero, pp. 535-567.
- FARGE, Arlette, «La amotinada», in Georges DUBY y Michelle PERROT (dirs.), *Historia de las mujeres*, vol. III. *Del Renacimiento a la Edad Moderna* [1991, volumen dirigido por Arlette Farge y Natalie Zemon Davis], Madrid, Taurus, 2000, trad. de Marco Aurelio Galmarini, pp. 524-544.
- FARGE, Arlette, *Dire et mal dire. L'opinion publique au XVIIIe siècle*, Paris, Seuil, 1992.
- FARGE, Arlette, *Effusion et tourment, le récit des corps. Histoire du peuple au XVIIIe siècle*, Paris, Odile Jacob, 2007.
- FARGE, Arlette y Jacques REVEL, *Lógica de las multitudes. Secuestro infantil en París* [1988], 1750, Rosario, Homo Sapiens, 1998, trad. de Eduardo Hourcade.

- FAURE, Edgar, *La disgrâce de Turgot : 12 mai 1776*, introduction de Gérard Walter, [Paris], Gallimard, 1961.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier, « L'avènement de l'opinion publique et le problème de la représentation politique (France, Espagne, Royaume-Uni) », in Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN et Joëlle CHASSIN (coord.), *L'avènement de l'opinion publique. Europe et Amérique XVIIIe-XIXe siècles*, Paris, L'Harmattan 2004, pp. 227-253.
- FERRET, Olivier, « D'Alembert et ses éloges des académiciens disparus », in Henri DURANTON (éd.), *Le pauvre diable. Destins de l'homme de lettres au XVIIIe siècle. Colloque international, Saint-Étienne, les 15, 16 et 17 septembre 2005*, Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 2006, pp. 299-310.
- FERRET, Olivier, *La fureur de nuire : échanges pamphlétaires entre philosophes et antiphilosophes, 1750-1770*, Oxford, Voltaire Foundation, 2007.
- FERRET, Olivier, «Voltaire: pamphlets and polemic», in Nicholas CRONK (ed.), *The Cambridge Companion to Voltaire*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, pp. 167-177.
- FERRONE, Vincenzo y Daniel ROCHE (eds.), *Diccionario histórico de la Ilustración* [1997], Madrid, Alianza, 1998, versión española de José Luis Gil Aristu.
- FOISIL, Madeleine, «La escritura del ámbito privado», in Philippe ARIÈS y Georges DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada*, vol. III. *Del Renacimiento a la Ilustración* [1986, volumen dirigido por Roger Chartier], Madrid, Taurus, 2001, trad. de María Concepción Martín Montero,, pp. 309-342.
- FOUCAULT, Michel, «¿Qué es un autor?» [1969], in *Entre filosofía y literatura*, Barcelona, Paidós, 1999, traducción de Miguel Morey, pp. 328-360.
- FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* [1975], FCE, Madrid, 2000, trad. de Aurelio Garzón del Camino.
- FOUCAULT, Michel, *Histoire de la sexualité*, vol. I. *La volonté de savoir*, Paris, Gallimard, 1976.
- FOUCAULT, Michel «La vida de los hombres infames» [1977], in *Estrategias de poder*, Barcelona, Paidós, 1999, trad. de Julia Varela y Fernando Álvarez Uría, pp. 389-407.

- FOUCAULT, Michel, «¿Qué es la Ilustración?» [1984], *Daimon, revista de Filosofía*, 7, 1993, trad. de Antonio Campillo, pp. 5-18.
- FOUCAULT, Michel, «Seminario sobre el texto de Kant *Was is Aufklärung?*» [1984], in Francisco JARAUTA (ed.), *La crisis de la razón*, Murcia, Universidad de Murcia, 1986, trad. de Eduardo Bello, pp. 13-24.
- FOUCAULT, Michel y Gilles DELEUZE, «Los intelectuales y el poder» [1972], in Michel FOUCAULT, *Estrategias de poder*, Barcelona, Paidós, 1999, trad. de Julia Varela y Fernando Álvarez Uría, pp. 105-115.
- FUBINI, Enrico, *La estética musical desde la Antigüedad hasta el siglo XX* [1976], Madrid, Alianza, 1994, versión española de Carlos Guillermo Pérez de Aranda.
- FUMAROLI, Marc, «La République des Lettres», *Diogène, revue internationale des sciences humaines*, 143, 1988, pp. 133-150.
- FUMAROLI, Marc, *Quand l'Europe parlait français*, Paris, Le Livre de Poche, 2003.
- FUNCK-BRENTANO, Frantz, *El Antiguo Régimen* [1926], Barcelona, Destino, 1953.
- GALLY, Michèle, «L'Amant, le Chevalier et le Clerc : l'auteur médiéval en quête d'un statut», *Textuel*, 22 (*Images de l'écrivain*), hiver 1989, pp. 11-28.
- GANOCHAUD, Colette, «Opinion publique et changement social chez Jean-Jacques Rousseau», *Revue française de science politique*, 1978, vol. 28, n° 5, pp. 899-924.
- GANOCHAUD, Colette, *L'opinion publique chez Jean-Jacques Rousseau*, Lille/Paris, Atelier Reproduction des thèses, Université de Lille III, diffusion H. Champion, 1980.
- GARIN, Eugenio, «El filósofo y el mago», in Eugenio GARIN (ed.), *El hombre del Renacimiento* [1988], Madrid, Alianza, 1990, versión española de Manuel Rivero Rodríguez, pp. 9-22.
- GARNOT, Benoît, *Le peuple au siècle des Lumières. Échec d'un dressage culturel*, Paris, Imago, 1990.
- GIESEY, Ralph E., «The King Imagined», in Keith Michael BAKER (ed.), *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*, vol. I. *The Political Culture of the Old Regime*, Oxford, Pergamon Press, 1987, pp. 41-59.

- GINZBURG, Carlo, «High and Low: The Theme of Forbidden Knowledge in the Sixteenth and Seventeenth Centuries», *Past and Present*, 73, 1976, pp. 28-41.
- GODEFROY, Frédéric, *Dictionnaire de l'ancienne langue française et de tous ses dialectes du IX au XVe siècle: composé d'après le dépouillement de tous les plus importants documents manuscrits ou imprimés qui se trouvent dans les grands bibliothèques de la France et de l'Europe*, Genève/Paris, Slatkine, 1982 -reproduction en fac-similé de l'édition de Paris, F. Vieweg, 1891-1902, 10 vol-.
- GOODMAN, Dena, *The Republic of Letters. A Cultural History of the French Enlightenment*, Ithaca/London, Cornell University Press, 1994.
- GORDON, Daniel, «“Public opinion” and the Civilizing Process in France: the Example of Morellet», *Eighteenth-Century Studies*, vol. 22, n° 3, 1989, pp. 302-328.
- GORDON, Daniel, «Philosophy, Sociology, and Gender in the Enlightenment Conception of Public Opinion», *French Historical Studies*, vol. 17, n° 4, 1992, pp. 882-911.
- GORDON, Daniel, «Daniel Gordon Responds to Sarah Maza», *French Historical Studies*, vol. 17, n° 4, 1992, pp. 951-953.
- GORDON, Daniel, *Citizens without sovereignty: equality and sociability in French thought, 1670-1789*, Princeton, Princeton University Press, 1994.
- GOTTSCHALK, Louis, «Three Generations: A Plausible Interpretation of the French *Philosophes*?», *Studies in Eighteenth-Century Culture*, 2, 1972, pp. 3-12.
- GOULEMOT, Jean-Marie y Michel LAUNAY, *El Siglo de las Luces* [1968], Madrid, Guadarrama, 1969.
- GOULEMOT, Jean-Marie, « La difficile condition d'auteur: censure, livres et public au XVIIIe siècle », in Pierre ABRAHAM et Roland DESNÉ (sous la direction de), *Manuel d'histoire littéraire de la France*, vol. III. 1715-1789, 2^e édition, Paris, Éditions sociales, 1975, pp. 141-162.
- GOULEMOT, Jean-Marie, « Démon, merveilles et philosophie à l'âge classique », *Annales ESC*, 6, 1980, pp. 1233-1250.

- GOULEMOT, Jean-Marie, «Las prácticas literarias o la publicidad de lo privado», in Philippe ARIÈS y Georges DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada*, vol. III. *Del Renacimiento a la Ilustración* [1986, volumen dirigido por Roger Chartier], Madrid, Taurus, 2001, trad. de María Concepción Martín Montero, pp. 343-377.
- GOULEMOT, Jean-Marie, «Rousseau et les figures de l'intellectuel», *Saggi e ricerche di letteratura francese*, vol. XXVIII, 1988, pp. 59-82.
- GOULEMOT, Jean-Marie, «Auteur, lecteur et écriture dans la deuxième moitié du dix-huitième siècle», *Textuel*, 22 (*Images de l'écrivain*), hiver 1989, pp. 59-66.
- GOULEMOT, Jean-Marie, «Philosophes et intellectuels dans la société d'Ancien Régime», *Littérature et nation*, n° 7 de la 2^e série, 1991, pp. 25-33.
- GOULEMOT, Jean-Marie, «De l'*Encyclopédie* de Diderot et d'Alembert à l'*Encyclopédie méthodique* : figures de la philosophie, du combats des Lumières et des stratégies du philosophe», in Didier MASSEAU (sous la direction de), *Philosophes, écrivains et lecteurs en Europe au XVIII^e siècle*, Valenciennes, Presses Universitaires de Valenciennes, 1995, pp. 41-49.
- GOULEMOT, Jean-Marie, *Esos libros que se leen sólo con una mano. Lecturas y lectores de libros pornográficos en el siglo XVIII* [1991], Alegria, R&B, 1996, trad. de Lydia Vázquez.
- GOULEMOT, Jean-Marie, *Adieu les philosophes : que reste-t-il des Lumières ?*, Paris, Seuil, 2001.
- GOULEMOT, Jean-Marie et Daniel OSTER, *Gens de lettres, écrivains et bohèmes. L'imaginaire littéraire, 1630-1900*, Paris, Minerve, 1992.
- GROULT, Martine, «La philosophie dans l'*Encyclopédie* : le projet et l'article», in Miguel Ángel GRANADA, Rosa RIUS y Piero SCHIAVO (eds.), *Filósofos, filosofía y filosofías en la Encyclopédie de Diderot y d'Alembert*, actas del Congreso Internacional sobre la *Encyclopédie* (Barcelona, 2008), Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2009, pp. 3-17.
- GROUT, Donald Jay y Claude V. PALISCA, *Historia de la música occidental* [1960], Madrid, Alianza, 2001, versión española de Leo Mamés, revisión y ampliación de Blanca García Morales de acuerdo con la 5^a edición [1996], 2 vols.

- GUÉNOT, Hervé, « Palissot de Montenoy un « ennemi » de Diderot et des philosophes », *Recherches sur Diderot et sur l'Encyclopédie*, 1, octobre 1986, pp. 59-63.
- GUNN, John Alexander Wilson, *Queen of the World: Opinion in the Public Life of France from the Renaissance to the Revolution*, Oxford, Voltaire Foundation, 1995.
- HABERMAS, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública* [1962], Barcelona, Gustavo Gili, 2002, trad. de Antonio Doménech con la colaboración de Rafael Grasa.
- HABERMAS, Jürgen, « Further Reflections on the Public Sphere », in Craig CALHOUN (ed.), *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge (Massachusetts), Massachusetts Institute of Technology, 1992, pp. 421-461.
- HABERMAS, Jürgen, « Concluding Remarks », in Craig CALHOUN (ed.), *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge (Massachusetts), Massachusetts Institute of Technology, 1992, pp. 462-479.
- HAZARD, Paul, *La crise de la conscience européenne (1680-1715)*, Paris, Boivin, 1935, 2 vol. (traducción española: *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)*, Madrid, Pegaso, 1941, trad. de Julián Marías).
- HAZARD, Paul, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII: de Montesquieu a Lessing* [1946], Madrid, Alianza, 1985, versión española de Julián Marías.
- HELLER, Deborah, « Bluestocking Salons and the Public Sphere », *Eighteenth-Century Life*, 22, 1998, pp. 59-82.
- HEYDEN-RYNSCH, Verena von der, *Los salones europeos. Las cimas de una cultura femenina desaparecida* [1992], Barcelona, Península, 1998, trad. de José Luis Gil Aristu.
- HERLAUT, Auguste-Philippe, « Les enlèvements d'enfants à Paris, en 1720 et en 1750 », *Revue historique*, vol. 139, 1922, pp. 43-61, 201-223.
- HORKHEIMER, Max y Theodor W. ADORNO, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos* [1947], introducción y traducción de Juan José Sánchez, Valladolid, Trotta, 1998.
- ISRAEL, Jonathan Irving, *Enlightenment Contested: Philosophy, Modernity and the Emancipation of Man*, Oxford, Oxford University Press, 2006.

- ISRAEL, Jonathan Irving, *Democratic Enlightenment. Philosophy, Revolution and Human Rights, 1750-1790*, New York, Oxford University Press, 2011.
- JACOB, Margaret C., «The Mental Landscape of the Public Sphere: A European Perspective», *Eighteenth-Century Studies*, vol. 28, n° 1, 1994, pp. 95-113.
- JACOBÉE, W. Pierre, « Marivaux et ses philosophes », *Revue d'Histoire littéraire de la France*, vol. LXXXIX, n° 1, 1989, pp. 71-78.
- JAUME, Lucien, « L'opinion publique selon Necker : entre concept et idée-force », in Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN et Joëlle CHASSIN (coord.), *L'avènement de l'opinion publique. Europe et Amérique XVIIIe-XIXe siècles*, Paris, L'Harmattan 2004, pp. 33-50.
- JOUHAUD, Christian, *Mazarinades : la Fronde des mots*, Paris, Aubier, 1985.
- KAFKER, Frank A., «Were the Encyclopaedists Allies of Voltaire in the Calas Affair?», in Ulla KÖLVING et Christiane MERVAUD (sous la direction de), *Voltaire et ses combats*, Oxford, Voltaire Foundation, 1997, vol. II, pp. 849-856.
- KAISER, Thomas E., «Enlightenment, public opinion and politics in the work of Robert Darnton», in Haydn T. MASON (ed.), *The Darnton Debate. Books and revolution in the eighteenth century*, Oxford, Voltaire Foundation, 1998, pp. 189-206.
- KALE, Steven D., «Women, the Public Sphere, and the Persistence of Salons», *French Historical Studies*, vol. 25, n° 1, 2002, pp. 115-148.
- KANTOROWICZ, Ernst H., *The King's Two Bodies: a Study in Medieval Political Theology*, Princeton University Press, 1957 (trad. española: *Los dos cuerpos del rey*, Madrid, Alianza, 1985, trad. de Susana Aikin Araluce y Rafael Blázquez Godoy).
- KAUFMANN, Laurence, « Entre fiction et réalité. L'opinion publique dans la France du XVIIIe siècle », in Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN et Joëlle CHASSIN (coord.), *L'avènement de l'opinion publique. Europe et Amérique XVIIIe-XIXe siècles*, Paris, L'Harmattan 2004, pp. 91-107.
- KIRSOP, Wallace, « Les mécanismes éditoriales », in Roger CHARTIER et Henri-Jean MARTIN (sous la direction de), *Histoire de l'édition française*, vol. II. *Le livre triomphant, 1660-1830* [1984], Paris, Fayard/Promodis, 1990, pp. 15-34.

- KIRSOP, Wallace, « Nouveautés : théâtre et roman », in Roger CHARTIER et Henri-Jean MARTIN (sous la direction de), *Histoire de l'édition française*, vol. II. *Le livre triomphant, 1660-1830* [1984], Paris, Fayard/Promodis, 1990, pp. 269-284.
- KLEIMAN-LAFON, Sylvie, «Voltaire's *L'Écossaise*: The Story of a French and Scottish Fraud», in Deidre DAWSON and Pierre MORÈRE (eds.), *Scotland and France in the Enlightenment*, Lewisburg, Bucknell University Press, 2004, pp. 61-73.
- KLIBANSKY, Raymond, Edwin PANOFSKY y Fritz SAXL, *Saturno y la melancolía. Estudios de historia de la filosofía de la naturaleza, la religión y el arte* [1964], Madrid, Alianza, 1991, versión española de María Luisa Balseiro.
- KOSELLECK, Reinhart, *Crítica y crisis del mundo burgués* [1959], Madrid, Rialp, 1965, trad. de Rafael de la Vega.
- KOSELLECK, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* [1979], Barcelona, Paidós, 1993, trad. de Norberto Smilg.
- LABROSSE, Claude, *Lire au XVIII^e siècle. La Nouvelle Héloïse et ses lecteurs*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1985.
- LABROSSE, Claude et Pierre RÉTAT, *Naissance du journal révolutionnaire, 1789*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1989.
- LABROSSE, Claude, « Le discours politique en gazette. Le commerce des grains et la cherté du pain au début de 1775 », in Henri DURANTON et Pierre RÉTAT (éd.), *Gazettes et information politique sous l'Ancien Régime*, livre du Centre d'Études du XVIII^e siècle avec une introduction de Keith M. Baker, Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 1999, pp. 347-356.
- LANCASTER, Henry Carrington, *A History of French Dramatic Literature in the Seventeenth Century*, Part II. *The Period of Corneille, 1635-1651*, Baltimore / Paris, The John Hopkins Press / Les Belles Lettres, 1932, 2 vol.
- LANDES, Joan B., *Women and the Public Sphere in the Age of the French Revolution*, Ithaca/London, Cornell University Press, 1988.

- LANDRY, Alexandre, *Les erreurs des Lumières : rhétorique de la réfutation et invention littéraire, dans la seconde moitié du XVIIIe siècle*, Mémoire présenté à l'Université du Québec à Trois-Rivières comme exigence partielle de la Maîtrise en Études Littéraires, 2005.
- LAUMONIER, Paul, *Ronsard, poète lyrique: étude historique et littéraire*, Paris, Hachette, 1909.
- LA VOPA, Anthony, «Conceiving a Public: Ideas and Society in Eighteenth-Century Europe», *Journal of Modern History*, vol. 64, n° 1, 1992, pp. 79-116.
- LE BON, Gustave, *Psychologie des foules*, Paris, F. Alcan, 1895 (trad. española: *Psicología de las masas*, Madrid, Morata, 1983, trad. de Alfredo Guerra Miralles).
- LE GOFF, Jacques, *Los intelectuales en la Edad Media* [1957, 2ª edición 1985], Barcelona, Gedisa, 1986, trad. de Alberto L. Bixio.
- LEBRUN, François, *Croyances et cultures dans la France d'Ancien Régime* [1985], Paris, Seuil, 2001.
- LEBRUN, François, «Las Reformas: devociones comunitarias y piedad personal», in Philippe ARIÈS y Georges DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada*, vol. III. *Del Renacimiento a la Ilustración* [1986, volumen dirigido por Roger Chartier], Madrid, Taurus, 2001, trad. de María Concepción Martín Montero, pp. 79-113.
- LEDRU, Ambroise, *Damiens dans le Maine*, Mamers, G. Fleury et A. Dangin, 1885.
- LEPAPE, Pierre, *Voltaire le conquérant. Naissance des intellectuels au siècle des Lumières*, Paris, Seuil, 1994.
- LEPENIES, Wolf, *¿Qué es un intelectual europeo? Los intelectuales y la política del espíritu en la historia europea* [2007], Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2008, trad. de Sergio Pawlosky.
- LIÈVRE, Éloise, « Être ou ne pas être écrivain : la figure du bel esprit entre XVIIe et XVIIIe siècles », in Henri DURANTON (éd.), *Le pauvre diable. Destins de l'homme de lettres au XVIIIe siècle. Colloque international, Saint-Étienne, les 15, 16 et 17 septembre 2005*, Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 2006, pp. 251-262.

- LILTI, Antoine, *Le monde des salons. Sociabilité et mondanité à Paris au XVIIIe siècle*, Paris, Fayard, 2005.
- LILTI, Antoine, « Sociabilité et mondanité : les hommes de lettres dans les salons parisiens au XVIIIe siècle », *French Historical Studies*, vol. 28, n° 3, 2005, pp. 415-445.
- LU, Jin, *Qu'est-ce qu'un philosophe? Éléments d'une enquête sur l'usage d'un mot au siècle des Lumières*, Saint-Nicolas (Québec), Les Presses de l'Université Laval, 2005.
- MAH, Harold, « Phantasies of the Public Sphere: Rethinking the Habermas of Historians », *The Journal of Modern History*, vol. 72, n° 1, 2000, pp. 153-182.
- MALL, James, « *Le Neveu de Rameau* and the Idea of Genius », *Eighteenth Century Studies*, vol. 11, n° 1, 1977, pp. 26-39.
- MARAIS, Jean-Luc, « Littérature et culture *populaire* aux XVIIe et XVIIIe siècles. Réponses et questions », *Annales de Bretagne et des Pays de l'Ouest*, 1, 1980, pp. 65-105.
- MARCHAL, Roger, « D'Alembert historien de l'Académie française », in Michel MALICET (éd.), *Hommages à Jacques Petit*, Paris, Les Belles Lettres, 1985, vol. II, pp. 703-712.
- MARIN, Louis, *Le portrait du roi*, Paris, Les Éditions de Minuit, 1981.
- MARTIN, Henri-Jean, *Livre, pouvoirs et société à Paris au XVIIe siècle (1598-1701)* [1969], Paris, Droz, 1984, 2 vol.
- MARTIN, Xavier, *Voltaire méconnu. Aspects cachés de l'humanisme des Lumières* [2006], Bouère, Dominique Martin Morin, 2^e édition, 2007.
- MARTUCCI, Roberto, « *Opinion frondeuse, opinion éclairée, opinion publique* nella Francia di Antico regime », *Giornale di storia costituzionale*, 6, 2003, pp. 97-128.
- MASSEAU, Didier, *L'invention de l'intellectuel dans l'Europe du XVIIIe siècle*, Paris, Presses Universitaires de France, 1994.
- MASSEAU, Didier, « Avant-propos », in Didier MASSEAU (sous la direction de), *Philosophes, écrivains et lecteurs en Europe au XVIIIe siècle*, Valenciennes, Presses Universitaires de Valenciennes, 1995, pp. 5-11.

- MASSEAU, Didier, *Les ennemis des philosophes. L'antiphilosophie au temps de Lumières*, Paris, Albin Michel, 2000.
- MASSEAU, Didier, « La promotion de l'homme de lettres chez Duclos et chez d'Alembert : rapports de force et stratégies discursives », in Henri DURANTON (éd.), *Le pauvre diable. Destins de l'homme de lettres au XVIIIe siècle. Colloque international, Saint-Étienne, les 15, 16 et 17 septembre 2005*, Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 2006, pp. 311-320.
- MAYOS, Gonçal, « D'Alembert: el nuevo intelectual entre "biopolítica" y "capitalismo de imprenta" », in Miguel Ángel GRANADA, Rosa RIUS y Piero SCHIAVO (eds.), *Filósofos, filosofía y filosofías en la Encyclopédie de Diderot y d'Alembert*, actas del Congreso Internacional sobre la *Encyclopédie* (Barcelona, 2008), Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2009, pp. 53-75.
- MAZA, Sarah, « Le tribunal de la nation: les mémoires judiciaires et l'opinion publique », *Annales ESC*, 1, 1987, pp. 73-90.
- MAZA, Sarah, « Women, the Bourgeoisie, and the Public Sphere: Response to Daniel Gordon and David Bell », *French Historical Studies*, vol. 17, n° 4, 1992, pp. 935-950.
- MAZA, Sarah, *Vies privées, affaires publiques. Les causes célèbres de la France prérévolutionnaire* [1993], [Paris], Fayard, 1997, traduit par Christophe Beslon et Pierre-Emmanuele Dauzat.
- MCKENZIE, Donald Francis, *Bibliografía y sociología de los textos* [1999], prólogo de Roger Chartier, Tres Cantos (Madrid), Akal, 2005, trad. de Fernando Bouza.
- MCMAHON, Darrin M., « A Century Blinded by Light », in *Enemies of the Enlightenment. The French Counter-Enlightenment and the Making of Modernity*, Oxford/New York, Oxford University Press, 2001, pp. 17-54.
- MELTON, James Van Horn, *La aparición del público durante la Ilustración europea* [2001], València, Publicacions de la Universitat de València, 2009, trad. de Ricardo García Pérez.
- MERLIN-KAJMAN, Hélène, *Public et littérature en France au XVIIIe siècle* [1994], Paris, Les Belles Lettres, 2004.

- MERTON, Robert King, *On the Shoulders of Giants: a Shandean Postscript*, New York, Free Press, 1965 (traducción española: *A hombros de gigantes*, Barcelona, Península, 1990, trad. de Enrique Murillo).
- MERVAUD, Christiane, « De Westminster Abbey au Panthéon: le statut des “gens de lettres” dans les *Lettres philosophiques* », *Revue d'histoire littéraire de la France*, 2, 1991, pp. 177-195.
- MINOIS, Georges, *Censure et culture sous l'Ancien Régime*, [Paris], Fayard, 1995.
- MORANT DEUSA, Isabel, « La imatge i les realitats de les dones en el segle de les Llums », in *Dones: els camins de la llibertat*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, Departament de Cultura i Mitjans de Comunicació, 2008, pp. 26-43.
- MORANT DEUSA, Isabel y Mónica BOLUFER PERUGA, « Sobre la razón, la educación y el amor de las mujeres: mujeres y hombres en la España y en la Francia de las Luces », *Studia historica. Historia moderna*, 15, 1996, pp. 179-208.
- MORNET, Daniel, « Les enseignements des bibliothèques privées (1750-1850) », *Revue d'histoire littéraire de la France*, 17, 1910, pp. 449-492.
- MORNET, Daniel, *La pensée française au XVIII^e siècle*, Paris, Armand Colin, 1926 (trad. española: *El pensamiento francés en el siglo XVIII: el trasfondo intelectual de la Revolución Francesa*, Madrid, Encuentro, 1988, trad. de Antonio Gabriel Rosón).
- MORNET, Daniel, *Les origines intellectuelles de la Révolution française : 1715-1787*, Paris, Armand Colin, 1933 (traducción española: *Los orígenes intelectuales de la Revolución Francesa, 1715-1787*, Buenos Aires, Paidós, 1969, trad. de Carlos A. Fayard).
- MORTIER, Roland, « La satire, ce « poison de la littérature » : Voltaire et la nouvelle déontologie de l'homme de lettres », in Jean MACARY (ed.), *Essays on the Age of Enlightenment in Honor of Ira O. Wade*, Genève, Droz, 1977, pp. 233-246.
- MORTIER, Roland, « Du philosophe-écrivain à l'écrivain-philosophe : la trajectoire des Lumières », in *Neue Bilder vom Menschen in der Literatur der europäischen Aufklärung*, Frankfurt am Main, Lang, 1988, pp. 139-153.

- MORTIER, Roland, « Voltaire et la dignité de l'écrivain » [1993], in *Les combats des Lumières. Recueil d'études sur le dix-huitième siècle*, préface de Robert Darnton, Ferney-Voltaire, Centre international d'étude du XVIIIe siècle, 2000, pp. 151-159.
- MOUREAUX, José-Michel, « Voltaire et Saint-Évremond », in Suzanne GUELLOUZ (sous la direction de), *Entre baroque et Lumières. Saint-Évremond (1614-1703)*, Presses Universitaires de Caen, 2000, pp. 241-256.
- MUCHEMBLED, Robert, *Culture populaire et culture des élites dans la France moderne (XVe-XVIIIe siècle). Essai*, [Paris], Flammarion, 1978.
- MUNCK, Thomas, *Historia social de la Ilustración* [2000], Barcelona, Crítica, 2001.
- NEGRONI, Barbara de, *Lectures interdites. Le travail des censeurs au XVIIIe siècle, 1723-1774*, Paris, Albin Michel, 1995.
- NICOLAS, Jean, *La rébellion française. Mouvements populaires et conscience sociale, 1661-1789*, Paris, Seuil, 2002.
- NOLHAC, Pierre de, « L'année de Damiens. Chronique de Versailles (1757) », *La Revue Universelle*, vol. XXXVII, n° 20, 15 janvier 1928, pp. 129-154.
- ORSINI, Dominique, « La figure de l'homme de lettres au miroir du roman-mémoires », in Henri DURANTON (éd.), *Le pauvre diable. Destins de l'homme de lettres au XVIIIe siècle. Colloque international, Saint-Étienne, les 15, 16 et 17 septembre 2005*, Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 2006, pp. 237-250.
- OURIDA, Mostefai, « De la philosophie au pamphlet : la polémique chez Voltaire », in Ulla KÖLVING et Christiane MERVAUD (sous la direction de), *Voltaire et ses combats*, Oxford, Voltaire Foundation, 1997, vol. I, pp. 255-262.
- OZOUF, Mona, « L'opinion publique », in Keith Michael BAKER (ed.), *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*, vol. I. *The Political Culture of the Old Regime*, Oxford, Pergamon Press, 1987, pp. 419-434.
- PAPPAS, John, « D'Alembert et la nouvelle aristocratie », *Dix-huitième siècle*, 15, 1983, pp. 335-343.

- PASCAL, Jean-Noël, « Portrait de l'homme de lettres en académicien, de la réception de La Motte (1710) à la mort de Fontenelle (1757) », in Henri DURANTON (éd.), *Le pauvre diable. Destins de l'homme de lettres au XVIIIe siècle. Colloque international, Saint-Étienne, les 15, 16 et 17 septembre 2005*, Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 2006, pp. 321-333.
- PAYNE, Harry C., *The Philosophes and the People*, New Haven and London, Yale University Press, 1976.
- PEKACZ, Jolanta T., *Conservative Tradition in Pre-Revolutionary France. Parisian Salon Women*, New York, Peter Lang, 1999.
- PELLISSON, Maurice, *Les hommes de lettres au XVIIIe siècle*, Paris, Armand Colin, 1911.
- PERRIER, Simone, « Quand « Apollon luy mesme se chantoit ». L'écrivain du XVIe siècle et ses miroirs », *Textuel*, 22 (*Images de l'écrivain*), hiver 1989, pp. 29-48.
- PIASENZA, Paolo, « Rapimenti, polizia e rivolta: un conflitto sull'ordine pubblico a Parigi nel 1750 », *Quaderni storici*, 64, 1987, pp. 129-151.
- PIZZORUSSO, Arnaldo, « L'idée d'auteur au XVIIe siècle », in Marc FUMAROLI (éd.), *Le statut de la littérature : mélanges offerts à Paul Bénichou*, Genève, Droz, 1982, pp. 55-69.
- POMEAU, René (sous la direction de), *Voltaire en son temps*, vol. IV. *Écraser l'infâme : 1759-1770*, avec la participation de Jean Balcou, Marie-Hélène Cotoni, Jean Dagen et al., Oxford/[Paris], Voltaire Foundation/[diff. Universitas], 1994.
- POMEAU, René et Christiane MERVAUD (sous la direction de), *Voltaire en son temps*, vol. III. *De la cour au jardin : 1750-1759*, avec la participation de Jacqueline Hellegouarc'h, Claude Lauriol, Jean Mondot et al., Oxford/[Paris], Voltaire Foundation/[diff. Universitas], 1991.
- POPKIN, Jeremy D., « The Prerevolutionary Origins of the Political Journalism », in Keith Michael BAKER (éd.), *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*, vol. I. *The Political Culture of the Old Regime*, Oxford, Pergamon Press, 1987, pp. 203-224.

- POPKIN, Jeremy D., «Robert Darnton's alternative (to the) Enlightenment», in Haydn T. MASON (ed.), *The Darnton Debate. Books and revolution in the eighteenth century*, Oxford, Voltaire Foundation, 1998, pp. 105-128.
- PROUST, Jacques, *Diderot et l'Encyclopédie* [1962], Genève/Paris, Slatkine, 1982.
- PUJOL, Stéphane, «L'espace public du *Neveu de Rameau*», *Revue d'histoire littéraire de la France*, 5, 1993, pp. 669-684.
- PYENSON, Lewis and Susan SHEETS-PYENSON, *Servants of Nature. A History of Scientific Institutions, Enterprises, and Sensibilities*, New York/London, W. W. Norton & Company, 1999.
- QUARRÉ-REYBOURBON, Louis, *Biographie artésienne. Un régicide, étude historique* [1884], Béthune, impr. d'A. David, 1886.
- RADIN, Paul, *El hombre primitivo como filósofo* [1ª ed.: 1927; ed. de referencia, 3ª ed.: 1957], Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1968, trad. de Abelardo Maljuri.
- RADIN, Paul, *Primitive Religion. Its Nature and Origin*, New York, The Viking Press, 1937.
- RANCIÈRE, Jacques, *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual* [1987], Barcelona, Laertes, 2003, trad. de Núria Estrach.
- RANUM, Orest, «Los refugios de la intimidad», in Philippe ARIÈS y Georges DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada*, vol. III. *Del Renacimiento a la Ilustración* [1986, volumen dirigido por Roger Chartier], Madrid, Taurus, 2001, trad. de María Concepción Martín Montero, pp. 205-251.
- RÉTAT, Pierre (sous la direction de), *L'attentat de Damiens. Discours sur l'événement au XVIIIe siècle*, Presses Universitaires de Lyon, 1979.
- RÉTAT, Pierre, *Les journaux de 1789. Bibliographie critique*, Paris, CNRS, 1988.
- RÉTAT, Pierre (sous la direction de), *La Gazette d'Amsterdam, miroir de l'Europe au XVIIIe siècle*, Oxford, Voltaire Foundation, 2001.
- REVEL, Jacques, «La culture populaire: sur les usages et les abus d'une notion», in Yves René VON QUERNE y Alfonso ESTEBAN (eds.), *Culturas populares: diferencias*,

divergencias, conflictos. Actas del Coloquio celebrado en la Casa Velázquez, los días 30 de noviembre y 1-2 de diciembre de 1983, Madrid, Casa de Velázquez/Universidad Complutense, 1986, pp. 223-239.

REVEL, Jacques, «Los usos de la civilidad», in Philippe ARIÈS y Georges DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada*, vol. III. *Del Renacimiento a la Ilustración* [1986, volumen dirigido por Roger Chartier], Madrid, Taurus, 2001, trad. de María Concepción Martín Montero, pp. 167-204.

REVEL, Jacques, «L'envers des Lumières: les intellectuels et la culture populaire en France (1650-1800) », in Philippe ROGER (sous la direction de), *L'homme des Lumières de Paris à Petersburg*, Napoli, Vivarium, 1995, pp. 237-259.

REYNIÉ, Dominique, *Le triomphe de l'opinion publique. L'espace public français du XVIe au XXe siècle*, Paris, O. Jacob, 1998.

REYNIER, Gustave, *La Femme au XVIIe siècle, ses ennemis et ses défenseurs*, Paris, J. Tallandier, 1929.

RIBARD, Dinah, « D'Alembert et la « société des gens de lettres » : utilité et autonomie des lettres dans la polémique entre Rousseau et d'Alembert », *Littératures Classiques*, 37, 1999, pp. 229-245.

RIBARD, Dinah, « Philosophe ou écrivain ? Problèmes de délimitation entre histoire littéraire et histoire de la philosophie en France, 1650-1850 », *Annales HSS*, 2000, 2, pp. 355-388.

RICHEL, Denis, «En torno a los orígenes ideológicos remotos de la Revolución Francesa: élite y despotismo» [1969], in Denis RICHEL y otros, *Estudios sobre la Revolución Francesa y el final del Antiguo Régimen*, edición de Juan Calatrava, Madrid, Akal, 1980, trad. de María Jesús Calatrava y Purificación Escobar, pp. 9-34.

RICHEL, Denis, *La Francia moderna. El espíritu de las instituciones* [1973], Madrid, Akal, 1997, trad. de Marta Torre Álvarez.

RIVERA GARCÍA, Antonio, «La pintura de la crisis: Albrecht Dürer y la Reforma», *Artificium. Revista iberoamericana de estudios culturales y análisis conceptual*, vol. 1, enero-junio 2010, pp. 100-119.

- ROCHE, Daniel, *Le siècle des lumières en province. Académies et académiciens provinciaux, 1680-1789*, Paris, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1978, 2 vol.
- ROCHE, Daniel, « Négoce et culture dans la France du XVIIIe siècle », *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, vol. 25, n° 3, 1978, pp. 375-395.
- ROCHE, Daniel, *Le peuple de Paris. Essai sur la culture populaire au XVIIIe siècle*, Paris, Aubier-Montagne, 1981.
- ROCHE, Daniel, « Culture et politiques populaires : l'exemple de Jacques Ménétra, vitrier parisien, au XVIIIe siècle », in VV. AA., *L'Età dei lumi : studi storici sul Settecento europeo in onore di Franco Venturi*, Napoli, Jovene editore, 1985, vol. I, pp. 373-393.
- ROCHE, Daniel, « Académies et politique au siècle des Lumières : les enjeux pratiques de l'immortalité », in Keith Michael BAKER (ed.), *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*, vol. I. *The Political Culture of the Old Regime*, Oxford, Pergamon Press, 1987, pp. 331-346.
- ROCHE, Daniel, *Les Républicaines des lettres. Gens de culture et Lumières au XVIIIe siècle*, Paris, Fayard, 1988.
- ROCHE, Daniel, *La France des Lumières*, Paris, Fayard, 1993.
- ROCHE, Daniel, « République des Lettres ou royaume des mœurs : la Sociabilité vue d'ailleurs », *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, vol. 43, n° 2, 1996, pp. 293-306.
- RODRÍGUEZ URIBES, José Manuel, *Opinión pública. Concepto y modelos históricos*, prólogo de Gregorio Peces-Barba Martínez, Madrid/Barcelona, Universidad Carlos III de Madrid/Marcial Pons, 1999.
- ROGGERONE, Giuseppe Agostino, *L'Encyclopédie e la satira. Charles Palissot*, Napoli, Guida editori, 1983.
- ROMON, Christian, « Mendians et policiers à Paris au XVIIIe siècle », *Histoire, économie et société*, 2, 1982, pp. 259-295.
- ROMON, Christian, « L'affaire des « enlèvements d'enfants » dans les archives du Châtelet (1749-1750) », *Revue historique*, vol. 270, n° 547, 1983, pp. 55-85.

- RUDÉ, George, *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848* [1964], Salamanca, Siglo XXI, 2009, trad. de Ofelia Castillo.
- SALAÜN, Franck, « Le nouvel homme de lettres selon Diderot », in Henri DURANTON (éd.), *Le pauvre diable. Destins de l'homme de lettres au XVIIIe siècle. Colloque international, Saint-Étienne, les 15, 16 et 17 septembre 2005*, Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 2006, pp. 275-285.
- SARTRE, Jean-Paul, *Qu'est-ce que la littérature ?*, Paris, Gallimard, 1948 (traducción española: *¿Qué es la literatura?*, Oviedo, Losada, 1950, trad. de Aurora Bernárdez).
- SAUVY, Anne, « Livres contrefaits et livres interdits », in Roger CHARTIER et Henri-Jean MARTIN (sous la direction de), *Histoire de l'édition française*, vol. II. *Le livre triomphant, 1660-1830* [1984], Paris, Fayard/Promodis, 1990, pp. 128-146.
- SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente? Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna* [1989], Madrid, Cátedra/Universitat de València/Instituto de la Mujer, trad. de María Condor, 2004.
- SCHIEBINGER, Londa, *Nature's body. Gender in the Making of Modern Science* [1993], New Brunswick (New Jersey), Rutgers University Press, 2006.
- SCHIFF, Mario, *La fille d'alliance de Montaigne: Marie de Gournay* [1910], Genève, Slatkine, 1978.
- SCHMIDT, Albert-Marie, *Saint-Évremond ou l'Humaniste impur*, Paris, Éditions du Cavalier, 1932.
- SCUCCIMARRA, Luca, «La trasparenza del politico. Habermas e il paradigma della “sfera pubblica”», *Giornale di storia costituzionale*, 6, 2003, pp. 35-59.
- SENNETT, Richard, *El declive del hombre público* [1977], Barcelona, Península, 2002, trad. de Gerardo di Masso.
- SGARD, Jean, « La multiplication des périodiques », in Roger CHARTIER et Henri-Jean MARTIN (sous la direction de), *Histoire de l'édition française*, vol. II. *Le livre triomphant, 1660-1830* [1984], Paris, Fayard/Promodis, 1990, pp. 247-255.

- SGARD, Jean, « Naissance de l'opinion publique », *Man and Nature / L'homme et la nature*, vol. 7, 1988, pp. 1-11.
- SGARD, Jean, « Trois “philosophes” de 1734 : Marivaux, Prévost et Voltaire », *Études littéraires*, vol. XXIV, n°1, été 1991, pp. 31-38.
- SGARD, Jean (sous la direction de), *Dictionnaire des journaux : 1600-1789*, Paris/Oxford, Universitas/Voltaire Foundation, 1991, 2 vol.
- SGARD, Jean, « Diderot vu par les *Nouvelles ecclésiastiques* », *Recherches sur Diderot et sur l'Encyclopédie*, 25, 1998, pp. 9-19.
- SHOWALTER, English, « “Madame a fait un livre” : Madame de Graffigny, Palissot et les philosophes », *Recherches sur Diderot et sur l'Encyclopédie*, 23, 1997, pp. 109-125.
- SOMBART, Werner, *El burgués. Contribución a la historia espiritual del hombre económico moderno* [1913], Madrid, Alianza, 1998, versión de María Pilar Lorenzo, revisión de Miguel Paredes.
- SPIVAK, Gayatri Chakravorty, *¿Pueden hablar los subalternos?* [1988], traducción y edición crítica de Manuel Asensi Pérez, Barcelona, Museu d'Art Contemporani de Barcelona, 2009.
- STAROBINSKI, Jean, *Jean-Jacques Rousseau : la transparence et l'obstacle ; suivi de Sept essais sur Rousseau*, [Paris], Gallimard, 1971.
- STAROBINSKI, Jean, « *Se mettre à la place* (la mutation de la critique, de l'âge classique à Diderot) », *Cahiers Vilfredo Pareto*, 38-39, 1976, pp. 363-378.
- STAROBINSKI, Jean, « Habla Demócrito. La utopía melancólica de Robert Burton », in Robert BURTON, *Anatomía de la melancolía* [1ª ed.: 1621; ed. de referencia: 1632], Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, vol. I, 1997, trad. de Julián Mateo Ballorca, pp. 11-29.
- SWANN, Julian, « Parlement, politics and the *parti janséniste*: the Grand Conseil affair, 1755-1756 », *French History*, vol. 6, n° 4, pp. 435-461.
- TAINE, Hippolyte-Adolphe, *Histoire de la littérature anglaise* [1863], Paris, L. Hachette, 2^e édition revue et augmentée, 1866-1878, 5 vol.

- TAINE, Hippolyte-Adolphe, *Les origines de la France contemporaine*, vol. I. *L'Ancien Régime*, Paris, Hachette, 1875.
- TAINE, Hippolyte-Adolphe, *H. Taine, sa vie et sa correspondance*, Paris, Hachette, vol. III. *L'historien (1870-1875)*, 2^e édition, 1905.
- TARDE, Gabriel, *La opinión y la multitud* [1901], Madrid, Taurus, 1986, trad. de Eloy Terrón.
- THELLIEZ, Berthe, *L'homme qui poignarda Louis XV. Robert-François Damien*, Paris, Tallandier, 2002.
- TILLY, Charles, *La France conteste. De 1600 à nos jours* [1986], Paris, Fayard, 1986, traduit par Éric Diacon.
- TOCQUEVILLE, Alexis de, *El Antiguo Régimen y la Revolución* [1856], Madrid, Istmo, 2004, edición de Antonio Hermosa Andújar.
- TUCCO-CHALA, Suzanne, « La diffusion des Lumières dans la seconde moitié du XVIII^e siècle : Ch. J. Panckoucke, un libraire éclairé (1760-1799) », *Dix-huitième siècle*, 6, 1974, pp. 115-128.
- TURNOVSKY, Geoffrey, «The making of a name: a life of Voltaire», in Nicholas CRONK (ed.), *The Cambridge Companion to Voltaire*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, pp. 17-30.
- VAN KLEY, Dale Kenneth, *The Damians Affair and the Unraveling of the Ancien Régime, 1750-1770*, Princeton University Press, 1984.
- VAN KLEY, Dale Kenneth, *Los orígenes religiosos de la Revolución Francesa. De Calvino a la Constitución civil (1560-1791)* [1996], Madrid, Encuentro, 2002, trad. de Carmen González del Yerro Valdés.
- VERNIÈRE, Paul, « Naissance et statut de l'intelligentsia en France », in Christiane MERVAUD et Sylvain MENANT (éd.), *Le siècle de Voltaire: hommage à René Pomeau*, Oxford, Voltaire Foundation, 1987, vol. II, pp. 933-941.
- VEYSMAN, Nicolas, *Mise en scène de l'opinion publique dans la littérature des Lumières*, Paris, Honoré Champion, 2004.

- VEYSMAN, Nicolas, «La mise en scène de l'opinion publique dans la littérature des Lumières», *Dix-huitième siècle*, 37, 2005, pp. 445-465.
- VIALA, Alain, «Naissance de l'écrivain. Aux origines des institutions et de l'enseignement de la littérature française », *PFSL*, 21, 1984, pp. 667-684.
- VIALA, Alain, *Naissance de l'écrivain. Sociologie de la littérature à l'âge classique* [1985], Paris, Les Éditions de Minuit, 2006.
- VIALA, Alain, « Du caractère d'écrivain à l'âge classique », *Textuel*, 22 (*Images de l'écrivain*), hiver 1989, pp. 49-58.
- VILLACAÑAS, José Luis, «Crítica y presente. Sobre las bases de las Ilustración kantiana», in Immanuel KANT, *En defensa de la Ilustración*, Barcelona, Alba, 1999, pp. 9-61.
- WADE, Ira Owen, *The Structure and Form of the French Enlightenment*, Princeton, Princeton University Press, 1977, vol. 1. *Esprit philosophique*.
- WALTER, Éric, « Sur l'intelligentsia des Lumières », *Dix-huitième siècle*, 5, 1973, pp. 173-201.
- WALTER, Éric, « Les auteurs et le champ littéraire », in Roger CHARTIER et Henri-Jean MARTIN (sous la direction de), *Histoire de l'édition française*, vol. II. *Le livre triomphant, 1660-1830* [1984], Paris, Fayard/Promodis, 1990, pp. 499-518.
- WEBER, Max, *La ética protestante y el «espíritu» del capitalismo* [1905], Madrid, Alianza, 2001, trad. de Joaquín Abellán García.
- WELLMAN, Kathleen, *Making Science Social: The Conferences of Théophraste Renaudot, 1633-1642*, University of Oklahoma Press, 2003.
- WHITE, Reginald James, *The Anti-Philosophers: a study of the philosophes in Eighteenth-Century France*, London, Macmillan [et al.], 1970.
- WITTMANN, Reinhard, «¿Hubo una revolución de la lectura a finales del siglo XVIII?», in Guglielmo CAVALLO y Roger CHARTIER (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental* [1995], Madrid, Taurus, 1998, trad. de María Barberán, pp. 435-472.
- YASHINSKY, Jack, «Voltaire's *L'Écossaise*: background, structure, originality», *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century*, vol. 182, 1979, pp. 253-271.

ZYSBERG, André, *La monarchie des Lumières, 1715-1786*, Paris, Seuil, 2002.

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

- Ilustración 1:** Jean François de Troy, *Une lecture de Molière ou lecture dans un salon*, 1728-1730 (colección privada)..... p. 41
- Ilustración 2:** Michel Barthélemy Ollivier, *Thé à l'anglaise servi dans le salon des Quatre- Glaces au Palais du Temple à Paris en 1766, 1777* (Musée du Louvre, Paris)..... p. 42
- Ilustración 3:** « Le spectateur-nocturne au café, voyant disputer les politiques », in Nicolas-Edme Rétif de La Bretonne, *Les Nuits de Paris ou le Spectateur nocturne*, Londres, vol. V, 1788-1789 (Bibliothèque nationale de France, Paris)..... p. 43
- Ilustración 4:** Jean Restout le Jeune, « Le tombeau de François de Pâris », in Louis- Basile Carré de Motgeron, *La Vérité des miracles opérés par l'intercession de M. de Pâris et autres apellans, démontrés contre M. l'archevêque de Sens*, Utrecht, chez les Libraires de la Compagnie, 1737, vol. I..... p. 95
- Ilustración 5:** Balthasar Anton Dunker, « Homme remettant à un autre une lettre de cachet », *Illustrations d'Esquisses pour les amateurs*, in Louis-Sébastien Mercier *Tableau de Paris*, 1787 (Bibliothèque nationale de France, Paris)..... p. 96
- Ilustración 6:** Jean Jouvenet, *Louis XIV guérit les scrofuleux*, 1690 (Église-Abbaye de Saint-Riquier)..... p. 97
- Ilustración 7:** Albrecht Dürer, *Melencolia I*, 1514 (Biblioteca Nacional de España, Madrid)..... p. 184
- Ilustración 8:** *Danse macabre. Le clerc théologien, le laboureur et le cistercien*. Mediados del siglo XV (Abbaye de Saint-Victor, Marseille)..... p. 185
- Ilustración 9:** Detalle: el *clerc*..... p. 185
- Ilustración 10:** François Chauveau, « Carte du pays de Tendre » o « Carte de Tendre », in Madeleine de Scudéry, *Clélie, Histoire romaine*, 1654..... p. 186

- Ilustración 11:** Balthasar Anton Dunker, « Un libraire ou bouquiniste parisien. Soirée parisienne », *Illustrations d'Esquisses pour les amateurs*, in Louis-Sébastien Mercier, *Tableau de Paris*, 1787 (Bibliothèque nationale de France, Paris)..... p. 292
- Ilustración 12:** Grabado de Antoine Borel, in marqués d'Argens, *Thérèse philosophe ou Mémoires pour servir à l'histoire du P. Dirrag et de mademoiselle Eradice*, nouvelle édition, Londres, 1785, vol. I..... p. 293
- Ilustración 13:** François Boucher, *Portrait de Mme de Pompadour*, 1756 (Alte Pinakothek, München)..... p. 294
- Ilustración 14:** Pierre Antoine Baudouin, *La lecture*, ca. 1760 (Musée des Arts Décoratifs, Paris)..... p. 295

RÉSUMÉ

L'opinion publique n'est pas une catégorie transhistorique, mais plutôt une configuration sociopolitique qui émerge au XVIII^{ème} siècle. Ce fut à cette époque que les publications périodiques se multiplièrent de manière exponentielle et que les espaces de sociabilité, tels que les salons, les académies et les cafés, proliférèrent. Dans ces lieux, les individus ont pu débattre les nombreuses questions de la vie publique. C'est surtout à partir de 1750, que l'appel à l'opinion publique va commencer à être une constante du discours. Cette nouvelle entité va devenir l'autorité qui dotera d'une légitimité certaine les différents acteurs de l'Ancien Régime.

L'étude de l'opinion publique dans la France du XVIII^{ème} siècle exige une profonde révision du travail classique de Jürgen Habermas, *L'espace public, archéologie de la publicité comme dimension constructive de la société bourgeoise* (publié en 1962)¹. Le texte du philosophe allemand entraîne de nombreux problèmes. Le premier est relié à la délimitation de son objet d'étude : Habermas centre son

¹ Jürgen HABERMAS, *L'espace public, archéologie de la publicité comme dimension constructive de la société bourgeoise* [1962], Paris, Payot, 1997, traduit par Marc Buhot de Launay.

attention sur la « sphère publique bourgeoise » sans aborder la « sphère publique plébéienne ». Ce silence est le point de départ d'une analyse qui fait siennes les interrogations proposées par Arlette Farge dans l'introduction de *Dire et mal dire*², c'est-à-dire : Quelles sont les variantes « réprimées » dont Habermas ne s'occupe pas ?³ Que profèrent les innombrables voix anonymes qui sont exclues de ces cercles où paraît se tramer un nouveau *tribunal* capable de juger les œuvres artistiques et les conduites politiques ? À partir de quels événements risquent-elles leurs *mauvais discours* ? On peut remarquer, à propos de l'attentat manqué contre Louis XV perpétré par Robert-François Damiens le cinq janvier 1757, que les autorités policières surveillent de très près non seulement les publications contestataires distribuées de façon clandestine, mais aussi les foules, les bruits dans les places publiques, les affiches séditieuses. Ces dernières – comme en témoigne la correspondance de l'officier Antoine-Rigobert Mopinot de la Chapotte⁴ – vont continuer à être renouvelées chaque jour presque deux ans après le régicide frustré dont l'ombre ne disparaît pas malgré les efforts démesurés du gouvernement pour effacer toute trace de cet événement. En plus, on peut considérer l'affaire Damiens comme un splendide laboratoire condensant l'effervescence politique des dernières décennies de l'Ancien Régime et permettant de tâter le pouls de la croissante désacralisation de la monarchie

² Arlette FARGE, *Dire et mal dire. L'opinion publique au XVIII^e siècle*, Paris, Seuil, 1992, pp. 13-14.

³ Dans la préface de son livre, Habermas affirme que l'étude « laisse de côté la variante que représente la sphère publique plébéienne et qui, au cours de l'histoire, est restée en quelque sorte réprimée » (Jürgen HABERMAS, *op. cit.*, p. 10).

⁴ [MOPINOT DE LA CHAPOTTE, Antoine-Rigobert], *Sous Louis XV le Bien-Aimé. Correspondance amoureuse et militaire d'un officier pendant la guerre de Sept Ans (1757-1765)*, éditée par Jean Lemoine, Paris, Calmann-Lévy, 1905, pp. 232-233 (lettre XCII, 18 septembre 1758).

française. Celle-ci a tenté par tous les moyens de présenter le criminel supplicié à la Place de Grève comme un individu isolé, comme un monstre dont l'exécrable action n'avait rien à voir avec les sérieux problèmes qui frappaient le royaume. Cependant, la monarchie n'a pu éviter que le dangereux imaginaire sur la mort du souverain resurgisse. Le gouvernement n'a pas été capable d'étouffer les théories de conspiration qui refusaient la version officielle de la *Gazette de France* (accusant surtout les jésuites), ni les voix des femmes et des hommes du peuple (peuple étant le mot le plus répété par l'accusé dans les interrogatoires auxquels il fut soumis) qui regrettaient le destin tragique de leur héros et rêvaient de réaliser de leurs propres mains l'attentat avec une arme plus meurtrière.

D'autre part, la « sphère publique plébéienne » ne peut pas être considérée tout simplement comme une « variante » de la « sphère publique bourgeoise ». Les discours d'autolégitimation des porte-drapeaux de la « sphère publique hégémonique » et l'exclusion des couches sociales les plus basses des nouveaux espaces critiques dévoilent une réalité beaucoup plus complexe. En 1772, peu après sa prise de fonction en tant que secrétaire perpétuel de l'Académie française, d'Alembert affirme que l'historien « a souvent tendance à distinguer le Public vraiment éclairé, qui doit guider sa plume, d'avec cette multitude aveugle et bruyante »⁵. De même, Jean-Jacques Rousseau (en 1762) et Denis Diderot (en 1775) font allusion à la « multitude aveugle » qui doit être

⁵ D'ALEMBERT, *Éloges lus dans les séances publiques de l'Académie française*, Paris, Panckoucke/Moutard, 1779, Préface [lue à la séance publique du 25 août 1772], p. IX.

menée par le petit groupe des hommes de lettres⁶. En 1776, à peine un an après la chute de Turgot (dont les mesures comme contrôleur général des finances ont subi la réponse énergique de la Guerre de Farines) et un peu avant d'assumer la fonction de secrétaire perpétuel de l'Académie des sciences, les *Réflexions sur le commerce des bleds* de Condorcet sont encore plus catégoriques. D'après l'auteur, « quand on parle d'opinion, il faut en distinguer trois espèces : l'opinion des gens éclairés, qui précède l'opinion publique et finit par faire la loi ; l'opinion dont l'autorité entraîne l'opinion du peuple ; l'opinion populaire en fin, qui reste celle de la partie du peuple la plus stupide et la plus misérable »⁷.

Ces deux arguments, et en particulière la dichotomie opinion publique/opinion populaire, permettent de corriger les importantes carences de l'approche habermassienne, qui a été très discutée surtout après que Robert Darnton et, des années plus tard, Arlette Farge commencèrent à révéler les dessous de la basse littérature (les efforts que les débrouillards de *Grub Street* devaient réaliser pour survivre au milieu du marché et des intrigues du monde littéraire)⁸ et le mépris populaire envers le souverain, respectivement.

⁶ « Comment une multitude aveugle qui souvent ne sait ce qu'elle veut, parce qu'elle sait rarement ce qui lui est bon, exécuteroit-elle d'elle-même une entreprise aussi grande, aussi difficile qu'un système de législation ? » (Jean-Jacques ROUSSEAU, *Du contrat social ou Principes du droit politique*, Amsterdam, Marc-Michel Rey, 1762, livre II, chapitre VI, p. 80). « Nous sommes ce petit nombre de têtes qui, placées sur le cou du grand animal, traînent après elles la multitude aveugle de ses queues » (lettre de Denis Diderot à Jacques Necker, 12 juin 1775, in Denis DIDEROT, *Oeuvres complètes de Diderot revues sur les éditions originales comprenant ce qui a été publié à diverses époques et les manuscrits inédits conservés à la Bibliothèque de l'Ermitage*, notices, notes, table analytique, étude sur Diderot par Jules Assézat et Maurice Tourneux, Paris, Garnier frères, vol. XX. *Correspondance*, tome III, 1877, lettre LXVIII, p. 70).

⁷ Jean-Antoine-Nicolas de Caritat, marquis de CONDORCET, *Réflexions sur le commerce des bleds*, Londres, 1776, p. 140.

⁸ Robert DARNTON, *The Literary Underground of the Old Regime*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1982.

La sphère publique de la France du XVIII^{ème} siècle constitue sans doute un objet d'étude ardu, qui a été abordé depuis des différents points de vue. Dans sa contribution au volume coordonné par Javier Fernández Sebastián et Joëlle Chassin, Laurence Kaufmann distingue entre l'approche « référentialiste » et l'approche « artificialiste ». Pour les tenants du premier point de vue (Robert Darnton et Arlette Farge parmi d'autres auteurs), le concept d'opinion publique renvoie à un ensemble de pratiques sociales effectives et à des espaces et des institutions concrètes, tels que les salons ou la prolifération de la presse qui se cristallisent en France vers le milieu du XVIII^{ème} siècle. En revanche, les défenseurs de l'approche « artificialiste » (parmi lesquels on peut distinguer les historiens Keith Michael Baker, Mona Ozouf et Nicolas Veysman⁹) soulignent le caractère abstrait de l'opinion publique prérévolutionnaire. Dès cette perspective, elle est avant tout une construction politique ou idéologique : l'opinion publique est une entité conceptuelle qui apparaît dans le discours sous la forme d'un *tribunal* auquel les différents acteurs font appel pour légitimer leurs revendications ou pour couronner avec succès leurs options stratégiques¹⁰.

En partant des questions posées, les postulats habermassiens s'avèrent encore plus discutables, puisque les marges qui délimitent le travail du

⁹ Keith Michael BAKER, « Politique et opinion publique sous l'Ancien Régime », *Annales ESC*, 1, 1987, traduit par Jean-François Sené, pp. 41-71 ; Mona OZOUF, « L'opinion publique », in Keith Michael BAKER (ed.), *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*, vol. I. *The Political Culture of the Old Regime*, Oxford, Pergamon Press, 1987, pp. 419-434 ; Nicolas VEYSMAN, *Mise en scène de l'opinion publique dans la littérature des Lumières*, Paris, Honoré Champion, 2004.

¹⁰ Laurence KAUFMANN, « Entre fiction et réalité. L'opinion publique dans la France du XVIII^{ème} siècle », in Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN et Joëlle CHASSIN, (coord.), *L'avènement de l'opinion publique. Europe et Amérique XVIII^{ème}-XIX^{ème} siècles*, Paris, L'Harmattan 2004, pp. 91-107.

philosophe allemand empêchent une réflexion historique capable de comprendre la complexité du problème. Au moins au sujet de la France des dernières décennies de l'Ancien Régime, l'opinion populaire doit être présente dans l'analyse en vertu de l'énorme importance qu'elle possède pour comprendre cette *politique de la contestation* –on emprunte les termes de Keith Michael Baker¹¹– développée à partir des années cinquante avec l'éclatement définitif du conflit janséniste (avec la dénommée dispute des *billets de confession*). L'opinion populaire mérite aussi d'être soulignée dès l'instant où l'invention discursive de l'opinion publique lui octroie un lieu fondamental.

Elle est caractérisée dans la France du XVIII^{ème} siècle en fonction d'un découpage négatif qui établit une claire distinction entre, d'une part, l'opinion publique émergente (souvent liée à la vérité, à la connaissance, à de louables qualités morales) et d'autre part, la bien plus que suspecte opinion populaire, synonyme d'erreur, de mesquinerie, en somme, une opinion malléable et redoutable en même temps. La rumeur qui résonne comme un écho parmi les gens ordinaires constitue l'antithèse des raisonnements alambiqués des philosophes, dont l'autonomie contraste avec la nature hétéronome de la populace, dont Voltaire et compagnie tentent de se détacher pour exalter leurs attributs presque divins. Les hommes de lettres ne reproduisent pas de façon ingénue les préjugés enracinés dans la société de l'Ancien Régime. Ils ne s'offrent pas non plus, tout simplement, comme les porte-paroles ou les éducateurs de la multitude illettrée ; ils se présentent plutôt comme les

¹¹ Keith Michael BAKER, *op. cit.*, pp. 41-45.

magistrats suprêmes de la nouvelle instance de légitimité à laquelle la monarchie elle-même ne pourra pas se soustraire.

Les philosophes n'ont pas ménagé leurs efforts afin de sauvegarder l'objectif final qui guidait leur entreprise, et qui est lié avant tout à la création et à l'affermissement d'une élite de mieux en mieux positionnée dans les nouveaux espaces de la discussion publique. Dans une époque qui a été le témoin de pratiques contestataires enflammées et de très diverses formes discursives, les hommes de lettres les plus renommés se sont établis comme un important groupe de pouvoir qui méprisait du haut de leur savoir les écrivillons qui tentaient de vivre ou de survivre avec leur plume et qui n'abandonnaient pas l'aspiration de devenir écrivains. Ce rêve paraissait de moins en moins inaccessible grâce au développement, depuis le milieu du XVII^e siècle, des *institutions de la vie littéraire* (étudiées par Alain Viala¹²), des académies, du mécénat royal et des droits d'auteur, qui ont rendu possible l'émergence de l'écrivain en tant que personnage social.

Un siècle plus tard, les gens de lettres se rendirent compte que leur prestige était en jeu au-delà des murs de ces établissements qui avaient acquis un caractère officiel grâce à l'impulsion du cardinal de Richelieu et de Colbert. L'ascendance sociale croissante de la nouvelle classe intellectuelle doit être défendue par elle-même dans l'arène publique, où ils ne peuvent pas cesser de combattre les nombreuses satires qui dénoncent la suffisance des philosophes.

¹² Alain VIALA, *Naissance de l'écrivain. Sociologie de la littérature à l'âge classique* [1985], Paris, Les Éditions de Minuit, 2006.

C'est précisément *Les philosophes*, le titre de la comédie à succès dans laquelle Charles Palissot dépeint en 1760 les vils intérêts de ceux qui disent se consacrer de manière altruiste à la dure bataille contre les préjugés de l'époque¹³. La pièce théâtrale représentée pour la première fois à la Comédie française a immédiatement déclenché une intense guerre de pamphlets, qui se sont ajoutés à l'énorme quantité de libelles publiés après que Jean-Jacques Lefranc de Pompignan eut lancé une attaque virulente contre les « prétendus Philosophes » dans son discours de réception à l'Académie française, prononcé le dix mars 1760 (quand il fut élu pour occuper le siège vacant à la mort de Maupertuis)¹⁴, à peine deux mois avant la première représentation de la parodie acclamée et critiquée de Palissot.

Face à l'interprétation de Habermas, qui n'aborde les tensions qui secouent la sphère publique du XVIII^e siècle, il faut souligner que le philosophe se distingue comme un personnage polémique, incarnant à la perfection la double dimension de l'opinion publique des dernières décennies de l'Ancien Régime. Du point de vue politique elle se présente d'une part, comme un espace de discussion soustrait à l'autorité du prince ; d'autre part, elle se définit du point de vue sociologique, à partir d'une distinction d'après laquelle la multitude abrutie est incapable d'exercer l'*usage public de la raison*. Comme le suggère Roger Chartier, les cercles littéraires et mondains qui ont contribué de

¹³ Charles PALISSOT DE MONTENOY, *Les Philosophes, comédie, en trois actes, en vers. Représentée pour la première fois par les Comédiens Français ordinaires du Roi le 2 Mai 1760*, Paris, Duchesne, 1760.

¹⁴ Jean-Jacques LE FRANC DE POMPIGNAN et Nicolas-François DUPRÉ DE SAINT-MAUR, *Discours prononcés à l'Académie française, le lundi 10 mars 1760, à la réception de M. Lefranc de Pompignan*, Paris, Brunet, 1760.

manière décisive au processus d'apparition de la nouvelle sphère publique, entraînent un élargissement notable des marges permissibles du débat public –ce qui cassera le monopole interprétatif des autorités ecclésiastiques et étatiques-, et en même temps supposent l'exclusion de la majorité¹⁵. Le peuple ne peut pas participer aux colloques réservés à ceux qui occupent les sièges convoités de l'Académie française ni au groupe réduit des invités au salon de Mme Geoffrin.

Dans ce théâtre, le philosophe joue un rôle fondamental. Il s'agit de la figure qui permet de rassembler les deux points de vue susnommés. Ce personnage rend possible l'articulation complexe des deux approches historiographiques signalées par Laurence Kaufmann : le philosophe est une nouvelle réalité socioculturelle (qui doit être ajoutée aux salons et périodiques susnommés) et il se distingue en même temps comme l'une des personnalités participant le plus activement à l'invention discursive de l'opinion publique.

Cette nouvelle élite d'intellectuels s'est cristallisée en France vers le milieu du XVIII^e siècle, quand les encyclopédistes et compagnie ont assumé le rôle que, d'après Voltaire –le leader indiscutable des philosophes, qui affirmait que « le peuple est entre l'homme et la bête »¹⁶-, le destin implacable leur avait réservé : « C'est l'opinion qui gouverne le monde, et c'est à vous de gouverner

¹⁵ Roger CHARTIER, *Les Origines culturelles de la Révolution française*, Paris, Seuil, 1990, pp. 34-35.

¹⁶ VOLTAIRE, *Les œuvres complètes de Voltaire / The Complete Works of Voltaire*, edited by Theodore Besterman [then by William Henry Barber], Genève/Toronto/Paris, Institut et Musée Voltaire/University of Toronto Press/[diff. J. Touzot], tome 82, *Notebooks* (vol. 2), 2nd edition revised, 1968, p. 534.

l'opinion »¹⁷. La nouvelle *intelligentsia* apparaissait au bon moment, quand l'affaiblissement des pratiques et des symboles traditionnels (la désacralisation ou le désenchantement de la monarchie, la déstructuration des croyances et des habitudes religieuses) libérait un espace occupé par un nouveau guide spirituel, dont la représentation la plus claire fut la spectaculaire entrée, quelques mois avant sa morte, du patriarche de Ferney à Paris le dix février 1778, acclamé comme s'il s'agissait du souverain le plus important de l'histoire de la France.

¹⁷ Lettre de Voltaire à d'Alembert, 26 décembre 1767, in VOLTAIRE, *Correspondance*, éditée par Theodore Besterman, [Paris], Gallimard, notes de Besterman traduites et adaptées par Frédéric Deloffre, vol. IX, 1985, lettre 10463 [D 14623], p. 231.

